

**CAMINOS
DE LA
ANTROPOLOGÍA**

**ENTREVISTAS A CINCO
ANTROPÓLOGOS**

**Compiladores
JORGE DURAND Y LUIS VÁZQUEZ**

**DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO NACIONAL PARA
LA CULTURA Y LAS ARTES**

INSTITUTO NACIONAL INDIGENISTA

REVISTA
DE
ANTROPOLOGÍA

Primera edición: 1990

Coedición: Dirección General de Publicaciones del
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/
Instituto Nacional Indigenista

D.R. © Instituto Nacional Indigenista
Av. Revolución 1279
Col. Alpes, CP 01010
México, D.F.

ISBN 968-29-2850-8

Impreso y hecho en México, D.F.

ÍNDICE

Presentación: Jorge Durand y Luis Vázquez	11
Capítulo I. Por una antropología pedestre	15
Entrevista a Pedro Armillas por Jorge Durand	
Bibliografía	
Capítulo II. Un autodidacta precoz	63
Entrevista a Wigberto Jiménez Moreno por Alicia Olivera	
Bibliografía	
Capítulo III. El investigador en acción	131
Entrevista a Ricardo Pozas por Luis Vázquez	
Bibliografía	
Capítulo IV. Un hombre afortunado	175
Entrevista a Alfonso Villa Rojas por José Luis Domínguez	
Bibliografía	
Capítulo V. Un rol necesario en un momento oportuno	201
Entrevista a Gonzalo Aguirre Beltrán por Fernando Salmerón	
Bibliografía	

PRESENTACIÓN

Con un discurrir histórico estrechamente unido al destino del Estado posrevolucionario, la antropología mexicana presenta, hoy en día, una fisonomía peculiar, a cuyo modelaje contribuyeron una veintena de pioneros que se dieron a la excitante tarea de escudriñar el pasado y analizar el presente. Algunos de estos pioneros son los personajes de esta obra. Su vida y labor constituyen el leitmotiv de la antropología nacional. No obstante, hay quien discute, como mero ritual contestatario, si el esfuerzo de éstos cristalizó en una verdadera escuela mexicana de antropología, al modo de la británica, la francesa o la norteamericana, todas ellas discernibles más por sus circunstancias que por el apego a determinada teoría antropológica. En el caso nuestro, nadie puede dudar, se trata de una empresa del pensamiento, producto de una determinada comunidad científica, inscrita a su vez en ciertos contextos históricos y sociales propios de nuestro ser nacional.

Es claro que en la historia de la antropología mexicana se hallan orientaciones de lo más divergentes, no necesariamente adscritas al objeto de estudio elegido y sí a la teoría en boga. Hay, sin duda, una impresionante diversidad de intereses, las más de las veces contradictorios entre sí, lo que puede inducir a la errónea suposición de que no existe una escuela mexicana de antropología.

La caracterización de la antropología mexicana es mucho más complicada que eso. Sabemos que el desarrollo del pensamiento científico se da necesariamente en medio del conflicto de ideas y creencias, a pesar de que hay periodos en los cuales domina un

modo específico de hacer y pensar la ciencia. En nuestra antropología, el cambio cíclico siempre se ha manifestado dentro de los límites institucionales. Nuestra fisonomía es la de México, o mejor, la de los “muchos Méxicos”, es el descubrir nuestro propio ser nacional en nuestra propia alteridad. Consecuentemente, han sido los grandes problemas nacionales —que lo son cuando la razón de Estado los asume como tales— los que han aglutinado a cuanta antropología se ha desarrollado en las instituciones nacionales, sean éstas de índole académica o bien político-prácticas. Con todas las consecuencias que esto implica, nuestros límites teóricos y prácticos son los mismos que ha fijado el Estado nacional. La idea de nación ha hecho las veces de compartimiento estanco a cualquier proceso de cambio en el pensamiento antropológico, independientemente de su factura. Resulta de esto que el nacionalismo mexicano y su componente más caro, el indigenismo, han sido los elementos ideológicos que más han pesado en el quehacer de nuestra actividad, hasta el punto de convertirse en paradigma hasta para las orientaciones teóricas más revolucionarias.

No es posible olvidar, dentro de esta caracterización del modo nacional de hacer antropología, los patrones científicos y extracientíficos presentes. Entre los primeros hay que mencionar la noción de una antropología integral, que casi nadie practica, pero que heredamos del porfiriato y es influencia de la antropología cultural norteamericana. Entre los segundos, podemos advertir que fue el ejercicio del poder centralizado el que determinó, como fórmula del buen gobierno revolucionario, el afrontar ciertos problemas nacionales con la asistencia de la antropología integral. La multiplicidad del apoyo institucional, los enfoques proporcionados por la antropología física, la arqueología, la lingüística y la etnología, todos articulados por la representación de un ser nacional, no hicieron sino apuntalar la distintividad del quehacer antropológico mexicano, que le distingue del todo de otras escuelas nacionales.

Parece obvio decir que la conformación de la antropología nacional no es un acto voluntarista del pensamiento abstracto o mucho menos un derivado de una maquiavélica ideología gubernamental. Encontramos en ello, accionando entre sí, a individuos, instituciones, situaciones históricas, coyunturas políticas,

tradiciones científicas, controversias paradigáticas y toda una serie de factores todavía poco estudiados. Justamente las entrevistas reunidas en este volumen tienen por objeto poner al alcance del estudioso, elementos analíticos para precisar el cómo y el por qué de tan peculiar forma de hacer y pensar la antropología. El lector advertirá de paso que las ideas antropológicas no pueden desligarse de la vida y peripecias del autor que tenemos entre manos, describiéndose, siempre, a sí mismo.

La intención de reunir estas entrevistas surgió en una ocasional charla de café que, con el tiempo y el esfuerzo, ganó en formalidad. La lista inicial de posibles entrevistados hubo de contrastarse con nuestras posibilidades reales sobre oportunidades, contactos y materiales ya reunidos con anterioridad. De ahí, entonces, que entre nuestros pioneros no figuren todos los que son, pero sí, evidentemente, son todos los que están.

Dos de ellos, Pedro Armillas y Wigberto Jiménez Moreno, ya fallecidos, fueron entrenados como antropólogos integrales, dominando varias especialidades, aunque ellos mismos terminaron siendo unos especialistas. Los otros tres, Ricardo Pozas Arciniega, Alfonso Villa Rojas y Gonzalo Aguirre Beltrán, son representantes de lo que por influencia de la escuela británica hoy conocemos como antropología social. Así las cosas, la riqueza de pensamiento de los primeros, aunada a los recelos profesionales de los segundos, como buenos conocedores de la técnica de la entrevista, dificultaron hasta cierto punto nuestro trabajo. En un caso se apeló incluso a la autobiografía, recurso que no deja de ser revelador de un científico todavía dominado por su ser político. En otro se condicionó la publicación de la entrevista a la previa revisión de la transcripción de la grabación. En general no faltaron respuestas evasivas o giros para eludir cuestiones espinosas. Quienquiera que haya hecho historia oral sabe de estos problemas, agravados cuando, como aquí, es un antropólogo el que funge como informante de otro colega.

Sobre la versión final evitamos erigirnos en editores de tijera y engrudo para no favorecer determinada interpretación histórica. A lo más, introducimos cambios menores de estilo en cuanto a frases expresadas de manera confusa, repeticiones engorrosas y así por el estilo. La entrevista con don Wigberto requirió de mayor trabajo, dado que era excesivamente larga y en ocasiones

repetitiva. El entrevistador procuró restringirse a las preguntas y comentarios estrictamente necesarios en aras de que sea el informante el que se exprese con entera libertad. Por último, el orden de las entrevistas responde a un criterio de los editores para darle coherencia a la obra en su conjunto.

Se optó, asimismo, por publicar una bibliografía de cada autor para propósitos de consulta, si bien por razones de espacio nos vimos obligados a eliminar cada *curriculum vitae*, a sabiendas de su importancia para comprender sus historias de vida. Quizá en algunos casos falten obras recientes ya que el trabajo debió haber sido publicado hace ya algunos años.

Aunque consideramos que la lectura de este libro puede ser de interés para un amplio público relacionado con las ciencias sociales, es un hecho que pretende ser una contribución a la historia y la sociología del pensamiento antropológico (y, por qué no, a una antropología de la antropología). Esta es ya una preocupación crecientemente compartida por muchos investigadores y centros de estudio, que advierten una relación entre su trabajo cotidiano y la historia y el funcionamiento de la antropología dentro de nuestra sociedad. Esta tarea de reflexión fue iniciada por historiadores y filósofos, pero ahora ha sido retomada, de manera consciente, por los antropólogos mismos. Sirva éste, pues, como un jalón más hacia un quehacer más científico de la antropología mexicana.

Jorge Durand
El Colegio de Michoacán
Luis Vázquez León
Centro Regional de Michoacán, INAH
Mayo de 1988

Capítulo I

POR UNA ANTROPOLOGÍA PEDESTRE

JORGE DURAND

En diciembre de 1983 don Pedro Armillas dirigió un seminario sobre la "Visión antropológica de la historia de América" en el Colegio de Michoacán.

Los días pasados en Zamora fueron un reencuentro con México, con el buen tequila, con su ambiente. Además de una semana de trabajo fueron días consecutivos de celebración y de conversación. Don Pedro fue rotando de casa en casa en comidas, cenas y festejos. Los días que no tenía compromiso, él era el que invitaba, lo llevaban al hotel y los acompañantes sólo podían salir tres o cuatro horas más tarde.

Dejé con todos, estudiantes, maestros, investigadores. Con el bastón en la mano y la pipa en la otra acaparó y dirigió la conversación en todo momento. Sus clases o conferencias programadas para dos horas se prolongaron hasta tres o cuatro. Libre de papeles y esquemas habló simplemente de lo que sabía. Escribo de estos días porque son la única imagen que tengo de don Pedro. Antes sólo lo conocía por un par de artículos leídos hacía unos años. La entrevista se realizó en dos sesiones matutinas en los jardines del Hotel Jericó. Ambas reuniones fueron interrumpidas por visitantes que también querían participar con él. Así y todo se lograron grabar cerca de cinco horas de plática.

Quedamos en que el verano siguiente revisaría la transcrip-

ción de la entrevista y completáramos lo que faltase, pero, como se sabe, ese viaje fue el último que hiciera a México. Publicar la entrevista es un compromiso y una obligación de los que tuvimos la oportunidad de departir con él pocos meses antes de su muerte.

Como suele suceder, la entrevista empezó titubeante. La grabadora, la libreta y las explicaciones previas de lo que se pretendía lo incomodaron un poco. Después de un par de preguntas "de cajón", me cortó: "Vamos a ver ¿qué quiere usted, que le narre algo así como mi aventura intelectual?" Un sí rápido y entusiasta dejó lugar a unos murmullos, a una muletilla y se dejó ir. Lo demás fue escuchar y en ocasiones meter una pregunta para encauzar el torrente de su charla.

Tiempo después empezó la labor de transcripción que fue como recrear su estancia entre nosotros. Además pude disfrutar con calma el recuento de una aventura personal e intelectual apasionante. La edición supuso la tarea de poner orden en el conjunto de temas y etapas de su vida que quedaron en varias ocasiones entreverados. Se ha respetado la versión literal y sólo se han quitado repeticiones innecesarias y algunas muletillas.

Varios colegas leyeron la versión mecanografiada de la entrevista y cada cual comentó con entusiasmo partes diferentes del texto. De ahí que me atreva a invitar a los lectores al encuentro con un hombre y una vida llena de vericuetos apasionantes, pero con un solo proyecto: dar una visión antropológica de la historia de América.

ENTREVISTA A PEDRO ARMILLAS

—*Don Pedro, ¿cuáles fueron sus estudios, sus inquietudes intelectuales, allá en España, antes de venir a México?*

—Crecí diciendo, oyendo decir, porque no sé cómo surgió eso de que iba a ser arquitecto, ya desde muy temprano, desde que inicié el bachillerato. De manera que hice el bachillerato en ciencias y me lo confirmó la Universidad de Barcelona en 1932. En aquel entonces el bachillerato en España estaba dividido en dos: estudios comunes, la primera mitad y después se elegía la rama de ciencias o la de letras, según la carrera que uno quería seguir y para arquitectura era ciencias.

—*¿El bachillerato viene a ser la preparatoria?*

—Sí, viene a ser una combinación de secundaria y preparatoria. A continuación ingresé en la facultad de ciencias de la Universidad de Barcelona, porque en la escuela de arquitectura, que era una escuela muy selecta, o selectiva, o restringida si se quiere, que no es lo mismo que selectiva, requería además de bachillerato en ciencias dos años ya a nivel universitario de ciencias y matemáticas; el programa de cuatro años de la licenciatura y pasar exámenes de dibujo de tres diferentes clases: de figura que era copia al carbón de la estatuaria clásica, de ornato, también copia de modelos renacentistas y demás y grabado a tinta. Bueno, yo ya estaba preparado en esa formación, había tenido afición al dibujo, pintura y demás.

Para hacerlo corto, pasé los exámenes de ingreso en arquitectura; pasé el primer año de ciencias y creo que el segundo. Pero mi propio interés era el arte, la pintura y no tanto la arquitectura.

Porque el asomarme al umbral de la escuela de arquitectura —y la escuela de Barcelona era entonces absolutamente académica— pensaba ¿cuál va a ser mi vida profesional? ¿Hacer casitas para burgueses?, entonces yo tendría que seguir sus caprichos y demás, en fin, es una profesión en que la actividad creativa estaba limitada, estaba medida por las demandas de un cliente que podía no tener ningún gusto. Entonces corté la arquitectura y me inscribí en Bellas Artes, una escuela que también era muy académica en Barcelona. No era porque esperara que prendiera ninguna llama en mí, sino porque eso me daba acceso a modelos. Pero en fin, me dediqué a la pintura y como parte de los cursos que se tomaban en Bellas Artes, tomé uno de historia del arte. Y me hice aficionado a la historia del arte, salí sobresaliente, me dieron medalla, una bonita medalla de plata, de plata maciza y grande, como eran en aquellos tiempos. Pero se ve que tenía algunas otras inquietudes intelectuales y también, considerando que me mantenían, la suave presión de mi padre, que me decía “hijo ¿qué vas a ser...?” De manera que el año 35 le dije: bueno pues me voy a inscribir en filosofía y letras por preocupaciones estéticas y demás, que se me habían desarrollado. Pero eso no era muy serio para mi padre, pero en fin, era un poquito mejor que las artes.

Así que el año 35 ingresé a la facultad de filosofía y letras de Barcelona, que en ese tiempo estaba con el régimen de autonomía, experimentando con programas muy excitantes para nosotros. Tomé unos cursos, no sé qué hubiera pasado de no haber sido la guerra, porque me interesé por la literatura romántica, me interesaba la estética, la historia del arte.

Mirando retrospectivamente supongo que, si no hubiera habido acontecimientos históricos radicales, hubiera terminado probablemente como algunos de mis colegas, de mis compañeros de aquel tiempo: técnico de arte, de historia del arte, probablemente más que literatura, aunque también hacía mis pinitos.

Bueno en esa situación, llega el 19 de julio de 1936, lo cual me llevó a cambiar de la filosofía a la artillería. Ya durante ese año en filosofía y letras (1934-1935) me había afiliado a la Federación Nacional de Estudiantes de Cataluña y me había unido a algunos grupos de activistas defensivos. Tuvimos que formar gru-

pos de defensa para proteger la universidad de los ataques, de los asaltos de los falangistas, que estaban organizados con instructores militares y que promovían disturbios para entorpecer la marcha académica, las clases, en protesta, entre otras cosas, porque durante ese periodo de autonomía de la Universidad de Barcelona el catalán tenía la misma importancia que el castellano.

En ese tiempo los cursos se daban en español o en catalán, a elección del profesor, se suponía que los estudiantes tenían que saber, de modo que yo me encontré tomando griego clásico, con un magnífico poeta catalán, en catalán, y utilizando un texto en francés. En la educación española de aquel tiempo, sobre todo de aquellos años de oro, era obligatorio el francés en el bachillerato, y además había que pasar un examen de ingreso a la facultad, en el cual se requería traducción del francés y del latín. De modo que no había que preguntarles a los estudiantes si sabían o no, si no sabían no debían estar allí.

Yo había participado en las peleas estudiantiles, simplemente defensivas. Los falangistas mandaban grupos de choque a hacer alboroto a la universidad. Nosotros teníamos también nuestros grupos de choque para defender la universidad. ¡Mire! aquí tengo un golpe... eso fue a fines de enero, fue con un periódico enrollado, pero supongo que iba enrollado con una barra de acero. Porque los falangistas simulaban esas cosas.

Con la guerra, empezamos a organizarnos. Como activistas estudiantiles no teníamos mucho contacto con los partidos políticos. Para las uniones obreras éramos bastante sospechosos, éramos burgueses, pero en fin, anduvimos estableciendo contacto. Y por fin a uno de los grupos en el cual yo estaba, lo acogieron en el Partido Socialista Unificado de Cataluña, sin requerir afiliación. Recibimos el consejo de que necesitábamos organizarnos militarmente porque esto iba para largo. Nos informaron que se iba a crear una Escuela Popular de Guerra, de preparación de oficiales, que nuestra preparación era lo mejor que podíamos hacer por la causa. De manera que así fue, el 1 de septiembre del año 36 empezamos los cursos en la Escuela Popular de Guerra que había organizado el gobierno de Cataluña.

Después de unas seis semanas de entrenamiento básico y de

pasar unos exámenes de instrucción general se nos daba a elegir, cuerpo o arma. Para mí la infantería era demasiado...; ingeniero, poco combativo; artillería una combinación donde se tenía que usar la cabeza y combatir no sólo dando golpes. De manera que me apunté en artillería, para lo cual las matemáticas, que había aprendido en la preparación para el ingreso de arquitectura, me fueron muy útiles. Hice la guerra en la artillería. Y alcancé el grado de capitán.

—¿Conoció a alguno de los mexicanos que fueron a pelear allá?

—No fueron a mi frente, que fue el de Aragón. Bueno, había uno, pero no estoy seguro si era mexicano o gachupín, porque en España decía que era mexicano y después en México decía que era español. Pero en fin, residía en México, había ido a España como voluntario, yo creo que era de origen asturiano muy cercano, me lo colocaron como comisario ya en las últimas semanas de la guerra, en la cual había que relevar los mandos que estaban fallando, porque ya estaban buscando cómo correr, cómo salir. Entonces estaba en la comandancia general de artillería del Ejército del Este y me llamó mi jefe inmediato y me dijo: “Armillas tenemos que relevar a fulano, ha perdido la moral, también vamos a relevar al comisario, de manera que mañana va a tomar el mando de ese grupo y pasa a recoger a este comisario.” De manera que las últimas tres, cuatro semanas, porque eran los días en que se perdió Barcelona, era la retirada forzada hacia la frontera francesa, tuve un comisario español-mexicano. En toda mi campaña, que fue en Aragón y Cataluña, fue el único que conocí.

Esto me llevó a la frontera francesa, con la retirada general después de la batalla de Cataluña, en diciembre del 38, enero del 39. Estaba en el campo de concentración en Francia, sin perspectivas y empezaron a hacer listas de personas, que merecían o debían sacarlos de los campos de concentración. Era una situación muy peligrosa porque la guerra mundial se veía venir, y claro, como sucedió, muchos de los que quedaron en campos de concentración fueron enviados por los alemanes a sus propios campos, otros como batallones de trabajo al sur de Argelia, al desierto, donde querían construir un ferrocarril de Argel a Dakar, a través del Sahara; allí murieron muchos. Y los otros fueron al

Maquin, una buena parte de los maquisard franceses eran refugiados españoles escapados de los campos de concentración. Otros se unieron a los franceses libres, a las primeras fuerzas en África.

En fin, alguien, se ve que consideró que yo ofrecía grandes promesas... que merecía ser salvado, de manera que un buen día en el campo de concentración, me dicen: “oye, te vas a México”. ¿México?, era la única posibilidad que veía de salir del campo, de modo que me pareció bien. La embajada de México en Francia mandó agentes a los campos de concentración, para darnos la documentación y demás.

De ahí me pasaron a la sección de mexicanos. Nos mandaron al puerto en vagones sellados y cuando llegamos al puerto donde embarcamos, fuimos custodiados por senegaleses. La persona que nos arregló la documentación se llama Fernando Gamboa a quien el otro día vi en la televisión.

Llegué a Veracruz en un barco colectivo, fletado por el gobierno español ya en exilio. Nos hicieron un gran recibimiento en Veracruz. Como puerto, la ciudad está más abierta y se considera más ligada a España, más que otras partes de México. Tenía una gran fuerza el obrerismo allí, de ahí que el recibimiento fuera muy espontáneo, organizado por los sindicatos, pero se veía que tenía ese carácter abierto del jarocho. En fin, fue una gran recepción, las pancartas llevaban escritos como: “Salud heroicos defensores de la libertad del mundo.” Todo esto estaba organizado, pero después, andando por la calle, de repente se paraba un camión y bajaba el camionero y preguntaba: “¿ustedes son españoles republicanos?” pues sí. “Quería abrazarlos y demás, ¿no aceptarían ustedes venir a mi humilde casa para que conozcan a mi mujer, a mis hijos?”, y nos llevaban así a sus casas.

Llegamos a la ciudad de México a un club de refugiados y nos hicieron un homenaje en la Escuela Nacional de Maestros a aquellos de ese grupo que éramos estudiantes y profesores: nos dieron un banquete. Y me encontré sentado al lado de un joven, yo también era joven en aquel tiempo, y de una joven, eran marido y mujer, nos presentaron, sus nombres eran y son porque todavía viven, Ricardo Pozas y su señora Isabel Horcasitas. En la plática sobre lo que hacíamos me enteré que iban a ser alumnos,

porque realmente se estaba apenas organizando, de una Escuela Nacional de Antropología y que la antropología que ellos iban a estudiar no era la que se entendía, y hasta cierto punto se entiende, por antropología en Europa, que es la antropología física. Sino que incluía a la antropología física, lo que entonces se llamaba etnología y ahora se llama antropología cultural, la arqueología y la lingüística; era una visión más integral. Mientras tanto, yo quería ponerme sobre mis pies y no depender del auxilio del gobierno español ya en el exilio, ya organizado. De manera que por medio del general Gustavo Arévalo Vera, por cierto padre del actual secretario de Defensa, obtuve una plaza de ingeniero topógrafo en la Comisión Agraria Mixta de Chiapas. El general me sugirió ese empleo, por una parte por mi formación; en España había tomado cursos de ciencias y matemáticas y tenía práctica de topografía como oficial de artillería y por otra parte, porque era el último año del sexenio de Cárdenas y parece ser que estaba haciendo unas giras como despedida por el país y había llegado a Chiapas. Probablemente había visto que la Reforma Agraria todavía no avanzaba allí al grado que deseaba para cumplir su sexenio. En alguna forma el gobernador del estado de Chiapas, ingeniero Efraín Gutiérrez, pidió al Departamento Agrario que le mandara ingenieros. Antes de terminar su mandato quería hacer dotación de ejidos, de manera que durante la mayor parte de un año (del 39 al 40) estuve allí. En la ciudad de México creo que no estuve más de seis semanas.

—*O sea, que entró de lleno en el México indio.*

—Exactamente. Sin transición porque en Chiapas descubría que había gente de razón. Para hacerlo corto, mi trabajo allá, fueron los deslindes para dotar de tierras que eran nacionales. Por lo menos en el distrito en que yo trabajé, municipio de San Carlos Altamirano, que está entre Ocosingo y Comitán, que en su parte oriente no tiene prácticamente límite oriental en el sentido de que eran las últimas fincas de ese rumbo que ya lindaban con los lacandones. Hice los deslindes para tres comunidades de indios tzeltales. Habían grandes extensiones, la mayor parte de ellas de territorio nacional. Era una zona con diferentes altitudes, la selva con unos árboles de caoba magníficos, el valle, que es la garganta del río Chaconejá con una zona de pinos y luego bosque con una serie de árboles extraños para mí. Los indios se

habían salido de las fincas y se habían aposentado en esas tierras. Viví la mayor parte de ese año en las aldeas tzeltales, porque me encontraba más a gusto con los indios que con la gente de razón. Eran casi todos monolingües en aquel tiempo, de manera que de una comunidad de 800 personas quizá 80 hombres adultos, tres o cuatro hablaban algo de castilla y el resto puro tzeltal.

Por mi información y mis intereses, ser topógrafo toda la vida no correspondía con mis aspiraciones, con mis inquietudes intelectuales; de modo que cuando completé un año, como había hecho algunos ahorros, renuncié a mi puesto y decidí ir a la capital.

La experiencia de Chiapas fue un mundo nuevo para mí, tanto en lo físico, en el ambiente, como en lo específicamente social y cultural.

—*Me imagino que en este primer contacto con el México indio surgieron muchas preguntas e inquietudes.*

—Así es, por eso cuando regresé a México, a la capital, a ver qué podía hacer me puse en contacto con la escuela de antropología de la que ya tenía noticias. Además varios refugiados e hijos de refugiados, como Pedro Carrasco, habían ingresado en la escuela. En parte por el exotismo y el deseo de aprender sobre México, sobre el cual se conocía muy poco en España y por consideraciones de tipo más práctico, si se quiere. El ingreso a la universidad requería más papeleo y había gente que llegaba sin papeles y además las puertas de esa incipiente Escuela Nacional de Antropología estaban abiertas, porque todavía no había puertas, bueno esto es un poco de interpretación. Era un grupo muy pequeño, creo que en el año 40 había más profesores que estudiantes.

Llegué a México y me presenté a la escuela en donde el doctor Rubín de la Borbolla era secretario ejecutivo y le dije que quería seguir los estudios de antropología y que si había alguna beca disponible. Me dijo: “pues no, todas las becas están dadas a los estudiantes, pero, ¿qué hacía usted en Chiapas?”, le dije que deslindando tierras en comunidades indígenas: “Entonces, ¿sabe usted topografía?” Sí. “Bueno, en lugar de beca le voy a dar un nombramiento de profesor de enseñanza técnica superior, con cuatro horas semanales de clase, para que dicte un curso de topografía para entrenamiento de arqueólogos.”

Lo empecé a dictar al comienzo del año académico, el 1 de

febrero de 1941 se hizo mi nombramiento efectivo. De los alumnos que lo tomaron recuerdo que había pocos; uno fue Alberto Ruz, la otra fue "Flores", Florencia Müller, que creo todavía está activa. Alberto Ruz estaba más avanzado ya en los estudios de arqueología, mientras yo empezaba. Desde el principio me atrajo intelectualmente, como maestro, el doctor Kirchhoff. Además mi interés en la antropología, que se había despertado en Chiapas, era por lo que entonces se llamaba etnología, la cultura viva. Tratar de entender aquel mundo extraño, espiritual y socialmente ajeno, en que había vivido. Pero por limitaciones lingüísticas y aún más por limitaciones intelectuales no estaba preparado para comprenderlo. Era un mundo misterioso para mí, de manera que me hubiera orientado hacia la etnología, me encantaba.

Pero resultó que mis conocimientos de topografía eran muy útiles para los arqueólogos, de manera que el primer trabajo a nivel de la planta de monumentos prehispánicos fue porque Kirchhoff había visitado una zona de Guerrero, en la cual había una fortaleza descrita en las relaciones geográficas del siglo XVI. Fortaleza de los mexicanos en la frontera de Michoacán. Yo estaba tomando un curso con Kirchhoff y me dijo: "Hombre, he andado por allá y esta fortaleza... sería bueno que con su experiencia militar fuera a hacer un reconocimiento". Total que conseguí unos fondos para que pudiera ir a hacer los reconocimientos y un mapa de la fortaleza, lo cual me llevó a una conferencia en la Sociedad Mexicana de Antropología y a lo que fue mi primera publicación: "Oztuma, Guerrero, fortaleza de los mexicanos en la frontera con Michoacán", publicada en la *Revista Americana de Estudios Antropológicos*. También me valió un elogio, cuando le presenté el mapa que había hecho —un poco esquemático realizado en algunos días— al arquitecto Marquina, que era entonces el director de monumentos prehispánicos del INAH. Parece ser que los arqueólogos, no eran demasiado hábiles en hacer mapas.

—*Usted ahí combinaba muchas habilidades: la cuestión de arquitectura, el arte, el dibujo, lo militar y su práctica en topografía.*

—Exactamente. Yo tenía el sueldo ese, de profesor, pero tenía una familia, una mujer y unas hijas que mantener y eso me

era insuficiente. De manera que le pedí al arquitecto Marquina, si podía darme algo más. Bueno, pues de unos fondos libres que quedan, verdad, en cualquier presupuesto.

Para hacerlo corto el doctor Caso, director del instituto a quien Marquina le dijo que se me podía contratar, me dijo que estaba interesado en la posibilidad, cuando lo dejaran libres sus múltiples ocupaciones y responsabilidades, de hacer excavaciones en un lugar llamado Cacaxtla, en Tlaxcala y Puebla. Y que podía hacerme un contrato para que hiciera un levantamiento de ese sitio arqueológico, también fortificado y mencionado en fuentes históricas. Caso nunca llegó a hacer excavaciones allí y lo que él buscaba era pinturas, curiosamente es el lugar donde hace unos 7 años se descubrieron esas pinturas con escenas de batallas. Yo no hice excavaciones, sólo hice un plano para que Caso pudiera eventualmente excavar. Terminado y entregado ese plano, el profesor Noguera, que era entonces director del Museo Nacional, tenía fondos asignados para excavar en Xochicalco. Enseñaba también en la escuela de antropología y me parece que estaba tomando un curso con él de estratigrafía y cerámica. Él era muy parsimonioso para gastar el dinero, incluso el dinero oficial, tenía mucho miedo de su responsabilidad, de que se dijera que estaba malgastando los fondos. En aquel entonces el presupuesto del instituto era parte del presupuesto federal de educación pública, lo que quiere decir que si las partidas asignadas no se gastaban en diciembre, regresaban al fondo general.

Y como se estaba acercando el fin de año y había que apurar, acordaron que yo ya estaba maduro, había tomado también ese curso de arquitectura prehispánica con Marquina y me saqué 10. De manera que entre Caso y Marquina acordaron que ya estaba maduro para, con su supervisión, poder encargarme de iniciar los trabajos en Xochicalco, hasta que llegaran las vacaciones de diciembre y Noguera pudiera venir. De manera que en noviembre de 1941 me mandaron allá. Primero a componer un camino, una brecha, porque entonces no había camino de acceso de la carretera general y después en la excavación del juego de pelota. Las primeras semanas Noguera venía los sábados a darme instrucciones, de manera que así me introduje a la arqueología y de ahí para adelante.

Al año siguiente, el instituto había recibido fondos de una fundación americana para hacer excavaciones en Teotihuacan. Caso estaba muy ocupado y no lo podía hacer. Entonces la plantilla del instituto era muy limitada y no había arqueólogos disponibles, no les interesaba y podían elegir sus trabajos. Se pensaba que sobre Teotihuacan se sabía todo, no había lustre. El caso es que necesitaban alguien capacitado como yo, que había demostrado en Xochicalco que podía encargarme de eso.

Comencé mis excavaciones en Teotihuacan, en fin, las comencé para Caso. Él venía cada sábado a ver qué estaba haciendo y me daba instrucciones.

—Entonces usted ya había dejado prácticamente la escuela.

—No. Seguía como estudiante y como profesor de topografía, tenía que combinar mis actividades en el campo con la escuela y ese año estaba tomando el curso de Caso. Al año siguiente me nombró ayudante del curso de arqueología en México. Después a él lo nombraron rector de la universidad y con una serie de problemas políticos y esas cosas. De manera que me dijo: “Armillas, le dejo a usted mi curso.” Pero maestro, cree usted que... “No, no, ya está usted preparado”, me dejó incluso sus notas. O sea que el 44 estaba yo dictando el curso de arqueología de México, lo cual por cierto creó algunos resquemores, un gachupín... verdad.

Bueno, tomaba clases, daba clases y además vivía en Teotihuacan, volvía a la capital los días de clases. Esa es una cosa que tanto como topógrafo en Chiapas, como después, ya como arqueólogo, siempre he considerado lo más adecuado, en fin, que rinde más: residir en el lugar de trabajo.

Bueno, seguía tomando cursos, sobre todo seminarios con Kirchhoff, entre otras cosas, porque una vez vi que el destino me empujaba hacia la arqueología, de lo cual estuve muy contento, pensé que no tenía sentido tomar cursos de arqueología en la escuela, la arqueología la estaba aprendiendo sobre la marcha, en el campo y lo que necesitaba era teoría para interpretar el material arqueológico. De manera que seguí tomando todos los cursos electivos que me convenían, de teoría de la cultura, de etnografía, para poder establecer analogías e interpretar el material arqueológico.

—¿Cuántos años se pasó en Teotihuacan?

—Allí trabajé el 42 y 43 en temporadas de seis meses de campo, y el resto del año en análisis del material y volví a trabajar otros seis meses en 1945.

Fueron tres años interrumpidos por el 44. En el cual parece que con lo que se había descubierto el 42 y 43, se habían dado cuenta que, después de todo, había algo que hacer en Teotihuacan y que podía dar resultados muy espectaculares. De manera que, pues, no diré que me corrieron pero sí que me orillaron un poco de Teotihuacan. En 1954 volví porque los que me habían orillado habían viajado al extranjero en viaje de estudios y había que terminar ese trabajo.

—¿Cuáles fueron sus descubrimientos y avances?

—Bueno, edificios y eso. Una cosa que despertó interés es que ya se habían descubierto pinturas murales en 1880 y se habían dejado destruir, en la plaza de la Luna. Después otras en los edificios llamados superpuestos en la calle de los Muertos. Creo que fue durante el periodo de excavaciones de Gamio, 1917 a 1922. También otras pinturas en Teopanzolco, que está cerca de la estación de ferrocarril de Teotihuacan. Para que las pinturas no se quedaran a la intemperie decidieron que había que protegerlas. Les pusieron un marco y esas cortinas de hierro metálicas, con una vibración tremenda y pegando el sol todo el día... Y cada vez que levantaban las cortinas, para enseñarlas a algún visitante, caía una lluvia de pintura porque ya se había ressecado. Ya en mi tiempo quedaba muy poquito y cuando quisieron hacer algo con conceptos más modernos y técnicas de conservación ya no había nada que salvar.

—¿Estaba ya el museo de sitio?

—Sí, ese lo había formado Batres en 1905 cuando reconstruyó la pirámide del sol, o cuando muy tarde en el tiempo de Gamio. Al pie de la pirámide del Sol, había una casa construida en 1905, por Leopoldo Batres, un porfiriano, para los guardianes, que es donde yo vivía cuando trabajaba en Teotihuacan. Habían construido un ramal de ferrocarril hasta la casa, al pie de la pirámide. De modo que yo llegaba en tren hasta mi casa.

En 1910, al celebrar el centenario de la Independencia, el gobierno de México, invitó a muchas personas extranjeras incluyendo a antropólogos que habían trabajado en México o personajes

ilustres. Me contó uno de ellos que en esa celebración les estaba aparcado al pie de la pirámide del Sol y que cada mañana subía el grupo de invitados arqueólogos y profesionales de fama, botellas de champán. De manera que se desayunaban, todo pagado por el gobierno porfiriano, con champán francés, arriba de la pirámide.

Lo que determinó el futuro de las excavaciones en Teotihuacan fue que siempre he tenido, yo creo, más comunicación con mis soldados, con mis peones de trabajo, con mis estudiantes en la escuela, que no todos los oficiales ingenieros, arqueólogos o maestros. De manera que a pocos días de comenzar a excavar en el lugar que Caso había determinado —porque se pensaba en la posibilidad de que encontrarán tumbas, que era lo que interesaba en aquel momento, para hacer una comparación con las tumbas de Monte Albán—, infundí confianza a los peones y uno se acercó a decirme que, en su casa, detrás de la pirámide del Sol, en el barrio de San Francisco, había oído que un vecino estaba haciendo hoyos en el solar de su casa, para plantar maguey, y se había encontrado unas pinturas y que las había tapado para evitar problemas. Porque ese solar quedaba fuera de la zona arqueológica determinada por Batres. Entonces el sábado el doctor Caso vino a ver el trabajo, le dije lo de las pinturas y se interesó. Se compró ese terreno y comenzamos simultáneamente las excavaciones en la calle de los Muertos y en Tepantitla, que era el nombre del solar. Caso vino, vio toda la escena y al sábado siguiente que regresó, ya había encontrado el significado de esto.

Esto corresponde a la descripción que hace Sahagún. Claro, se publicó en la prensa, sacó artículos con ilustraciones que le publicaron los americanos.

El resultado fue la falta de planeamiento. A partir de entonces las excavaciones de Teotihuacan estaban dirigidas a descubrir más pinturas, pinturas, pinturas. Era lo importante, lo que determinaba el trabajo. Si aparecían restos de pinturas o frescos, allí se excavaba. Margain comenzó el 44 y yo continué el 45. Después que yo me desconecté de Teotihuacan, las excavaciones posteriores estuvieron dirigidas principalmente a encontrar pinturas.

En lo que a mí concierne, lo que yo descubrí, cuando hablo de descubrí no estoy hablando de descubrimiento con D mayúscula,

sino para mí lo importante para mi desarrollo intelectual, profesional, es que andando por la zona —era muy andador—, viviendo allá, terminando el trabajo del día que no terminaba pronto (trabajaba de 7 a 3 de la tarde), yo me dedicaba a recorrer la zona, observando. Muchos años después descubrí que el joven Edward B. Taylor, en 1856, en su visita a Teotihuacan y a México, por razones de salud, fue aquí donde se hizo antropólogo y uno de los padres de la antropología. Su primer libro fue *Anáhuac, México and Mexican...* que se publicó en Londres en 1861, donde dice que vieron tantos restos en Teotihuacan y que cuando venían para México pensaban que las descripciones de los españoles acerca de la grandeza de Moctezuma eran exageraciones, mentiras ibéricas. Y ahora que veían estos restos pensaban que acaso se quedaron cortos. La realidad es mucho más impresionante. Sobre todo al ver Teotihuacan como ruinas, sin haber sido excavado. En cualquier lugar aparecían muros de construcciones, cerámica por todas partes.

Una cosa de la que me di cuenta y que entonces parece que no estaba generalmente clara, ni siquiera aceptada, es que Teotihuacan era un centro urbano y no lo que se consideraba: un centro ceremonial, con algunos residentes, pero que serían los sacerdotes y sus sirvientes.

—*En sus paseos fue recorriendo, pisando, toda esa zona urbana.*

—Exactamente, es lo que yo llamo arqueología pedestre, la que se hace con los pies. Para entonces ya tenía un puesto en el instituto, era arqueólogo del Departamento de Monumentos Prehispanicos, daba más cursos en la escuela, seguía dando el curso de topografía para arqueólogos, pero claro eso me aburría porque tenía cursos más estimulantes: arqueología de México, tecnología primitiva, seminarios.

—*Estas reflexiones sobre el espacio urbano de Teotihuacan, ya las había escrito en ese tiempo.*

—Las fui insinuando, quizás el primer trabajo donde ya quedó claro, fue en uno que publiqué en Argentina en 1950, “Teotihuacan, Tula y los toltecas”. Aunque revisando mi primer informe, resultado de las primeras temporadas de trabajo en Teotihuacan, me parece que indico algo sobre esas cosas. Aunque,

cuando yo comencé a hablar de que Teotihuacan era un centro urbano, conforme me fui liberando del concepto de centro ceremonial, hubo mucha oposición, en fin, que era una invención, o preguntas de este tipo: un centro urbano tiene que tener un mercado y ¿dónde está ese mercado en Teotihuacan?; bueno, nadie lo ha buscado. Además, qué es un mercado, el mercado de Oaxaca es bastante importante, pero está en unas calles, si eso se hubiera destruido, arqueológicamente sería muy difícil establecer que allí había un mercado, sobre todo cuando hay tan poco conocimiento de la vida de Teotihuacan.

Con estos antecedentes, el año 44, Caso, las autoridades del instituto y Miguel Covarrubias que se había incorporado como consejero del instituto, fueron a ese almacén, que llamaban Museo Nacional, en la calle Moneda. Fueron a verlo y decidieron que había que modernizarlo. Encargaron a un pintor convertido en museógrafo, Fernando Gamboa, instalar una sala de códices, de escrituras, sala pequeña, pero como una especie de proyecto piloto de modernización en la presentación. Era muy estimulante, porque había algunos códices en las vitrinas. En vista de eso se decidió que la próxima sala a instalar fuera la de Teotihuacan y naturalmente me asignaron para ser colaborador de Fernando Gamboa. De manera que fue mi segundo *encuentro*, después del primero en el campo de concentración en Francia. Y Fernando Gamboa, por su credo marxista, comenzó a hacerme una serie de preguntas: “¿qué sabemos sobre la base económica de Teotihuacan...?”, y sabíamos muy poco, de eso no había nada. “¡Pero ahí debió haber algo!” Y ahí, incluso en la sala quedó esta idea de que Teotihuacan no era simplemente las pirámides, pues había una vida urbana. En fin, tanto me apretó, que descubrí cosas que apenas había notado. En mis excavaciones en Teotihuacan, había pensado que había residencias, porque en algunos patios había encontrado metates. Eso generalmente se tiraba, quedaba con los escombros o se arrinconaba en el museo sin anotar dónde estaba. Indudablemente había gente que vivía y comía allí y se tenían que encontrar metates. De manera que él me preguntaba: “bueno ¿agricultura?”, pues se supone que tenían allí cultivos, pero cuál era la evidencia. Bueno, yo había encontrado mazorcas de maíz... esto me obligó a escudriñar, por ejemplo, viendo las pin-

turas en un friso se ve un campo, incluso chinampas, el agua, campos irrigados, una serie de plantas de maíz. Así instalamos esa sala que era una gran novedad, en la presentación.

—*Bueno, después de clasificar tepalcates ¿cuántos clasificaría usted allí?, quedaban muchas preguntas.*

—Trescientos mil. Claro lo de los tepalcates sólo da una cronología interna. Pero lo de los tepalcates me sirvió en mi carrera, porque la relación que establecía entre tepalcates, los edificios y las diversas fases de construcción y reconstrucción en que trabajé, llamaron poderosamente la atención de los arqueólogos norteamericanos que trabajaban en México y Centroamérica. De manera que me hicieron comentarios muy elogiosos —impresos— lo que me ayudó a progresar en la carrera.

De manera que el museo me planteó una serie de preguntas y también las clases de Kirchhoff y la influencia marxista. Yo no me puedo declarar marxista, porque he leído muy poco sobre Marx, pero he leído a Engels y del materialismo histórico.

Fueron tiempos difíciles, incluso con los dos sueldos, era bastante escaso, porque eso coincidía con la inflación de la segunda guerra, de manera que los sueldos que en 1940 eran muy razonables, no los habían aumentado en proporción a la inflación. Algo como lo que está pasando ahora aquí y en los Estados Unidos; mi sueldo actual en la universidad se ha doblado, pero en poder efectivo estoy ganando un 10 por ciento menos de lo que estaba ganando hace unos años.

El año 46, me llamó Gamboa y me dijo que tenía un trabajo que sería pagado, que necesitaba alguien y que yo era la persona indicada. Marte R. Gómez que en ese tiempo era secretario de Agricultura, le había encargado a Gamboa presentar una exposición permanente en la escuela de agricultura de Chapingo. La idea era la glorificación del impulso dado por los gobiernos de la Revolución a la irrigación, el desarrollo agrícola de México, el gran impulso dado a las obras hidráulicas. Pero para la continuidad debía haber una parte histórica: acueductos coloniales y lo que habría de los aztecas. De manera que Gamboa me ofreció contrato, por una cantidad que no era gran cosa, pero en fin, no estaba mal. Y desde luego para mí era un ingreso muy importante, en aquel tiempo.

Lo que sabía yo en aquel tiempo era lo de las chinampas; sabía que en el valle de Teotihuacan en 1580 había riego, un mapa de las *Relaciones geográficas del siglo XVI* muestra el sistema de riego de Teotihuacan, pero no se sabía si eso era prehispánico. Era aquello del clima intelectual, que se hablaba de la agricultura de roza y no del riego. Bueno, los acueductos de Nezahualcóyotl, que yo había visitado.

Al aceptar la comisión, lo primero que hice fue ir a ver al maestro Caso. —¿Me puede usted ayudar, qué sabe usted de agricultura hidráulica? —Bueno: las chinampas, los jardines de Chapultepec, los jardines de Moctezuma en Oaxtepec..., de manera que tuve que navegar por mi cuenta.

En parte ahí también entran técnicas de investigación, publicaciones sobre cómo sistematizar, organizar la recolección de datos. Alguien me dijo que buscara en las *Relaciones geográficas...* Entonces comencé a utilizar una serie de fuentes, por ejemplo, en los viajes del padre Ponce, hay un montón de referencias sobre regadíos. Se ve que eran muy observadores: “pasaba por unos huertos regados y preguntamos al indio que estaba regando...” en fin. De manera que encontré que los regadíos prehispánicos, que eran mucho más que las chinampas y los jardines, formaban una buena parte de la producción agrícola, en algunas partes, casi la única. Se sabía que había regadíos de importancia en todas las zonas de Mesoamérica, que no tienen el clima de selva tropical. En el altiplano y en la costa del pacífico en Oaxaca, de manera que tenía una serie de fichas, informaciones y un mapa de distribución de regadíos en Mesoamérica a principios del siglo XVI, parte de lo cual publiqué años más tarde. Lo que pensaba sería una serie de notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica, sistemas de regadío y humedad en la cuenca del río de las Balsas, fue la única parte que llegué a publicar en detalle, de aquel trabajo que hice para Chapingo.

En ese año (1946) seguí tomando cursos y enseñando. En la escuela teníamos entonces a un profesor visitante en un programa de cooperación de investigaciones en México: Foster, con su estudio de Tzintzuntzan, que era director de programa aquí. Beals también estaba y tenía a Pedro Carrasco como ayudante; hicieron algo en Michoacán en ese programa. Isabel Kelly estaba

en el trabajo de Tonacapan, en el cual estuvo Palerm como participante. En ese programa uno de los participantes geógrafo e investigador era Robert C. West, quien el año de 1946 ofreció una práctica de estudio del paisaje cultural, de las técnicas topográficas elementales, para hacerlas en la zona de las chinampas. Y yo me inscribí, José Luis Lorenzo también, Gabriel Ostina de Colombia, entre otros; éramos un grupo pequeño. Estuvimos trabajando en la zona de las chinampas, en el registro de datos como ejercicio, pero después de eso a mí me interesó el asunto, de manera que al terminar el curso seguí como colaborador e hicimos el estudio de las chinampas vivas y el sistema de cultivo. Todo esto se publicó en un artículo, en *Cuadernos Americanos*, que lo titulamos “Las chinampas de México. Poesía y realidad de los jardines flotantes.” Y eso coincidió con el estudio sobre riego, de modo que fue un efecto cinético.

Mientras tanto, era aparente que mi condición de español todavía no era totalmente olvidada a pesar de que ya estaba nacionalizado. De manera que en casos de igualdad, en situaciones de tener que elegir entre otros méritos, siendo iguales, el nacimiento me ponía a mí en desventaja. De hecho, lo que me abrió los ojos fue que la Fundación Rockefeller había concedido unas becas para formar profesores de la escuela en antropología de Sudamérica, porque no había realmente conocimiento en México. Habían dado fondos considerables para que el profesor Noguera, que enseñaba arqueología de Norteamérica y de Sudamérica, ésta puramente libresca, hiciera una gira de un año. Pero por razones personales, el profesor Noguera, a última hora, decidió que no iba. Entonces para no quedar mal con la fundación, se dividió la beca en dos. Mandaron un arqueólogo y un etnólogo: Fernando Cámara Barbachano. Bueno, al considerar la situación, el arquitecto Marquina, gran caballero, que era mi jefe, se creyó en la obligación de darme explicaciones (¿No tienen ustedes ese dicho de “con azúcar está peor”?). Me llamó a su oficina y me dijo: “Armillas, le debo a usted una explicación. En la concesión de la beca de la fundación, todos consideramos su nombre, que se lo merecía, pero en fin, se la dimos al otro, porque usted no es mexicano de nacimiento puede crear oposición...”, y le dije: “la persona a quien se le dio la beca tiene más antigüedad en

el instituto que yo y eso para mí es suficiente razón. En la cuestión de quién tiene más méritos, pues es una cuestión de apreciación personal y yo puedo quizás desentir. Pero lo que me dice, que fue por mi nacimiento que se la dieron al otro, estoy perdido. Mire usted, si es por antigüedad pues, llegará el momento en que yo seré más antiguo que otro; si es por méritos, habrá que trabajar duro para mostrar que mis méritos son superiores, y eso lo puedo hacer; pero por mucho que haga, nunca seré mexicano de nacimiento". Como dice José Luis Lorenzo fui el quitanieves, la máquina que abre brecha, para allanar las dificultades. Entonces había mucha oposición y salían los ataques en los periódicos. Cada vez que a mí me daban algo en los Estados Unidos me sacaban en los periódicos. A un profesor de filosofía de la Universidad de Barcelona, llega a México refugiado, le dan plaza, y se hizo nombre. Lo invitan a dar cursos en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Y en un mismo número de *Excelsior* en primera página, con letra grande salió: "nos han sustituido por refugiados españoles"; se acusaba a la universidad de que daba preferencia a refugiados españoles que ni siquiera eran mexicanos por nacionalidad, nombrando entre otros al doctor fulano. Y en la otra página, "Mexicano que honra a México en el extranjero. El profesor fulano catedrático de la Autónoma ha sido invitado..." Hecho histórico, por eso lo menciono. Entendí muy bien que si quería abrirme camino, tenía que buscar otro lugar. De manera que se me ocurrió solicitar una beca Guggenheim. Eso sí, con el apoyo de Borbolla, Marquina y de todos, porque siempre se portaron muy bien conmigo. Esa situación, quiero que se entienda, no era una situación extrema, pero era ambigua. Solicité la beca y me la dieron. El tema que me interesaba en ese entonces eran estudios comparativos de la civilización mesoamericana y andina. Pero Borbolla, no sé si por interés de la escuela o por otras razones, me dijo que eligiera el tema de relaciones culturales precolombinas entre México y los Estados Unidos, era un tema candente en ese momento. De manera que por consejo de Borbolla presenté la solicitud, para llevar a cabo en Estados Unidos estos estudios. Me concedieron la beca que era de gran prestigio; ahora la Guggenheim se ha burocratizado pero en ese tiempo era una institución de gran amplitud de miras. Como

decía un colega norteamericano: "esto es maravilloso, una vez concedida la beca, parece que todo el interés que tienen es el desarrollo de nuestra maravillosa personalidad". Yo había hecho el proyecto de hacer primero escala en la Universidad de Texas, para ver las colecciones y conferenciar con los colegas, que me llevaron a recorrer sitios arqueológicos en Texas y Luisiana, porque son los que tenían relación más directa con la huasteca de México. Luego pasé por San Luis Missouri para ver los montículos de Cahokia, la mayor pirámide de Norteamérica; después de la de Cholula y la del Sol, es la tercera. Llegué a Nueva York, a ver museos y conferenciar con colegas y me presentaron al secretario de la fundación. Me dijo: "Bienvenido. Usted tuvo que presentar un proyecto porque tenemos que cumplir con esas formalidades, pero si usted se limitara a cumplir ese plan, demostraría que no ha aprendido nada durante este periodo, de manera que no se sienta ligado a ninguna obligación, haga usted lo que quiera, siga sus intuiciones e intereses, visite usted los museos y espere, porque los colegas con los que usted quiere hablar van a pasar por Nueva York en cualquier momento." Seguí el consejo y me quedé en la Universidad de Columbia, donde estaba Pedro Carrasco en aquel tiempo haciendo el doctorado. Él me presentó a Wittfogel.

Los peruanistas que estaban allá me invitaron; habían estado trabajando en el proyecto del valle de Virú y tenía una reunión para evaluar los resultados del proyecto cooperativo conjunto que había hecho el 45-46. De manera que me presentaron al doctor William Duncan S., de la Universidad de Columbia. Nos hicimos muy amigos y me dijo que tenía una reunión en Nueva York y me invitaban a participar para propósitos comparativos. De manera que el resto del año lo ocupé en estudiar las colecciones peruanas y conversar con peruanistas, más que con mesoamericanistas. Presenté en ese simposium una interpretación cultural, evolucionista de la arqueología en Mesoamérica, un concepto nuevo que Kirchoff había formulado.

Cuando yo comencé, los arqueólogos que trabajaban en México estaban divididos: de este lado del istmo de Tehuantepec eran mexicanistas y mayistas los otros.

Había poquísima comunicación y el concepto de la unidad

fundamental de las civilizaciones de México, Guatemala y Honduras, un concepto fundado con base etnohistórica que Kirchhoff publicó en 1943, no había sido asumido. Es un concepto al nacimiento del cual yo asistí en alguna forma, incluso en la forma en que un estudiante contribuye a estimular el pensamiento del maestro. Esa formulación la estaba elaborando Kirchhoff en los seminarios que nos daba en 1942.

Este concepto lo apliqué al poner en orden los datos arqueológicos que se conocían entonces. Esa participación llevó a la publicación que se llama: "A Reappraisal of Peruvian Archaeology" en *Memorias de la sociedad de arqueología americana*, publicado en 1948. Un trabajo que se ha convertido en clásico, por ser el primero que se planteó estas secuencias.

Otro de los resultados fue que llegando a Nueva York, una de mis primeras visitas fue a la librería de la Universidad de Columbia porque en aquel tiempo las librerías de México no estaban muy ampliamente surtidas en materiales de fuera. Recuerdo que había conocido en persona a Ruth Benedict y quería su famoso clásico *Patterns of Culture*. Había sido uno de los textos que se manejaban en aquel tiempo, posiblemente yo lo había tenido en una lista de lecturas sugeridas, pero por una cosa u otra nunca lo había leído. Me fui para ver qué había en la librería y comprar el libro de Benedict. Pero mirando, vi uno de Gordon Childe, *What Happened in History*. El nombre me era familiar porque en un curso que había tomado en México con el doctor Bosch Gimpera, catalán de la Universidad de Barcelona, de prehistoria de Europa, había mencionado a Childe y su interpretación sobre la expansión de la agricultura por el Danubio al norte de Europa. Como el nombre me era familiar lo compré, y me fui con mis libritos a la casa internacional donde estaba alojado, en la Universidad de Columbia. Miré el libro de Ruth Benedict, era el mediodía, luego lo dejé y agarré el de Childe. Lo abrí, comencé a leer, seguí leyendo y no me levanté hasta que lo había terminado, a las siete de la tarde que era hora de cenar. El interés que me despertó fue porque me ayudaba a poner todas estas cosas juntas: la urbanización, algo del riego, el concepto general de materialismo histórico marxista, la interpretación de los datos arqueológicos como historia cultural y social. De hecho, afortunada-

mente sucedió unas semanas antes de este simposium, de manera que la orientación de este trabajo se debió al descubrimiento de Childe. Eso fue quizá el principal estímulo o beneficio que recibí: abrir o ensanchar mis rutas intelectuales. Si uno creyera en milagros, en la acción de la divina providencia, imagínese esa coincidencia del taller y la investigación de las chinampas vivientes con West, el contrato que Gamboa me proporcionó para la preparación de la sección prehispánica de la irrigación en Chapingo, el viaje a los Estados Unidos y el contacto con los peruanistas que daban un elemento de comparación, el descubrimiento del libro de Childe, que complementaba, que daba sentido a la arqueología, orientación y una interpretación de la evolución cultural que yo había recibido de Kirchhoff, y él era un arqueólogo, por tanto también podía aplicarse a la interpretación de datos arqueológicos, ¿no es esto una coincidencia providencial?

—*Un paréntesis. ¿No hubo problemas para un republicano español en ir a los Estados Unidos?*

—Para la Guggenheim no, además yo fui como mexicano y en fin para los republicanos españoles el 47 no creo que fuera difícil, a no ser que estuviera fichado como comunista o que alguien le denunciara. Como Dalí denunció a Buñuel como comunista y tuvo que salir de los Estados Unidos y afortunadamente se vino a México. Si el cabrón de Daí no lo hubiera denunciado como rojo peligroso, Buñuel quizás hubiera terminado en la rutina de Hollywood, dirigiendo películas. Tuve algunas dificultades después, en sucesivas entradas a los Estados Unidos, pero la condición de ser republicano español no era, ni es problema.

Bueno, regresé a México a mi puesto de arqueólogo de la Dirección de Monumentos Prehispánicos y de profesor de la escuela de antropología. En lo que fue, en términos de docencia, un periodo muy fructífero porque la experiencia de esta apertura, no tanto del ambiente, sino el tener un año completo para hacer análisis de conciencia y que dieran fruto todos esos cimientos que eran la experiencia de los años anteriores. De manera que comencé a dar una serie de seminarios sobre la agricultura en Mesoamérica, la guerra y la urbanización con un grupo de estudiantes, entre ellos Palerm, al que conocí a mi regreso de Estados Unidos, Esteva, Fábregat, José Luis Lorenzo y después america-

nos, entre ellos René Millon, Eric Wolf, William Sanders. Eran verdaderos seminarios: había mucha comunicación en ambos sentidos y fue muy fructífero, tanto que se cita en la historia de la arqueología americana. Allí empezó la relación de Palerm con Wolf, yo los puse en contacto, los presenté y se hicieron muy amigos. Estaba yo haciendo los preparativos para ir a excavar a La Quemada, Zacatecas, el último día y se presentó el joven Eric Wolf, que quería hacer sus estudios sobre México y ya tenía una idea de lo que quería hacer. Le invité una cerveza al salir de la oficina y le comuniqué que me iba fuera, pero que una persona que podía ayudarme era Ángel Palerm. Fue un periodo fructífero para los estudiantes que había en aquel tiempo y para mí. También me ayudó en el desarrollo de la teoría y demás.

En términos de aventura intelectual otra cosa muy importante fue que a mi regreso a México establecí un contacto, que siempre fue a distancia, con un arqueólogo inglés que estaba visitando México. Éste le había dicho a don Pablo Martínez del Río que estaba interesado en fortalezas y arte de la guerra y don Pablo le había dicho que yo sabía de esas cosas, porque yo había tenido interés en estudiar fortificaciones y había publicado un trabajo en *Cuadernos Americanos* en 1947. Resultó que me pidió que le mandara un sobretiro, se lo mandé y recibí una invitación para una publicación de arqueología inglesa, cuyo fundador y director había sido uno de los padres de la aplicación de la fotografía aérea. Digo uno de los padres porque fueron por lo menos tres, un inglés, un francés y otro alemán, todos pilotos de la primera guerra mundial y arqueólogos. Había descubierto que veían muchísimas cosas desde el aire; cuando estaban fotografiando las trincheras alemanas en Flandes se encontraban que además de las trincheras aparecía ahí, completamente definido, el cuadrilátero de un campamento romano.

Entre otras cosas, este Crawford había llegado a establecer o diferenciar las parcelas de cultivo prerromanas, que llamaron célticas, posromanas de la alta edad media y el periodo de las invasiones anglosajonas y la parcelación más moderna del siglo XVI para acá. La forma de los terrenos refleja cambios en la organización social, cambios ecológicos y tecnológicos como la alternancia de cosechas o rotación de cultivos. De eso ya me había plati-

cado Kirchhoff, porque él había pasado por ahí como refugiado de Hitler en su camino hacia América. Otra relación surgió con otro arqueólogo que había estado en México y se interesaba por fortalezas y que le gustaría que escribiera un versión en inglés sobre este tema para publicarlo en *Antiquity*, y esto me llevó a descubrir la revista que no la conocía.

A partir de los cincuenta comencé a utilizar fotografías aéreas de México, tabajé con la Compañía Mexicana de Aerofoto, una compañía comercial muy cooperativa. Ahí descubrí los usos de la fotografía aérea y los criterios, es decir la posibilidad de aplicarlos a sistemas de cultivo, o de tenencia o del régimen de parcelación agraria; por supuesto, para la identificación de canales de riego antiguos, caminos, patrones de asentamiento, la visión integral del paisaje y todas las implicaciones culturales que la fotografía aérea podía dar. De manera que eso, no diré que abrí una nueva etapa, porque todo es continuidad, pero, en fin, fui aplicando mis posibilidades en una orientación que ya venía de antes.

—*En todo esto le sirvieron de mucho sus conocimientos anteriores, sobre todo de topografía.*

—Claro todo está relacionado, lo que me ha servido mucho en la arqueología es la artillería; como oficial de artillería hay que tener, en primer lugar, el sentido del terreno y de la observación de lo insólito. Eso se aplica a lo mismo: a tener una idea de dónde puede estar un yacimiento arqueológico en relación a la totalidad del paisaje, dónde pueden estar localizadas las trincheras enemigas que uno tiene que batir. Y lo insólito, eso de ver que hay una agrupación de matorrales en un paisaje donde no hay matorrales tan concentrados. Porque hay matorrales que crecen en las piedras de las ruinas, puede ser que sí o que no y resulta que uno se acerca y hay tepalcates por ahí. Lo mismo se descubría oteando el horizonte en el frente enemigo. Uno descubría allí una mancha aislada, o un montón de ramas o unos arbustos que no tenían porqué estar allá y que podían ser el camuflaje de una batería enemiga.

Otra cosa, estuve un periodo de ayudante de campo del comandante general de artillería del Ejército del Este, acompañándole en sus visitas de inspección a las baterías en el frente y adquiriendo ese sentido del paisaje integral.

Y los mapas, el cuarto de mapas, esa visión de conjunto que el mapa da. Después fui herido y al salir del hospital fui transferido a un puesto como oficial en la oficina de información de artillería. Lo cual quiere decir que mi misión era recibir las partes de las unidades en el frente donde se habían situado los emplazamientos de artillería enemiga y hacer un resumen de eso y lo que podría significar en términos de las intenciones del enemigo, todo eso, además poniéndolo en un mapa. Con esta visión, conforme mi carrera se desarrolló, contribuí a convencer a mis estudiantes y colegas de la necesidad de estudios de área, que no de sitio. Lo que presenté ayer sobre el paisaje del área azteca, muchos de los conceptos, de la visión integral, la adquirí en el cuarto de mapas de la comandancia general de artillería del Ejército del Este. De manera que comencé a utilizar la fotografía aérea cuando tuve que salir de México.

—*Como su experiencia profesional, intelectual, académica, es un conjunto de muchas especializaciones, y resultados también son interdisciplinarios. ¿Qué opina de esta formación que nosotros estamos recibiendo, mucho más parcelada?*

—Puede ser que esta fragmentación quizás sea inevitable, por la explosión de información y de desinformación. Porque mucho de lo que se publica sería mejor que no se publicara. Ciertamente en arqueología y en cualquier disciplina hay subdisciplinas, la cantidad de información que uno tiene que absorber, como estudiante de arqueología o como participante, para estar al corriente, es enorme. En nuestro tiempo, era mucho más limitada la información y aún más en la generación anterior.

Prácticamente todos los antropólogos tenían alguna práctica, no sólo conocimiento libresco, de por lo menos tres de las subdisciplinas, lingüística, arqueología y etnohistoria. De los grandes de aquel tiempo, de una o dos generaciones anteriores a la mía, como Kroeber, por ejemplo, que había excavado en Cuicuilco, tenía trabajo en Perú y también de lingüística. Pero la fragmentación limita muchísimo porque los estudiantes tienden a aprender teoría y metodología de una manera más bien libresca y eso en una sola disciplina. Bueno, no hay remedio. Un remedio sería pensar en el equivalente a lo que sucede en el ejército, donde hay una escuela militar subdividida en varias ramas, según el arma. Porque se requiere especialización, pero hay una escuela de esta-

do mayor o escuela militar general para la formación de mandos más altos, para mantener la unidad de las cuatro armas. La fórmula prusiana, del estado mayor general que se forma en doctrina militar, en nuestro caso sería teoría.

—*Esto se relaciona con una discusión actual en El Colegio de Michoacán en torno al doctorado. Discutíamos si debería ser más bien un doctorado en ciencias sociales en sentido amplio, donde se vieran varias disciplinas afines. El doctorado, que generalmente es la superespecialización, fuera al revés.*

—Claro. Es la idea de la escuela militar general o de la academia de estado mayor. Está al revés, de cabeza para abajo. Comienzas con los cursos generales, es evidente y después, cada vez te vas especializando más y más. Yo por ejemplo no tengo ni la maestría; No me he preocupado de sacarla. Había terminado un montón de materias pagadas en la escuela, mucho más de las necesarias, pero vino la beca y cuando regresé me faltaba una materia del primer curso general que pasé, pero había dejado pendiente porque tenía que salir al campo antes de que terminara el curso. Después cuando regresé y pensé pasar las formalidades de la maestría resultó que ya había cambiado el programa y tenía que tomar varios cursos más, entre ellos los que yo mismo había enseñado. Bueno, ya no me preocupé y no me he preocupado. De manera que mi posición en Estados Unidos es especial, porque los requerimientos son del doctorado o *equivalent qualification* y a mí no me han contratado como profesor con equivalencia. Esto lo requieren para los catálogos, donde ponen los datos de cada uno. A mí el único título que me ponen es el de bachiller en ciencias, que es lo que vi en España...

—*Bueno, volvamos, dejó México en 1955.*

—La razón de mi salida de México fue que me había peleado con el mandamás, que era Caso. Mi carácter puede haber sido parte de falta mía, no lo creo así, pero mi carácter puede ser bastante antagonista, en fin, me puedo pelear. Pero la pelea fue simplemente por una cuestión que llamaría, en cierto modo, libertad o más bien igualdad académica. Una cosa es la jerarquía administrativa, profesional, pero esa jerarquía no debe imponer interpretaciones. Caso era una persona muy autoritaria, era parte del sistema en su tiempo y aparte también personalmente.

El había organizado la Sociedad Mexicana de Antropología

y organizaba las mesas redondas. Y desde la primera, las mesas no fueron redondas, tenían una cabecera y allí estaba Caso. Yo asistí a la primera que fue sobre Teotihuacan, los toltecas y Tula, y ya percibí la ignorancia de lo que estaba discutiendo. Cuando otras personas presentaban puntos de vista diferentes sobre la cuestión si era Teotihuacan o Tula... Caso no decía nada, pero tomaba posiciones; había discusión, pero una vez que Caso intervenía y tomaba una posición ahí se acababa la discusión. Lo que decía Caso se aceptaba, aunque fuera a regañadientes, por su posición. Caso había hecho mucho por mí, me tenía aprecio, hasta el punto de pasarme su curso de arqueología. Pero en la mesa redonda de Jalapa en 1951 sobre totonacas y olmecas, el joven Sanders que había venido a México y, en fin, yo le había aconsejado sobre la tesis y su preparación, presentó un trabajo de interpretación ecológica, sobre las diferencias socioculturales, demográficas, en la costa del golfo y el altiplano, muy impresionante. Para mí, es el mejor trabajo de Sanders. Lo habrá igualado quizás, pero no lo ha mejorado para mi gusto.

De manera que Sanders lee este trabajo —en cierto modo era una especie de manifiesto—, sin pretenderlo conscientemente, pero que yo, Pelerm y demás del grupo, lo presentábamos como una especie de manifiesto. De manera que lee el trabajo, no sé si hubo algún comentario pero se levanta Caso y dice: “bueno, todo eso estará muy bien, pero es muy teórico, la realidad es que la civilización mesoamericana comenzó en la costa del golfo con la olmeca”. Silencio... ya se iba a levantar la sesión, y pido la palabra: “Un momento, en primer lugar la discusión de la cronología de los sitios olmecas de la costa del golfo viene en la siguiente sesión. Discutamos este asunto por sus propios méritos”. Caso respondió violentamente, yo respondí no creo que tan violentamente porque, sea como sea, era un jefe, pero en fin, quizás violentamente y nos enzarzamos... Al terminar, entre otras cosas, un colega, Gordon Willey, que estaba sentado junto a mí, me decía: “es que no entiende cuál es la cuestión, que lo que él entiende por civilización...” no entendía que estábamos hablando de densidad de población, de urbanización, de la revolución urbana. Efectivamente no entendía, tenía otro enfoque. Bueno, parece que creía que yo tenía la idea de que Teotihuacan era el

origen de todo, o algo así. Por eso dijo: “pensar que el valle de México fue siempre centro de todo porque ha sido centro con los aztecas. No porque ha sido centro con los aztecas. No porque en épocas más antiguas, por ejemplo Monte Albán, claro que estaba floreciente, tenía escritura y demás”. “Pero, doctor Caso, Monte Alban está en los altos, no en la costa del golfo”. El secretario o presidente de la mesa que era Borbolla, se quedó con la boca abierta y dijo: “se levanta la sesión”. Bueno, con Caso siempre nos habíamos llevado muy bien y yo digo la discusión no creo que fuera irreverente sino que estaba defendiendo la libertad de discusión. Era una mesa redonda por lo menos de nombre. Cuando esa noche nos encontramos en el hotel, él bajaba la escalera y yo subía, y lo saludé, “buenas noches maestro” o algo así, y pasó sin mirarme.

Bueno, después, cuando me propusieron que redactara el programa preliminar de Mesoamérica, en ese proyecto de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia en el programa de Historia de América, establecido bajo la dirección del doctor Silvio Zavala, Caso me vetó.

Eso llevó a una justicia poética, porque algún tiempo después el doctor Juan Comas, que había sido nombrado coordinador para el periodo indígena, vio que como él no era arqueólogo, no podía coordinar los programas parciales y tuvo un momento de crisis, porque ese programa tenía que presentarse en una reunión interamericana. Carlos Bosch García, que era el secretario de la comisión de historia, que había quedado a cargo de ella porque el doctor Zavala estaba en Europa, me preguntó si podía hacerlo, pero se estaba buscando un lío. Me dijo que él se las arreglaba por ser un caso de urgencia. De manera que en vez de hacer uno de los programas parciales, el veto de Caso me sirvió para una posición más importante, de más prestigio.

Sentía que las puertas se me cerraban, aunque no me echaran. En eso me ofrecieron ir como profesor visitante por un año a un *college* de los Estados Unidos y al mismo tiempo me ofrecieron un puesto de experto. El gobierno del Ecuador había pedido a la UNESCO un técnico en conservación de bienes culturales y monumentos arqueológicos. El representante del consejo que decidía estas cosas, que era director del Museo de Harvard fue el

que dio mi nombre. En parte porque sabía, entre mis colegas americanos, que mi pelea con Caso me estaba cerrando las puertas en México y que necesitaba un apoyo.

Les dije que tenía contrato por un año, pero que si me esperaban yo estaba dispuesto. Fui a los Estados Unidos y enseñé en el *college* durante un año. Después de eso tuve el contrato de la UNESCO para el Ecuador. Me pasé tres años, el contrato original era por tres meses, pero me lo renovaron, hasta que yo dije que si el gobierno no ponía los fondos para llevar a cabo el programa que yo había propuesto, mi puesto aquí no servía para nada, se estaba perdiendo el tiempo y el dinero. Ya para entonces, yo había renunciado a mis puestos en México y ya no se podía volver. Lo mismo le pasó a Kirchhoff, que vio cerrarse las puertas por diferentes razones y no regresó a la escuela de antropología. Lo echaron de los Estados Unidos por causas políticas, después de estar siete años allá, probablemente lo descubrieron, por denuncia de Wittfogel, en fin... porque había sido miembro del Partido Comunista Alemán y que eso no lo había declarado. Después de un año sabático, al regresar a su puesto en la Universidad de Washington, le dijeron que si regresaba iba a ser molestado por todos. Volvió a México, pero el instituto no le dio puesto. La universidad, donde nunca había trabajado antes, lo acogió. De manera que yo sabía que las perspectivas de regresar a México en esa situación no eran buenas. Mis colegas americanos lo sabían y me ofrecieron puestos allá. Me ofrecieron un puesto de visitante, porque no tenía plaza fija, por un año en la Universidad de Michigan. Estando allá, la Universidad de Southern Illinois que era nueva y buscaba prestigio, se había creado en esos años de auge de la educación, en los años de las vacas gordas, antes de las vacas flacas que vivimos ahora. Bueno, tenían un puesto de nivel más bajo, *assistant professor*, para arqueología de Mesoamérica. El doctor Griffiss, que me había llevado a Michigan, les dijo que yo podía aceptar el puesto si podían elevarlo a una categoría más adecuada y así lo hicieron; era un puesto permanente.

Ahora, Southern Illinois, tiene un clima infernal, la gente es muy amable pero muy provinciana, en fin, un lugar muy aislado, a 500 kilómetros de Chicago, no es ni norte ni sur ni este ni oeste. Hubiera seguido allá; además por razones personales esos fueron

años difíciles de mi vida. Bueno, estando allá, pensé en volver a México pero ya con fondos para hacer excavaciones en La Quemada, era un proyecto de estudios de la frontera norte de Mesoamérica, con fondos de la National Sciences Foundation en el año 1963. En 1965 comencé el estudio de las chinampas fósiles, con fondos de la misma fundación. Al mismo tiempo me ofrecieron un puesto de visitante, con la remota posibilidad de hacerlo permanente, en la Universidad de Chicago, de gran prestigio, que yo acepté por razones personales. Estuve de visitante allí tres años, pero no me dieron el puesto permanente. Durante ese tiempo venía cada año a México, para temporadas de seis meses porque, eso sí, la universidad era generosa entonces.

Con el tiempo me dieron algunos trimestres libres aparte de las vacaciones de verano para desarrollar mi investigación sobre el paisaje agrario azteca, pero yo necesitaba un puesto permanente.

Por medio de Pedro Carrasco me ofrecieron un puesto en la Universidad de Stony Brook, me fui pensando terminar mi carrera allá. La situación de la universidad era especial, ni era rural o provinciana, ni urbana, ni siquiera suburbana, al margen de esa gran megalópolis de Nueva York, estar cerca de Manhattan, pero tardar dos o tres horas para llegar.

Entre tanto, en la Universidad de Chicago había planes de expansión, se pensaba crear un programa de doctorado; mi mujer es lituana, llegó como refugiada de Chicago de muchachita y era su centro, sus padres viven allá. Cuando le pregunté me dijo que eligiera lo que a mí más me conviniese pero claro, que le gustaría ir a Chicago. Ya con eso y siendo indiferente para mí, ella se merece esa consideración. De manera que acepté y allá estoy hasta que me retiren, que será este año y el siguiente año académico.

En términos de desarrollo intelectual, a partir del año 1955, desde mi salida de México, cuando yo comencé a trabajar en fotografía aérea y la ampliación que esto dio a mi perspectiva, no he hecho más que continuar. Hay una cosa nueva, quizás, y que no es arqueología. Es que cuando me introdujeron al programa ya en marcha de la Historia de América en la forma que le dije, había habido una serie de reuniones interamericanas preparatorias y habían descubierto que en los programas preliminares, que

habían preparado y publicado en Cuba sobre diferentes regiones y periodos, en los programas coloniales, por no decir ya en los nacionales, el indio desaparecía. Es decir, que el programa de historia del periodo indígena no terminaba con la conquista. De manera que el coordinador del periodo indígena tenía que tener en consideración lo que le sucedía a los indios después. Cuando por renuncia de Comas, me pasaron a mí la coordinación del programa, me la dieron ya con esas directrices. De manera que yo, que hasta entonces había terminado mi interés más o menos con Cortés en 1521, tuve que seguir adelante.

—*Sus años en México fueron sumamente fecundos, fueron pocos, pero marcaron las líneas fundamentales de todo su trabajo. Luego viene una etapa de consolidación o desarrollo, pero no se gestan tantas cosas como en estos primeros años. En México plantea todos los puntos fundamentales que después va a desarrollar. ¿No piensa usted que en Estados Unidos las condiciones están dadas para estudiar, para reposar, pensar, pero faltan incentivos, inquietudes, preguntas, problemas? Pareciera que el ritmo académico es menos sugerente, menos fértil.*

—Bueno, en parte sí, pero depende. Aunque la observación que usted ha hecho es correcta, pues es más personal, fue mi propio sentimiento personal, que me llevó a considerar como más importante el pensar que el hacer. Pero de todos modos lo que yo considero uno de mis trabajos más importantes, no sé cómo lo considerará la posteridad, es el de las chinampas y se hizo de 1965 a 1970.

—*Pero todo lo del riego lo había planteado desde antes.*

—Claro, pero incluso en esto de plantear, el desarrollo de mi preocupación se puede resumir con el lema “la historia de América en perspectiva antropológica”, claro que puede decir que ya comenzó en 1954, cuando empezó el programa, pero de todos modos esto es normal en la vida. Entre otras cosas porque llega un momento en que uno ve que el fin se acerca y, más que iniciar caminos nuevos, tiene todavía uno tantos cabos que atar que cuantos más caminos se van desarrollando más se complica. Hay algunos colegas del tipo de arqueólogo de safari que lo que les gusta es el *hobby*, pero de lo que se trata es de desarrollar líneas de investigación y llega un momento en que uno hace examen de

conciencia y dice: mejor no me meto en cosas nuevas, porque tengo ¡tanto que hacer! Ahora yo tengo tres o cuatro bollos en el horno y que se van a quedar un poquito crudos.

Aparte de eso, hay que precisar los periodos. Por ejemplo, en Southern Illinois, mi puesto era de conservador en el museo de antropología, era sobre todo un puesto de investigación y durante ese año trabajé en mi propio beneficio, ordenando las fechas de radio carbono para Mesoamérica y viendo qué contradicciones había. La otra mitad del tiempo era profesor en el departamento de antropología, daba pocos cursos y me parece que fueron todos para graduados.

En Michigan hacía lo mismo, tenía a mi cargo el museo y tenía algo de contacto con los estudiantes, entre ellos uno de los que yo ayudé a formar fue Phillip Weagan, que es arqueólogo y trabaja en Guadalajara, se casó con una mujer de Etzatlán y ha estado trabajando en la arqueología de Etzatlán y en la etnología de los huicholes.

Mis tres años de visitante en la Universidad de Chicago fueron en el departamento de graduados y en aquel tiempo había una selección muy selecta, valga la redundancia, porque el departamento de antropología de la universidad tiene un gran prestigio, que comparte con Berkeley. En aquel tiempo se recibían entre 200 y 250 solicitudes y teníamos comités para clasificar a los candidatos por categorías. Y digo que ya eran algo selectas porque los que no tenían muy buenas calificaciones no se atrevían a presentarse y de esas se aceptaban 35 y finalmente se limitaba el cupo a 40. De vez en cuando se colaba algún burro, porque en un *curriculum vitae* las calificaciones no siempre dicen lo que se es. Hay gente muy buena para sacar diez, pero cuando se trata de usar la cabeza en la forma en que se requiere para un estudiante graduado, no dan. Además la Facultad de Antropología era muy numerosa, unos 25 maestros. Cuando yo salí de Southern Illinois y me iba a Chicago lo comenté con un estudiante que se asombró y me dijo que allí todos eran genios, “un momento, le dije, hay genios y visitantes y yo soy visitante”.

Pero de esos 25, la mitad no estaban allí porque en eso la universidad era tremendamente generosa. Así, cuando nos reuníamos y preguntábamos dónde está fulano, que está en Marruecos

y zutano en la India. La teoría era que los cursos no importaban tanto, era el ambiente, el caldero y había que poner a estos estudiantes en un ambiente de comunicación. Ahora eso ha cambiado, la facultad entre otras cosas ya no tiene esa libertad de investigación que tenía antes, porque estamos en tiempo de vacas flacas. Ahora hay que dar gracias a Dios si se llena el cupo con los solicitantes que pueden pagar el costo, que son del orden de los 8000 dólares por curso académico. Muy poca gente puede pagar eso, si tienes el dinero no *questions are*. De manera que ha cambiado. Un colega prehistoriador, que trabaja en las cuevas del norte de España y que vamos a enseñar juntos en un seminario, dice que la calidad de los estudiantes ahora es muy baja.

Aparte de eso, en Stony Brook, estuve de 1968 a 1972. El departamento de antropología tenía *under graduate* y *graduate* y ahora se está discutiendo el sistema donde el estudiante se forma su propio programa. Hoy se está discutiendo a dónde nos ha llevado eso. Pero en fin se dan cursos de antropología a nivel *college*, que son cursos generales, con la esperanza de engatusar a algunos de los estudiantes a que hagan su *major* en antropología porque de esto depende que no nos recorten más el presupuesto del departamento. El número de cabezas de ganado que puedes presentar es lo que cuenta a la hora de la distribución. Yo por lo general no enseñaba a este nivel de principiantes salvo algún curso de introducción a la arqueología.

Luis Faro estaba aterrado de la posibilidad, habiendo convenido a las administraciones de la necesidad de desarrollar ese programa de doctorado, de que no hubiera un número suficiente de solicitudes y la administración le pudiera decir algo. Se admitía a todo mundo, la demanda era un poco menos de lo que se había esperado, simplemente por la localización. Por buena que sea una facultad lleva algunos años, como todo, para tener prestigio. Los estudiantes que tuvimos allí fueron becados de partes bastantes distantes, incluyendo un chileno, que había pasado por México y un venezolano.

La Universidad de Illinois de Chicago, tiene un departamento de antropología y de sociología independientes. Y se pensó desarrollar un programa de estudios graduados, todavía era el tiempo de las vacas gordas y había bastante demanda. A mí me contrata-

ron para reforzar el doctorado, pero eso coincidió con el inicio de la crisis económica y la crisis demográfica. Demográficamente el periodo de expansión había terminado, la generación de los niños que nacieron después de la guerra, que eran de tres o cuatro hijos, era bastante abundante. Pero después ya durante los setenta, vino la baja. Además hubo una tremenda expansión de la educación superior, lo que la afectó por la inflación de los grados. Para muchísimas ocupaciones antes de la guerra, el diploma de *high school* era perfectamente aceptable y en términos de educación, suficiente. Luego empezaron a dar preferencia a los que tenían bachillerato lo que llevó a la producción en masa.

En nuestro departamento la calidad de los graduados tiende a ser baja, los hemos tenido buenos, pero también los tenemos de muy baja calidad. En parte por eso, por el fallido desarrollo del programa. Un estudiante capacitado ¿para qué va a ir a un departamento donde no puede sacar más que la maestría? Con la maestría en antropología no se hace nada profesionalmente. Muy poquito, ser profesor de ciencias sociales en *college*.

Hemos tenido algunos estudiantes buenos, alguno en arqueología y especialmente en antropología física porque teníamos una buena planta. Aunque esto también se está erosionando. Tenemos unos pocos graduados de maestría que los hemos podido recomendar y colocar, creo que uno fue a Columbia, otro para Harvard. Pero, es un programa trunco. Hay otra cosa, hubo que convencer a los legisladores del estado que tienen que votar por el presupuesto y no estaban muy convencidos. Porque la Universidad de Illinois, establecida inicialmente en 1867, tenía una tendencia más bien práctica, agricultura y demás, para las nuevas tierras; de ahí que la escuela de agricultura sea muy buena. El *campus* está en una conurbación de dos pueblos, en el centro del estado. La justificación social de establecer otro departamento de antropología, porque somos dependiente de la Universidad de Illinois, era ofrecer la posibilidad de estudios avanzados en antropología a estudiantes metropolitanos de Chicago, de medios económicos limitados, que tienen que trabajar antes de tiempo. Pero eso quiere decir, junto con la falta de desarrollo del programa, que recibimos muchos estudiantes y que no tenemos que tener un criterio de selección demasiado cerrado, porque no estaría-

mos cumpliendo con nuestra función social. Muchos de los estudiantes vienen con la idea de mejorar sus sueldos de profesores de secundaria.

De manera que esa es la situación del estudiantado y los programas en los Estados Unidos.

—*Me surgió una especie de reflexión metodológica con respecto a su estudio de las chinampas. Primero estudiar lo conocido, lo que se puede conocer, lo vivo y luego pasar a los fósiles. Hay algo de eso en su metodología.*

—No sólo eso, la recomiendo. Y no solamente para la investigación sino hasta para la enseñanza, cuando hay proyección histórica. Eso lo recomiendo teóricamente, pero no soy un docente por vocación. Mi vocación es la investigación y la docencia la tengo que mantener por obligaciones. El curso de arqueología, de desarrollo de la civilización en México, debería comenzar con los aztecas e ir hacia atrás hasta los orígenes. Pero lo que se hace, por ejemplo, en muchos textos y yo lo he hecho también en algunos de mis cursos, es hacer una introducción que es en realidad de etnohistoria —el panorama de Mesoamérica en la época de la conquista— y se salta al mero comienzo de la domesticación de plantas. Y si no se hace así se comienza con el cultivo de plantas, el complejo agrícola básico de Mesoamérica. En fin, como mucho de lo que tenemos que interpretar son restos arqueológicos, que siempre son muy parciales, tenemos que llenar, tenemos que explicar saltando constantemente hacia la analogía, que puede ser falsa. Porque digamos, el sistema religioso azteca: que Tláloc era dios... presentando la cosa de abajo para arriba, de lo más antiguo a lo más reciente, entonces tenemos que ubicar los primeros indicios de Tláloc, pero con la idea preconcebida, acerca de las raíces del concepto de Tláloc entre los aztecas, porque para la explicación tenemos que aplicar la plantilla mental. De hecho, yéndome a los comienzos de la agricultura en Mesoamérica, en el congreso de americanistas de España de 1964, cuando asistí en persona, dije que sería más adecuado trabajar hacia las raíces que andarse por las ramas. Y para la investigación lo mismo. Los arqueólogos, y esto es bastante universal, tienden a buscar los orígenes más antiguos, de manera que para México, arqueológicamente sabemos más sobre los olmecas o sobre los comienzos

de Monte Albán, o sobre Teotihuacan, pero tenemos muy poca arqueología azteca propiamente dicha. No mucho sobre Tula, prácticamente nada para el centro de México. Nada en términos de poder presentar el desarrollo cultural para el periodo entre la caída de Teotihuacan y el florecimiento de Tula. Metodológicamente el proyecto que se malogró con la crisis de 1976 era que íbamos a planear, a planificar la investigación arqueológica de Michoacán a partir de los tarascos históricos. No se había formado el equipo. Pero la metodología era procurar comenzar con el periodo más reciente. Si no pasa como lo que a un grupo de jóvenes estudiantes graduados que trabajaban en un proyecto dirigido por un distinguido y competente colega, en una región para la cual no se había establecido una sucesión cerámica. De manera que al comenzar el muestreo de superficie, el reconocimiento general del área, había tipos de cerámica que se podían situar por referencia a series de fuera del área. Andaban perdidos porque no había una cronología. Es un área en la cual la *Relación geográfica del siglo XVI* da una lista muy detallada y señala una cabecera muy importante, con un gran número de sujetos. Una lista muy larga de pueblos que no da los nombres indígenas, pero da los nombres de las iglesias, lo cual ayuda más quizás, porque tienes el final de la serie indígena y se puede ir más para abajo. Comenzar por lo más reciente en vez de empezar por lo más antiguo. Por ejemplo, en la arqueología en México, comenzar por buscar basureros que contengan material con muestras españolas e indígenas, ahí tenemos el final de la serie indígena y de ahí poder ir para abajo.

Mire lo que se hizo hace poco en Cholula, en las excavaciones para hacer arqueología urbana, porque es probablemente el lugar poblado más antiguo de toda América. Coincidiendo con los comienzos de Teotihuacan, con los comienzos de la época cristiana, ya Cholula debía haber tenido alguna importancia y no conocemos más que la pirámide, desgraciadamente. Pero en fin, tomando esto como índice, la pirámide que está cubierta por todas esas superposiciones cuyo resultado final es la gran pirámide de Cholula, indica que el pueblo tenía su importancia. Después en el interior de la pirámide que fue explorado por medio de túneles, se ven las superposiciones sucesivas que reflejan que existía

una comunidad bastante importante, contemporánea con el desarrollo de Teotihuacan.

Después el gran periodo parece seguir las descripciones de Teotihuacan, pero el caso es que Cholula estaba ocupada, era una ciudad importante en 1519; de hecho los españoles la reconocieron como el primer centro urbano que encontraron en las américas. Porque, desde luego no había centros urbanos de este tipo en las Antillas, incluso en la costa del golfo, la cabecera de Tlaxcala tenía la peculiaridad de estar dividida en cuatro partes, de manera que tampoco se veía. Pero llegar a Cholula y en la segunda carta de relación, Cortés informa al rey del gran mercado de Cholula, que había pordioseros, mendigos pidiendo limosna y creo que menciona también prostitutas, ladrones. Lo mismo que en otras partes donde hay gente de razón. Esa es la descripción de Cortés de las manifestaciones urbanas y que todavía siguió durante la colonia porque era un pueblo indígena muy importante.

Al punto que quería llegar es que, en Cholula, cuando se dispuso de fondos para una investigación lo que querían hacer algunos de los arqueólogos jóvenes que primero dirigieron el trabajo, era una investigación integral del patrón urbano. Pero vinieron los tradicionalistas y los políticos, el gobernador, y dijeron que no, que lo que interesaba era la pirámide y claro se perdieron en toda esa complejidad de superposiciones interesantísimas, la variedad de estilos y demás. A un lado de la pirámide, descubrieron una zona muy extensa de cimientos, de lo que indudablemente eran casas habitación. Cuando lo vi, durante una visita que hice en ese periodo a Cholula, unos dos años después para ver las excavaciones, todo eso lo habían levantado. Aparentemente sobre la base de que era colonial, en fin que era después de la conquista, porque había elementos hispánicos allá. Entonces eso ya no es arqueología. Ese es el criterio que rige, en lugar de tomar la época de contacto como base, como clave, como nivel de referencia.

—¿Cuáles serían los puntos de relación que usted estableció entre el conocimiento previo que tuvo de las chinampas vivas y luego con los restos de chinampa?

—Las chinampas que han perdurado son antiguas, se ha reducido el área de chinampas a partir, probablemente, no del siglo XVI sino del XVII, porque durante el siglo XVI, después de la conquista,

pueden haber estado todavía en expansión. Pero en fin, las relaciones, los ejes del sistema, las alineaciones y demás se conservan todavía. En algunas partes ya borrado, como toda parcelación que comienza regular, después en trasposos por herencia, o esto o lo otro, pues una media parcela se va para allá y resulta un patrón irregular. Pero en fin, uno puede trazar ejes de canales antiguos que continúan con los canales todavía en uso en Xochimilco y en otras partes de chinampas. En cuanto a la cosa más general, para el conocimiento de las necesidades, de las ventajas de la construcción de los camellones de poca anchura —la longitud no importa, pero de poca anchura, para facilitar la infiltración del agua— son esenciales las explicaciones de los chinamperos acerca de la necesidad de mantener el nivel de las chinampas para la infiltración del agua y la humedad. Porque con la fertilización o adición de suelo nuevo, con el lodo de los canales, va aumentando la altura y llega un momento en que tienen que rebanar la chinampa, porque si no la cosecha no será igual ya que la humedad no se filtra al nivel de las raíces. No son tan explícitos, pero lo saben muy bien. Es un trabajo que les duele tener que hacerlo, porque es un trabajo improductivo, barriendo, rebanando la parte sobrante, pero que es necesario.

Hay que saber por lo tanto, no dónde sino cómo interpretar las sombras en las fotografías aéreas de las zonas de chinampas que se han comprobado con los pies.

—Don Pedro, nuestra generación tuvo como maestros a Ángel Palerm y sus discípulos. Y vemos que muchas de sus preocupaciones iniciales, fueron continuadas por ellos, todo esto de la cuestión hidráulica, la guerra, la problemática de la urbanización, la importancia de la etnohistoria. ¿Cuáles serían las relaciones entre su producción y la de Ángel Palerm, sus puntos de contacto?

—En un principio bastante estrecha, yo me pondría simplemente como el que señala la dirección, yo pude haber sido el iniciador de esas cosas, por la diferencia en formación simplemente porque me metí en antropología unos pocos años antes. Pero como ya dije esos años se fueron constituyendo como muy fructíferos en la historia de la antropología. No faltaron influencias mutuas y también di-gamos ideas, o el eco, la réplica a las ideas. De manera que hay que pensar en ese grupo, en esos seminarios, a partir de mi regreso de los Estados Unidos; después de la beca —de 1948 a 1951— que

creo que fue el año que se fue Palerm y también Sanders, que habían terminado su trabajo, Wolf también. El grupo incluía, no todos al mismo tiempo, pero con muchas relaciones, a Palerm, Sanders, Wolf, José Luis Lorenzo, Molins y algunos otros. Fueron varios seminarios, no sé si se conservarán en la escuela de antropología los programas de aquellos años. El título de los seminarios no lo recuerdo. Parece que lo conservan, porque en aquel tiempo publicaban un folletito con lo que se hacía durante el año. Uno de esos era sobre la guerra; el director de la escuela, que en ese tiempo era Dávalos, me lo pidió.

—*¿Cuáles eran las corrientes teóricas predominantes en ese tiempo en la ENAH? Kirchhoff fue un poco el impulsor...*

—Sí, es el que daba el tono en antropología cultural. Porque el resto de los profesores que había no tenían, no digo la educación pero sí la amplitud de miras teóricas. Digamos, Jiménez Moreno conoce muchísimo pero no le preocupa y quizás hasta la repele, creo, la teoría. Realmente el que nos introdujo a todos a la teoría antropológica, teoría etnológica, fue Kirchhoff. Él nos presentaba diversas escuelas. Claro algunas de esas escuelas eran ya caducas en su tiempo y nos lo decía. Veíamos los principios básicos del difusionismo, etcétera.

—*Ahí, entonces surgiría esta preocupación de Ángel Palerm por la teoría etnológica.*

—Sí, aunque Ángel no llegó a ser discípulo de Kirchhoff directamente, aunque la corriente siguió mucho más allá. Kirchhoff salió de la escuela y salió de México en 1946, pero pudo haber algo a través de otros.

Bueno, por ejemplo, mire usted, una preocupación de Ángel que yo no comparto es que creo que él se pasó de wittfogelismo. Yo no acepto la teoría de Wittfogel como se aplica a Mesoamérica y hasta como se aplica a China, a los orígenes chinos, porque parece que puede ser un buen análisis de la sociedad china de alguna dinastía ya madura, pero no para aplicarla al origen. Bueno, eso sería toda una historia.

Quien me introdujo a mí a Wittfogel fue Kirchhoff. En uno de los cursos habló algo de la relación entre sistemas de cultivo y agua. Nos mencionó la obra en alemán y creo que había sido maestro de

Kirchhoff. Wittfogel, creo que todavía vive, pero debe ser muy viejo ya, era unos cinco años mayor, una relación un poco como la mía y la de Palerm. Un poquito más viejo, pero que había alcanzado a ser, por esa diferencia de una generación académica, su maestro o su tutor. Creo que habían tenido esta relación. Aquí se hizo una traducción al español, a máquina, de un artículo de los más fundamentales de Wittfogel, en cuanto a concepción de la teoría que se publicó en una revista alemana, pero publicada en Francia. Este artículo fue mi introducción a Wittfogel y de Pedro Carrasco también.

De manera que cuando Pedro Carrasco el año de 1945 o 1946 fue a la Universidad de Columbia para hacer el doctorado, yo llegué en 1947 con la beca Guggenheim. Me dijo Pedro que había hablado del trabajo que estaba haciendo, sobre regadíos en Mesoamérica, a Wittfogel y que quería conocerme. De manera que arregló una cita para ir a comer a un restaurante chino. Luego Wittfogel me invitó a visitarle en su oficina y yo le llevé todas las fichas que había hecho sobre regadío y quedé muy entusiasmado y me dijo: "Hombre, mire usted, he estado trabajando con eso, pero usted indudablemente ha utilizado otro tipo de fuentes y además conoce directamente la región". En fin, me propuso colaborar, porque estaba trabajando en un libro y me decía que trabajando sobre eso había acumulado demasiado detalle sobre Mesoamérica, pero vio que no tenía la información mía. Él había utilizado las fuentes generales, los códices. De manera que me propuso una colaboración de la cual yo me excusé, en mi concepto muy hábilmente. Entre otras cosas, porque en primer lugar la aplicabilidad de su teoría, de la sociedad oriental a Mesoamérica, ya entonces con menos conocimientos, no me parecía, aunque él quería convencerme. Y porque además ya Pedro Carrasco me había puesto en antecedentes: "ten cuidado, porque este tipo es un explotador". Tenía un montón de chinos trabajando como chinos, haciéndole el trabajo, para que el maestro pudiera pensar. No es que les robara el trabajo, pero tenía una serie de esclavos para la producción básica para que el maestro no tuviera que ensuciarse las manos. De manera que me excusé, con la manifiesta mentira de que por mis obligaciones con este proyecto de la Guggenheim, no podía comprometerme en otro trabajo. Lo cual

como ya le dije era mentira, porque la fundación no me puso condiciones.

Y yo fui el que introduje a Palerm a la obra de Wittfogel. Y cuando Palerm fue a Estados Unidos a la Unión Panamericana le di la dirección para que viera a Wittfogel. En fin.

BIBLIOGRAFÍA

- 1944 "Sobre la cronología de Teotihuacan", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 301-304.
- 1944 "Exploraciones recientes en Teotihuacan", en *Cuadernos Americanos*, núm. 4, México, pp. 121-136.
- 1944 "Oztuma, Gro., fortaleza de los mexicanos en la frontera de Michoacán", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 3, México, pp. 165-175.
- 1944 *El problema de la cerámica anaranjada delgada*, México, Escuela Nacional de Antropología, publicación núm. 1.
- 1945 "Expediciones en el occidente de Guerrero, febrero-marzo 1944", en *Tlalocan*, vol. II, núm. 1, México, pp. 73-85.
- 1945 "Los dioses de Teotihuacan", en *Anales de Instituto de Etnología Americana*, vol. VI, Mendoza, Argentina, Universidad Nacional de Cuyo.
- 1945 "Pedro R. Hendrich, por tierras ignotas" (reseña), en *América Indígena*, vol. V, núm. 3, México, pp. 258-261.
- 1945 "John M. Longyear III, Archaeological Investigations in El Salvador" (reseña), en *América Indígena*, vol. V, núm.4, México, pp. 342-344.
- 1946 "Los Olmecas-Xicalanca y los sitios arqueológicos del suroeste de Tlaxcala", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. VIII, México, pp.137-145.
- 1946 "Alfred Métraux, nota etnográfica sobre los indios matak del Gran Chaco argentino y estudios de etnografía chaquense" (reseña), en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, México, pp. 182-184.
- 1946 "Carrie A. Lyford. Iroquois Crafts, y Ruth Underhill, Pueblo

- Crafts" (reseña), en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. VIII, México, pp. 179-180.
- 1946 "J. Alden Mason, Costa Rica Stonework" (reseña), *Ibid.*, pp. 192-194.
- 1947 "La serpiente emplumada. Quetzalcóatl y Tláloc", en *Cuadernos Americanos*, núm. 3, México, pp. 161-178.
- 1948 "A Sequence of Cultural Development in Mesoamerica", en *A Reprisal of Peruvian Archeology*, núm. 4, Menasha, pp. 105 - 111.
- 1948 "Fortalezas mexicanas", en *Cuadernos Americanos*, núm. 5, México, pp. 143-163.
- 1948 "Arqueología del occidente de Guerrero. Provincias arqueológicas, cronología y problemas del occidente de México", en *El Occidente de México*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 74-76 y 213.
- 1949 "Notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica, cultivos de riego y humedad en la cuenca del río de las Balsas", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, vol. III, México, pp. 85-113.
- 1949 "Un pueblo de artesanos en la Sierra Madre del Sur, estado de Guerrero, México", en *América Indígena*, vol. X, núm. 3, México, pp. 237-244.
- 1949 "Alfred V. Kidder, The Artifacts of Caxactún, Guatemala" (reseña), en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. XI, México, pp. 198-208.
- 1949 "Arden R. King, Tripod Pottery in the Central Andean Area" (reseña), *Ibid.*, p. 208.
- 1949 "J. Eric S. Thompson. An Archaeological Reconnaissance in the Cotzumalhuapa Region, Escuintla, Guatemala". *Ibid.*, pp. 221-223.
- 1950 "Teotihuacan, Tula y los toltecas: las culturas posarcaicas y preaztecas del centro de México. Excavaciones y estudios, 1922-1950", en *Runa*, vol. III, Argentina, Instituto de Antropología, Universidad de Buenos Aires, pp. 37-70.
- 1950 "Pozuelos en peñas en el estado de Guerrero", en *Mesoamerican Notes*, núm. 2, México, México City College, pp. 118-124.
- 1950 (Robert West coautor) "Las chinampas de México", en *Cuadernos Americanos*, núm. 2, México, pp. 165-182.
- 1950 "Visita a Copán", en *Cuadernos Americanos*, núm. 4, México, pp. 143-152.
- 1950 "Isabel Kelly, the Archaeology of the Autlan-Tuxcacuesco area of Jalisco: I, the Autlan Zone; II, the Tuxcacuesco

- Zapotitlan Zone" (reseña), en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. XII, México, pp. 59-7.
- 1951 "Mesoamerican fortifications", en *Antiquity*, núm. 96, Newbury, pp. 77-86.
- 1951 "Tecnología, Formaciones socioeconómicas y religión en Mesoamérica", en *The Civilizations of Ancient America: Selected of the XXIX the International Congress of Americanists*, the University of Chicago Press, pp. 19-30.
- 1952 "Cronología de la cultura teotihuacana", en *Tlatoani*, núm. 2, México, pp. 11-16.
- 1953 "Aztecs", en *The Encyclopedia Americana*, vol. 2, Nueva York, pp. 692-693.
- 1954 "Maya", en *The Encyclopedia Americana*, vol. 2, Nueva York, pp. 462-463.
- 1954 "México: The Indian Groups", *Ibid.*, pp. 749-750.
- 1954 "México: Pre-Hispanic Art", *Ibid.*, pp. 785-789.
- 1954 "México, Prehistory and Pre-Hispanic History", *Ibid.*, pp. 814-820.
- 1954 "John M. Longyear III, Copan Ceramics" (reseña), en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. XV-XVI, México, pp. 107-113.
- 1955 "Periodo indígena. Introducción", en *Programa de Historia de América*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, Documentos IX, pp. 11-25.
- 1955 "C.G.S. Crawford, Archaeology in the Field", en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. XVII, México, pp. 47-50.
- 1955 "Sir Mortimer Wheeler. Archaeology from the Earth", *Ibid.*, pp. 81-84.
- 1955 "Alfonso Caso y otros. Métodos y resultados de la política indigenista en México", en *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. V, núm. 3, Washington, D.C., pp. 172-174.
- 1956 "Cronología y periodificación de la historia de la América Precolombina", en *Cahiers d'histoire mondiale*, vol. III, núm. 2, Neuchatel, pp. 463-503.
- 1956 "Land Reclamation and Soil Conservation in Indian America", en *The Future of Arid Lands*, Washington, D.C., American Association for the Advancement of Science, Publication, núm. 43, pp. 245-249.
- 1956 "Archaeology: Mesoamerica", en *Encyclopedia Británica*.
- 1956 (Coautores Angel Palerm y Eric R. Wolf) "A small Irrigation

- System in the Valley of Teotihuacan", en *American Antiquity*, vol. 21, núm. 4, Salt Lake City, pp. 396-399.
- 1957 "Hieroglyphics: Pre-Colombian American", en *The Encyclopedia Americana*, vol. 14, Nueva York, pp. 174-176.
- 1957 "Palenque", en *The Encyclopedia Americana*, vol. 21, Nueva York, pp. 140-141.
- 1957 "Tarascans" en *The Encyclopedia Americana*, vol. 26, Nueva York, p. 264.
- 1957 *Programa de historia de América Indígena (primera parte: América Precolombina)*, Washington, D.C., Unión Panamericana, Departamento de Asuntos Culturales, Ciencias Sociales, Estudios Monográficos VIII, p. 56.
- 1957 *Program of the History of American Indian (Part One Post-Columbian America)*, Washington, D.C., Panamerican Union Department of Cultural Affairs Social Science Monographs II, p. 68.
- 1960 *Program of the History of American Indian (Part two. Post Columbian America)*, Washington, D.C., Panamerican Union Department of Cultural Affairs, Social Science Monographs VIII, pp. 54.
- 1961 "Land Use in Pre-Columbian America", en *A History of Land Use in Arid Regions, Arid Zone Research XVII*, París, UNESCO, pp. 255-276. (Traducción francesa "Utilisation des terres arides dans l'Amérique pré-colombienne." Programme de la Zone Aride-XVII, pp. 279-303.
- 1962 *The Native Period in the History of the New World*, México, Pan American Institute of Geography and History, Publication 265, pp. XXXII, 212.
- 1962 *Programa de Historia de América: periodo indígena*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, publicación 266, p. LVI, 184.
- 1963 "Investigaciones arqueológicas en el estado de Zacatecas", en *Boletín del INAH*, núm. 14, México, pp. 16-17.
- 1964 "Northern Mesoamerica", en *Prehistoric Man in the New World*, Rice University Semicentennial Publications, The University of Chicago Press, pp. 291-329.
- 1964 "Hydraulic Civilizations", en *The UNESCO Courier*, 17th year, núms. 7-8, The United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization, pp. 60-62.
- 1964 "Condiciones, ambientes y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica", en *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda*, publicaciones del Seminario de Estudios

- Americanistas y el Seminario de Antropología Americana, Madrid, Universidades de Madrid y Sevilla, pp. 62-82.
- 1966 "Los orígenes del cultivo en el Nuevo Mundo: antecedentes y procesos de desarrollo", en *Actas y Memorias del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1, Sevilla, pp. 175-180.
- 1968 "Urban Revolution III, The Concept of Civilization" en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 16, Nueva York, Crowell Collier and MacMillan, Inc., pp. 218-221.
- 1968 "William M. Denevan, The Aboriginal Cultural Geography of the Llanos de Mojos of Bolivia", en *American Anthropologist*, vol. 70, núm. 2, pp. 416-417.
- 1968 "Foreword Mesoamerica: The Evolution of a Civilization", por William T. Sanders y Barbara J. Price, Randon House, en *Studies in Anthropology*, Nueva York, pp. VII-XI.
- 1969 "Volumen y forma en la plástica aborigen en Paul Westheim, et al., en *Cuarenta siglos de plástica mexicana: arte prehispánico*, México, editorial Herrero, p. 187. (Traducido al inglés con el título de *Prehispanic Mexican Art*, New York, Putnam, 1972.)
- 1969 "The Arid Frontier of Mexican Civilization", en *Transactions of the New York Academy of Sciences*, serie. II, vol. 31, Nueva York, pp. 697-704.
- 1969 "Handbook of Middle American Indians, vols. 2-4: Archaeology of Southern Mesoamerica and Archaeological Frontiers and External Connections" (reseña), en *American Anthropologist*, vol. 71, núm. 6, pp. 1198-1202.
- 1970 "Tenth Century: The Americas", en *The Encyclopedia Americana*, vol. 26, Nueva York, p. 509.
- 1970 "Thirteenth Century: The Americas", en *The Encyclopedia Americana*, vol. 26, Nueva York, p. 683.
- 1971 "Gardens on Swamps", en *Science*, vol. 174, núm. 4010, pp. 653-661.
- 1971 "Eighth Century: The Americas", en *The Encyclopedia Americana*.
- 1971 "Eleventh Century: The Americas", en *The Encyclopedia Americana*.
- 1975 "Archaeological Survey of the Barbarian Frontier of the Aztec Empire", en *American Philosophical Society Year Book Philadelphia*, 1974, pp. 561-563.
- 1981 *La historia de América en perspectiva antropológica*, Caracas, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pp. 421-423.

- 1983 *Jardines en los pantanos*, Dirección de Difusión Cultural, pp. 159-180.
- 1983 "La ecología del colonialismo en el Nuevo Mundo", II, en *Congreso de Antropología*, Madrid (en prensa).
- 1983 "Gardens on Swamps", en *Ancient Mesoamérica. Selected readings*, Mountain View, California, Peek Publications (en prensa).
- 1985 "Notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica", en *Cuicuilco*, núm. 13, ENAH, México, pp. 28-43.
- 1985 "Tecnología, formaciones socioeconómicas y religión en Mesoamérica", en *Cuicuilco, Ibidem*, pp. 44-52.
- 1987 *La aventura intelectual de Pedro Armillas*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

Capítulo II

UN AUTODIDACTA PRECOZ

ALICIA OLIVERA

Hace ya bastante tiempo que tuve el gusto de conocer al maestro Wigberto Jiménez Moreno, cuando ingresé en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en 1959, para cursar la carrera de etnohistoria.

Lo recuerdo fundamentalmente como un maestro de vocación, entregado totalmente a sus alumnos, preocupado por estimular nuestros respectivos intereses y siempre dispuesto a ayudarnos en nuestros trabajos e incipientes investigaciones.

Desde entonces mantuve relación con el maestro, la que se acrecentó cuando entré a trabajar en el Departamento de Investigaciones Históricas. Allí tome conciencia de cuántas eran sus inquietudes y cuántos sus intereses dentro de la investigación: la arqueología sobre la cual escribió importantes aportaciones, la lingüística que lo llevó a aprender lenguas indígenas y modernas, la etnohistoria que lo condujo a fundar esta especialidad en la escuela, la historia prehispánica, la colonial e incluso la moderna y contemporánea que trabajó con el enfoque de las "generaciones".

Sus cargos y actividades profesionales fueron muchos y variados, al igual que sus publicaciones y sus numerosos trabajos inéditos. De todo ello nos informa don Wigberto a lo largo de la entrevista. Ésta se realizó hace ya unos años, en 1973, y formaba parte de un proyecto de entrevistas a diferentes maestros, tanto

de la escuela de antropología como de la UNAM. El proyecto en sí quedó trunco, por causas ajenas a nosotros, pero se lograron realizar y conservar algunas de ellas.

Uno de nuestros primeros objetivos, en ese entonces, fue entrevistar al maestro Jiménez Moreno, quien había sido creador de lo que se llamaba "archivo sonoro". No fue fácil la tarea. Sus múltiples ocupaciones y, sobre todo, cierto recelo que pudimos percibir, hicieron que las citas se prorrogaran de manera recurrente. Incluso una vez lograda la primera entrevista, constituyó un triunfo lograr la segunda y las siguientes. Estos problemas derivaron en una versión literal pesada y repetitiva, de ahí que se haya hecho un trabajo de edición para esta publicación.

El material que se presenta, a pesar de que no se pudo ubicar una de las entrevistas, es de sumo valor y creemos que será de utilidad e interés para muchos. Finalmente, no se pudo cumplir con uno de los deseos de don Wigberto, el de revisar y aprobar la versión final que debía ser publicada. Es más, la entrevista iba a quedar como un conjunto de papeles más, entre sus obras inéditas. Sin embargo, el agravamiento de su enfermedad y su muerte a mediados de 1985, nos motivó a publicarla como un justo homenaje a su persona y a su obra.

ENTREVISTA A WIGBERTO JIMÉNEZ MORENO

—Maestro, cuando usted fue director del Instituto de Investigaciones Históricas, inició los estudios de historia oral, entrevistando a personajes destacados de la época. Ahora nos toca seguir su camino y entrevistarle a usted.

—Para mí es muy grato que ustedes, que están al frente del proyecto de historia oral, se ocupen de mí, que siempre he tenido mucho interés en este tipo de investigaciones.

Nací en la ciudad de León, Guanajuato, el 29 de diciembre de 1909, o sea que tengo 63 años, que acabo de cumplir. En ese tiempo la ciudad de León, la más poblada en el mero centro del país, tendría unos 60 000 habitantes. Allí nací y viví hasta los cinco años. Luego la familia se trasladó por dos años a Irapuato. Al principio de 1917 regresamos a vivir nuevamente a León. Y allí estuve hasta el fin del año de 1933 —aunque salí en muchas ocasiones a otros lugares, entre ellos a esta ciudad de México—, pero, realmente, he estado siempre vinculado con mi ciudad natal he tenido mucho arraigo con la zona en la que nací.

Mi padre se llamó Fortunato Jiménez; quien nació en Arandas, de manera accidental, por un viaje, ya que la familia vivía en León. Mi mamá se llamó Luz María Moreno, y había nacido en la ciudad de León, aunque su familia era oriunda de Lagos. De modo que, en realidad, mis antepasados provienen de la zona de los Altos de Jalisco. Ya que hablo de mi familia, puedo decir que del lado Moreno soy primo hermano de Jorge Negrete, porque Jorge era hijo de una hermana de mi mamá.

Ahora, en la familia en que yo nací, por el lado Jiménez, me

encontraba en un ambiente muy tradicionalista, y todavía más, por el lado Moreno, que viene de la región de los Altos de Jalisco.

En cierto modo, mi papá era como la "oveja negra" de la familia en cuanto a sus ideas, porque era anticlerical, juarista. En cambio un hermano mayor de mi papá, de la primera familia (puesto que mi abuelo se casó dos veces) era de ideas conservadoras, admiraba a Miramón y, sin embargo, mi papá y mi tío, los dos medios hermanos, estaban de acuerdo en una cosa: en su admiración por Madero. Así es que yo nací en un medio en que se me hizo problema desde muy pronto, ¿cuál era la verdad en la historia de México? porque yo estaba sujeto a influencias contradictorias. Así que esto fue una de las cosas que probablemente despertaron mi interés en la etapa del siglo XIX. Sin embargo, mi interés mayor estuvo originalmente en la época prehispánica.

Yo tuve la suerte de que aprendí a leer desde muy pronto, por las enseñanzas que me dieron en la casa, de tal modo que, cuando yo tuve siete años, empecé a ir a la escuela y no antes. Y estoy muy contento de haber sido un salvaje hasta esa edad, porque para mí no resulta muy conveniente que a los niños desde muy temprano se les someta al estudio; y yo afortunadamente no estuve sometido al estudio sino hasta los siete años. Afortunadamente no me cansé demasiado pronto de esto. Entonces, tuve una maestra que parece que fue muy eficiente en el primer año de la primaria, en 1917, la señorita María Gutiérrez. Después en el segundo, en 1918, tuve una excelente maestra, la señorita Josefina Camarena, que nos hablaba de historia de México, y particularmente de Nezahualcóyotl y a mí me apasionó esta figura. Entonces tomaba yo notas de todo lo que ella nos enseñaba acerca de él, o de otros temas de historia prehispánica.

—*Maestro, ¿el tipo de escuela en que usted estudió era de gobierno o era una escuela particular?*

—Era una escuela particular, se llamaba Sollano y Dávalos, que dirigía un sacerdote muy culto, que había estudiado en la escuela Bíblica de Jerusalén: era el doctor Francisco Flores Ávila. Estudié siempre en escuelas particulares, hasta que llegué al nivel de la secundaria.

—*¿Y cómo era el ambiente escolar, podría hacer una comparación con la educación que se imparte ahora?*

—En general se conservaba mucho la disciplina en esa época

y creo que era muy saludable. Hasta el sexto tuve un solo profesor, a quien yo debo mucho agradecimiento; fue don Atanacio Hernández Romo. Él había estudiado en el Seminario de León; ahí aprendió, entre otras cosas, muy buen latín. Después estuvo con nosotros en lo que se llamó el Colegio Latino Americano en el que estudié yo el cuarto, el quinto y el sexto años. Ahora bien, después de que fue nuestro profesor, él vino a México e hizo estudios pedagógicos, regresó, y un hermano mío, ocho años menor que yo, fue su discípulo; volví a ver entonces los resultados de su nueva orientación y para mí, era mejor profesor antes, cuando seguía su propia intuición, que después cuando hizo esos estudios pedagógicos; porque entonces, con esta idea de que no había de forzarse al alumno, de que no debía exigir excesivamente la disciplina, y todo lo demás, ya no se obtenían los mismos magníficos resultados que se obtuvieron en los primeros años. Eso es lo que puedo decir por propia experiencia.

También podría decir, que en este segundo año, gracias al interés despertado por la profesora, yo había leído una obra de 500 páginas, el *Compendio de historia de México* del doctor Nicolás León, e inclusive, mi papá me la dio de premio al fin de ese año, porque lo había leído antes de cumplir los nueve años. Mi interés por la historia de México en esa época era ya tanto que pedí prestados los libros que usaban en tercero y cuarto años.

Había un texto de J. Ascensión Reyes, en dos tomos, y esos me los leí, antes que la *Historia de México* de Nicolás León. También puedo decir que al final de ese año de 1918, cuando estaba yo en segundo, es cuando realmente empecé a tener conciencia de lo que pasaba en el mundo, porque ese fue el último año de la primera guerra mundial. Jugaba —como jugaban los niños, que siempre han acostumbrado jugar a los soldados— a que era soldado del imperio austro-hungaro; mis simpatías estaban con los imperios centrales, como pasaba entonces con casi todos los mexicanos; en la primera guerra mundial, es evidente que había más simpatía por Alemania y los imperios centrales.

En esta toma de conciencia, podríamos decir, encuentro que, cuando estaba en tercero, fue también cuando empecé a darme clara cuenta de los acontecimientos nacionales; porque en 1919, más o menos por el mes de abril, hubo una propaganda electoral de los candidatos a gobernador del estado de Guanajuato, uno

era apoyado por el gobierno del centro y naturalmente fue el que triunfó: Federico Montes, y el otro era el candidato de la oposición y era el ingeniero Antonio Madrazo, que naturalmente fue derrotado. Posteriormente, cuando Carranza cayó, entonces, Obregón vino a designar gobernador al que había perdido, o sea a Madrazo.

En 1919, también en el tercer año, vino a caer en mis manos un libro que podría llamar casi de caballerías, la *Historia de Carlo Magno*, para mí muy interesante; era una versión popular, y realmente en gran parte ficticia de los acontecimientos de la época del emperador Carlo Magno, y a mí me apasionó esa obra.

Me interesé también muy pronto por los idiomas y utilizando un diccionario de francés que había en la casa, empecé a traducir algunos textos de las obras de Chateaubriand, como por ejemplo: *El genio del cristianismo* y *Los mártires*, etcétera, que fueron de las lecturas que me impresionaron bastante. Mi tío, el que he dicho que era tradicionalista, tenía una botica y recibía con frecuencia mapas, como uno de las nuevas fronteras de los distintos países, que se publicó por la Casa Ross a fines de 1918, de modo que fue el primer mapa moderno que yo conocí de Europa.

Llegaban también algunas medicinas que traían indicaciones sobre su uso en varios idiomas; por ejemplo, se anunciaba un parche, ha de ser el parche Monópolis; y las indicaciones estaban escritas en varios idiomas, español, francés, italiano, inglés, alemán, en muchos idiomas, hasta en chino. Entonces, eso despertó en mí el interés por los idiomas; empecé a ver cómo podía reconocer ciertas palabras a base de mis escasos conocimientos de francés que había empezado yo a estudiar por mi cuenta y también de latín, porque olvidé decir que yo fui, como muchas gentes de mi tiempo, monaguillo; ayudaba a misas y aprendí algo de latín, aunque yo nunca estuve en ningún seminario. Entonces a través de mi conocimiento del español, de lo poco que sabía de latín y de lo poco que sabía de francés, empecé a ver ciertos parecidos y me interecé en los textos explicativos de ese parche Monópolis, de ahí mi interés por la lingüística.

Mi tío recibía también, o había más bien comprado, una gran colección de una revista que se llamaba *Anales de la propagación de la fe* y éstos contenían muchos relatos de los misioneros, sobre

una serie de pueblos en África, en Asia, en todas partes. De modo que, creo que allí está el origen de mi interés en la etnografía. Cuando leí, digamos entre los nueve y 10 años, estos relatos de los misioneros sobre grupos indígenas de África, de Asia o de Oceanía, ahí estaban ya las raíces de esto. Por otro lado, debo decir que muy pronto se dieron cuenta varias personas de que a mí me interesaba mucho leer, entonces un sacerdote que era el que me había preparado para la primera comunión, me recomendó unos libros de una serie que se llama *Desde Lejanas Tierras*. En estos libros se hablaba de aventuras en muchos países, por ejemplo, uno de los tomos de esa serie, se llama *El sobrino de la reina* y tiene por escenario el Japón, en la época de San Francisco Javier. Otro, que se llama *El juramento del caudillo huronés* se refería a la acción de los misioneros jesuitas en el Canadá, en la lucha con los iroqueses, de modo que, a través de eso, un poco me interesé en los indios de norteamérica. Y como ese había otro que se llamaba *Luchas y coronas*, que pasaba en lo que ahora se llama Vietnam.

Cuando todavía no cumplía los nueve años, empecé a escribir algunos cuentos, porque debo decir que en la época en que estudiaba la primaria, se hacía un esfuerzo por parte de los profesores para que sus alumnos aprendieran a redactar desde muy pronto.

Teníamos que hacer ejercicios de redacción, es decir, podíamos nosotros escoger el tema y lo teníamos que redactar y esto me llevó a escribir cuentos. El padre J. Fidel Sandoval, se dio cuenta de que a mí me interesaba escribir cuentos y fomentó en mí ese interés y me estimuló a que lo siguiera haciendo. Además de eso componía algunas comedias para títeres —porque daba representaciones de títeres en la casa— y me había tocado además ser actor teatral en las fiestas de fin de año, por lo menos desde el tercero. Y hasta el sexto año fui actor principal en distintas obras teatrales. También hice representaciones teatrales con mis hermanos, hermanas y amigos, en casa: me interesó mucho el teatro desde entonces. Esto lo mencionaba porque en realidad yo veo que casi todos los intereses intelectuales o de otro orden, los he tenido realmente desde muy atrás, son los mismos.

—Yo noto una clara vocación artística también en este momento, tanto el escribir, el hacer obras de teatro, de acuerdo con

la edad que tenía usted, pero la misma inquietud de actuar en sus propias obras, en sus propias comedias. ¿Esta inquietud no la seguido ya de adulto, no la cultivó usted?

—Bueno, una de las cosas que me atrajo muy temprano fue la poesía, hice muchos versos como ha pasado en tantos mexicanos o latinoamericanos; como alguna vez decía el doctor Alfonso Caso: “casi todos hemos pasado por el sarampión de la poesía”. Entonces en mi caso particular existía la circunstancia de que mi papá conocía mucho la poesía mexicana y recitaba tiradas completas de versos, por ejemplo de Gutiérrez Nájera, de Manuel José Othón, de Salvador Díaz Mirón y de muchos otros poetas. Cuando joven, mi papá entre sus 17 y 23 años, estuvo residiendo en San Luis Potosí y participó en una especie de bohemia, es decir, en reuniones a las que acudía Manuel José Othón, recitaba, por ejemplo el “Himno de los Bosques” entero, de Manuel José Othón; o muchas otras poesías, y yo mismo empecé a hacer versos por lo menos desde los 11 años; claro que malos versos.

Ya en 1925, tuve un buen profesor de literatura y pude realmente perfeccionar mis versos; hice versos de hecho hasta los 20 años, excepcionalmente hice todavía alguno a los 22 pero éste ya sólo de carácter satírico. A los 20 años, tuve un suceso muy triste que fue la muerte de mi padre y esto me dejó completamente al margen de todo ensueño literario. Se me presentó de golpe una realidad tan dura que decididamente abandoné la literatura —que hasta ahora era lo más dominante— y decididamente me dediqué a la historia.

—¿Qué recuerdos tiene usted de la Revolución?

—No conservo prácticamente recuerdos de la Revolución. Estando en Irapuato, cuando tenía de cinco a seis años, veía pasar los trenes, siempre me preguntaba hacía dónde irían.

En cuanto a comentarios, primero querría decir, que mi padre era simpatizante del movimiento revolucionario y sobre todo tenía una gran admiración por Madero, que en esto estaba de acuerdo también el tío Lauro. La influencia más decisiva en mi niñez y aún durante mi adolescencia, fue realmente la de ese tío, la del tradicionalista, porque mi papá como le dije a usted antes era más bien como la “oveja negra” de la familia, por sus ideas. Mi mamá era religiosa, pero no muy practicante, la familia pater-

na sí era muy puritana (bueno, no exactamente la palabra) pero quiero decir muy tradicionalista.

—¿Dónde realizó sus estudios secundarios?

—Hice todos mis estudios de secundaria y preparatoria en sólo tres años y medio, porque habiendo entrado en 1923, presenté, a título de suficiencia, todas las materias que me faltaban inmediatamente después de la inundación que hubo en León el 23 de junio de 1926, para el mes de agosto ya había pagado todas las materias y había terminado mi bachillerato en esa fecha.

Tuve la gran suerte de que en ese tiempo había magníficos profesores: por ejemplo un doctor, Cornelio Larios, que era nuestro profesor, de química. Los cursos no eran teóricos, sino realmente magníficos cursos con aparatos en el caso de la física y con experiencias constantes de laboratorio en el caso de la química.

Tuve también un excelente maestro de ciencias naturales, el doctor José Ortiz. Él inclusive nos llevaba a excursiones donde íbamos reconociendo las plantas, los animales; por otro lado él tenía un anteojo astronómico y nos invitaba a su casa para ver la luna y otros planetas. Como resultado de eso, cuando tuve 14 años conocía muy bien las constelaciones, mejor que ahora; tengo inclusive alguna libreta en que anoté todas estas cosas y me interesó mucho la astronomía. Yo mismo resolví algunos problemas de física, pero de aquella, de entonces, que no tenía las complicaciones de la actual. Además nosotros leíamos en francés los libros de texto de física y química, como pasaba en otras partes de la secundaria, en otras regiones del país; es decir, hasta más o menos 1925, en México era todavía la lengua dominante el francés y no el inglés. Entonces desde el segundo año de secundaria se suponía que ya se tenía que leer en francés.

En cuanto al inglés, se empezaba a cursar desde el segundo año de secundaria y a los 14 años, ya podía leer francés, bastante inglés —aunque con muy mala pronunciación entonces— había estudiado por mi cuenta italiano y a partir de 1925 empecé a estudiar el alemán. Tuve luego un profesor, Otto Rogenholer que nos dio clases de alemán en 1928.

Por otro lado, me interesaron mucho también las lenguas indígenas, sobre todo a partir del momento en que se me abrió la biblioteca de la escuela secundaria y preparatoria —era costum-

bre que sólo cuando estaba uno ya en el segundo año se permitiera a los alumnos, utilizar la biblioteca. Esta biblioteca tenía como fondo principal, los libros que habían sido de un gran humanista: el obispo Sollano y Dávalos. De modo que allí había muy buenas ediciones en latín, en francés, etcétera, había códices que yo conocí por primera vez y empecé a interesarme en ellos. Ahí leí por ejemplo la obra de Francisco Pimentel, sobre *Las lenguas indígenas de México*. De modo que todos mis intereses básicos los estaba yo cultivando desde esos momentos, estando en la secundaria y preparatoria. Claro que en ese tiempo, a mis compañeros les parecía muy extraño que me interesara por las lenguas indígenas y por todas estas cosas, pero no era común que se interesara uno en el México prehispánico se veía desdeñosamente; se consideraba que no se sabía nada de él, que uno bien podía inventar lo que quisiera.

Por otro lado, teníamos también libros bastante estimulantes; por ejemplo, recuerdo uno que leía cuando estaba en el tercer año, que conservo todavía, que se llamaba *Viaje a través de México*. Entonces era en tercer año, cuando se suponía que se empezaba a estudiar la geografía del país, leíamos un libro muy entretenido, en que se trataba de dos muchachos que emprendían un viaje por mar, por tierra, por toda la Baja California, por Sinaloa, después hasta el centro de México. Entonces para esta época estábamos en contacto con la geografía del país, además nos hacían elaborar mapas de México, mapas del municipio de León (en el caso de nosotros) y mapas del estado de Guanajuato y hasta mapas mundiales.

También desde los 10 años, tuve la suerte de poder utilizar un cuadro o mapa de la historia universal que se enrollaba, todavía lo conservo. En él era fácil retener los datos básicos, porque es un mapa que se extiende probablemente, más o menos seis metros o cosa por el estilo, allí también estaban todos los acontecimientos desde Adán y Eva hasta 1880. Ese mapa había sido hecho por una casa de León, Guanajuato; un señor Jorge Heyser había hecho la versión española de este mapa, porque originalmente había sido hecho en Estados Unidos.

Ya que estoy mencionando esto de León, quisiera decir algo sobre el ambiente cultural, que había en la escuela secundaria y preparatoria, no sólo esos magníficos profesores que podría men-

sionar; por ejemplo, el licenciado Francisco Gómez, que fue nuestro profesor de lógica, moral, psicología y doctrinas económicas y sociológicas; él había sido discípulo de don Toribio Esquivel Obregón, que era positivista, de modo que yo, como todos los alumnos de la escuela secundaria y preparatoria fui sometido, a la enseñanza positivista; el positivismo predominó de hecho en la provincia mexicana hasta 1925-1926.

En 1925 es cuando empezamos a oír en León de las magníficas clases que dictaba don Antonio Caso, algunos condiscípulos nuestros que habían venido a México —como Juan Torres Landa—, llegaban contando de las excelentes clases que dictaba. Pero ese era apenas el momento en que se empezaba a abandonar la enseñanza positivista. Todavía nuestro maestro el licenciado Francisco Gómez hizo que el ingeniero Agustín Aragón, fuera a dictar una conferencia a León. Aragón era el último superviviente, el último patriarca, podríamos decir, de los positivistas; pero podría mencionar que aparte de esto, en el campo de las letras, había varios notables poetas, como Vicente González del Castillo, José Villalobos Ortiz, José Ruiz Miranda, etcétera. Había pues, un movimiento literario muy importante y se llegó a fundar una sociedad artística “La trapa” (así se llamaba), de la cual después yo fui miembro. Había un hombre reconocido nacionalmente por sus estudios científicos, el doctor José de Jesús González, era notable oftalmólogo y neurólogo y era conocido no sólo en México, sino en varios centros médicos de Estados Unidos, había participado en varios congresos médicos; también se interesaba mucho por las letras, más tarde publiqué su biografía. En el año de 1933 cuando él murió publiqué la primera de una serie de semblanzas que hice del doctor.

Dentro del clero también había varios sacerdotes muy cultos, por ejemplo, mencionaré en primer término al obispo de León, don Emeterio Valverde y Téllez, que más tarde me brindó su biblioteca, a él lo conocí cuando empecé en la secundaria y preparatoria, porque era costumbre que siendo católico, tuviera que conseguir un permiso del obispo para asistir a esta escuela, entonces el señor obispo me dio su permiso diciéndome al mismo tiempo, que cuando recibiera cursos de filosofía positivista, asistiera a otros cursos de filosofía que sería fundamentalmente escolástica. Efectivamente, asistí a unos cursos que dictó un sacerdo-

te que se llamaba Secundino Briseño, que había refutado las teorías positivistas de Spencer en algunos folletos y que se había distinguido como una persona que había fomentado la música sacra y que dominaba muchos idiomas, yo conservo un libro que se llama *Preces de San Nerretis*, que fue de su propiedad y donde unas mismas oraciones estaban traducidas a varios idiomas.

Luego quiero mencionar que el canónigo Flores Ávila, el que había tenido esta escuela que se llamó Instituto Sollano y Dávalos, donde estudié los primeros años de primaria, era una persona muy culta que había estudiado en la escuela Bíblica de Jerusalén y tenía una biblioteca con libros sobre lenguas como el acadio, o la lengua copta, el siríaco, el arameo, etcétera. Era una biblioteca excelente de las lenguas del cercano oriente, en relación con sus estudios bíblicos. Su amistad me fue muy útil, porque cuando yo estaba en la secundaria y preparatoria, el curso de ciencias naturales, que nos daba el doctor José L. Ortiz, se me presentó un cierto conflicto en el terreno de la religión en torno al evolucionismo y sucedió que consulté a este sacerdote sobre el particular, me hizo ver que era perfectamente compatible el evolucionismo: en tanto que uno admitiera que el alma humana tenía un origen divino, podía uno aceptar que el cuerpo hubiera sido derivado de esta evolución, desde los animales inferiores hasta el hombre, y no había nada que realmente presentara un conflicto.

Podría decir que de ahí en adelante, aunque siempre he sido fiel a mis convicciones, y nunca me sentí en situación de derrota, los consejos solicitados a los sacerdotes me sirvieron y me dieron una actitud positiva. Así que el ambiente cultural fue muy favorable.

Después de que presenté mis exámenes a título de suficiencia empecé a trabajar en el Juzgado Primero de lo Penal, aquí me propuse hacer muchos cambios en las fórmulas de los procesos. Había lo que se llamaba los “autos cabezas de procesos” que yo hice diferenciar mucho de los acostumbrados, no podía soportar tanta monotonía. Cuando me cansaba de estar allí pedía la Julia, así se llamaba el vehículo en donde conducían los heridos y me iba a tomar alguna declaración a un herido al hospital. Desde los 16, 17 años me tocó ver autopsias, estar presente en ellas.

Estaba trabajando en el juzgado penal, cuando en compañía de Alberto Quiroz fundamos un periódico, del que él fue el direc-

tor y yo el jefe de redacción, que se llamó *El Cóndor*; sólo hicimos tres números, y no salió otro más porque en el tercero yo escribí un artículo que firmé con mi seudónimo y además con mi propio nombre a la vez.

—¿Cuál es su seudónimo maestro?

—Mi seudónimo era Acros Zym.

—¿Tenía algún significado especial para usted?

—Bueno, las letras Z y M eran tomadas: la Z como la letra final de mi apellido Jiménez, y la M de la letra inicial de Moreno. El artículo que apareció en *El Cóndor* atacaba el hecho de que se hubiera designado como reina del carnaval, a la hija del presidente municipal que se llamaba Ramón Velarde; el pequeño artículo lo titulé “La manía de adulación” y decía más o menos esto: “La manía de adulación está tan extendida en nuestro país que a veces los aduladores incurren en imitaciones caricaturescas, y aquí tenemos un ejemplo: en México, fue nombrada la reina del carnaval, a la señorita Ernestina Elías Calles y en León quieren que lo sea la hija de nuestro alcalde; sin embargo, alguien dice que no es tanto por adulación, sino por aquello de que a falta de pan... y cuando no se consiguen reinas, se improvisan.”

—¿A usted no le gustaba, naturalmente, la muchacha?

—Yo ni la conocía siquiera, pero me parecía odioso que se estuviera imitando lo que se hacía en la ciudad de México y porque la hija de Calles era designada reina del carnaval, entonces en León se hiciera lo mismo. Esto fue suficiente para que el periódico se terminara. Mi papá —debo decir— se dio cuenta y fue a la imprenta a recoger todos los periódicos y los quemó para que no circularan; pero nosotros ya habíamos enviado a otros lugares como San Francisco del Rincón, a Celaya. Al fin vino a conocimiento del agente del Ministerio Público que se sintió aludido, porque era uno de los que estaba proponiendo que fuera la reina la hija del presidente municipal. Entonces nos aconsejaron que en esos momentos se podía decir que nosotros éramos también cristeros, o cualquier otra cosa, y eso bastaba para que nos mutilaran, lo mejor era no dar la cara. Al fin llamaron al director Alberto Quiroz —lo mandó llamar Velarde— fue en compañía de su papá y parece que hasta le sacó la pistola, después me mandaron llamar a mí, como jefe de redacción, mi papá me acompañó y con la pistola en la mano me dijo “por menos cosa le di un bala-

zo a mi hermano. Apenas comienza el camino de su vida y lo empieza con una villanía". Esto me sucedió en mis principios de periodista.

—¿A qué otras actividades se dedicó usted?

—Justamente después de que escribí ese artículo consideré que ya no me resultaba muy conveniente estar en ese empleo, así que renuncié, parece que hacia el 1 de febrero de 1927. Duré algunos meses sin empleo y luego entré a trabajar como colaborador en casa del señor Antonio Valadés y muy pronto pude entrar a trabajar con don Federico Pohls que más que mi patrón fue mi amigo. Tenía un negocio como comisionista y se vendían suelas, charolas, cáñamo, toda clase de artículos de zapatería. Allí estuve llevando los libros de cuentas y también como agente de ventas. En este tiempo no dejaba de escribir y leer. El 10 de diciembre de 1929 se murió mi papá y yo contribuía a mi familia con la mitad de los gastos, contaba entonces con 16 años de edad.

Me pidieron que diera un curso de historia universal y otro de historia de México en la escuela normal primaria y empecé a dictarlo a partir de 1930.

Solicité al licenciado Luis I. Rodríguez —que después fue gobernador de Guanajuato— que me diera una o dos clases en la escuela secundaria y preparatoria. Y efectivamente conseguí un curso de historia antigua y colonial de México y después impartí otros cursos como geografía y cosmografía, etcétera.

Mis experiencias como profesor fueron gratas, en la escuela normal primaria eran en su totalidad mujeres y en la secundaria y preparatoria eran hombres, o si acaso hubo una o dos mujeres en el grupo. Formé un club de exploradores y empezamos a hacer recorridos de reconocimiento arqueológico en el municipio de León, hicimos unas excavaciones en un montículo que está cerca del cerrito de Jerez, al oriente de la ciudad de León y al poco tiempo me di cuenta que se desplomaba la construcción porque era de piedra y lodo y entonces nos tocó suspender.

Desde que empecé a dictar las clases en la preparatoria y la secundaria, el señor Valverde y Téllez, el obispo de León, me brindó su biblioteca, tenía cerca de 20 000 volúmenes, así que cuando no estaba dictando las clases me dedicaba a leer, esa época fue mi verdadera universidad. Ya desde esa época empecé a investigar en el archivo municipal de León, con interés por la his-

toria de León, el archivo comienza desde 1580, es el mejor de todo el estado de Guanajuato. Conservo unos cuadernos de apuntes de 1927 y 1928, es decir desde que tenía 17 o 18 años, sobre la historia de los indios del Michoacán antiguo, otros sobre los mixtecos-zapotecas, cosas sobre el calendario, sobre los mayas y también estudios sobre las lenguas indígenas de México. Como tenía en esos años a Alberto Quiroz, residiendo en la ciudad de México, él me consultaba sobre las lenguas prehispánicas y me enviaba copias.

Mientras tanto seguía con todo interés el estudio del inglés, con discos, también estudié el italiano, el portugués, el alemán, el catalán, también el náhuatl. Cuando venía a México me ponía en contacto con algunos inditos de Xochimilco, para revisar que mi pronunciación fuera correcta.

Finalmente en el año de 1933 se convocó al primer congreso mexicano de historia. Una de las personas que convocaban fue el historiador Núñez y Domínguez, y fui designado por la escuela secundaria y preparatoria de León para asistir, se llevó a cabo en Oaxaca en noviembre de 1933. Por parte del señor Valverde obtuve alguna ayuda económica para el viaje.

—¿Usted presentó algún trabajo, maestro?

—Cómo no. Yo había publicado una pequeña obra que se llamó *Brevísimo resumen de historia antigua de Guanajuato*. Había aparecido primero con el nombre de *Historia antigua de León* en un periódico local que se llamaba *Tiempos Nuevos*, en 1932. Obsequié algunos números a los asistentes a esa reunión. También presenté otro trabajo sobre la literatura indígena, la literatura náhuatl y de otras lenguas. El congreso estaba dividido en cuatro secciones: historia antigua, historia colonial, historia moderna y finalmente una sección que se llamaba diversos, para lo que no podía caber dentro de ninguno de los tres grupos. Participé en la sección de historia antigua, que presidía el doctor Alfonso Caso, que era director del Museo de Arqueología e Historia y Etnografía. Otras personas que estaban: don Miguel Othón de Mendiábal, que en ese momento era realmente el único etnólogo; don Rafael Granados, que se interesaba por la literatura antigua y también por la historia colonial. Se encontraba el actual gobernador de Guanajuato Manuel M. Moreno, que fue la primera persona que se recibió como maestro de historia en ciencias históricas,

él inclusive ya había traducido del náhuatl al español un cantar que está publicado en el anuario guadalupano del padre Cuevas y había escrito su trabajo, que ha sido reeditado varias veces sobre la organización política y social de los aztecas, una obra que ya se hizo clásica. Fue también el señor Wilfrido Cruz, que era de Oaxaca y que escribió varios trabajos sobre el calendario de los indios zapotecos y sus costumbres. Estaba también don Enrique Juan Palacio el conocedor del calendario mayista y finalmente el ingeniero Alberto Escalona Ramos, él fue el autor de un nuevo sistema de correlación del calendario, era muy inteligente. Había además un señor Ponce y unas dos o tres personas más.

Ahí se presentaron no sólo los trabajos de historia antigua, sino los trabajos de arqueología, de etnografía. Allí conocí al doctor Caso y también a Mendizábal. El doctor Caso me ofreció una beca para estudiar en la Universidad de Harvard y también conseguirme un empleo en el museo que él dirigía. Y Mendizábal también me ofreció conseguirme un trabajo. A mi regreso de la ciudad de Oaxaca me quedé unos días en la ciudad de México tratando de conseguir un empleo. Cuando venía a la ciudad de México me quedaba en la casa de mi tío David Negrete, el papá de Jorge, ahí me quedé para buscar un empleo. Estuve tratando de que me dieran un curso de náhuatl en la universidad, pero ésta era la universidad que regía Manuel Gómez Morín, que en ese momento era el rector y no contaba con ningún recurso, la mayor parte de los profesores daban las clases gratuitamente. Mendizábal trataba de que me dieran un empleo en un departamento de cultura indígena, que es el título aproximado, y me consta que hizo muchas gestiones, pero no logró conseguir que me dieran ese empleo. Finalmente, sabía yo que el licenciado Caso, estaba haciendo gestiones en mi favor; pero llegó un momento en que recibí una carta de la escuela secundaria y preparatoria de León que era casi un ultimátum, diciéndome que las clases iban a comenzar allá, y que si yo quería seguir impartiendo clases, debería presentarme. Más o menos eso era lo que decía la carta, y claro, no decían otra cosa, pero se sobreentendía que si no lo hacía, pues perdía mi trabajo.

Entonces yo esperé hasta el último momento que era posible esperar; me acuerdo que era un sábado 11 de enero si no me falla la memoria y fui a ver al licenciado Caso y le dije: "Licenciado,

pues vengo a decirle que, como a usted le consta yo he estado haciendo gestiones desde fines de noviembre y además las han estado haciendo usted y el profesor Mendizábal en mi favor, para quedarme aquí, en la ciudad de México, pero yo acabo de recibir esta carta y vengo a despedirme para irme a León, en vista de que no se ha podido lograr nada." Entonces el licenciado Caso me dijo: "Pues sí, Jiménez, váyase usted a León, pero usted tiene que estar aquí el día 16 de enero, porque usted comienza ese día a trabajar aquí con el nombramiento de arqueólogo."

—¿No se opuso la familia a que usted dejara León?

—No, la familia no se opuso y se quedó residiendo en León hasta el año de 1936, es decir todavía fui a la Universidad de Harvard y regresé y la familia seguía residiendo en León.

—¿Entonces en primer lugar usted fue arqueólogo? ¿En qué forma se dedicó usted a esta especialidad?

—Bueno, a mí me dieron ese nombramiento, lo que significa que este 16 de enero que acaba de pasar, se cumplieron 39 años que estoy aquí, en lo que ahora se llama Instituto Nacional de Antropología e Historia.

—¿Cómo se llamaba entonces?

—Primero fue el Departamento de Antropología fundado por Gamio en 1917, después Departamento de Monumentos y luego Instituto Nacional de Antropología e Historia desde 1939. Ahora yo vine a llenar una vacante que quedó al salir del museo el profesor Porfirio Aguirre. Eso no lo sabía yo naturalmente, cuando entré a tomar este puesto. El profesor Porfirio Aguirre había estado encargado de traducir la obra de Sahagún y en consecuencia, mi trabajo propiamente consistió, en traducir los primeros memoriales de fray Bernardino de Sahagún en ese año de 1934, hasta fines de septiembre en que me trasladé ya a los Estados Unidos para estudiar en la Universidad de Harvard; alcancé a traducir bastante en ese tiempo.

Ahora bien, lamento que, por un afán de perfeccionismo que he sufrido mucho y por no darme cuenta de cuán cierto es el refrán ese que dice que "lo mejor es enemigo de lo bueno", se quedó sin publicar esa traducción, que es bastante extensa y daría para un libro. Debo además agregar que un discípulo al que yo estimé mucho, Roberto Barlow, inclusive llegó a parar en imprenta un trabajo mío y que sólo se necesitaba que hubiera dado el

visto bueno para que hubiera salido publicado en la revista *Tlalocan*. Desgraciadamente yo no acepté en ese momento por ese prurito de perfeccionar el trabajo y se ha quedado sin publicar, ese que fue mi primer trabajo en el museo.

En ese mismo tiempo, yo dictaba clases de náhuatl; debido a un convenio que había efectuado el doctor Alfonso Caso con la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Debo decirle también que en ese mismo año, tomé varias materias en la Facultad de Filosofía y Letras como alumno y así, estudié por ejemplo prehistoria con el profesor Federico K.G. Müllerried y lingüística con don Pablo González Casanova quienes eran en ese momento las personas más competentes en sus respectivos campos. Entre otras personas que tomaron ese curso se encontraba el ingeniero Roberto J. Weitlaner, éramos pocos alumnos, por eso González Casanova decía de sí mismo que era “como la voz del que clama en el desierto” porque no había en ese tiempo mucho interés en los estudios lingüísticos.

Aunque debo decir que desde 1933, un notable humanista mexicano Mariano Silva y Aceves, había fundado el Instituto de Investigaciones Lingüísticas y trató de reunir a las personas que de una forma u otra cultivábamos los idiomas indígenas y también los que estudiaban el español de México y vino a publicarse la revista *Investigaciones Lingüísticas* muy poco después. Colaboré con todas estas personas desde ese año de 1934.

Otro curso que tomé sobre arqueología maya era impartido por don Enrique Juan Palacios, estaba centrado en el estudio de las inscripciones mayas. Me tocó hacer un trabajo sobre las estelas de Quiriguá, donde pude descifrar los jeroglíficos de figura completa (así se llaman). También asistí al curso que impartía el doctor Pablo Martínez del Río, fundamentalmente sobre antiguo oriente. El doctor Alfonso Caso dictaba un curso sobre los códices mixtecos del cual tomé algunas clases. Entre los alumnos que allí estaban se encontraba la señorita Josefina Lomelí.

En septiembre de 1934 salí para Estados Unidos a la Universidad de Harvard, dado que el doctor Alfred M. Tozzer, había ofrecido a don Alfonso Caso una beca para un alumno mexicano que a su criterio fuera el idóneo para esa oportunidad, el gobierno mexicano me asignó un sueldo de 240 dólares mensuales, que en ese tiempo era muy bajo, aunque se suponía que por mi pues-

to de arqueólogo era de los mejores. Para percibirlo por primera vez tuve muchas dificultades burocráticas, teniendo que viajar incluso a Nueva York. Ya entonces pude dedicarme a tomar varios cursos teniendo los mejores profesores. Yo pasé a estudiar como estudiante graduado, como le llaman ahí.

—¿De qué especialidad?

—Antropología. Por ejemplo, tomé un curso que se llamaba “Razas y culturas de Norteamérica” que al segundo semestre se continuaba con “Razas y culturas de Sudamérica”, en el primer curso alcancé a tener como profesor a uno de los más notables antropólogos: el doctor Roland Dixon, que murió a fines de diciembre de ese año, el segundo curso sobre Sudamérica fue sustituido por el doctor Coon, también reconocido tanto como antropólogo físico y etnólogo. Tomé varios cursos con el doctor Tozzer, especialmente arqueología maya. En este curso fue mi compañero el doctor Kluckhann, que se ha distinguido en el campo de la antropología y que fue discípulo del padre Schmidt en Viena, llegando a destacar después de Kroeber, como el mejor antropólogo de los Estados Unidos. Murió en 1960. Tenía también un curso con el propio Tozzer sobre sociología primitiva y otro sobre teorías etnológicas y sociológicas, sobre este tema publicó un libro que se llama *Orígenes y continuidades sociales*. Tomé un curso con el doctor Hooton, sobre antropología física general, además otro con él mismo sobre mestizaje racial.

Otro compañero bien conocido en el campo de la antropología es Phillip Phillips, también un arqueólogo muy notable que se llama Gordon Willy quien ha publicado muchos trabajos magníficos. Igualmente Gordon Ekholm, conocido por sus estudios sobre México y sus excavaciones en la Huasteca, las que realizó también en Guasave, Sinaloa.

El Museo Peabody tenía una magnífica biblioteca, la aproveché muchísimo. Y pude más tarde publicar un trabajo que se llama “Materiales para una bibliografía etnográfica de la América Latina” es un trabajo extenso que apareció en el *Boletín de Antropología Americana* en los años 1937 a 1938, para este trabajo tuve en cuenta las notas y las conferencias dictadas en la Universidad de Harvard por el doctor Sponden conocido mayista y el doctor Ducan Strong sobre sus excavaciones en Centroamérica.

Del mismo museo tuve el privilegio de aprovechar de sus ex-

traordinarias colecciones, entre otras cosas estaba ahí el tesoro del cenote de Chichén Itzá, sacado subrepticamente de México muchos años atrás, e inclusive Tozzer varias veces me externó su deseo de que esas joyas pudieran devolverse a México.

Por otra parte, yo aprovechaba mi estancia para visitar algunos magníficos museos como el de Bellas Artes en Boston. Viajé mucho, me iba a Nueva York, a Washington, etcétera.

Por cierto que olvidé decir que en mi viaje para Harvard, me detuve unas horas en Nueva Orleans y allí saludé a Barrera Vázquez y también a Blom, el famoso Frans Blom que estaba en el Instituto de Estudios de la América Media o Middle American Research Institute. Allí estaba también el doctor Herman Beyer, que como usted sabe fue maestro de arqueología de don Alfonso Caso, me parece que estaba trabajando ya en la universidad desde 1927 y era una persona muy cautelosa, excesivamente prudente en sus afirmaciones, un gran investigador del corte de Seler y publicó varios trabajos que afortunadamente se han traducido y publicado en volúmenes especiales de la revista *El México Antiguo*. Pues bien, a este gran investigador le hablé con mucho entusiasmo sobre mis ideas o mejor sobre mis hipótesis acerca de algunos de los grupos del México antiguo y él me contestó con su característica cautela: "bueno, quizá, tal vez, puede ser, pero mejor, quién sabe..." Menciono estas palabras porque más o menos lo pintan y frente a mi entusiasmo en que yo me sentía casi seguro en tal o cual punto él respondía con su "quién sabe"

—Maestro, una interrupción. ¿En los primeros años de su vida como investigador, notó que usted fue estimulado intelectualmente?

—Bueno, en este momento el interés lo tenía el doctor Alfonso Caso, que era el director del museo, él quería que mi estancia en la universidad me sirviera para ser etnólogo. Ya que en esos momentos el único etnólogo forjado por sí mismo era Miguel O. de Mendizábal. En México empezaba un nuevo gobierno con Lázaro Cárdenas y había quedado a cargo del Departamento de Monumentos el licenciado Alfonso Toro en remplazo de Reygadas Vértiz. Estábamos con beca el profesor Alfredo Barrera Vázquez y yo y entonces el nuevo director del museo nos mandó cesar a los dos. El doctor Alfonso Caso intervino teniendo una fuerte discusión con el licenciado Toro, insistiendo en saber el

motivo. En mi caso sucedió que no asistí a una famosa manifestación anticlerical realizada el 20 de noviembre de 1934 a la que yo no hubiera asistido de estar en México, pero encontrándome en el extranjero era totalmente imposible. Hubo una completa ruptura y a partir de ahí quedé en una especie de "lista negra" para Alfonso Toro quien me consideraba amigo de don Alfonso Caso.

Por cierto don Alfonso Caso no era nada católico, llegando a afirmar muchas veces que era ateo, pero le chocaba tremendamente que por consideraciones religiosas se molestara a sus empleados. Y en relación a la manifestación mencionada le preguntaron quienes de sus empleados no habían asistido, respondiendo él: pues como yo no asistí no puedo saber de la asistencia y el resultado fue que dejó de ser el director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología. Entonces vino a serlo don Luis Castillo Ledón, ya él lo había sido anteriormente, antes de don Alfonso Caso. También el profesor Federico Gómez de Orozco, don Rafael García Granados y otras personas por ejemplo entre los empleados administrativos dejaron de serlo por no haber asistido a la manifestación. Después supe que algunas personas muy católicas sí asistieron pero después se confesaron, pero es que no tenían otra forma de conservar su puesto ya que los tiempos eran de una intolerancia completa. Años más tarde, anticipando un poco las cosas en 1940, fui designado jefe del Departamento de Etnología, y otra persona que quería el puesto cuyo nombre no citaré, investigador oriundo de Oaxaca, alegaba tener más anti-güedad, viendo que no podía lograr su propósito me acusó de ser católico y tengo la satisfacción de que en mi expediente se declara que a pesar de ello podía ocupar el puesto. Ese fue el último año de gobierno del general Cárdenas.

Volviendo a lo de mi cese durante mi estancia en Harvard, me encontré en una guerra de nervios como era natural, porque pues apenas estaba gozando, digamos dos meses o dos y medio de cierta tranquilidad, cuando me llega este cese, en los primeros días de diciembre, a raíz del cambio de gobierno, telegrafíé a México y me puse en contacto con un paisano mío que tenía un puesto importante de consejero en la embajada de México, que era el licenciado Pablo Campos Ortiz; por otro lado en México hicieron gestiones a mi favor no sólo el doctor Alfonso Caso, sino también

y tengo que agradecerse y alguna vez lo he dicho por escrito, la señorita Eulalia Guzmán que era en ese momento la jefe del Departamento de Arqueología al que yo pertenecía en el museo y hasta entonces había colaborado efectivamente, con el doctor Alfonso Caso en las exploraciones de Monte Albán. El resultado fue que al fin de diciembre probablemente, recibí ya un telegrama o cablegrama, reponiéndome otra vez en mi puesto, aunque no exactamente en él, porque mi puesto ya se lo habían dado a otra persona, por otro lado muy estimable, que era don Marcos Becerra, que se dedicaba fundamentalmente a estudios lingüísticos, particularmente de toponimia de los estados de Tabasco y de Chiapas y este señor fue el que recibí mi puesto.

Yo entonces terminé mi primer semestre, me examiné en varias materias y en el segundo, consideré que ya me podía inscribir porque en el primero no hice una inscripción digamos formal, dado que en cierto modo este primer semestre iba a ser una prueba de si podría llevar a cabo esos estudios. En vista de que sí podía me fui a inscribirme a principios de febrero para el segundo periodo.

Pero apenas me acababa de inscribir cuando llegó mi segundo cese. Entonces en vista de eso decidí que debía quedarme sólo hasta determinada fecha en el mes de marzo, al quedarme más correría el riesgo de que me faltara dinero en el viaje. Cuando llegó esa fecha viendo que no había recibido ningún telegrama reponiéndome mi puesto, fui ya en la tarde a comprar mi boleto, pero no me llevé todavía mis petacas para darle al destino una última oportunidad y volví después a mi departamento (yo estaba en una casa de huéspedes) ahí en Cambridge en la calle de Sacramento núm. 10 y entonces, justamente al regresar cuando ya no podía prolongar más mi estancia absolutamente, porque si no perdía el tren, estaba el telegrama reponiéndome. Entonces, habiendo esperado hasta el último posible momento, las cosas cambiaron inmediatamente recibí ese telegrama, fui a devolver mi boleto, me devolvieron el dinero, etcétera y ya pude quedarme hasta terminar todo el periodo.

En julio regresé con aproximadamente... un baúl y unas ocho petacas de equipaje y me detuve en León, allí me quedé unos días y después regresé a México. Llegué satisfecho porque a pesar de todos los contratiempos terminé todo lo que había pensado.

En México empecé inmediatamente a trabajar con el profesor Mendizábal en la elaboración de un mapa de la distribución prehispánica de las lenguas indígenas de México. Ese trabajo lo elaboramos él y yo en esa segunda parte del año de 1935 y lo presentamos. Mendizábal y yo realizamos esta investigación muy cuidadosamente: Mendizábal tenía ya una gran experiencia de trabajar con muchas de las fuentes, yo también tenía alguna, pero debo reconocer que él tenía más y había hecho ya algún mapa de distribución lingüística antes de éste, tanto un mapa de distribución anterior a la conquista, como también otro de la situación digamos conforme al censo de 1930. Nos dieron amplia libertad para trabajar en eso, de tal modo que no tenía yo que ir a la oficina ni él tampoco, sino que directamente me iba a la casa de él. Y ahí nos quedamos trabajando mañana y tarde hasta que elaboramos ese mapa, por cierto que Mendizábal tenía una gran mesa en la que había capas estratigráficas de los papeles y libros que había utilizado para determinados estudios y en el momento en que buscaba un determinado libro, un determinado papel, decía: "bueno, este libro creo que lo utilicé para el trabajo que hice sobre la influencia de la sal, entonces debe estar en la capa tal, es decir, en lo demás abajo" y así encontraba aquello, claro que también tenía libros que estaban en estantes y todo lo demás, pero lo más característico era eso de la gran mesa con capas estratigráficas de libros; lo cual no impedía que él fuera un magnífico investigador realmente como se muestra por varios otros trabajos.

Bueno, después de esto, presentamos el mapa de la distribución prehispánica de las lenguas indígenas de México en el Segundo Congreso Mexicano de Historia que tuvo lugar en Mérida, Yucatán, en noviembre de ese año de 1935; fue mi primer viaje por mar.

El congreso tuvo varios trabajos interesantes, pero desgraciadamente terminó con un cisma, porque el ambiente político en Yucatán estaba al rojo vivo podríamos decir. Resultó que un señor don Carlos Menéndez que publicaba un periódico, me parece que el *Diario de Yucatán*, estaba como boicoteado por los elementos de extrema izquierda, que en ese momento eran muy virulentos. Y por el hecho de que este señor había participado con algún trabajo en el congreso, se armó allí un verdadero lío y que-

damos divididos en dos bandos; de modo que en realidad puede decirse que naufragó ese congreso y quedamos en realidad con bastante temor de que no se pudiera volver a sacar a flote los congresos por esa experiencia, inclusive, regresamos en el buque, divididos hasta materialmente, porque los que estaban en un bando ocupaban un lado del barco y los otros el otro.

Al año siguiente en 1936 yo personalmente (esta vez ya no en colaboración con Mendizábal), estuve elaborando otro mapa, el mapa lingüístico de norte y Centroamérica. Después tanto este mapa como el que hice con Mendizábal, se publicaron en el año de 1937 por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia en colaboración con el Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnología, de modo que la publicación es desde 1937.

En ese año de 1936, participé muy activamente en investigaciones lingüísticas; la universidad estaba ahora encabezada por Chico Goerne, quien había logrado el respaldo del gobierno del general Cárdenas para hacer una serie de investigaciones. Éstas se hicieron en la región del valle del Mezquital, en esas investigaciones estaba también el ingeniero Roberto Weitlaner y su hija Irmgard, que estaba en estos momentos en Taxquillo elaborando un diccionario otomí-español, español-otomí, no recuerdo. Mendizábal estaba también participando pero en otro terreno, digamos de antropología social y sociología y con él colaboraba el doctor Daniel F. Rubín de la Borbolla. Yo realicé varios viajes en la zona del valle del Mezquital, tomando ejemplos de... es decir, con vocabularios que formé del idioma otomí. También estaba trabajando en este aspecto lingüístico un alemán, el doctor Hugo Leicht, el autor de *Las calles de Puebla*, él había estudiado el náhuatl y ahora estaba también colaborando con el doctor Silva y Aceves en el Instituto de Investigaciones Lingüísticas, como yo y como Weitlaner, él había recogido un texto en otomí en el valle del Mezquital, y me tocó a mí ser el primero que pudiera analizar ese texto; yo hice el primer análisis de traducción completa de un texto otomí. Muy pronto sin embargo esto fue superado por los trabajos de un lingüista de gran preparación, que era el doctor Lawrence Ecker. Él había tenido una magnífica preparación y así pudo avanzar inmediatamente en los estudios de otomí hasta llegar a formar una gramática y de hecho dos diccionarios del otomí, primero uno, menos completo que le publicó

más tarde el Instituto de Antropología en sus *Anales*; y después uno más completo que se ha quedado inédito.

En ese año de 1936 fue mi designación como auxiliar del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología y estaba dedicado fundamentalmente a trabajos lingüísticos, en ese año se empezaron a dar los pasos para establecer una carrera de lingüística en la Universidad Nacional Autónoma, y así se logró establecer esa carrera con dos especialidades: lingüística indígena y otra de filología románica a base de español. Para esto último, el principal animador era el profesor González Moreno al lado de varios hispanistas en la revista *Investigaciones Lingüísticas*, al lado de los trabajos sobre lenguas indígenas.

Por mi parte realicé otros estudios, me interesaba mucho el idioma tarasco, había visitado por primera vez en 1929 el lago de Pátzcuaro y había recogido algunos materiales sobre el idioma, valiéndome también de la obra de Basalenque, *El arte de lengua tarasca*. Y entonces fue con Ignacio M. del Castillo (si recuerdo bien ese es su nombre) que trabajaba como auxiliar del profesor Mariano Jacobo Rojas, nuestro nahuatlaco en esa época en el museo (un nahuatlaco de más de 90 años que había dado clase a los 20, a Maximiliano de lengua náhuatl), y fuimos del Castillo y yo, a la zona tarasca, y recogí entonces un vocabulario y muchas frases para la conversación en el idioma tarasco.

Después de eso hice un viaje por mi cuenta hasta Mazatlán a fines de noviembre (no recuerdo exactamente en qué mes del año de 1936), y fue la primera vez que conocí el Pacífico.

En el año de 1937 estuve en contacto con el doctor Caso, para la publicación del *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, que se empezó a publicar desde ese año, más tarde quedó como director del boletín hasta 1945.

En el año de 1937, el doctor Kirchhoff y yo tuvimos una conversación, de la cual surgió la idea de fundar la Sociedad Mexicana de Antropología. El doctor Paul Kirchhoff había llegado a México hacia 1936 por sugerencia de Luis Chávez Orozco que era subsecretario de educación e impartió un curso que llamaba "El origen de las clases sociales y del estado." Y para cumplir el dicho de que cuando se reúnen dos alemanes fundan un club necesariamente, él sugirió la idea de fundar la Sociedad Mexicana de Antropología.

Los primeros en fundar el núcleo inicial fuimos Caso, Kirchhoff y yo, después Mendizábal, de la Borbolla y García Granados y al final de ese mismo año se fundó lo que hoy se llama Escuela Nacional de Antropología e Historia, aunque no empezó a funcionar sino hasta el año de 1938.

Parece que los doctores Daniel Rubín de la Borbolla y Miguel Othón de Mendizábal fueron los que tuvieron la idea de que podría fundarse dentro de la escuela de ciencias biológicas un departamento de antropología y el doctor de la Borbolla quedó al frente de ese departamento, así la escuela empezó a funcionar en 1938. Yo siempre he estado como profesor de ella, impartí clases a partir de 1939. Más tarde la escuela vino a depender directamente del Instituto Nacional de Antropología e Historia a partir de 1942. La Escuela de Ciencias Biológicas a que me referí, pertenecía al Instituto Politécnico, de modo que la escuela originalmente se fundó dentro del Politécnico.

En ese año de 1937 tuvimos una pérdida en las investigaciones lingüísticas por el fallecimiento de don Mariano Silva y Aceves; González Casanova había muerto en el año anterior, a raíz de este acontecimiento no se movió a publicar la revista *Investigaciones Lingüísticas*.

En compensación a estas pérdidas se incrementó el trabajo del Instituto Lingüístico de Verano. El doctor Townsend era el director del instituto, se hizo muy amigo del general Cárdenas. Éste vio con simpatía esta tarea de estudiar las lenguas indígenas y formar cartillas para enseñar a los indios a leer y escribir en su propio idioma. Las gentes del instituto tenían una finalidad religiosa también, porque estaban al mismo tiempo haciendo traducciones de *La Biblia* en las distintas lenguas indígenas y han publicado una cantidad de trabajos muy valiosos.

Ahora bien, en este particular, quería también mencionar que años más tarde se dio un paso muy importante para la lingüística en México, cuando se tuvo a principios de 1939 la primera asamblea de filósofos y lingüísticos en la ciudad de México, convocó a ella el doctor Daniel Rubín de la Borbolla, que fue realmente el animador de todo este trabajo y contábamos con gentes muy valiosas que en esos momentos estaban ya en México, como el doctor Mauricio Swadesh, Norman McQuown, Lawrence Ecker, y se pudo tener en 1939 una asamblea de filósofos y lingüis-

tas, en la que se tomaron varios acuerdos importantes, entre otros la creación de un alfabeto para las lenguas indígenas y se creó entonces el Consejo de Lenguas Indígenas, quedando al frente como director el doctor Swadesh y yo como subdirector.

En este mismo año de 1939 se inició también el proyecto tarasco, una investigación que abarcaba no sólo el terreno lingüístico, sino el de antropología social, el doctor de la Borbolla fue uno de los que más ayudaron a la realización de este proyecto. Estaba al frente el doctor Swadesh, también Barrera Vázquez que seguía trabajando en el museo, también del Castillo y Adrián F. León. Yo no pude participar debido a un accidente que me dejó encamado un tiempo.

—*Maestro, para continuar sobre su vida profesional, quisiéramos preguntarle acerca de los congresos más importantes en los cuales usted participó.*

—Ya he mencionado los congresos de Oaxaca en 1933 y de Mérida en 1935, otro importante fue el de Monterrey que se celebró en noviembre de 1937. Después pudo celebrarse el cuarto congreso que se realizó en Morelia, no asistí, parece que fue a principios de 1940 y sé que desde entonces Pompa vino a ser uno de los principales organizadores.

—*¿Don Antonio Pompa y Pompa?*

—Sí, don Antonio vino a ser el motor principal de todos estos congresos de historia.

—*Maestro para los investigadores de historia actuales, sería muy importante saber cuál era la finalidad de estos congresos.*

—La finalidad principal en 1933 era, por lo pronto, reunir a todos los que estábamos trabajando en la historia, éramos personas que habíamos recibido una preparación académica, se trataba simplemente de reunir a los historiadores, de tenerlos a todos en contacto, y eran muy pocas las instituciones que estaban auspiciando la investigación histórica.

El instituto mismo de antropología por ese tiempo no estaba auspiciando, así de una manera definida, las investigaciones históricas y sí tenían primacía otras investigaciones como la antropología, la historia quedaba al margen. Poco a poco se procuró que los congresos sirvieran para orientar las investigaciones, es decir se produjo un cambio al principio, como pasa todavía en muchos congresos, inclusive en congresos internacionales, pues

se iban a recibir los trabajos que vinieran de modo que no había un temario de tal modo formulado que sirviera para orientar las investigaciones, sino que se recibía todo lo que viniera y poco a poco fuimos saliendo de eso, fuimos logrando imprimir una cierta orientación a las investigaciones y así, le mencionaré algunos congresos que hubo después.

En Guadalajara el quinto Congreso, en febrero de 1942; después en Guanajuato en 1945. Se hizo un programa de investigación especial de esta zona, además se tuvo una mesa redonda importante sobre el periodo de 1821 hasta la guerra del 47 con muy buenos trabajos. Participó el licenciado Agustín Yáñez y se hizo un esfuerzo para organizar la investigación histórica en las distintas partes del país por regiones, de modo que ese congreso fue un punto de partida muy valioso.

—*Maestro, ¿se hacían publicaciones de los trabajos presentados en esos congresos, eran periódicos?*

—No, desafortunadamente. La publicidad era muy deficiente. Recuerdo que del congreso de Durango se publicaron la mayor parte de los trabajos.

El sexto congreso se celebró en Jalapa en septiembre de 1943. Después el congreso de Guanajuato, en septiembre de 1945, y después en 1947 el congreso en Durango.

Debo mencionar que el congreso de Jalapa en 1943 fue muy importante. Por primera vez se pudieron plantear varios asuntos, la historia de México independiente, que antes de esa fecha era difícil porque había demasiado apasionamiento, como se puede ver por una reseña que se publicó en *The Hispanican American Historical Review* hecha por Rafael Heliodoro Valle en ese año de 1943, se aceptaba lo valioso del legado hispánico frente a la herencia indígena.

Después del congreso de Durango se tomó una determinación que aparte de los congresos hubieran mesas redondas; así tuvimos la mesa redonda del IX Congreso de Historia, en septiembre de 1948 en Zacatecas, logramos la presencia de varios historiadores de primera calidad, ya se había tenido la presencia de Silvio Zavala a partir del congreso de Jalapa en 1943. Fuera de los trabajos de Silvio Zavala, también estuvieron los de Francois Chevalier, que estaba terminando su gran tesis doctoral sobre la formación de las grandes haciendas en México y participaron también

personas como José Miranda. Hasta ese momento el Instituto de Antropología e Historia no se había preocupado por sacar micro-películas de los archivos regionales, ya empezaron a tener un centro de microfilmación en el cual estaban conectados muy directamente Barlow y Shisor, inclusive ya habían logrado fotografiar, en México, colecciones de documentos y también de impresos, ya en Durango habían fotografiado varios documentos en 1947.

—*Maestro, concretamente ¿qué importancia tenía la microfilmación de estos archivos locales?*

—Primeramente, complementan el Archivo General de la Nación y los archivos nacionales a veces son muy ricos, como es el caso de Zacatecas. El archivo de León es ejemplo, muy bien clasificado y tiene además un boletín que da cuenta de todos los documentos importantes y una serie de artículos de carácter histórico. También fotografiamos varios archivos como el de Durango, Saltillo, Mazapil, Sombrerete, éste muy importante porque fue un gran centro minero, no sólo nos interesamos en los archivos civiles sino por lo menos la parte más importante de los archivos eclesiásticos.

En el Departamento de Investigaciones Históricas estaba un mapa que mostraba los lugares donde se habían fotografiado archivos. El Museo Nacional de Historia fue el que tuvo el centro de documentación antes de que pasara el Departamento de Investigaciones Históricas.

El doctor Zavala, siendo director del Museo de Historia, logró que le pasaran el aparato de microfilmación que tenía la biblioteca Franklin y también los materiales que hasta entonces habían reunido de microfilmación, esto fue un paso muy importante que se logró después de nuestra excursión a Zacatecas en 1949. Se convenció al director del instituto, que era el arquitecto Marquina, de la importancia de esta clase de trabajos [...] de 1953 fui nombrado director del museo y seguí colaborando con los archivos locales.

En 1950 fui con Alberto Castillo al estado de Chihuahua y en Parral se fotografió lo que considerábamos más importante, apareció el documento que precisaba la fecha de la fundación de Saltillo, también me tocó encontrar los restos del padre Kino, en unión de Olivera y los demás miembros del equipo.

En los archivos se continuó esta investigación, se puede tener una idea de lo realizado en los primeros tiempos, simplemente leyendo un artículo escrito por Berta Ulloa, que está en el número 14 de la revista *Historia Mexicana*, está la lista completa de todo lo que se había realizado hasta el momento. La elaboración de los catálogos estuvo a cargo de Berta Ulloa y Josefina González de Arellano, fueron las más entusiastas colaboradoras.

—*Maestro, ¿entonces continuaron las mesas redondas a partir de la de Zacatecas?*

—Después de la mesa redonda de Zacatecas de 1948, tuvimos otra en enero de 1949 en Chilpancingo con una visita a Tixtla, por haber nacido allí don Vicente Guerrero, ahí se presentaron varios trabajos de importancia por ejemplo: los de Roberto Weitlaner, Pedro Armillas y Robert Barlow, para la sección de antropología y algunos de los nuevos investigadores empezaron a hacer acto de presencia en algunas mesas redondas.

Un noveno congreso se celebró en Sonora en 1949. En 1950 fue el congreso en Guanajuato, en esta ocasión hubo la participación de los filósofos, con los historiadores allí se analizaron entre otras cosas la Reforma en México.

Luego hubo un congreso de historia que es el último al que quiero referirme, porque ya después vienen lo que yo llamé "congresitos". En 1952 se celebró un congreso en Baja California, organizado también por Pompa y Pompa, fueron muchos jóvenes que participaron al lado de historiadores ya consagrados, algunos de los que ahora están perfectamente reconocidos como Luis González y González o Berta Ulloa y muchos otros.

Pompa siempre procuró asesorarse de personas conocedoras, instalaban un comité organizador en el que casi siempre estaban personas como Dávalos para lo relativo a antropología física y yo para lo relativo a etnografía o en historia y así muchas personas que hacíamos el temario.

A causa de divergencia de opiniones con respecto a algún problema histórico o no entendimiento entre varias personas se terminaron los congresos y vinieron lo que yo llamé "congresitos" esto porque ya asistían pocos investigadores, me refiero a un "congresito" que se llevó a cabo en Guadalajara que fue muy importante, se examinó la Reforma en Jalisco y en el Bajío, hay una publicación de este congreso. Otra reunión también muy impor-

tante fue en Sinaloa, otro que se celebró en Puebla en el que estuvo presente Chevalier, entre otros investigadores, otro en Pachuca.

—*¿Podríamos decir que ya en esta época usted se había perfilado principalmente como historiador?*

—Bueno, podríamos decir que sí. Porque mi consagración como historiador fue cuando me nombraron director del Museo de Historia, ese nombramiento para mí tiene esa significación.

Sé perfectamente que mi principal interés es ser historiador, pero ninguno de los otros intereses que he tenido los he abandonado hasta la fecha, con excepción de la literatura, como no sea leer, pero ya no hacer obra creadora. Todos los demás intereses los he seguido cultivando especialmente la lingüística, mi interés en la etnografía de México, pero sí un poco marginado por mi entusiasmo en la historia y en la etnohistoria.

En 1939 tuvimos en México el Congreso Internacional de Americanistas, previamente había habido dos, y en esos momentos acababa de fundarse el Instituto Nacional de Antropología e Historia en febrero. El instituto tuvo como principal tarea preparar adecuadamente el congreso de americanistas, que se llevó a cabo en 1939, dio mucho prestigio a México y estuvieron presentes personalidades como: el doctor Kroeber, el más notable antropólogo de este continente en esos momentos, el doctor Krekeberg, el doctor Triamborn de Alemania, el doctor Paul Rivet de Francia y el doctor Caso que fue electo presidente del congreso. Así que quedó entre los asistentes un magnífico recuerdo de este congreso.

En 1940 tuvimos el Primer Congreso Indigenista, en el último año de gobierno del general Cárdenas. Dentro de la Secretaría de Educación estaba como subsecretario una persona que tuvo mucho interés en todo este movimiento indigenista, el profesor Luis Chávez Orozco, entonces se hicieron los preparativos necesarios y se organizó el congreso de Pátzcuaro en 1940, asistieron muchas personalidades, y varios indígenas llegados de Estados Unidos o de Sudamérica.

Como este congreso indigenista fue el primero que se celebraba, sirvió para que se fundara el Instituto Indigenista Interamericano, y más tarde se establecieron los institutos indigenistas nacionales. El de México se constituyó más tarde, hasta 1949 con el doctor Alfonso Caso, como director.

—Maestro ¿cuál era el problema específico en relación con Tula y los toltecas?

—El fondo del asunto era que la mayoría de los arqueólogos, seguía al doctor Manuel Gamio y al doctor Eduardo Seler, en la identificación que uno y otro hacían de Tula, capital de los toltecas, con Teotihuacan, esto a pesar de que se había realizado allá hacia 1880, exploraciones arqueológicas en Tula, Hidalgo, las que había realizado Charné y que habían mostrado la gran importancia de Tula, Hidalgo. A pesar de eso quizá por la gran autoridad científica que tenía uno y otro, de estos dos grandes investigadores, pues era casi un dogma que la capital de los toltecas era Teotihuacan. Como yo me había formado, en cierto modo digamos, como autodidacta y en la provincia, había escapado a esa influencia. A veces tiene sus ventajas el no ser modelado, digamos, por los patrones oficiales. Ese año de 1938 Mendizábal dio una conferencia acerca de la legendaria Tula, en la Sociedad Mexicana de Antropología y yo no pude menos que contestar con otra conferencia en la que sostuve el punto de vista de que Tula, Hidalgo era la capital de los toltecas y señalé inclusive cuáles eran los rasgos sintomáticos desde el punto de vista arqueológico de esa cultura. En los periódicos de la época hay resúmenes publicados por César Lizardi Ramos.

Entonces en esta reunión de 1941 se iba a tratar de dilucidar este punto. ¿Teotihuacan había sido la capital de los toltecas de que hablan las fuentes históricas o había sido Tula, Hidalgo, la capital de esos toltecas históricos?

Debo decir que investigadores que habían realizado un amplio estudio arqueológico del valle de México, como el doctor Vaillant, seguían sustentando la idea de que Teotihuacan era la capital de los toltecas y entonces resultaba que se atribuía a los chichimecas de Xólotl, unas cerámicas que ellos naturalmente no podían haber hecho, puesto que eran nómadas y entonces Vaillant había publicado en el mismo año de 1938, un intento de correlación de los datos arqueológicos con los históricos, su trabajo publicado en el *American Anthropologist* es muy importante porque es uno de los primeros intentos de correlación de los datos arqueológicos con los históricos de las fuentes; solamente que desde mi punto de vista de historiador, él andaba, digamos, un poco desenfocado al hacer este intento de correlación; que lo

mantuvo en su obra *Aztecs of Mexico*, libro que apareció en 1941 después de la reunión que tuvimos sobre Tula y los toltecas.

En esa mesa redonda yo tuve desde luego como principal aliado al doctor Caso, porque en cierto modo yo era el que encabezaba ese grupo que creía que Tula, Hidalgo, era la capital de los toltecas y en contra estaban don Enrique Juan Palacios y don Miguel O. de Mendizábal y ellos defendieron con mucho calor la opinión de que Teotihuacan era la verdadera capital de los toltecas.

Hubo aportaciones muy valiosas en esta mesa redonda entre otras un trabajo del doctor Paul Kirchhoff, sobre la historia de los pueblos tolteca-chichimeca, otro trabajo de Weitlaner desde el punto de vista lingüístico, otro de Eric Thompson, sobre correlaciones de los datos históricos de Tula con los de las fuentes mayas, así que esta fue una polémica muy sonada, tuvo una enorme resonancia en su tiempo, mucho más de la que yo mismo hubiera podido pensar.

La reunión de Tula fue tan fecunda que se pensó de inmediato en seguir con las mesas redondas. Así hubo una en 1942 para discutir el problema de los olmecas.

Fue por ese tiempo cuando realizó sus investigaciones el doctor Sterling, que fue muy afortunado en sus hallazgos y publicó varios artículos que tuvieron gran divulgación en el *National Geographic Magazine* y entonces un grupo de mexicanos sostuvimos que la “cultura de La Venta” había sido una especie de cultura madre y ese punto de vista lo defendía muy principalmente el doctor Caso y el arqueólogo Miguel Covarrubias. Ellos capitaneaban ese modo de pensar, insistiendo en la distinción entre los olmecas de los arqueólogos y los olmecas históricos, con ese motivo publiqué un trabajo que se llamó *El enigma de los olmecas*, publicado en 1962. Ahora se repiten cosas que yo dije ahí hace 30 años pero ya no se dicen de dónde proceden.

—Maestro en relación con los olmecas sabemos que se está volviendo a montar la sala olmeca del museo, ¿es usted asesor en alguna forma de la nueva organización de esa sala.

—No. No he sido llamado a asesorar esta sala. Creo que como mi interés principal ha estado en los toltecas históricos, me explico perfectamente que no me tuvieran en cuenta. Desde fines de 1932 había estado tratando de obtener una beca a la Guggenheim, entonces a raíz de mi publicación del trabajo *El enigma de*

los olmecas, recibí una carta invitándome a solicitar la beca.

En 1943 tuvimos una reunión sobre el norte de México y el sur de Estados Unidos que resultó muy importante y además en ella se plantearon por primera vez, problemas de relaciones entre este continente y el viejo, allí participó entre otros el doctor Pedro Bosch Gimpera, hasta este momento sólo predominaba una especie de doctrina según lo cual sólo habían podido venir desde el estrecho de Behring los pobladores que habían llegado a este continente. Yo presenté un estudio sobre *Tribus indígenas y misiones sobre el norte de México* y con él un gran mapa o plano de los grupos del norte de México. También un estudio sobre la colonización y evangelización de Guanajuato en el siglo XVI, en esa mesa redonda de 1943. En este mismo año fue el congreso en Jalapa, también otro congreso demográfico interamericano y participé con un trabajo sobre el mestizaje.

Después no hubo mesas redondas hasta 1946, la siguiente fue la del occidente de México. Estas mesas redondas sirvieron para orientar la investigación hacia zonas para las cuales se tenía realmente poca información. Así que nos impusimos ir investigando las regiones de México. En 1946 tenía como tema el occidente de México, los trabajos estaban relacionados con Nayarit, Jalisco, Colima, Guerrero, Michoacán y en parte también Guanajuato, algo de Sinaloa y de Zacatecas, en ese tiempo el principal animador fue don Daniel Rubín de la Borbolla, en esa época precisamente pasó a ser director del Museo de Antropología y puso mucho empeño en esto.

En ese congreso presenté un trabajo sobre *El lienzo de Jucutacato*, para esto identifiqué en Michoacán varios sitios que están marcados en el lienzo de Jucutacato, el original de este lienzo se encuentra en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Fue necesario restaurarlo y el trabajo fue hecho por el maestro Saldaña y quedó casi mejor que el original, porque por el tiempo los letreros estaban ilegibles.*

—Maestro, hemos llegado a casi la generación que está actuando; sin embargo, hemos visto que la última generación, casi adolescente, ya se ha manifestado en la vida pública de nuestro

*Nota: falta una parte de la entrevista donde se inicia el tema del estudio de las generaciones que no se pudo encontrar.

país y en situaciones francamente muy importantes. ¿Usted tiene ya algún nombre para esta última generación y ha pensado algo acerca de ella?

—Bueno, en realidad las primeras manifestaciones perceptibles de esta generación se advirtieron para mí en 1968; mientras que, las primeras manifestaciones perceptibles de la generación que llamo de “los impacientes”, las percibí tan atrás como 1950, aproximadamente. En el caso de los impacientes algunos de sus miembros, como por ejemplo: Miguelito Alemán, empezaron por hacer una amplísima propaganda a la candidatura de una reina, Rosita Arenas en 1950; y también por ese tiempo Miguelito Alemán, con otros amigos suyos sacó la revista *Voz*, en la que había varios miembros de esa generación. Así, estas eran las primeras manifestaciones perceptibles de los... que llamo “impacientes”.

En cuanto a la siguiente, la de los nacidos entre 1943 y 1956 aproximadamente, según mi esquema, yo considero que sólo he percibido, digamos, las primeras manifestaciones de esta generación a partir de los acontecimientos de 1968. Tal vez porque no me he detenido bastante a analizar lo que pasó en años anteriores. Probablemente si estudiara uno más a fondo este asunto, pues encontraría que su entrada en escena pudo ya empezar unos cuatro años antes, digamos en el momento en que comenzaba el régimen del presidente Díaz Ordaz, una cosa así; pero no lo he estudiado y solamente por el hecho de que fueron tan, digamos, tan claras las manifestaciones que se hicieron del espíritu de esta nueva generación en 1968, por lo que fue particularmente en ese año cuando yo advertí un nuevo espíritu que se notaba en estas generaciones; como le dije a usted, estas personas son las que llenaban los camiones cuando las manifestaciones, que veía yo repletas de muchachos de entre 11 y 25 años, ninguno tenía más de 15 años, que en consecuencia son los que como digo han nacido entre 1943 y 1956 aproximadamente. Ahora bien, estimo que provisionalmente les podemos designar con el nombre de “Los prematuros” y voy a explicar por qué les llamo así: en la escuela de antropología, algunos de estos muchachos, los llamaba “los acelerados”, que después de todo no es una designación muy diferente de “los prematuros”, porque cuando yo hablo de prematuros, estoy implicando precocidad que quiere decir maduración,

digamos, demasiado temprana, yo no los llamo "inmaduros" sino "prematuros", lo que en cierto modo corresponde con la designación de "acelerados"; seguramente por las corrientes mismas socioculturales de nuestro tiempo, lo que está pasando en nuestros días y esto corresponde un poco a lo que usted preguntaba antes de si hay manifestaciones o no de esta aceleración en la historia que todos percibimos.

Pues bien, entre otras cosas los miembros de esta generación de "los prematuros" o sea "precoces" o "acelerados", en muchos casos han tenido experiencias sexuales demasiado temprano, es decir, cuando realmente ni fisiológicamente se podría esperar que pudieran tener relaciones con mujeres algunos de ellos, cuando tenían por ejemplo 11 años, ya habían andado con ellas y esto lo sé porque algunas veces choferes de ruleteo, me contaron de muchachos que correspondían a esas edades y que habían tenido tales experiencias que a ellos les constaba y, desde luego si uno hablaba con ellos, si se entera uno un poco más acerca de su vida, verá uno que esto ha pasado con bastante frecuencia en esa generación de los que yo llamo "los prematuros", que inclusive cada vez más se da el caso de hombres y mujeres que se han casado muy jóvenes, en muchas familias resulta que una hija ya tuvo un niño a los 16 años, porque había tenido relaciones a los 15, o que alguien es papá a los 16; en fin, esto lo vemos con bastante frecuencia en nuestros días, y casi siempre son gentes de esta generación a que me estoy refiriendo.

Ahora, si la generación de "los impacientes" para mí está en las mismas coordenadas que la de "los revolucionarios" de la generación que llamo revolucionaria de Obregón, Villa y Carranza, que fueron justamente sus abuelos, entonces a esta generación de "los prematuros" o de "los acelerados" posiblemente les tocaría hacer la transición otra vez del cambio hacia la estabilidad, pero por lo pronto, participarán activamente en el cambio, como participaron por ejemplo, gentes de una generación semejante a la generación a la que pertenecía el general Cárdenas que era la generación digamos, más joven que todavía participó. La Revolución mexicana para mí, es obra de tres generaciones, de una generación que llamaríamos epicientífica, para con esto indicar que todavía está allí como la cola de los científicos y que abarcaba los nacidos entre 1864 y 1875 aproxi-

madamente, y en esa generación estaban entre otros: Molina Enríquez que escribió *Los grandes problemas nacionales*, o Madero que escribió su famoso libro *La sucesión presidencial*, y...

—¿También Carranza?

—No, Carranza es de la generación de "los científicos", lo mismo que Huerta, su contrincante, los dos son de la generación anterior; pero ahora yo hablo de los epicientíficos. Bueno, en esta generación tenemos como digo a estos sociólogos que he mencionado, también a don Toribio Esquivel Obregón que tuvo un gran interés antirreeleccionista, como todos sabemos y se preocupaban todos por los problemas sociales. Los novelistas participaron de esta misma actitud, por ejemplo: Gamboa que no fue un novelista naturalista por excelencia; es decir, el naturalismo en la literatura mexicana está tipificado más que por ningún otro autor por la obra de don Federico Gamboa; Gamboa era al mismo tiempo dramaturgo aunque a eso no se dedicó mucho, y escribió una obra que se llamó *La gleba*, que a la altura de... más o menos de 1905, 1096, es decir, casi en vista del estallido de Cananea, ya planteaba una serie de problemas sociales tremendos del país.

En literatura dije, estas gentes tenían una actitud naturalista, es decir, un realismo llevado al extremo, un poco como lo estamos viendo ahora también en literatos más recientes. Y el mismo Amado Nervo, en cuanto a novelista, perteneció a la escuela naturalista en obras como por ejemplo: *El bachiller*, algo que a nosotros normalmente nos sorprendería porque es un poeta místico, un poeta de inspiración religiosa, sin embargo, como novelista fue naturalista y ya que mencioné a Nervo, miembro de esta misma generación de "los epicientíficos", pues podría mencionarse a otros notables poetas modernistas como a don Enrique González Martínez. Luego, en el campo de las artes plásticas, hay figuras que de una manera u otra, están señalando nuevos derroteros en el arte, entre las gentes que han nacido en esa época, entre 1864 y 1875. Las primeras grandes discrepancias con lo que habían hecho "los científicos", se notan en la obra de esta generación "epicientífica"; y por eso es que yo he dicho que en generaciones así que son de transición, como esta que fue una generación de transición, de la estabilidad al cambio, la de "los epicientíficos" es donde se advierten las discrepancias, primero en la literatura y en las artes plásticas, y sólo después se advierten en

otros campos. Como si estas gentes no quisieran afirmar todavía esa discrepancia haciéndola más profunda, frente a lo que podríamos llamar sus hermanos mayores, o sea la generación anterior, sino hasta que tuvieran el respaldo de una generación más joven, en este caso, la generación "epicientífica" que es también al mismo tiempo protorrevolucionaria y que va a hacer la transición del cambio a la estabilidad, espera, digamos para afirmarse en sus discrepancias ya con violencia, durante la Revolución mexicana, hasta que se siente con el respaldo pleno y se siente empujada por una generación más joven, más impetuosa que ella misma, que hizo la Revolución mexicana es decir la de Obregón, de Villa, de Zapata, de Múgica; de Antonio Caso y de Vasconcelos en la filosofía de Rivera y Orozco en la pintura; de López Velarde en la poesía; de Gamio en la antropología; de Julián Carrillo en la música, en fin, la generación de los nacidos entre 1875 y 1879 que es la que llamo yo la "plenamente revolucionaria" o "pleni-revolucionaria"; la anterior era "protorrevolucionaria".

Ahora, después de esa generación viene, como he dicho antes la de los nacidos entre 1889 y 1903, es otra vez una generación de transición. Esa generación va a hacer la transformación desde el cambio hacia la estabilidad otra vez, y a ella pertenecen, una serie de personas muy notables, especialmente aquellas que se han destacado en el campo de la economía, como: Cosío Villegas, Gilberto Loyo, Silva Herzog, Lombardo Toledano, Miguel Othón de Mendizábal, etcétera, son éstos los que verdaderamente se interesan por el marxismo, como mencioné yo a usted y entre los miembros de esa generación, hubo algunos como el general Cárdenas, que todavía participaron en el movimiento armado, pero los más de ellos sólo sufrieron sus consecuencias, es decir, vieron el ir y venir de las tropas armadas como me contaba el doctor Alfonso Caso, un día había un gobierno, otro día había otro; un día valía el dinero de un gobierno, otro día no valía nada ese dinero, y había una nueva moneda; y entonces en su fuero interno decidieron que las cosas no podían quedarse así y desearon para México una época de paz.

Y así ellos hicieron la transición del cambio hacia la estabilidad y tuvieron presidentes primero como Portes Gil, después Cárdenas, Ávila Camacho y finalmente Alemán y Ruiz Cortines; esta generación ha dado un extraordinario número de presiden-

tes de la república. Pues bien, para mí, la Revolución mexicana ha sido obra de esas tres generaciones de la "epicientífica", que al mismo tiempo era "protorrevolucionaria" a la que pertenecieron entre otros, Molina Enríquez y Madero; la "pleni-revolucionaria" a la que pertenecieron Obregón, Villa y Zapata y todos aquellos que he mencionado como revolucionarios en distintos campos de la cultura y finalmente esta generación última la que mencioné que a ella pertenecían por ejemplo Cárdenas y Lombardo Toledano que esa es "epirrevolucionaria" y en cierto modo "protocientífica", si usamos provisionalmente esta palabra "científico" entre comillas como indicadora de una tendencia hacia la estabilidad.

Después de eso viene mi generación que es netamente "científica" en este sentido, decididamente en favor de la estabilidad y una generación conciliadora a los nacidos entre 1904 y 1917. Ahora bien, las nuevas transformaciones que en México se hagan, lógicamente serían la obra de, también de tres generaciones, que constituyen digamos el nuevo clima que México empieza a vivir. Por un lado, a la vanguardia la generación de "los desencantados" que ocupa exactamente las mismas coordenadas que la generación que he llamado "epicientífica" y "protorrevolucionaria"; ésta también sería "epicientífica" y "protorrevolucionaria" y encabezada por nuestro presidente. Bueno, decía yo que esta generación que iría a la vanguardia de las otras dos que forman este clima sociocultural que empezamos a vivir, sería la que he llamado la de "los desencantados" y en ella se advierte una fuerte discrepancia, como ya lo expliqué en otra ocasión; por ejemplo: en la literatura hay también una actitud digamos neoneaturalista, las novelas de Carlos Fuentes insisten mucho en presentar la realidad descarnada, la obra de algunos dramaturgos miembros de esa generación como por ejemplo: Wilberto Cantón y otros, o las obras de Spota tienen esa misma tónica y un interés muy grande en plantear los problemas nacionales, los grandes problemas nacionales así como los planteó con el libro de ese nombre Molina Enríquez, así los plantea González Casanova, miembro de esta misma generación, o inclusive nuestro mismo presidente al hacer en sus primeros artículos un balance de la Revolución, de los logros de la Revolución mexicana.

Ahora hay novelistas miembros de esa generación que inclusi-

ve parecen haber intervenido en algunas de las agitaciones que ocurrieron en 1968, por ejemplo: José Revueltas. Después la generación que sigue, la de los nacidos entre 1930 y 1943; ya que la de "los desencantados" abarca los nacidos entre 1917 y 1930, esa generación que sigue es la que he llamado yo de "los impacientes" y esta generación sería ya para mí una generación plenerrevolucionaria, es decir: exactamente de las mismas coordinadas que las de Obregón, Villa y Zapata, Múgica, Antonio Caso y Vasconcelos, Rivera y Orozco, Julián Carrillo, etcétera.

Éstas, serían las mismas coordenadas de esta generación, ésta sería la que vendría empujando digamos, inclusive a la generación de "los desencantados" y digamos, su posición ya empezó a advertirse desde hace algunos años, pero cada vez más la veremos clarificarse, creo yo sobre todo después de estas elecciones que tenemos en este año de diputados para el próximo congreso, y sobre todo con motivo de la elección presidencial en 1976. Finalmente la tercera generación de las tres que constituirían este clima que todavía participaría en todos estos cambios sería la que he llamado de "los prematuros", es decir, "precoces" o que otros llaman "acelerados", nacidos entre 1943 y 1956, éstos participarían en todos los cambios, inclusive en los cambios más drásticos, igual que por ejemplo el general Cárdenas, miembro de una generación similar, participó todavía en el movimiento de la Revolución mexicana y sin embargo, a ellos les tocaría hacer luego la transición del cambio hacia la estabilidad.

—*Por ejemplo maestro, es interesante ver el cambio que están ellos pretendiendo con respecto a la universidad, a la educación en general.*

—Sí, posiblemente sí, igual que por ejemplo, digamos un miembro de una generación así, el general Cárdenas hizo cambios drásticos que permitieron la estabilidad que ha vivido México durante mucho tiempo, es decir, sin los cambios drásticos que se operaron durante el régimen del general Cárdenas, sin los nuevos acomodos a que esos cambios dieran lugar, no hubiera habido un largo periodo de estabilidad que sólo empezó a resquebrajarse desde 1968, digo, de una manera perceptible. Así esta generación joven, pues tiene una tónica, digamos común; ellos han manifestado tanto "los impacientes" como los que le siguen, es decir "los prematuros" o "acelerados" y en menor grado los

predecesores de uno y otro, es decir los "desencantados", han expresado su inconformidad con el orden existente, con lo que llaman lo establecido y justamente porque no están de acuerdo con lo establecido asumen distintas actitudes de protesta, desde algunas que se limita digamos a dejarse crecer la barba o una gran melena, algo que de algún modo señale esta especie de protesta que empieza desde la forma de vestir. Este uso de las barbas y de las melenas lo vemos desde luego, entre miembros ya de la generación de "los desencantados"; pero sobre todo con los de la generación de "los impacientes"; la generación de "los desencantados" más o menos corresponde en México a una generación en los Estados Unidos que llamaron los *beatniks*. Estos *beatniks* son los que escribieron una serie de novelas, algunas de ellas bastante crudas; y yo por broma los llamaba los *beatniks*, porque usaban casi todos ellos barba.

Una generación semejante ha tenido representantes muy destacados en distintos países de la América Latina; pero esa generación de "los desencantados" en muchos países de la América Latina se ha sentido frustrada, porque no ha podido realizar lo que ella hubiera querido realizar. En un país sin embargo, creo que ha podido realizar lo que quería, ese país es Cuba y allí, digamos los equivalentes a nuestros "desencantados", o los equivalentes a los *beatniks* de Estados Unidos, son los que han hecho la revolución cubana y uno de sus miembros más destacados es nada menos que Castro; es uno de estos desencantados que no se ha quedado en el desencanto sino que ha transformado completamente, él y sus compañeros de generación a Cuba, y entonces, para bien o para mal, ellos han sentido que han realizado lo que querían; mientras que en muchos países de América Latina miembros de una generación equivalente se han sentido frustrados.

Ahora, en el caso nuestro pues es evidente que miembros de esta generación están realizando ya cambios importantes, no todos lo hacen en el ámbito de la política, muchos lo han hecho a través de la palabra con escritos sociológicos o sus escritos literarios, etcétera. Mucha poesía de protesta por ejemplo es obra de la generación de "los impacientes" y vemos qué número de literatos jóvenes hay en nuestros días en México, es más, digamos quizá son ahora los más leídos, muchos de estos literatos jóvenes

y ya diría yo que, como tónica general ellos están, los unos y otros, es decir, "los desencantados", pero sobre todo "los impacientes" y "los prematuros" están descontentos de la situación en que vive el mundo, quieren cambiar esa situación, "los impacientes" probablemente con más impaciencia, esos son los que están digamos más virulentos en este aspecto y, por cierto que, alguna vez platicando con Luis González y refiriéndome al hecho de que esta generación de "los impacientes" correspondía más o menos a la de los hijos o sobrinos de mi generación; entonces él hizo una observación a mi juicio muy sabia, dijo: "Bueno, es que esta generación ya es parricida" es decir, es una generación que se ha vuelto contra los que seríamos sus padres o sus abuelos, no necesariamente contra nosotros mismos como personas, sino contra lo que nosotros representamos, contra la posición que hemos asumido, no necesariamente en lo personal, sino solamente en este aspecto a que me refiero, y entonces de hecho ya los mismos miembros de la generación "impaciente" y luego "los prematuros", han insistido cada vez con más fuerza en el autogobierno, lo mismo en la universidad nacional que por ejemplo en nuestra escuela de antropología y en algunos lugares lo han logrado, todavía no se sabe si es para bien o para mal, porque todavía no se puede hacer una evaluación, ha pasado poco tiempo para que se pueda realmente ver cuáles son los logros positivos de todo eso; pero es posible que se llegue a una situación de nuevo ajuste y que entonces vengan a sosegar sobre todo los más jóvenes, es decir, "los prematuros", como parece que ya está sucediendo en una generación equivalente en los Estados Unidos. Es evidente que en Estados Unidos, por ejemplo, los disturbios estudiantiles han amainado mucho y es más, algunos profesores de Estados Unidos me han dicho que en cierto modo algunos de estos jóvenes ya están de vuelta, es decir, de regreso de una actitud virulenta, como que ya llegaron casi hasta donde podían haber llegado y entonces pues están en una actitud más ponderada, más accesible a oír, mientras que antes no lo estaban así, lo mismo que puede pasar con los otros.

—*Bueno maestro, nos ha hablado hasta ahora de algunas investigaciones que han sido de interés para usted a lo largo de su carrera. ¿Podría darnos algunos informes acerca de las investigaciones o temas de interés que tiene usted actualmente?*

—Bueno, pues yo siempre he tenido varias cosas que me interesan y creo que inclusive esto es por un lado una ventaja y por otro una desventaja; es una ventaja, en cuanto a que yo he tenido horizontes muy amplios puesto que me he asomado a varias disciplinas y entonces puedo ver de conjunto la trayectoria de México, como no la vería si me interesara solamente en una disciplina, digamos por ejemplo, la arqueología o la historia colonial. La preparación que he adquirido me da pues la posibilidad de ver las cosas de conjunto y eso es evidentemente una ventaja; pero al mismo tiempo esto se vuelve una desventaja, por eso alguien ha dicho con mucha razón que uno tiene los defectos de sus cualidades y en este sentido mi afán de ver las cosas desde muchos ángulos se vuelve también un defecto, porque naturalmente como no es fácil, digamos, a la vez afrontar todos estos intereses, pues entonces naturalmente se va más lento que lo que uno desearía. Seguramente yo estaría produciendo mucho más y habría publicado más cosas de las que he publicado; sin embargo he publicado bastante más de lo que la gente cree.

Sin embargo, no me arrepiento porque yo he tenido un placer muy grande en ver las cosas como desde la cima de una montaña puede verse todo el paisaje y eso es una compensación extraordinaria. Ahora bien, he hecho este preámbulo para decir que tengo varias cosas que estoy realizando y que como son varias, naturalmente a veces sucede como pasa en el juego de billar que se producen carambolas, es decir, que una bola le pega a otra, o sea, que para realizar una, pues tengo que menoscabar en cierto modo el progreso de otra, puesto que no se pueden llevar todos estos intereses al mismo tiempo; sin embargo, estoy actualmente poniendo un apéndice, esto es una de las cosas que estoy haciendo, un apéndice a mi trabajo publicado en el esplendor del México antiguo con el objeto de ponerlo al día para que pueda ser publicado por la Secretaría de Educación Pública.

—*¿Esto va dentro de la serie SepSetentas?*

—Sí. Ahora, claro que, una persona como el doctor Aguirre Beltrán que con tanto dinamismo está realizando este programa, pues debe estar un poco impaciente de que yo no le haya entregado todavía este apéndice. Yo lo comprendo, pero, por otro lado yo considero que como aquello lo escribí en 1958, pues yo no puedo a la altura de 1973, o sea un poco menos de 15 años más tarde,

dejar las cosas tal como estaban. Entonces he tenido que enterarme muy a fondo de todo lo que ha pasado en el campo de la arqueología mexicana y ha pasado bastante, ha habido muchísimas cosas para elaborar este apéndice. Pero, al mismo tiempo que eso, estoy embarcado en otra investigación referente a la historia colonial del estado de Guanajuato, principalmente; y la señora Josefina González de Arellano está aquí trabajando conmigo en una paleografía que ha hecho con mucho cuidado de unos documentos relativos a la fundación, bueno no le podemos llamar relativamente fundación, sino al poblamiento de las minas de Guanajuato. El doctor José Miranda y yo, descubrimos unos documentos muy interesantes sobre el surgimiento de las minas de Guanajuato en el archivo de Pátzcuaro, hace ya algún tiempo; pero nunca se habían publicado estos documentos. Ahora van a ser publicados pero con una introducción mía, para que se entienda la significación tan grande que tuvo el hallazgo de esas minas en el surgimiento de toda esa zona que constituye actualmente el estado de Guanajuato y creo que va ha ser un trabajo interesante.

Este es uno de los trabajos que más me interesan y diría yo, que no me olvido en ninguna forma de que se me ha expresado por varias personas el deseo de que cuanto antes publique por lo menos un resumen sobre esta teoría de las generaciones en la historia de México, tengo muchísimo adelantado sobre ella; he trabajado mucho, no sólo sobre las generaciones en México, sino para tener puntos de comparación, he estudiado lo que pasaba en los Estados Unidos, en España, en Alemania, Inglaterra y Francia, y además en algún país hispanoamericano, a fin de que los datos relativos a México puedan colocarse dentro de un contexto adecuado. Con esto no estoy mencionando más que una de las muchas cosas que tengo trabajando, porque tengo muchos trabajos a los que les falta muy poco para estar terminados pero aunque puedo decir que les falta muy poco, eso significa quizá estar por lo menos un mes, terminando cada una de estas cosas y a veces no se puede hacer porque tiene uno otros compromisos, como los que hemos contraído varios miembros del instituto de antropología, en relación con el libro de antropología e historia del instituto, que el instituto ha estado fomentando.

—*Con respecto a la tarea histórica: ¿cómo considera usted la preparación actual de los historiadores?*

—Bueno, yo diría que en general, hay una serie de problemas que son ya no de los historiadores, sino problemas de la educación que se recibe en México, pero que no puede dejar de tener en cuenta, porque afectan a la preparación de los historiadores. Considero que la educación en México deja mucho que desear, que es muy deficiente en el nivel de primaria, de secundaria, de preparatoria y de profesional, de tal manera que cada vez vienen las gentes menos bien preparadas.

—*¿Siente usted eso en sus clases?*

—Como no, sí, yo lo he sentido constantemente en mis clases, y como soy una persona que ha dado clases por tantos años, puesto que yo empecé a dar clases desde los 20 años en mi ciudad natal, pues creo que tengo alguna autoridad para poderlo señalar, nuestros alumnos vienen muy mal preparados en el nivel universitario con grandes deficiencias, de tal modo que uno, por ejemplo, si quiere preparar historiadores pues supondría que saben bastante de geografía de México y se encuentra con que no es así; que conocerían los idiomas por lo menos inglés y francés que para mí son el mínimo de conocimientos en idiomas para que una persona pueda sentirse que es culta y se encuentra uno con que cada vez es más deficiente la preparación en lo que a idiomas se refiere, esto lo digo especialmente por mis experiencias en la escuela de antropología, en los primeros años exigíamos a los alumnos estudiar libros, es decir primero tenían que tomar los cursos de inglés, francés, alemán, en el caso de los historiadores, se les exigía además latín, los primeros alumnos como Pedro Carrasco, estudiaron alemán y lo dominaron suficientemente para poder leer ciertas obras importantes.

Con lo demás, ya nos consolábamos con que supieran inglés y francés, pero luego se vio que, pues ya podríamos consolarnos si siquiera supieran inglés y, ahora pues ya no sé con qué podemos consolarnos, sino que, creo que quizá nos consolaríamos con que leyeran libros traducidos al español, aunque hay en esto excepciones, jóvenes que sí son asiduos a la lectura y todo eso, yo no puedo menos que pensar que participa una gran parte de ellos de esta situación de nuestros días en que vivimos una época que

podría llamarse posletrada, así como hubo una época preletrada, es decir la época anterior al conocimiento de la escritura, porque aunque la escritura se conozca cada vez se lee menos y que se lee menos, se revela en el hecho de que las gentes no saben ortografía y esto no sólo ocurre en el caso de México, yo sistemáticamente bajo la calificación a mis alumnos en cuanto me encuentro con un gran número de faltas de ortografía, porque esto para mí es un indicio de que no leen lo suficientemente.

Lo mismo sucede en los Estados Unidos, donde yo he enseñado en varias universidades, hasta el punto de que yo corrijo lo que escriben mis alumnos norteamericanos las más de las veces porque tienen muchas faltas de ortografía y es que cada vez se depende más de medios auditivos: la radio, la televisión.

Nuestros alumnos cada vez vienen menos preparados, yo estimo que si de mí dependieran las cosas, en primer lugar limitaría el acceso a los centros de enseñanza superior a las personas que verdaderamente tuvieran interés en ello, es decir, yo veo que tenemos muchedumbres, por ejemplo en la universidad hace tiempo que pasamos de tener más de 100 000 alumnos y entonces qué se va a hacer con esas muchedumbres que en realidad muchos de ellos no tienen verdadero interés en estudiar; hay una gran cantidad de muchachas que pues van a buscar novio allí como iban también por ejemplo a la Universidad Iberoamericana, que ellas mismas llamaban el "club de caza y pesca" y una vez que consiguen su objetivo ya no tienen mayor interés en el asunto y otros muchachos pues están ahí también para no tener que trabajar, no tener que dedicarse a otras cosas, seguir siendo hijos de familia y algunos quieren tener un título pero sin mucho trabajo.

En términos generales yo pienso y creo que en cuanto a la historia misma lo preferible sería que siguiéramos el sistema de El Colegio de México, de tener unos grupos selectos, cada vez más —aunque esto suene muy mal en una época en que hablamos tanto de democracia— pienso que debemos tener verdaderas elites intelectuales, es decir, yo estoy en favor de las elites o aristocracias intelectuales cada vez más, que haya democracia en todo lo otro me parece magnífico, pero en el campo del saber, en el campo del estudio creo que no deberíamos estar perdiendo el tiempo con gentes a las que no les interesan verdaderamente las cosas.

—*Maestro ¿cuál es su opinión con respecto a la especialización de los historiadores?*

—Bueno, yo no estoy en contra de la especialización, puesto que esa es la que permite que alguien domine plenamente el campo, pero quisiera que esa especialización no fuera digamos de tal modo que hiciera de los seres humanos, algo como lo que sucede por ejemplo con los caballos o las mulas a los que les ponen, a uno y otro lado de los ojos, unas cosas que les tapan para que no vean a uno y otro lado y no quisiera que pasara eso con los seres humanos; el problema como siempre está en el justo medio, como en el refrán vulgar que dice que "ni tanto que queme al santo ni tanto que no le alumbre", entonces yo en lo personal sí he sido siempre muy adicto a interesarme en muchas cosas, e inclusive creo que en estas entrevistas que hemos tenido he dicho a usted aquello de que entre ser una persona estrechamente especializada y ser un diletante yo no he vacilado nunca en preferir ser una diletante, creo que mencioné una experiencia que tuve en la Universidad de Harvard en donde conocí a unos especialistas que no se dedicaban más que al estudio de la cestería, que no leían sino libros de cestería cuando llegaban a sus casas, que los domingos no leían más que un único periódico que era el que moldeaba todas sus opiniones y entonces me parecía tan estrecho que precisamente yo no podía de ninguna manera estar de acuerdo con esa visión tan limitada. Ahora, aunque yo he dicho entre una y otra cosa yo prefiero ser un diletante, yo no he actuado como un mero diletante porque las cosas que he estudiado, las he estudiado muy a fondo aunque sean diferentes, es decir, si he estudiado idiomas los he estudiado ha fondo, como el náhuatl, si he estudiado historia colonial, me he tomado el trabajo de andar en los archivos, de verlos y muchas veces he publicado trabajos que no llevan todo el aparato bibliográfico porque de otra manera no se hubieran publicado esos trabajos, pero no porque no sepa cómo debe hacerse, puesto que ahí están otras publicaciones mías como la del *Códice de Yahuítlán* con todo el aparato bibliográfico de todo eso, a veces ante la necesidad de dar pronto un mensaje pues he tenido que hacer una síntesis que no deja ver digamos, todo el esfuerzo que esta detrás, pero cada una de las cosas que yo he afirmado tiene detrás un estudio largo, entonces no creo que he actuado como lo que verdaderamente es

un diletante que es una persona que no sabe sino superficialmente de las cosas, yo me he tomado mucho más trabajo. Ahora bien, creo que con esto pasa en general, lo que sucede con los médicos que son capaces de ver el conjunto de la persona, los que llaman médicos generales y abundan los médicos especialistas.

En el campo de la historia, yo estimo que por el desarrollo de nuestros conocimientos, la mayor intensidad con que se estudian las cosas en nuestros días, pues lo ideal sería que hubiera equipos de especialistas, pero no es fácil formar estos equipos, si logran formarse equipos digamos que actuaran tan armónicamente como por ejemplo, los miembros de una orquesta que cada quien sabe desempeñar bien la parte que le toca, pues todo sería magnífico, sería estupendo ¿no?, pero ya vemos que no es fácil, algunos de los historiadores más recientes han trabajado en equipo, por ejemplo, varios de los miembros de la generación que llamo de los “desencantados” como Luis González, Moisés González Navarro y varios otros, han colaborado bajo la dirección de don Daniel Cosío Villegas en la elaboración de esa magna, moderna historia de México, esto ha sido un triunfo extraordinario de don Daniel y yo tengo un gran respeto por don Daniel por este logro que realmente es casi milagroso, es decir, es el único que ha logrado una cosa así.

Pero con todo mi respeto por esta magna obra no puedo menos de advertir, como lo advertirán muchos, que hay una gran diferencia en el tratamiento de los distintos tópicos que han sido abordados por los historiadores que participaron en esa obra, y consecuentemente pues se ve que alguien ha tratado muy a fondo su tema y que se ha documentado muy ampliamente y que ha escrito además muy bien y luego encontramos otro autor que ha tratado muy bien su tema, muy a fondo con muchos datos, pero que, a lo mejor no escribió en una forma muy clara y uno extraña la amenidad con que había escrito el otro compañero al leer esa parte de la obra dirigida por don Daniel, y finalmente se puede dar el caso también de otra persona que realmente nos dio todos los datos posibles, que hizo una investigación exhaustiva para su tema, pero que no logró sacar digamos, no logró hacer una interpretación adecuada de todo ese material y en ese sentido pues se quedó sin llegar al fin de todo ese trabajo; digo algo como eso ocurre si se examina una obra como esta que es de todas maneras

ejemplar en cuanto a que hubo esfuerzo de trabajar en equipo, este esfuerzo magno de la historia moderna de México, dirigida por don Daniel Cosío Villegas.

Sería de desearse mucho que empresas como esas o como en el campo de la antropología: *La población del valle de Teotihuacan* que dirigió don Manuel Gamio, se realizasen si se encontrara la forma de armonizar a todos estos especialistas pues se podría tener un magnífico resultado, pero encuentro muy difícil armonizar eso y el hecho de que un historiador muchas veces dedicado a la historia de la Revolución mexicana no quiera saber por ejemplo, nada de la época colonial o de la época prehispánica, me parece que a la postre esa es una grave falla y que va a ser muy difícil precisamente el poder ensamblar todos estos esfuerzos de los especialistas, si no hay suficientes puntos de contacto, quiero decir si a mí no me interesa la historia de la Revolución, pues es difícil que yo empalme con otra persona, con otro investigador que se ocupa de la república restaurada y del porfiriato porque mis intereses empiezan solamente con la Revolución y si ese señor que estudia la república restaurada y el porfiriato no quiere saber nada de la época colonial, pues tampoco va a poderse hacer un ensamble con otros trabajos de especialistas que estudien la colonia y que al llegar la reforma vean cómo, digamos, se abandonan ciertas pautas de la colonia, a mediados del siglo XIX.

Yo soy un admirador desde luego de las grandes figuras enciclopédicas de la antropología y de la historia, por ejemplo, de un Kroeber en antropología, o de un Menéndez Pelayo o un Méndez Fidal en la historia, pero me doy cuenta que es cada vez más difícil en nuestros días llegar a dominar tan amplios campos como dominaron esos gigantes, como por ejemplo en antropología americana después de la muerte del doctor Kroeber, pues no quedó nadie que tuviera esa altura, que dominara todo panorama de la antropología americana. Así creo que el historiador o el antropólogo aunque estén especializados en un campo muy bien delimitado, supongamos la historia económica o la historia social, lo que sea, o la historia de las ideas, pues de todas maneras, tengan la manera de poner esa especialidad suya dentro de un contexto mayor para que no pierdan la visión de conjunto.

—Maestro, a propósito de la desaparición de grandes figuras en la investigación histórica, que hemos sufrido ya un gran nú-

mero de pérdidas, quisiera que usted nos pudiera decir ¿qué figuras actuales, pues jóvenes o gente madura, son las personas que tienen más categoría, más peso dentro de la investigación en nuestro campo?

—Bueno, es cierto, hemos perdido por ejemplo, en lo que a México se refiere en el campo de la antropología-historia a un número tal de grandes figuras que a veces, con tristeza, pienso que nos está pasando un poco lo que dicen las fuentes históricas, concretamente una de ellas, Sahagún a los informantes de Sahagún, cuando nos habla de cómo se fueron los Tlaminimeh, es decir los sabios y se fueron hacia el sur y entonces se les planteó a los que quedaban cómo iban a resolver los problemas, digamos de establecer un calendario, etcétera, y al fin, en un lugar, aparentemente en el estado de Morelos, se hizo una reforma calendaria; pues bien, cuando se nos han ido tales investigadores como don Alfonso Caso en el campo de la antropología, especialmente en la arqueología con el dominio tan amplio que tenía él de todo esto; cuando se nos ha ido el ingeniero Weitlaner con el conocimiento amplísimo que tenía de la etnografía como no lo tenía otro; o digamos un Julio de la Fuente, que también llegó a tener grandes conocimientos; cuando se nos ha ido Swadesh, que en el campo de la lingüística era él casi una institución y lo hemos perdido; cuando en la historia no tenemos ya a alguien como el doctor José Miranda que dominaba como ninguno, excepción hecha quizá del doctor Zavala en el campo de la historia colonial, por lo menos en lo referente a las instituciones, cuando se nos han ido todas esas figuras de primer orden, pues no puede uno menos de ver con cierta tristeza el porvenir. Sin embargo, hay también signos alentadores porque tenemos afortunadamente entre los jóvenes, por ejemplo, entre la generación que llamo de los “desencantados” pues a un Miguel León Portilla que es un conocedor muy a fondo del México prehispánico, tenemos con él colaborando en el Instituto de Historia de la universidad a muchas personas muy capaces en distintos campos y lo mismo en la sección de antropología de ese instituto al lado del doctor Juan Comas y allí ve uno figuras muy prometedoras entre todos estos antropólogos e historiadores. Entre los historiadores de esta generación, yo creo que uno de los más bien preparados es Luis González y González, que además tiene para mí, el mérito de ser un hombre

muy modesto que no quiere, como se dice ahora, apantallar en ninguna forma, que tiene una gran autenticidad y eso para mí es un mérito extraordinario. Así yo veo que afortunadamente hay estos jóvenes y por otro lado pues nos quedan también de las generaciones mayores algunas figuras de gran relieve como el doctor Silvio Zavala y Edmundo O’Gorman en la historia, o por ejemplo, en la antropología pues nos queda Ignacio Bernal y tantos otros que sería largo señalar.

—*Maestro, pues la entrevista de usted ha sido una de las más importantes que tenemos en nuestro archivo en el terreno de la tarea histórica. Yo no sé si usted quisiera agregar alguna cosa que fuera importante mencionar para concluir.*

—Pues para mí ha sido muy grato que ustedes se acuerden de mí, que me hagan esta entrevista, así que le estoy muy agradecido y por otro lado creo que podrían ustedes hacer una entrevista final pero después de que yo hubiera visto la transcripción de lo que hasta ahora hemos tenido, inclusive para ver si hay alguna cosa que reformar o alguna cosa que añadir; quisiera verlo en su conjunto ¿no?

BIBLIOGRAFÍA

(Versión elaborada por W.J.M.)

- 1931 "Rasgos biográficos de los hermanos Aldama", en *Evolución*, León, Guanajuato.
- 1931 "¿Quién fue el Pípila?", *ibidem*.
- 1932 "Mitos y religiones", en *El Centro*, León, Guanajuato.
- 1932 "La historia colonial de León", en *Reina y madre*, núm. 13, León, Guanajuato.
- 1932 "El bachiller Espino y la guerra contra los chihimecas", en *Reina y madre*, núms. 14, 15, 16, 17, León, Guanajuato.
- 1933 "Primeras iglesias de León", en *Reina y madre*, núm. 20, León, Guanajuato.
- 1933 "Notas de historia eclesiástica leonesa del siglo XVI", en *Reina y madre*, núms. 21, 22 y 23, León, Guanajuato.
- 1933 "Notas de historia eclesiástica leonesa del siglo XVII", en *Reina y madre*, núms. 25, 26 y 28, León, Guanajuato.
- 1933 "El Doctor José de Jesús González", León, Guanajuato.
(Este trabajo se publicó, además en el periódico *El Centro* de León, Guanajuato en 1933 y también en la *Gaceta Médica de México* en el mismo año. En 1934 se hizo una reimpresión en León, Guanajuato, en un folleto de 15 pp.)
- 1933 "Brevisimo resumen de la historia antigua de Guanajuato", León, Guanajuato, 72 pp.
(Las primeras 20 páginas de este trabajo aparecieron con el título de "Historia antigua de León", en el periódico *Tiempos Nuevos*, León, Guanajuato, 1932 se hizo sobretiro de ellas y la edición se completó en 1933). Hay una reimpresión bajo el rubro de "Historia antigua de la ciudad de

- León", en 13-83 del núm. 38, agosto de 1977, de *Colmena Universitaria*, Guanajuato, Guanajuato, sin los grabados y el mapa de la edición original.
- 1934 "Pequeña bibliografía etnográfica de México" en *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. I, entrega 2a., pp. 125-137, México, abril a junio.
- 1937 "Bibliografía lingüística de D. Pablo González Casanova", en *Investigaciones Lingüísticas*, t. IV, núms. 1-2, enero-abril, reproducida en el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. IV, núm. 3, pp. 288-291.
- 1937 "Materiales para una bibliografía etnográfica de América Latina", en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. I, México pp. 47-77, 197 y 289-421.
- 1937 "Labores y estudios recientes de etnografía y lingüística mexicanas", en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. I, México pp. 83-85.
- 1937 En colaboración con Miguel O. de Mendizábal, *Distribución prehispánica de las lenguas indígenas de México*, mapa publicado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
- 1937 "Mapa lingüístico de norte y Centroamérica", publicado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
- 1937 De los L. Canfield: "Spanish Literature in Mexican Languages as a Source for the Study of Spanish Pronunciation", en *Investigaciones Lingüísticas*, t. IV, núms. 1-2, pp. 166-167 (reseña).
- 1937 "Hispania", vol. XIX, núm. 2, mayo 1936, en *Investigaciones Lingüísticas*, t. IV, 1937, núms. 1-2, p. 167.
- 1937 Alfonso Caso, "La religión de los aztecas", en *Letras de México*, núm. 2.
- 1937 Pablo Martínez del Río, "Los orígenes americanos", en *Letras de México*, 1937, núms. 10 y 14, *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. I, 1937, núm. 3, pp. 104-110.
- 1938 "Fr. Bernardino Sahagún y su obra", México, 1938, p. 76. Publicado originalmente como introducción a la edición hecha por Pedro Robledo de la *Historia general de las cosas de la nueva España*, de Sahagún, en las pp. XIII-LXXXIV.
- 1938 Bernard Bevan: "The Chinantec", en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, vol. II, México, 1938, núm. 4, pp. 119-123.

- 1939 "La Colección Troncoso de Fotocopias de Manuscritos", México, VIII y 45 pp. Separata del trabajo publicado bajo el rubro Zavala: *Francisco del Paso y Troncoso. Su misión en Europa*, México, 1939, reimpreso, 1980.
- 1939 "Origen y significación del nombre Otomí" en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. III, núm. 1, pp. 62-68.
- 1939 "Movimiento antropológico de México". Tres artículos publicados sin firma, en la revista *El Movimiento Histórico de México*, núm. 2, abril de 1939, núm. 4, 1 de julio de 1940 y núm. 5, 1 septiembre de 1940.
- 1940 En colaboración con Salvador Mateos Higuera, *Códice de Yanhuítlan*, México, VIII, 89 pp., XXIV láminas.
- 1940 "Carta del señor Principal y tres alcaldes caciques de la Provincia de Soconusco, al licenciado francisco Briceño, Visitador y Juez de residencia de la Audiencia de los confines, quejándose de los malos tratamientos que les hacía el gobernador Pedro Ordóñez; suplican que escriba a su magestad para que ponga remedio y dicen que el deán había hecho falsas informaciones en favor de Pedro Ordóñez. San Pedro Huehuetlán, a 22 de febrero de 1565", en *Epistolario de Nueva España*, recopilado por Francisco del Paso y Troncoso, t. X, México, 1940, pp. 62-69. Es una traducción del náhuatl al castellano. Además una corta traducción al español de algunos párrafos en náhuatl de los *Anales de Guauhtitlán* publicada, con sus notas, en el t. VI, de las obras completas del Prof. Miguel O. de Mendizábal, pp. 28-29, un cortísimo fragmento en *El México antiguo*, t. IV, p. 132 y pequeños párrafos en náhuatl con su traducción, relativos al calendario, que incluye en un artículo suyo del Dr. Alfonso Caso.
- 1941 "Los orígenes de la ciudad de León", en *Pro-Cátedra*, León, Guanajuato, se reimprimió en *Suggestum*, León Guanajuato, año I, núm. 5, 1943.
- 1941 En colaboración con Miguel O. de Mendizábal, "Lenguas indígenas de México", mapa de su distribución prehispánica, preparado en 1939. Se incluye en Jorge A. Vivó, "Razas y lenguas indígenas de México. Su distribución geográfica", publicación núm. 52, Instituto Panamericano de Geografía e Historia de México.
- 1941 "Advertencia" en *Una elegía Tolteca*, por Walter Lehmann, México, pp. 3-10, hay en las siguientes, varias notas de W.J.M.

- 1941 "Tula y los toltecas, según las fuentes históricas", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. V, pp. 79-83.
- 1941 "Historia de América", publicada bajo la dirección de Ricardo Levene, Buenos Aires, 1940; t. I: "Introducción geográfica" y "Los aborígenes de América del norte y América Central" por Federico A. Daus y Francisco de Aparicio, XXIV, 397 pp., en *Revista de Historia de América*, núm. 13, pp. 143-145.
- 1942 "Relación entre los olmecas, los toltecas y los mayas, según las tradiciones", en *Mayas y Olmecas*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, pp. 19-23.
- 1942 "Fr. Juan Córdova y la lengua zapoteca", México, separata de la introducción al *Vocabulario castellano-zapoteco* de Fr. Juan de Córdova, 37 pp.
- 1943 *El Doctor José de Jesús González* (reimpresión del mismo folleto publicado en 1933).
- 1943 "La cultura de La Venta", en *Esta semana en México*, núm. 431, correspondiente a junio 12-18 de 1943. Es un capítulo desprendido de "El enigma de los olmecas". Se reimprimió también en "México prehispánico", 1946.
- 1943 "Rasgos esenciales de la historia de la población de México", edición mimeográfica para el Primer Congreso Demográfico Interamericano. Fue luego impreso este trabajo en 1947 en *Memorias y Revista de la Academia Nacional de Ciencias de Antonio Alzate*, núm. 1, pp. 69-85, bajo el título de *Esquema de la historia de la población de México*.
- 1943 "Los orígenes de la ciudad de León", en *Suggestum*, León, Guanajuato, año I, núm. 5, 1943.
- 1943 "Tribus e idiomas del norte de México", en *El norte de México y Sur de los Estados Unidos*, México, pp. 121-133. Incluye el mapa "Grupos indígenas y misiones del norte de México".
- 1943 "Relaciones etnológicas entre Mesoamérica y el sureste de los Estados Unidos", en *El norte de México y el sur de los Estados Unidos*, México, pp. 286-295.
- 1943 "La colonización y evangelización de Guanajuato en el siglo XVI", en *Cuadernos Americanos*, año III, núm. 1, pp. 125-149.
- 1944 "La enseñanza de la historia y de la investigación histórica en la Escuela Nacional de Antropología y el Centro de Estudios históricos", en *Educación Nacional*, núm. 5, pp. 427. En el mismo número pp. 463-464 va un "apéndice bi-

- bliográfico" sobre publicaciones relativas a historiografía y a la técnica de la enseñanza de la historia.
- 1944 "Cronología de la historia precolombina de México", en *Esta semana en México*, núm. 483, de agosto 26 a septiembre de 1944, pp. 25-29. Se reimprimió, posteriormente, en *México Prehispánico*, editado por Emma Hurtado, 1946.
- 1944 "Los estudios folklóricos en México", en *El Maestro Mexicano*, núm. 4, pp. 8-9 y 12.
- 1944 "Advertencia" en pp. I-V de *Relación de la Fundación capítulos y Elecciones que se han tenido en esta provincia de Santiago de esta nueva España, de la Orden de Predicadores de Santo Domingo*, 1969, Biblioteca Aportación Histórica, editor: Vargas Rea, México.
- 1945 "Introducción" a la *Guía arqueológica de Tula* de Alberto Ruiz Lhuillier, México, 1945, pp. 7-18.
- 1945 "León Colonial", Biblioteca Aportación Histórica, editor Vargas Rea, México, 1945, 55 pp. Reimpresión de los artículos: "La historia colonial de León" y "El bachiller Espino y la guerra contra los chichimecos".
- 1946 "Cronología de la historia precolombina de México", en *México Prehispánico*, editorial Emma Hurtado, pp. 114-123, reimpresión del artículo del mismo nombre, aparecido en *Esta semana en México*, en 1944. Lo reimprimió también, *motu proprio*, Enrique Navarro, en el t. I de su edición de la obra de Orozco y Berra, que intituló *Historia antigua y de las culturas aborígenas de México*; México, 1954, 2 vols.
- 1946 "Cultura de La Venta", *Ibidem*, pp. 131-136. En reimpresión del artículo aparecido en *Esta semana en México* en 1943 y antes en el "Enigma de los olmecas", 1942.
- 1947 "Esquema de la historia de la población de México", en *Memorias y Revista de la Academia Nacional de Ciencias*, Antigua Sociedad Científica Antonio Alzate, t. 56, núm. 1, pp. 69-85. Reimpresión de "Rasgos esenciales de la Historia de la población de México", edición mimeográfica, México, 1943. Parte de este trabajo se incluyó como "Evolución demográfica de Nueva España", en *Estudios de historia colonial* de W.J.M., México, 1958.
- 1948 "Historia antigua de la zona Tarasca", en *El occidente de México, Cuarta Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América*, publ. por la Soc. Méx. de Antropología de México, 1948-222 y XIV,

- pp. 146-155 y el *Mapa explicativo del Lienzo de Jucutacato* incluido entre pp. XXXVI y XXXVII.
- 1948 "Informe de la sección de lingüística historia y etnografía antiguas", *Ibidem*, pp. 217-221.
- 1948 "Preservación y fomento de la cultura regional", en *América Indígena*, México, t. VIII, núm. 4, octubre, pp. 313-319. Se hizo un corto sobretiro. Se reimprimió en 1950 en la revista *Rumbos Democráticos*, con modificaciones se reimprimió en la memoria de la primera asamblea de corresponsalías del Seminario de Cultura Mexicana, México, 1951.
- 1949 "El enigma de los olmecas", en *Cuadernos Americanos*, año 1, núm. 5, pp. 113-145, una sección de este trabajo, intitulado "La cultura de La Venta" se reimprimió en el núm. 431, en *Esta semana en México*, correspondiente a junio 12-18 de 1943, pp. 21-24 y 38.
- 1949 "Origen y desarrollo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, t. X, año 1948, pp. 135-141.
- 1949 "An Outline of the History of México Dealing with Events up until the Conquest", 1949 (edición mimeográfica).
- 1949 "Historia antigua de México", notas tomadas en la cátedra del Prof. W. Jiménez Moreno por la Srita. Leticia Peniche (no corregidas por el maestro), Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 44 p., edición mimeográfica.
- 1949 "Seler y las lenguas indígenas de México, en *El México Antiguo*, t. VII, diciembre de 1949, pp. 16-21.
- 1949 "Esoterismo del Popol Vuh" de Rafael Girard, en *Cuadernos Americanos*, año VIII, 1949, pp. 214-217.
- 1950 "El Excelentísimo señor Doctor Don Emeterio Valverde y Téllez. Semblanza", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, IX, núm. 1, enero-marzo de 1950, pp. 105-107.
- 1950 "Semblanza de Francisco Orozco Muñoz", en *El Universal*, México, año XXXIV, núm. 12091 del sábado 11 de marzo de 1950, primera sección, pp. 4 y 12.
- 1950 "The Importancie of Xaltocan in the Ancient History of México", en *Mesoamerican Notes*, núm. 2, 1950, pp. 133-138 y cuadro genealógico.
- 1951 *Semblanza del Excmo. Sr. D. Emeterio Valverde Téllez*, pp. 57-58, León, Guanajuato, 1951, obra editada por el Pbro. Manuel Rangel Camacho.
- 1951 "El desarrollo de los estudios históricos en los últimos cin-

- cuenta años (1901-1950)", en *Umbral*, núm. 35, diciembre 1951, Guanajuato, Guanajuato, pp. 22-26.
- 1952 "Cincuenta años de historia mexicana", en *Historia mexicana*, t. I, núm. 3, enero-marzo 1952.
- 1952 "Los estudios de historia precolonial de México, 1937-1950", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, t. IV, núm. 32 de la colección México, 1952, pp. 71-83.
- 1952 "Cronología de la historia de Veracruz", en *Huastecos, totonacas y sus vecinos*, México, pp. 311-315.
- 1953 *Historia antigua de México*, edición mimeográfica.
- 1953 "Chapultepec, santuario de la historia patria", en *Excelsior*, 5 de julio de 1953.
- 1953 "Derecho político y ciencia política en México", en *Ciencias Políticas y Sociales*, año I, núm. 2, diciembre de 1953.
- 1953 "La virgen de Guadalupe, imagen de la patria", en *Novedades*, diciembre de 1953.
- 1954 En colaboración con Manuel Germán Parra, "Bibliografía indigenista de México y Centroamérica (1850-1950)", en *Memorias del Instituto Nacional Indigenista*, vol. IV, México, 1954, CI y 342 pp.
- 1954 *Tula ciudad de Quetzalcóatl*, Cámara de Comercio de Tula, 1954, 22 pp. Se reimprimió ese mismo año, en la revista *El Comercio*. Posteriormente hacia 1956, se hizo una edición mimeográfica por la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- 1954 "El impacto del industrialismo en la población" de Wilbert E. Moore, en *Problemas agrícolas e industriales de México*, t. VI, núm. 2, México, 1954, pp. 187-194, bajo el título: "La obra de Moore: síntesis y consideraciones".
- 1954 "Síntesis de la historia precolonial del valle de México", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XIV, 1ª parte, pp. 219-236.
- 1956 *Notas sobre historia antigua de México*, ediciones mimeográficas SAENAH.
- 1956 *Tula ciudad de Quetzalcóatl*, ediciones mimeográficas SAENAH, Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia [s.f.].
- 1956 "Meses con que principiaban el año diversos pueblos y sus consecuencias, para la cronología de la historia prehispánica", ediciones mimeográficas SAENAH, 1956, 12 pp., y 3

- cuadros más. Con el título de "Diferente principio del año entre diversos pueblos y sus consecuencias para la cronología prehispánica" se reimprimió en *El México Antiguo*, t. IX, 1959, pp. 137-152, como se anota más adelante.
- 1956 "La conquista: choque y fusión de dos mundos", en *Historia Mexicana*, t. VI, núm. 1 (21) julio-septiembre 1956, pp. 1-8. El mismo artículo en francés, apareció por entonces en *Nouvelles du Mexique*.
- 1957 "Vito Alessio Robles (1879-1957)", en *Revista de Historia de América*, núm. 44, diciembre 1957, pp. 429-434.
- 1957 "Informe del rector de la primera sección, Mesa Redonda Regional de Historia, Chilapa-Chilpancingo, 1949", en *Boletín del Centro de Investigaciones Antropológicas de México*, núm. 4, octubre de 1957, pp. 34-42.
- 1957 "Report the Round Table Meeting of Oaxaca, 1957", *Ibidem*, pp. 43-449.
- 1958 *Historia antigua de México*, Jalapa, Veracruz, edición mimeográfica.
- 1958 *Historia antigua de México*, tercera edición, Escuela Nacional de Antropología e Historia, ediciones mimeográficas de la SAENAH, México, 1958, 83 pp.
- 1958 *Estudios de historia colonial*, México, INAH, 1958, 179 pp.
- 1958 "The Indians of America and Christinity", en *The Americas*, vol. XIV, núm. 4, abril 1958, pp. 411-431. El texto en español, correspondiente a este artículo está incluido en ficha anterior.
- 1959 "Diferente principio del año entre diversos pueblos y sus consecuencias para la cronología prehispánica", en *El México Antiguo*, t. IX, 1959, pp. 137-152.
- 1959 "Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica", en *Esplendor del México Antiguo*, t. II, pp. 1019-1108, México, 1959, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, A.C.
- 1959 "Vito Alessio Robles como historiador", en pp. 11-16 de *Homenaje a Vito Alessio Robles*, contribuciones de Dionisia Zamora y Wigberto Jiménez Moreno, *Seminario de Cultura Mexicana*, México, 1959, 16 pp.
- 1959 "Presentación" en pp. 5-18 de *Añoranzas y recuerdos de León*, por Federico Púkis y Rincón Gallardo, México, [s.f.], 122 pp.

- 1960 "El noreste de México y su cultura", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, correspondiente de la Real Madrid, t. XIX, núm. 2, México, abril-junio 1960, pp. 176-187 (Se imprimió este trabajo tomado de una grabación, con multitud de erratas. Corregido, ampliado e ilustrado con grabados, fue impreso en 1962 en el Boletín de información, *Seminario de Cultura Mexicana*).
- 1961 *Historia Antigua de México*, notas W. Jiménez Moreno, An American School Foundation Publication, Boletín núm. 47 impreso en la American School, México.
- 1961 "Misión del Seminario de Cultura Mexicana en Centro América", en Boletín de información, *Seminario de Cultura Mexicana*, vol. I, núm. 2, junio-julio 1961.
- 1961 "IX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología", en boletín INAH, 6 octubre 1961, pp. 5-6.
- 1961 "El mestizaje y la transculturación en Mesoamérica" en pp. 78-85 de *El mestizaje en la historia de Iberoamérica*, México, Instituto Panamericano de Geografía Historia, Comisión de Historia, 1961. En colofón tiene fecha 1962, 104 pp.
- 1962 "Antecedentes históricos del cambio social y económico en el México contemporáneo", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 1961. t. XIV, núm. 43, de la colección México, 1962, pp. 139-145.
- 1962 En colaboración con Alfonso García Ruiz, *Historia de México, una síntesis*, México, INAH, 1962, 132 pp., e índice. (Lo de E.J.M. abarca las pp. 9-42 y 123-132. Lo publicado aquí como "Apéndice" es el mismo artículo antes listado; "Antecedentes Históricos...")
- 1962 "Los hallazgos de Ichcateopan", en *Actas y Dictámenes de la Comisión Investigadora*, México, 1962, XIV y 552 pp. (de las cuales las numeradas de la 535 a la 552, corresponden a índices, y las pp. IX-XIV, contienen un prólogo de Arturo Arnáiz y Freg), las pp. 1-381 de esta obra conteniendo las actas de 38 sesiones celebradas por dicha comisión, o sea, más de dos terceras partes de aquélla, fueron escritas por W.J.M., quien además se encargó de la revisión de pruebas de toda la obra. El estudio que iba a servir de prólogo en ella y que fue sustituido por el de Arturo de Arnáiz y Freg, se publicó posteriormente en la revista *Historia Mexicana*, como se indica en la siguiente ficha.

- 1962 "Los hallazgos de Ichcateopan", en *Historia Mexicana*, vol. XII, octubre-diciembre 1962, núm. 2, pp. 161-181.
- 1962 "Recordación póstuma de don Federico Gómez de Orozco", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. XXI, núm. 3, julio-septiembre de 1962, pp. 209-211.
- 1962 "El noreste de México y su cultura", en *Boletín de Información Seminario de Cultura Mexicana*, 2a. época, núm. 15, abril de 1962.
- 1962 "Filosofía de la vida y transculturación religiosa. La religión mexicana y el cristianismo", en *Boletín de Información, Seminario de Cultura Mexicana*, 2a. época, núm. 19, septiembre 1962.
- 1962 "La cultura mexicana está en proceso de integración", en *México en la Cultura*, tercera época, núm. 701, p. 2.
- 1962 "Estudios mixtecos", en pp. 9-105 de *Vocabulario en lengua mixteca*, por Fray Francisco de Alvarado. Reproducción facsimilar con un estudio de wigberto Jiménez Moreno y una péndice con un vocabulario sacado del "Arte en Lengua mixteca de fray Antonio de los Reyes", Instituto Nacional Indígenista e Instituto Nacional de Antropología e Historia, SEP, México, 1962, pp. 9-105. (También la "Advertencia" que aparece en la pp. 7-8 de esta edición esta escrita por W.J.M.).
- 1962 *Memoria de la Segunda Asamblea Nacional de Corresponsalías*, México, *Seminario de Cultura Mexicana*, 1962, 117 pp. (la redacción es obra de W.J.M.).
- 1962 "Las fuentes escritas de la historia precolonial de México", en *Akten des 34. International Amerikanisten Kongress*, Viena, 1960.
- 1962 "La historiografía Tetzcocana y sus problemas", en *Sociedad Mexicana de Antropología*. t. XVIII, México, 1962, pp. 81-85.
- 1963 "La significación de la batalla del 6 de mayo en la recuperación del orgullo nacional", en *5 de Mayo. Sus proyecciones históricas... Su aspecto cultural... en el Primer Centenario, 1862-1962*, Puebla, pp. 117-130. Edición plagada de erratas basada en una transcripción, no corregida por el autor, de la grabación de una conferencia suya.
- 1963 En colaboración con José Nuranda y María Teresa Fernández, *Historia de México*, México, 1963, XXII y 573 pp. La parte del prólogo que abarca las pp. XVIII y 573 pp. La par-

- te del prólogo que abarca las pp. XVIII-XXII es obra de W.J.M. y María Teresa Fernández escribieron en las pp. 1-174 de dicha obra.
- 1964 "Filosofía de la vida y transculturación religiosa. La religión mexicana y el cristianismo", en *XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Actas y Memorias, México, 1964, t. II, pp. 543-550.
- 1964 *La niñez y la mocedad de don Francisco Monterde*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1964, 10 pp.
- 1965 "El significado de la victoria del 5 de mayo en la recuperación del orgullo nacional", sobretiro de *La intervención francesa y el imperio de Maximiliano*, México, 1965, pp. 51-59.
- 1965 *La transculturación lingüística hispano-indígena*, publicaciones de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 24 Santander, 1965, 52 pp.
- 1965 "Contestación a una encuesta sobre la desintegración familiar en México, punto de vista antropológico", en pp. 1-11 de *Desintegración familiar* (un tema de concilio), México, Culbimex, 1965. Al reimprimirse esta obra en México, 1967, el texto aludido apareció allí en pp. 45-53.
- 1965 "Mexica, Toltec, and Mixtec History", en *XII Congrès International des Sciences Historiques*, Viena, 29 agosto, 5 septiembre 1965, t. II, pp. 233-242.
- 1966 "Los imperios prehispánicos de Mesoamérica", *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*, Sevilla, 1964, Actas y memorias, Sevilla, vol. 4 (1966), pp. 705-716.
- 1966 "Los imperios prehispánicos de Mesoamérica", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XX (1966), pp. 179-195.
- 1966 "Mesoamerica before the Toltecs", Translated by Maudie Bullington and Charles R. Wicke, en Paddock, John: *Ancient Oaxaca*, Stanford, 1966, pp. 1-86 (reimpreso en 1970).
- 1966 Con Caso, Alfonso, "El Códice Ludice Lucas Alamán", en Boletín, Instituto Nacional de Antropología e Historia, núm. 24, pp. 1-4.
- 1966 "El hallazgo de los restos del padre Kino", en *Boletín, Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 25, pp. 17-21.
- 1966 "Popular Religious Expression in Latin America", en pp. 43-57 de John J. Considine, M.M., editor: *The Religious Dimension in the New Latin América*, Indiana Notre Dame, 1966.
- 1966 "Adaptation of Pre-Colonial Religious Practices to Chris-

- tianity", publicación mimeográfica para la Third Annual National Conference, Catholic Inter American Corporation Program (CICOP), Chicago, enero 19-21, 1966, Chicago, Illinois, 19 pp.
- 1966 "Weitlaner en su mocedad" en pp. 9-17 de *Summa Antropológica en homenaje a Roberto J. Weitlaner*, México, INAH, SEP, 1966.
- 1966 Con José Miranda y María Teresa Fernández de Miranda, *Compendio de historia de México*, México, 1966. (Hasta 1980 ha habido 11 ediciones.)
- 1967 "Los toltecas y los olmecas históricos", en *Historia Prehispánica*, 5, Museo Nacional de Antropología, INAH, SEP, sección de Difusión Cultural, México, 1967, 23 pp.
- 1968 "Semblanza del Dr. Eusebio Dávalos", en *Boletín Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 31, 1968, pp. 4-5.
- 1969 "Recordación de don Jorge Enciso", en *Boletín Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 35, 1969, pp. 1-2
- 1969 "Menéndez Pidal historiador, filólogo y crítico literario" en Francisco Monterde, Salvador Cruz y Wigberto Jiménez Moreno, *Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, 24 de abril de 1969, México, *Seminario de Cultura Mexicana*, 1969, pp. 21-28.
- 1969 "Los estudios lingüísticos en México", Programa Internacional de Lingüística y Enseñanza de Idiomas, en *El Simposio de México*, México, UNAM, enero de 1969, pp.14-22.
- 1968 "Catalogación del patrimonio cultural" *Seminario de Cultura Mexicana, Mesa Redonda sobre Defensa del Patrimonio Artístico e Histórico Nacional*, Guanajuato, Guanajuato, enero de 1966, México, 1968, pp. 21-33
- 1970 "Las religiones mesoamericanas y el cristianismo" en *Sonderdruck aus Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses*, Stuttgart-Munich, 12 al 18 agosto 1968, II, pp. 241-245.
- 1970 "Religión o religiones mesoamericanas" en *Sonderdruck aus Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses*, Stuttgart-Munich, 12 al 18, agosto, 1968, III, pp. 201-206.
- 1970 "La conquista: Choque y fusión de dos mundos", en *México: sus necesidades, sus recursos, lecturas escogidas y comentarios*, de Cutberto Díaz Gómez, México, Editora Técnica, 1979, XV, 479 pp.
- 1970 "Nayarit: etnohistoria y arqueología", en *Historia y socie-*

- dad en el mundo de habla española*, homenaje a José Miranda, México, El Colegio de México, 1970, IX, 395, pp. 17-26.
- 1970 "Archivos, bibliotecas y museos", en pp. 117-121 del t. I, de la *Memoria de la IV Asamblea Nacional de Corresponsalías* celebrada en Saltillo, 1967, México, *Seminario de Cultura Mexicana*, 1970.
- 1971 "Comentario a Luis González, "Historiografía local: aportaciones Mexicanas", en pp. 264-271 de *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México*, Memoria de la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxtepec, Morelos, 4-7 de noviembre de 1969, México.
- 1971 "Religión o religiones mesoamericanas", en *Anuario 1970*, México, ediciones del Seminario de Cultura Mexicana, 1971, pp. 81-92.
- 1971 "Antecedentes históricos sobre el mestizaje y la transculturación en la franja fronteriza mexicana", en *Humanistas*, núm. 12, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1971, pp. 419-434.
- 1971 "Síntesis de la historia de la conquista de Tenochtitlan", precedida de una noticia bibliográfica del autor, se publicó este artículo con paginación incorrecta —ya que abarca primero las pp. 73-77 continuándose en las pp. 62-69 y concluyendo en la p. 78 — en Ernesto de la Torre Villar, *Lecturas Históricas Mexicanas*, t.V, México, 1971.
- 1972 "Estratigrafía y tipología religiosas", en Sociedad Mexicana de Antropología, *Religión en Mesoamérica*, XII, Mesa Redonda, Mexico, 1972, pp. 31-36.
- 1972 "El proceso del sincretismo en Mesoamérica. Sumario", en Sociedad Mexicana de Antropología, *Religión en Mesoamérica*, XIII Mesa Redonda, México, 1972, p. 483.
- 1972 Con Luis González, "Historiografía prehispánica y colonial de México", en *Enciclopedia de México*, t. VI, México, 1972, pp. 537-556.
- 1972 "Medidas prácticas para elevar la calidad de la historia regional", en Primer Encuentro de Historiadores de Provincia, 26 de agosto de 1972, San Luis Potosí, 1972, pp. 108-121.
- 1973 "La migración mexicana", en *Atti del XL Congresso Internazionale degli Americanisti*, t. I, Génova, 1973, pp. 166-172.
- 1973 "Semblanza biográfica de Lucio Marmolejo", en *Allá...*

- Guanajuato*, vol. I, núm. 2, noviembre y diciembre de 1973, pp. 13-16.
- 1973 "El ambiente y la vida" y "La integración virreinal", en *México, nuestra gran herencia*, México, selecciones de Reader's Digest, 1973, pp. 34-37 y 191.
- 1973 "Antecedentes etnohistóricos, socioculturales y religiosos de la espiritualidad del mexicano", en *Segundo Encuentro Latino-Americano de Espiritualidad*, Valle de Bravo, México, 1972.
- 1973 "The Languages and Indigenous Cultures of Baja California", en *Baja California Symposium*, XI, Corona del Mar, California, 1973, pp. 1-11 y 2 páginas de mapas; sigue el texto en español —incompleto— en pp. 1-9: "Las lenguas y culturas indígenas de la Baja California" (hay edición completa de ese texto en español en la revista *Calafia*, 1974).
- 1974 "Los portadores de la cultura teotihuacana", en *Historia Mexicana*, vol. XXVI, núm. 1, julio-septiembre, 1974, pp. 1-12.
- 1974 "Ciudad de León", en *Enciclopedia de México*, t. VIII, México, 1974, pp. 19-49.
- 1974 *Primeros memoriales de fray Bernardino de Sahagún*, textos en náhuatl, traducción directa, prólogo y comentarios, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Consejo de Historia, 16 colección Científica, 73 pp. y láminas.
- 1974 *El enfoque generacional en la historia de México*, México, ediciones del Seminario de Cultura Mexicana, 1974, 20 pp.
- 1974 "Mesoamérica", en *Enciclopedia de México*, t. VIII, México, 1974, pp. 471-483.
- 1974 "Las lenguas y culturas indígenas de Baja California", en *Calafia*, revista de la Universidad de Baja California, vol. II, núm. 5, septiembre de 1974, pp. 17-35.
- 1975 "Antecedentes de los estudios de lingüística moderna", en Sociedad Mexicana de Antropología, *XIII Mesa Redonda. Balance y perspectivas de la Antropología de Mesoamérica y del norte de México, antropología física, lingüística códigos*, México, 1975, pp. 113-123.
- 1975 "Evolución de la familia mexicana", en *Anuario 1975*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1975, pp. 89-97.
- 1975 "Antecedentes históricos sobre el mestizaje y la transculturación en la faja fronteriza mexicana", en *Memoria de la*

- mesa redonda sobre problemas de transculturación de la faja fronteriza de México y EU, México, Seminario de Cultura Mexicana, t. II, 1975, pp. 67-86 (W.J.M., editó dicha memoria).
- 1976 "Legados del pasado prehispánico", en *Papers of the IV International Congress of Mexican History*, editados por James W. Wilkie, Michael C. Meyer y Edna Monzón Wilkie, Berkeley, 1973, pp. 25-28.
- 1976 *El enigma de los olmecas*, reimpresos 2, septiembre 1976, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Ciudad Universitaria, México, reproducción facsimilar de la edición de 1942, precedida de una nota "Acerca del autor y la obra" por Paul Schmidt.
- 1976 "Divergent and Mutual Interests of People on Both sides of the Border, and Ways to Reach Compatibility through Education and Intercultural Understanding", en *Fronteras*, 1976, publicación núm. 3, San Diego, California, 1976, pp. 10-16.
- 1976 "Discurso de bienvenida a Luis González y González", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. XXX, 1971-1976, pp. 66-73.
- 1977 "Eduardo Noguera (1896-1977)", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, t. XX, marzo 1977, pp. 146-153.
- 1977 "Historia antigua de la ciudad de León", en *Colmena Universitaria*, publicación de la Universidad de Guanajuato, año 6, núm. 38, agosto de 1977, pp. 13-83. Es reimpresión sin láminas y sin la advertencia de la edición de 1932-1933.
- 1977 "Querétaro ciudad de", en *Enciclopedia de México*, t. X, México, 1977, pp. 577-579.
- 1978 "Prefacio: Anne M. Chapman, los Jicaques y sus mitos", en Anne Chapman, *Les Enfants de la Mort, Univers Mythique des Indiens Tolupan (Jicque)*, México, 1978, pp. 11-24.
- 1978 "Laudanza de Gertrudis Duby", en *Boletín de Información del Seminario de Cultura Mexicana*, 6ª época, 73, julio-agosto-septiembre 1978, pp. 1-2.
- 1978 "Los orígenes de Saltillo y la significación de Coahuila", en *Revista Coahuilense de Historia*, 1, mayo-junio 1979, pp. 7-25.
- 1978 "De Tezcatlipoca a Huitzilopochtli", en *Actes du XLII me*

- Congress International des Americanistes*, vol. VI, pp. 27-34.
- 1978 "Mi acceso a la antropología y la historia y a la Universidad de Las Américas", en *Discurso* pronunciado por el señor profesor don Wigberto Jiménez Moreno en ocasión del recibimiento del grado de doctor en humanidades (h.c.) en el recinto universitario, Universidad de Las Américas, A.C., 16 de junio de 1978.
- 1979 "Los orígenes de Saltillo y la significación de Coahuila", en *Raíces históricas de Coahuila*, Colegio Coahuilense de Investigaciones Históricas Saltillo, Coahuila, México, septiembre de 1979, pp. 123-143.
- 1979 "La investigación histórica sobre Chiapas", en *Anuario*, 1979, publicaciones del Seminario de Cultura Mexicana, pp. 67-85.
- 1979 "Vida y acción de Paul Kirchhoff", en *Mesoamérica*, México, Dahlgren, 1979, pp. 11-25.
- 1979 "El camino y la lección de Silvio Zavala", en *Boletín*, enero-marzo 1979, El Colegio de México, pp. 4-5.
- 1980 "Trayectoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia", en *Cuicuilco*, julio de 1980, pp. 58-59.
- 1980 "La crisis del siglo XVII y la conciencia nacional en Nueva España", en *Universidad Complutense. Acto de solemne investidura de doctores*, 28 de Enero de 1980, Madrid, pp. 17-28.
- 1980 "Órbita, estaciones y fases de Agustín Yañez", en *Anuario*, 1980, México, Seminario de Cultura Mexicana.
- 1980 "Epílogo", en *Códice Tudela*, Madrid, 1980.
- 1980 "Sincretismo, identidad y patrimonio en Mesoamérica", en *Cultura Traditions and Caribbean Identity: The Question of Patrimony*, S. Jeffrey V. Wilkerson. Editor-Center for Latin American Studies, University of Florida, enero, 1980, pp. 353-373.

Capítulo III

EL INVESTIGADOR EN ACCIÓN

LUIS VÁZQUEZ LEÓN
INAH

Entrevistar a un insigne antropólogo como Ricardo Pozas, fue para mí una tarea hasta cierto punto embarazosa, no obstante la relación personal que nos une. Y es que no deja de ser incómodo para un discípulo cuestionar a su maestro sobre tópicos en los que existe plena conciencia del desacuerdo. Temo por ello haber sido excesivamente incisivo respecto a los problemas en que nuestra postura diverge. Tal preocupación no es fortuita de mi parte. Ocurre que mi relación con Pozas se remonta a la década pasada, siendo estudiante todavía. Por entonces el paradigma indigenista integracionista hizo crisis bajo los embates de las nuevas tendencias teóricas lo mismo que por un etnicismo que apenas despuntaba en ciertos movimientos indígenas.

Y Pozas fue uno de los críticos más radicales de la burocracia indigenista. La autoridad de sus críticas no derivaba de su prestigio intelectual, sino del hecho de que conocía al “monstruo por dentro”.

Como se verá en la entrevista, Pozas, a pesar de su herencia cardenista, debe contarse entre los artífices del indigenismo de la posguerra, al lado de Alfonso Caso, Gonzalo Aguirre Beltrán, Julio de la Fuente y otros antropólogos de este periodo. Con todo, en 1958 se aleja de la administración indigenista movido por

razones personales pero también por diferencias con la burocracia indigenista. Este es el origen de su disputa con Aguirre Beltrán, que habrá de aflorar en 1976. En esa ocasión Pozas dirá que una genuina praxis antropológica (que conceptuará en adelante como la investigación-acción) es incompatible con el indigenismo institucionalizado, que por naturaleza mantiene en una relación de subordinación al indígena. Desde muy temprano, Pozas está por hacer al indígena actor de la acción indigenista, postura que si llega a ser extremada implica la inutilidad del agente indigenista gubernamental. Lo que ahora conocemos como etnodesarrollo está prefigurado en este replanteamiento del indigenismo.

La entrevista fue realizada en un momento crucial en la trayectoria de Pozas como científico aplicado. Coincide con su retorno al Instituto Nacional Indigenista (INI), luego de su alejamiento por 26 años. Sin embargo, es incuestionable que sociológicamente el INI sigue siendo la misma estructura burocrática que en 1949. ¿Cómo conciliar la praxis antropológica con esta realidad? Pozas explica aquí sus razones y no viene al caso discutir las. Él cree que el indigenismo gubernamental es la única manera de hacer antropología aplicada en nuestro medio. Se trata de una conclusión realista que en nada contradice su doctrina marxista, pues él sostiene que por ese medio está contribuyendo a la construcción de la sociedad futura.

Independientemente de todo cuestionamiento imaginable, pienso que la acción del Pozas indigenista ha cambiado con la situación entre 1958 y 1984. No hay que olvidar que en el *interregno* el indigenismo integracionista fue abandonado por el Estado para mediar sus relaciones con los grupos indígenas. Aguirre Beltrán y su teoría cumplieron con la función desarrollista del indigenismo como institución. El replantamiento de las relaciones con los indígenas, ahora adscritos a grupos corporados (étnicos o comunidades agrarias), exigió un cambio de individuos y teorías con lo cual se renovó el indigenismo como institución. En ese sentido, pienso que Pozas no fue reincorporado tanto como ideólogo como funcionario *suigeneris* con quien satisfacer la nueva función histórica. En tales condiciones sus ideas, que no pasaban de ser meras peticiones de principios marxistas, comenzaron a ganar una expresión que antes carecían. Por esto es que

cree que el indigenismo es una opción viable para la antropología aplicada, por limitado que pueda ser su campo.

La entrevista en su conjunto puede servir de reflexión en torno a la bastante compleja y sin lugar a dudas interactuante relación entre ciencia y sociedad. El nuevo indigenismo del que Pozas forma parte, constituye un componente inseparable del ser indígena en nuestra época. Con su historia de vida asistimos también a una redefinición del indio, necesariamente histórica, en que éste ha dejado de ser un grupo en sí para convertirse en grupo consciente de sí, esto es, un grupo de interés, admirablemente activo en la política local, regional y nacional. La etnicidad es un hecho social irreductible de la política en México. Los nuevos indigenistas como Pozas forman parte de dicho proceso del cambio sociopolítico, hecho que antes que llevarnos a la fácil censura política representa un motivo más de admiración para un antropólogo que ha sabido estar acorde con su momento.

ENTREVISTA A RICARDO POZAS ARCINIEGA

—*Maestro, a 72 años de distancia, ¿qué recuerdos le trae Amealco?*

—Guardo muy gratos recuerdos de mi tierra, pero muy vagos de la infancia propiamente. Recuerdo algunas de las cosas de las cuales participaba, pero con mucha vaguedad. Mi padre me llevaba a la escuela muy chico porque él trabajaba ahí como profesor y yo recuerdo que me estimaba mucho la gente que estaba cerca de él y los chicos que iban a la escuela también, que participaba yo de las actividades de los grupos, que hacíamos materiales de construcción y hacíamos casas colocando tabiques, casitas pequeñas, una encima de otra, formábamos espacios y las techábamos con zacate; que en algunas ocasiones, después de que pasaba la semana santa, nos íbamos al monte y jugábamos a reconstruir la pasión que observábamos en el pueblo y que yo la hacía, no sé si de Cristo o de fariseo, recuerdo cosas así, que jugábamos en el pueblo a esas cosas. ¡Ah! Otra de las cosas: el pueblo tenía, donde vivíamos, una calle donde estaba la casa, era una calle que parecía el cauce de un arroyo o algo así y siempre que llovía se inundaba, corría mucha agua porque el pueblo está en la falda de una colina y nos poníamos a jugar, a hacer barquitos y jugar en los charcos de la calle... Pero era todo lo más importante. Claro, vivíamos en una época de... pues no sé, de la crisis después de la Revolución, en 1914, 1915, 1916 y yo no me daba cuenta de muchas cosas. Hubo mucha gente desocupada. Había muchos mendigos. Siempre ha sido una zona muy pobre aquella y mi madre, para completar el gasto, hacía golosinas, dulces de leche, y nosotros íbamos, mi hermano mayor y yo, a venderlos en las ca-

lles. Creo valían un centavo y dos los dulces de leche. Teníamos que hacer la venta antes de entrar a la escuela. Siempre corríamos. Yo recuerdo que mi hermano Manuel me ganaba, terminaba más pronto y regresaba a la casa y yo no podía. A veces me regresaba sin vender nada. No tenía yo espíritu de comerciante. Hubo una época, cuando la influenza española, que casi todos en el pueblo se pusieron enfermos. Yo fui de las gentes que resistí y que no me enfermé; en casa todos estaban en cama y yo era el que les daba las medicinas y salía a la calle a comprarlas. Recuerdo algunas cosas de esas así, lo natural de la vida.

—*¿Es Amealco una región indígena?*

—Bueno, Amealco es un centro mestizo, una ciudad no indígena, pero sí tiene, tenía en ese entonces, pero creo que ahora sigue teniendo, pueblos indígenas. Un pueblo otomí muy cercano es San Juan de Dó, son alfareros. Están Santiago Mezquitlán, San Miguel Tlaxaltepec y pueblos así, habitados por indígenas y creo que actualmente todavía siguen viviendo ahí, en una de las zonas más pobres de todo el estado de Querétaro.

—*¿Entonces Amealco es una ciudad-mercado?*

—Sí, los domingos no solamente llegan los indígenas sino una gran cantidad de rancheros, de campesinos que tienen pequeñas propiedades y ganado y que llevan productos de leche, queso, crema y frutas. Ahora se ha ampliado la zona frutícola de Amealco, pero antes era raro encontrar manzanas y duraznos. Ahora hay una mayor producción de frutas.

—*¿Cuál era la ocupación de sus padres?*

—Mi padre era profesor del pueblo donde yo nací. Mi mamá también, nada más que cuando se casaron ella dejó de trabajar y se dedicó a atender a todos los de la familia. Mi padre se quedó sin trabajo y tuvimos que irnos a la capital del estado y ahí siguió trabajando como profesor. Yo estaba muy chico... tendría unos cuatro o cinco años.

—*¿A qué tipo de población impartían clase sus padres?*

—Era a la gente de la ciudad, aunque en alguna ocasión contaban que trabajó mi padre en San Juan de Dó y el otro pueblo, Santiago. Nos salimos de allí precisamente porque no había trabajo ya, mi padre se fue a Querétaro a trabajar y nosotros nos quedamos en Amealco. Después, ya que consiguió casa, entonces nos fuimos todos a Querétaro. Yo de chico estuve viviendo más

con mis tías y abuelo en San Juan del Río que en Amealco. Allá estaba yo más contento porque había menos problemas económicos que en mi tierra y yo era el chiquillo consentido de las tías y del abuelo. Mi abuelo era el director de la orquesta y era compositor de música. Tenía un baúl lleno de composiciones musicales y ellos me querían mucho y estuve viviendo gran parte de mi infancia con ellos.

—¿Qué recuerda de sus primeros estudios?

—Bueno, pues de la primaria me acuerdo muy poco. Era la época en que los maestros enseñaban a los niños obedeciendo, pues el refrán o el apotegma era “la letra con sangre entra”. Tengo muy tristes recuerdos de la primaria. Tal vez porque yo era un poco inquieto o un poco inestable y los profesores encomendaban a los niños que según ellos se portaban bien para que cuidaran a los más traviosos y yo tenía mi verdugo. Y me estaba molestando con frecuencia. Creo que hice muy mala primaria.

—¿Era una escuela religiosa?

—No, siempre estuve en escuela oficial. Mi familia no era prácticamente religiosa, pero iba a misa los domingos, teníamos que ir nosotros, pero nada más. No eran fanáticos ni nada de eso.

—¿Fue en San Juan del Río donde hizo sus estudios como normalista?

—Bueno, eso ya fue mucho después. Allá hice los estudios de primero, segundo año de primaria, y de ahí nos fuimos a Querétaro y allá terminé la primaria. Entonces ya no sabía qué hacer, qué estudiar. Se abrió entonces la normal rural de San Juan del Río y yo me volví a estudiar. Era la época en que se estaban abriendo muchas normales rurales para incrementar la educación rural. Estaba tal vez en la Secretaría de Educación Pública, Puig Casauranc, el grupo de Rafael Ramírez, de Moisés Sáenz... Estaban empezando las Misiones Culturales y estaban incrementando la enseñanza rural. Necesitaban preparar maestros rurales al vapor, ¿no? Eso fue en el año de 1926 o 1927.

—¿Qué lo movió a estudiar de normalista? ¿Fue cierta vocación o la oportunidad?

—Era la oportunidad de estudiar, nada más. Porque en mi casa éramos muchos y mi padre ganaba poco y yo era el segundo de familia. Había que aligerar la carga. Me ofrecieron una beca para que me fuera allá y estudié en San Juan del Río dos años.

Después me dieron una plaza de maestro rural y estuve trabajando en varios pueblos. Y fue donde se despertó en mí el interés por los grupos rurales, por la población indígena.

—¿Qué clase de pueblos eran esos?

—Estuve primero en un pueblo que se llama Vizarrón de Montes, que está al norte del estado, en una zona árida, con muy poca vegetación, adelante de Cadereyta. Allí estuve un año, poco menos de un año y después me fui a trabajar a San Sebastián de las Barrancas, una ranchería cerca del pueblo donde había nacido. La población era mestiza.

—¿De dónde viene entonces su interés por los grupos indígenas?

—Los primeros contactos que tuve fueron en el norte, cuando estuve en Vizarrón. Que era un pueblo mestizo, pero había rancherías y comunidades. Había una gran concentración de gente otomí en un lugar llamado Sombrerete. Allí trabajaba un compañero que iba con frecuencia a visitarlo y tenía contacto con la gente, me llamaba la atención...

—¿Qué le llamaba precisamente la atención?

—Pues la situación de los campesinos, su miseria, sus ropas destruidas. Una vez llegó una pareja, cuando yo trabajaba en Vizarrón, una pareja de jóvenes que iban a casarse y me llamó la atención porque ella estaba vestida con ropas desgarradas y él también, con una camisa muy sucia. Me pareció una pareja que vivía en el monte, que no tenía recursos para vivir. Supe que eran pastores que cuidaban chivos.

—¿Ya estaba vigente en esos años la educación socialista?

—No, era en 1929. Fue la época de las luchas de los estudiantes por la autonomía de la universidad y yo me acuerdo de eso porque llegó este compañero que trabajaba en Sombrerete, que venía huyendo de la ciudad donde no pudo seguir estudiando. Yo me informé de todas las cosas que estaban pasando en México y me dieron deseos de venirme a trabajar, a estudiar. Cuando estaba terminando el año que estuve en San Sebastián de las Barrancas, yo platicaba de esto con otra profesora que trabajaba en otra ranchería cerca de Vizarrón, que se llama Pueblo Nuevo. Ella se había ido también de México. Estaba con una de sus hijas. Platicaba con ella de la posibilidad de venirme a México. Por eso cuando me cambié de trabajo de Vizarrón a San Sebastián, hice lo posible por venirme. Ya tenía yo ese contacto. Llegué aquí a

la casa de la profesora. Estaba de vacaciones, estaba con sus hijos. Antes solicité una carta de recomendación del director de educación federal para el director de enseñanza primaria aquí en el Distrito Federal. Me vine y le entregué la carta y él me ofreció trabajo en una escuela nocturna. Me devolví a Querétaro contento porque me iba a venir a estudiar. Me regresé ya con mis cosas para empezar a trabajar; iba a vivir con los hijos de esta señora maestra. Pero regresando aquí me encontré que ya no tenía trabajo, porque no estaba yo en la lista de las gentes que iban a ser ocupadas en la escuela. Entonces hablé otra vez con el director y me reincorporó en la lista y ya pude trabajar. Me inscribí en la Escuela Secundaria núm. 7 y allí empecé la secundaria y trabajaba por la noche.

—*Como maestro rural, ¿hizo suya la filosofía de la escuela rural mexicana?*

—Sí, desde luego, porque en los dos años que estudié, sí sentí la influencia de las tendencias que se perseguían con la escuela rural, porque se nos hablaba de la solución de los problemas de la educación rural y de la población indígena, a través de una labor que no solamente se ciñera a la enseñanza de la lectura y de la escritura, a materias académicas, en las cuatro paredes de la escuelita, sino que había que organizar la parcela escolar, había que organizar a los campesinos, participar con ellos en sus soluciones, tratar de resolver todos sus problemas, organizar el teatro al aire libre, organizar todas las cosas que había dejado Vasconcelos y luego Moisés Sáenz y Rafael Ramírez. La solución de los problemas de la comunidad debían girar en torno al maestro rural y en cierta forma uno tenía que hacer todo lo que la comunidad necesitaba para resolver sus problemas. Cuando yo estuve trabajando había todavía mucha agitación en el campo.

—*¿Se podría considerar esto como los inicios del desarrollo de la comunidad?*

—Bueno, yo estaba desligado propiamente de los planteamientos teóricos del momento que vivía el país, de la situación prevaeciente en aquel entonces en el campo de la educación. Solamente era yo un miembro, un eslabón de la cadena. La teoría y los planteamientos de la escuela rural se discutían en el ambiente selecto de las gentes que dirigían propiamente la escuela rural, las Misiones Culturales. Cuando yo vine aquí, se estaba or-

ganizando la Casa del Estudiante Indígena. Entonces me pidió el profesor Rafael Ramírez que buscara en el pueblo donde yo había trabajado a algunos jóvenes que quisieran venir a estudiar, que no hablaran absolutamente nada de español, pero ya no pude intervenir en la selección de los estudiantes cuando vine a México a estudiar.

—*¿Por cuánto tiempo estuvo estudiando?*

—Pues toda la secundaria. Luego empecé la normal. Hice los tres años de la normal. Luego me fui a trabajar a una escuela para hijos de trabajadores. Ya era la época de Cárdenas.

—*¿Ya con la educación socialista?*

—Empezaba. Cuando estaba en la normal comenzó el movimiento de la educación socialista. En la normal había una gran inquietud y se participaba muy activamente.

—*¿Usted participó también?*

—Estaba yo en la Federación de Estudiantes Revolucionarios. Como yo estaba trabajando, pues estaba en contacto con los profesores de la primaria. Iba yo a las juntas del movimiento de los profesores. Era Narciso Bassols el secretario de educación y estuve en el movimiento magisterial de entonces.

—*¿Esa federación era afín al partido comunista?*

—Pues sí, era una asociación que trabajaba de acuerdo con las gentes del partido. Estaban allí gentes que destacaron más tarde en la política como militantes, como Adolfo Sánchez Cárdenas, Enrique Ramírez y Ramírez, entre otros, muchas gentes que desde entonces estaban dedicadas a la política.

—*¿Y a qué atribuye su inclinación a participar en política?*

—Pues es un poco difícil de contar cómo estuvo, pero la participación la inicié propiamente en el movimiento magisterial. Era David Vilchis el líder del movimiento de los maestros que luchaban por la escuela socialista y ahí participé yo. Yo estoy recordando ahora que la participación mía en el movimiento revolucionario parte de las inquietudes que despertaron en mí en la escuela normal rural de San Juan del Río. Allí estuve en contacto con gente que no era de la región, sino que venían del norte. El director era Martín González, que era maestro en Coahuila y todo el equipo que atendía a la normal eran profesores nortños, que traían una visión de avanzada para la región. Ellos habían participado con movimientos revolucionarios y estaban al tanto

de la historia de la Revolución. Habían inclusive participado en ella y nos despertaron esta inquietud de participar en los movimientos sociales. Claro, era la época de oro de la escuela rural, en la que se trataba de impulsar el progreso del campo y hacer de la escuela rural el medio para eso. Es decir, esta cosa de participar con gente del pueblo en todas sus inquietudes, hacer teatro al aire libre, hacer un mejoramiento en las artesanías y en las ocupaciones de los campesinos, impulsar la entrega de tierras. De todas esas inquietudes participábamos nosotros. El director de la escuela estaba ligado con los campesinos que luchaban por la tierra allí, en San Juan del Río y en las comunidades cercanas. Yo creo que eso fue lo que me impulsó propiamente.

—¿En su familia no hubo inquietudes similares, aún antes, durante la Revolución?

—No. A mí me señalaban en casa, me decían “bolchevique” y otras cosas. Yo era el único de la familia que hablaba de los problemas sociales y de la lucha por la tierra. Y cuando estuve trabajando en San Sebastián de las Barrancas, el último año que trabajé como maestro rural, me ligué a los campesinos. Iba a Amealco y allí se daban cuenta de lo que yo hacía. Una vez un hermano de mi padre me regañó y me dijo que me iban a matar, que andaba firmando las demandas de los campesinos por la tierra.

—¿No hubo desorejados en esta región?

—Eso fue después; allí todavía era la época en que empezaba la lucha por hacer efectiva la entrega de la tierra y fue la época cardenista, cuando yo me viene acá, cuando salieron ya algunos compañeros de la normal a trabajar también en el medio rural y fueron víctimas de ese movimiento de los desorejados.

—¿Ingresó usted al partido comunista?

—No, estuve militando en la juventud comunista. Cuando terminé la normal, empecé a trabajar en Zamora. En Zamora, las gentes del partido en Morelia me consideraban como miembro del partido; yo me consideré también, pero no firmé ni solicitud ni nada. Yo era un militante de la juventud comunista y como ya era una persona que estaba trabajando, ya no era estudiante, entonces me consideraron miembro del partido. Yo recuerdo que una ocasión me mandaron llamar de Morelia porque yo no cumplí con no sé qué obligaciones o qué consigna habían dado porque hubo problemas en la escuela secundaria para hijos de traba-

adores. Al director lo atacaron miembros del partido y yo lo apoyaba porque consideraba que estaba haciendo las cosas con justicia y con honestidad en el trabajo. Se formaron dos grupos, uno del partido y otro de enemigos del director... todos estaban controlados por el partido. El partido era el que manejaba la casa de la educación, todos estaban dentro del partido si querían hacer algún trabajo en la educación. Y me llamaron en aquella ocasión a Morelia; yo fui a Morelia y entrevisté al secretario del partido en el estado. Volví un poco decepcionado porque los problemas no trataban de resolverlos más que en la medida en que se beneficiaba a las gentes del partido, no se resolvían para beneficiar a los miembros del partido en general o a la revolución en general. Pero en la secundaria esta, el colegio de trabajadores en Zamora, nosotros ya veníamos muy entrenados en las luchas estudiantiles de aquí y en las luchas del magisterio, entonces empezamos a tener criterio para juzgar los actos de las gentes que controlaban al partido, y de lo que debíamos hacer nosotros. Organizábamos mítines allí con los sindicatos, con un sindicato de albañiles, en la plaza, para apoyar la entrega de las tierras a los campesinos, teníamos un periódico mural que cambiábamos cada ocho días, lo pintábamos y luego usábamos recortes de periódico. Yo creo que fue una de las razones por las cuales también se dividió el personal de la secundaria, porque había gente que efectivamente lo único que quería era sacar provecho personal. Y nosotros estábamos por hacer labor sindical y labor social entre los campesinos, entre los obreros, apoyar sus luchas y eso no les parecía. El movimiento que nosotros impulsamos en Zamora llegó hasta oídos de la secretaría de educación acá y entonces mandaron a un viejo profesor, Burgas se llamaba, a que nos investigara a nosotros, por qué estábamos haciendo esas cosas, por qué les hablábamos a los estudiantes de la revolución rusa y por qué apoyábamos a los obreros; ¡pero si era una escuela para hijos de trabajadores, decíamos, y estamos aquí para eso, para ayudarlos, para educar a sus hijos para que continúen sus luchas por el engrandecimiento de este país! Bueno, nosotros nos defendíamos, ¿no? Entonces nos sacaron de la secundaria de Zamora y nos mandaron a Culiacán.

—¿Cuál fue la reacción de la sociedad zamorana ante ese problema?

—No era de gran trascendencia, era un problema interno y

teníamos poca influencia en la vida de la comunidad, pero allí nos apoyamos con la gente cardenista que estaba de acuerdo con nosotros; recuerdo que hubo una manifestación del 1 de mayo; se hizo una gran concentración y había líderes... Había un campesino que había estudiado en el seminario, que dejó la cosa aquélla y se había vuelto al campo y se había convertido en un líder de la reforma agraria. Entonces nosotros teníamos reuniones con toda esta gente.

—¿Qué me dice de Natalio Vázquez Pallares?

—Natalio estaba en Morelia y yo no sé si entonces estaba estudiando todavía, pero más bien él era un líder de la universidad y era muy conocido. Era amigo de los profesores que de Morelia habían mandado a la secundaria y que eran enemigos nuestros, que no querían que estuviéramos ahí. El director era cubano y había venido también de Morelia, entonces había un pleito porque querían quitarle la dirección de la escuela otros de Morelia. Por eso nos quitaron a nosotros al norte. No sé que pasó después allí en Zamora. En el norte estuvimos trabajando solamente unos cuantos meses y nos regresamos a México con deseos de continuar estudiando. Entonces aquí, cuando regresamos, me inscribí en la escuela de antropología, que se empezaba a abrir.

—¿A qué atribuye su interés en la antropología?

—Yo creo que por toda trayectoria mía del trabajo en la escuela rural. Pensé que estaban abriendo escuelas y que una de ellas era la escuela de antropología y fui a ver si era posible que me inscribieran. Pero así, un interés así definitivo, bien delimitado por la antropología surgió después. Yo sabía que en la escuela de antropología podía seguir estudiando algo para ayudar a los campesinos, pero no sabía yo propiamente cuál era la carrera donde podía ayudarlos mejor. En realidad a mí me gustaba la escultura, la arquitectura, y cuando yo solicité regresar a México para estudiar algo, no tenía un interés especial por la antropología. Entonces yo dije, esta carrera puede ser que me dé los instrumentos para que yo pueda seguir trabajando con los campesinos y ayudarlos en algo.

—En la escuela, ¿qué maestros fueron los que le atrajeron?

—Fundamentalmente, Paul Kirchhoff, que había llegado de Alemania expulsado por Hitler, y fue uno de los maestros que

más influyó en mi formación como antropólogo. También el profesor Miguel Othón de Mendizábal, que era a quién le interesaba mucho el trabajo de campo.

—Platíqueme un poco más sobre su relación con Kirchhoff.

—Él fue el que nos inició en el estudio y la interpretación marxista de la antropología. Teníamos reuniones en su casa para discutir estos problemas. Iban algunas gentes como Miguel Acosta, Arturo Monzón, Alfonso Ruiz, Anita Chapman, Pedro Carrasco. La afición que se despertó en mí por la investigación directa la adquirí cuando hice mi primera práctica con Sol Tax. Fue entonces cuando empecé a trabajar.

—¿Qué tipo de cuestiones discutían con Kirchhoff?

—Le interesaba mucho el trabajo de Engels sobre *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, el análisis de las fuentes para la historia antigua de México y la orientación que debería dársele a las investigaciones. Él se presentaba en su trabajo como un culturalista, funcionalista, pero más tarde, ya cerca de nosotros, nos hablaba de sus inquietudes de interpretar y orientar las investigaciones a través del marxismo. Entonces él quería escribir un segundo volumen del libro de Engels, a él le interesaba mucho por su tesis, que tuvo por tema la organización social de los grupos primitivos. Él dio algunos cursos sobre la organización social primitiva y allí aprendimos mucho a relacionar las informaciones, los materiales, con el marxismo.

—¿Cómo se inició su primer trabajo de campo con Sol Tax?

—Sol Tax vino a México para darnos un curso previo al trabajo de campo en Chiapas; entonces estuvimos preparando los materiales bibliográficos y de fuentes para este curso. Él vino aquí por un convenio que hizo la escuela de antropología con la Universidad de Chicago. Había estado en la escuela Redfield y habían estado antropólogos de otros países, estuvo Paul Rivet y Malinowski inclusive. El convenio con la Universidad de Chicago era para llevar a un grupo de estudiantes para enseñarnos a hacer investigación directa. Eso fue lo que permitió que yo fuera a Zinacantán. Íbamos como 10 gentes. Estaban Calixta Guiteras, Miguel Acosta, Anita Chapman, Fernando Cámara.

—¿Qué discusiones suscitaron los materiales de campo con Sol Tax?

—Él era funcionalista, le interesaba mucho hacer estudios, exhaustivos en torno a un problema general. Nos dejaba en libertad para que observáramos y registráramos todo lo que quisiéramos y por la noche nos poníamos a atrabajar, a poner en limpio nuestras notas, nuestros registros, y él nos revisaba y criticaba y hacíamos discusión en torno a los “grandes descubrimientos” que hacíamos. Todo era novedoso para nosotros, pero más que para nosotros, la gente que no eran de origen mexicano, para Chapman, para Bárbara Dahlgren, para Calixta Guiteras todo era novedoso, desde la forma de hacer las tortillas hasta la forma de cultivar. Para nosotros era muy familiar y entonces casi no registrábamos las cosas así. Entonces era sólo el registro de lo que veíamos y lo que observábamos y luego para hacer nuestro diario. Al terminar la práctica me invitó a mí, a Calixta y Fernando Cámara para que siguiéramos estudiando y que él nos conseguiría una beca del instituto de antropología y de la Universidad de Chicago. Como entonces comenzaba yo a trabajar en el museo, a mí me comisionaron para hacer el trabajo de Chamula. A nosotros nos dio tres temas: en torno a esto van a hacer un estudio en un pueblo de los Altos de Chiapas y después un recorrido de los otros pueblos para completar las observaciones que hicieron del tema en el pueblo en que se había estado. A mí me asignaron la organización económica, a Fernando Cámara la organización político-religiosa y a Calixta la organización social y nos colocaron en distintos pueblos y estuvimos en comunicación, nos intercambiábamos nuestras notas, nuestro diario y luego nos reuníamos para discutirlos.

—¿Producto de esta experiencia fue su trabajo sobre el fraccionamiento de la tierra en Chamula?

—Sí, esa es una parte, una parte de las observaciones que yo hacía, pero el producto mayor fue *Chamula* propiamente. *Juan Pérez Jolote* también fue una parte de eso, pero lo hice posteriormente, después de esta primera experiencia.

—¿Qué piensa del éxito literario de Juan Pérez Jolote?

—Esta situación fue creada por el hecho de que yo nunca me sentí propiamente un investigador sino una gente que estaba preocupada por la vida de los grupos indígenas y por la forma en que podían ellos cambiar sus condiciones de vida, a tal grado

que cuando estuvimos haciendo la práctica, una vez nos reunimos Calixta y yo, y le comuniqué mis inquietudes de que la explotación y la forma de sojuzgar a los indígenas tenía un intermediario en cada pueblo, que era el secretario, que era ladino, el que ejercía el control y el que servía de enganchador para las fincas y el que apoyaba a los comerciantes, a los atajadores, cuando iban a saquear a los campesinos. Entonces le decía yo: Mira, por qué no nos quedamos aquí a trabajar y le pedimos al gobernador que nos dé un puesto de secretario del pueblo y allí entonces cambiamos todas las cosas. Era una cosa muy ingenua, naturalmente ¿no?, porque él era la parte visible del sistema, entre las relaciones de los indígenas, no era todo el sistema.

—¿Se puede considerar entonces a Juan Pérez Jolote como una denuncia de esta situación de explotación?

—Sí, ese fue el propósito fundamental. Claro lo que a mí me interesaba no era escribir estudios para las bibliotecas, o para las gentes que estaban dedicadas al estudio de la antropología, sino escribía cosas que llegaron al público más amplio, que todo el mundo se diera cuenta de las condiciones en que viven los grupos indígenas, algo que pudieran leer ellos, que pudieran servir como denuncia, que hubiera una comprensión mayor de esos grupos y por eso escribí *El Jolote*. Y tuvo fortuna porque efectivamente se difundió y pude dar a conocerlo; entonces era un privilegio llegar a esta gente y eran unos cuantos los que hacían investigación.

—Pero es en su primer ensayo, donde se conserva esta preocupación. ¿Qué recepción tuvo en el medio antropológico?

—Fue mi primer trabajo y es ahí donde apliqué los conocimientos teóricos por primera vez, los conocimientos que deberían utilizarse dentro del marxismo para interpretar las observaciones que yo hacía. Tenía una gran preocupación porque este artículo lo corrigiera Paul Kirchhoff. Se lo di a él, antes que a nadie. Fue lo primero que elaboré con todos los materiales que traje de Chiapas. Paul no tenía mucho interés en estas cosas, él tenía mucho que hacer. Después de algún tiempo, le dije que si lo había leído: “Sí, dice, pero está muy difícil.” Siempre me salía con evasivas. No hizo ninguna observación al trabajo.

—¿Y *Sol Tax*, cómo reaccionó a su preocupación por las relaciones de explotación?

—Él estaba entrenado para combatir esta tendencia, entonces siempre buscaba la forma de argumentar en contra de lo que yo hacía y me molestaba mucho... Bueno, más que nada me estimulaba. Empecé a descubrir que lo que él quería era que yo cambiara de modo de pensar y siempre estaba argumentando en contra de las interpretaciones que yo daba a las observaciones que hacía. Se me ocurrió que yo podía ir a Tierra Caliente con los zinacantecos que bajaban a las márgenes del Grijalva para sembrar maíz, que podía irme con ellos a hacer algunas observaciones en relación a esta práctica de sembrar en Tierra Caliente, porque ya no tenían tierras suficientes para obtener el maíz que necesitaban. Se estaban convirtiendo los zinacantecos en los abastecedores del maíz de ciudad Las Casas. Hice amistad con un zinacanteco que iba a revisar su siembra a Chapilla, que era un pueblo que está cerca del Grijalva y me fui con él. Eran tres o cuatro hombres y dos chicos, que iban a limpiar la milpa y a arrimarle tierra a las matas. Yo fui con ellos. Conseguí un caballo y estuve con ellos varios días. Luego nos regresamos. Sol Tax apoyó la idea de este viaje y me dio todas las facilidades. Estuve como una semana dentro de la práctica. Cuando regresé me perdí en el camino en la noche, pero solté la rienda al caballo y me encontré en un paraje de Zinacantan y entonces contraté a un campesino para que me llevara a la cabecera del municipio, donde estábamos ocupando la escuela. Estaban de vacaciones. Era una especie de internado. Allí nos hacíamos nosotros la comida y estuvimos haciendo la práctica. Fue de dos meses.

—¿Cuál era la opinión de Julio de la Fuente sobre su introducción a El Jolote?

—Él decía que había un divorcio, que no debía escribir eso, porque el contenido de *El Jolote* era la discusión de problemas psicológicos y que debería ser una introducción psicologista también. Él me ayudó bastante. Hicimos buena amistad, pues él estuvo también participando dentro del movimiento cardenista, porque él fue maestro de pintura, de tallado, en una misión cultural creo y allí fue donde también se interesó en la antropología, porque conoció a Malinowski y lo comisionaron para trabajar con él.

—¿Él no fue alumno de la escuela?

—Se inscribió, pero le pareció muy superficial las clases de la carrera... los cursos de geografía, de historia, le parecía que

no deberían darse. Estuvo poco tiempo y se fue. Después se sentía un poco mal. Pero creo estuvo allí después de que ya había trabajado con Malinowski y que se había interesado por los problemas de la educación y de la vida de los campesinos.

—Con Redfield, ¿qué curso llevaron?

—Redfield nunca nos dio clase a nosotros. Lo conocimos aquí, una vez que fue a la casa de Julio de la Fuente. Nos invitó para que estuviéramos con él un rato, pero fue Sol Tax el que sí dio clase. Era un colaborador y fue alumno tal vez de Redfield.

—En su obra *Chamula usted le da un gran valor al sentido de igualdad en las comunidades indígenas. ¿Esto se discutía en el grupo de Redfield o fue resultado de las observaciones de campo?*

—Fue resultado de las investigaciones, el igualitarismo es una realidad y después fue una racionalización mía darle una interpretación ligada a la preservación ligada al propio grupo. Es decir, el trato igualitario es una cosa que está íntimamente ligada a todas las relaciones del pueblo. Habría que explicarlo en alguna forma ¿no? Pero eso es una realidad entre los chamulas, que no se puede pasar por alto cuando se profundiza en sus reacciones y sus relaciones.

—*Ya en la introducción a El Jolote usted distingue claramente entre dos tipos de economía, indígena o campesina y la de las fincas o capitalista. ¿No es este el antecedente inmediato de lo que vendrá a ser en Los indios en las clases sociales de México la distinción entre la estructura capitalista y la intraestructura indígena?*

—Pues yo creo que sí, esto es una diferencia también muy real, que no puede dejar de observarse si uno quiere explicar muchas cosas, las más trascendentales de la vida de los indios ¿no? Desde luego, considero que en la economía de grupos para la subsistencia, una producción orientada al consumo de ellos mismos, está regida por una tradición, por las formas de organización comunitaria, familiar, de parentesco... A mí siempre me impresionó la observación que hice en la casa de un campesino. Creo que está narrado en *Chamula*, llegó un chamula con una mula y ofreció un trago al dueño de la casa, estuvieron platicando y tomando, después se levantó el dueño de la casa y llenó un costal, sacando frijol de sus ollas donde tenía guardada la cosecha y le ayudó a cargar la mula, le preguntó que cuánto era lo

que le debía por la carga de frijol y le dio unos cuantos centavos nada más. Entonces fue un pago simbólico, porque después llegó otra gente a comprar un cuartillo de frijol y entonces le cobró dos o tres veces más que lo que había cobrado a su primer comprador, que le había dado toda una carga. Entonces yo pensé cómo explicar esto. Le estuve preguntando quién era: es un pariente mío, me ha ayudado siempre, cuando yo tengo necesidad voy me entrega frijol, papas, todo lo que yo quiero me lo da y yo también le doy a él. Siempre nos estamos ayudando. Entonces la conducta con el primero era comunitaria y la otra era una conducta de relación comercial, le cobró el precio de mercado por el cuarto de frijol. Este hecho me dio la pauta para estar elaborando estas dos tendencias, esta doble conducta de la gente hacia el interior y hacia el exterior a través de las relaciones con gente que actúa dentro del grupo o fuera del grupo.

—¿Leyeron en la escuela el trabajo de Malinowski y Julio de la Fuente sobre el sistema de mercados en Oaxaca?

—No, no se había publicado. Cuando estábamos en la escuela llegó efectivamente Malinowski y tuvimos mucho interés en escuchar una confrontación entre Malinowski y Paul Kirchhoff, pensábamos que sería una confrontación ideológica de la que íbamos a aprender mucho. No, se trataron con mucha cortesía.

—Su esquema evolutivo de la infraestructura a la estructura, que tiene rasgos comunes con el esquema de Aguirre Beltrán de la estructura de casta a la de clase, ¿podría ser atribuida a una influencia del modelo de Redfield de los folk a lo urbano?

—Pues claro, estudiamos en la escuela las cosas que se estaban publicando en ese entonces, de los funcionalistas y esta idea de Redfield de la cultura *folk* y la cultura urbana fue estudiada también en la escuela, pero no estudiada críticamente, sino estudiada como información de lo que se está haciendo actualmente. Y pensábamos que deberíamos seguir ese camino, pero también nos dábamos cuenta de que no era la línea marxista la que planteaba Redfield en sus estudios. Nos dábamos cuenta, por otra parte, que su línea era puramente descriptiva y un tanto ambientalista, la influencia de los centros urbanos, el acercamiento o alejamiento geográfico influía en la transformación de los pueblos. Claro, ésta era una realidad superficial completamente. Después razonábamos que lo urbano planteado por Redfield no corres-

ponde a una realidad del sistema, que el caso de Mérida es una ciudad tradicional que no tiene grandes adelantos científicos ni técnicas ni juega un papel importante en la economía, está muy alejada de las luchas de entonces de obreros y campesinos. Nos dábamos cuenta que no correspondía, que tampoco el acercamiento o el alejamiento del centro urbano era lo más determinante. Así es que lo tomábamos como modelo, como arquetipo de investigaciones, con la salvedad de que debíamos darle a sus descripciones una interpretación marxista. Había en cierta forma una mezcla, vamos a decir, de tendencias.

—A propósito de las relaciones rural-urbanas, hablemos de su polémica con Aguirre Beltrán sobre dónde establecer el primer Centro Coordinador Indigenista. ¿En qué consistieron sus diferencias?

—En esto estaban involucrados las tendencias ideológicas, teóricas y los propósitos del indigenismo. Aguirre Beltrán pensaba, y lo dije en muchas ocasiones, que el indigenismo era la manifestación del proceso evolutivo de la nacionalidad y que no era posible atender ni resolver ningún problema indígena fuera del ambiente de los centros rectores, y que hay que establecer los centros coordinadores en las zonas urbanas donde viven los mestizos, para que cuando ellos cambien, por influencia de este progreso, los indios sigan el progreso nacional.

—Esta idea de Aguirre Beltrán al parecer fue precedida por el planteamiento de la región intercultural de Julio de la Fuente, incluso de la misma idea del sistema de mercado regional de Malinowski, ¿no cree?

—Sí, sí, así es. Tuvo gran influencia Julio en la formación indigenista y teórica de Aguirre Beltrán. Cualquier cosa que escribía él antes de publicarla, le hacía correcciones.

—¿Qué razones lo hacían pensar que el centro coordinador tenía que estar dentro de la región indígena?

—Bueno, porque nosotros pensábamos que había que enfrentar el cambio de la comunidad indígena al progreso, arrebatarles las mejorías a la población mestiza y no por una mera influencia de contacto. Empezamos a pensar que era la lucha de clases el agente fundamental de cambio y que tenía que luchar el indio contra sus explotadores más inmediatos, que eran en cierta forma los representantes del sistema. Por eso, cualquier cosa positi-

va para impulsar esta lucha o para mejorar las condiciones de vida, debía hacerse dentro de los propios indígenas y no a favor de los mestizos de las zonas urbanas, para beneficiar a los indígenas "por carambola", ¿no?, indirectamente.

—*En el informe de la investigación que precedió a la fundación del primer centro coordinador, ¿se asentó esto textualmente?*

—Creo que sí, se puede ver el informe. Ahora me lo acaban de enseñar en el instituto. Se hace en el informe un intento de conocer los problemas y las aspiraciones, las necesidades de los pueblos indígenas en torno al mejoramiento de sus técnicas de trabajo, y la solución de estos problemas, de poner un centro donde se enseñen las técnicas más avanzadas y se explote al medio y los recursos que ellos tienen y a los que están dedicados. A mí me impresionaba mucho, por ejemplo, la explotación ganadera de carneros; entonces pensé que había que poner en función de los problemas centrales los proyectos, para integrar otros problemas secundarios. Para los chamulas, se les podría convertir en criadores de ganado y con una mejor producción podía ponerse una industria textil y cosas de esas. Pero antes de que yo fuera a hacer el estudio para el establecimiento del centro tzeltal-tzotzil, el director del instituto organizó lo que podía ser la primera acción o actividad indigenista, que fue el establecimiento de una organización de la alfarería en un pueblo que estaba dedicado exclusivamente a esto. Fui comisionado para hacer el estudio de Tecomatepec, pero estaba yo allí cuando en las oficinas centrales del instituto decidieron la creación de los centros coordinadores y entonces había que hacer una investigación previa para establecer un centro en los Altos de Chiapas. Fue cuando me mandaron a mí. Lo que yo había estudiado ya era Chamula y pensé que tenía una gran influencia en los altos, y que iba a establecerse en Chamula o en un paraje cercano.

—*¿Cómo sintió su desempeño profesional dentro del instituto?*

—Desde luego yo ya traía la idea de que las cosas que no hacen los propios indígenas no tienen trascendencia para ellos, entonces todo lo que hacíamos nosotros era inducir para que ellos resolvieran sus problemas, se organizaran para trabajar las cosas que pensábamos les iban a beneficiar. Así hicimos una campaña por ejemplo, para la protección de los manantiales, para que tomaran agua poco menos contaminada y ellos participaron en esto activamente. Organizamos cooperativas en todos los pueblos

para que ellos defendieran un poco sus ingresos y compraran a precios más baratos que en San Cristóbal. Y fueron también un éxito en todos los pueblos indígenas de los Altos de Chiapas. Y todo lo que hacíamos estaba entonces propiamente realizado por ellos, solamente los motivábamos y les decíamos qué problemas se podían resolver con la actividad que ellos iban a realizar.

—*¿Influyó esta actividad suya en su cambio el Centro Coordinador del Papaloapan?*

—Yo pienso que tuve un gran éxito de ser aceptado y hacer muchas cosas en el Centro Tzeltal-Tzotzil, cosas que no habían podido hacer ni Julio ni Aguirre, ¿no? Entonces había el problema de sacar a la población mazateca del vaso de la presa, había una gran comisión y había mucho dinero para la presa "Miguel Alemán". Era entonces presidente e iba con mucha frecuencia a ver la construcción de la presa, pero se acercaba ya la hora de cerrar las compuertas e inundar toda la zona y sacar a la gente. Se discutió: como son indígenas, eso le corresponde al "instituto indigenista" y seguro Aguirre, que iba con mucha frecuencia al centro para seguirme los pasos, le dijo a Sandoval, que era el vocal ejecutivo, que yo podía ir allá a revisar la salida de la gente. Entonces hizo un viaje Sandoval al centro coordinador, se informó de todo lo que hacíamos, de cómo habíamos establecido puestos médicos con la cooperación de los propios campesinos, cómo habíamos organizado cooperativas, cómo habíamos organizado las campañas de protección del agua y de la venta de maíz, cuando el gobernador sacó todo el maíz para venderlo a Guatemala y dejó al estado sin que comer. Y la lucha contra los acaparadores... Todas estas cosas ¿no? Todos los trabajadores del centro, los trabajadores técnicos: médicos, profesores, ingenieros, trabajaban con el director del centro, conmigo, para resolver todos los problemas y organizar a la gente para que él participara. Se decía que nosotros éramos comunistas. Y cuando empezamos a vender maíz en ciudad Las Casas, se decía: "estos son los comunistas benditos". En tanto el gobernador iba y venía nuestros gallineros, que estaban con bonitas gallinas de raza, para empezar a distribuir huevos fértiles, para que tuvieran mejores gallinas las gentes de los pueblos. Iba el gobernador y decía: "Me mandan mañana veinte gallinas de éstas". A mí me daba mucho coraje porque todo lo hacíamos para los grupos indígenas. Entonces fue Sandoval, que era el vocal ejecutivo, e hicieron los arreglos ellos,

Aguirre con Sandoval, para que yo fuera a fundar el Centro Coordinador del Papaloapan. Por eso es que salí.

—¿Usted ya en esta época, tenía fricciones con Aguirre Beltrán?

—No me daba cuenta yo. Pensaba que me visitaba, sobre todo en el Papaloapan, ya, con mucha frecuencia porque salía inclusive a comisiones al extranjero y cuando regresaba lo primero que hacía era ir al Papaloapan a ver qué estaba haciendo yo. Pero en esta época sí me di cuenta de que él no era partidario... pero yo no se lo atribuía a él, sino a las gentes que lo ejecutaban por órdenes de él, Agustín Romero, por ejemplo, que liquidó todas las cooperativas que funcionaban con mucho éxito en Chiapas. Las liquidó porque, decía, los indios ya sabían hacer comercio, es decir, ya podían explotar a sus compañeros, entonces no tienen por qué funcionar las cooperativas. Y de su tendencia yo no me di cuenta sino hasta que estuvo en el Papaloapan, porque allá mandó a Salvatierra. Para que se hiciera cargo de la dirección de educación del centro, en lugar de Isabel, que estaba estudiando el problema de cómo enseñar en lengua indígena y su investigación nos dio como resultado que no era posible enseñar el mazateco a leer y escribir como medio para castellanizar. Estos resultados están en el libro de homenaje a Julio de la Fuente. Entonces Aguirre nunca me contradijo, mas destruía todo lo que yo hacía, me sustituía con gente que hacía a un lado todo. Nosotros en Chiapas y en el Papaloapan compramos una imprenta vieja, una prensa para los propios indígenas y hacíamos muchas cosas, sobre todo la organización de ellos para que se defendieran en avalúos y todo lo que les podían quitar.

—¿Después de la experiencia de Oaxaca, qué hizo dentro del instituto?

—Pedía permiso para que me dejarán un poco de tiempo para que yo me recibiera, hiciera mi tesis. Entonces cogí un capítulo del libro de *Chamula*, lo que era el informe de *Chamula*, y lo presenté como tesis. Después ya se publicó el libro en el propio instituto, todo el estudio. Todavía me propusieron que fuera a organizar a los seris que explotaran la pesca organizadamente, pero yo ya no tenía interés, me daba cuenta de cuáles eran los intereses que se defendían en el indigenismo.

—Usted, en Antropología y burocracia indigenista, describe

un proceso de creciente burocratización y de pérdida del sentido original del indigenismo. ¿Motivó esto su alejamiento del Instituto Nacional Indigenista?

—Propiamente no fue un cambio de la institución, sino el cambio fue mío y de la gente que pensaba como yo, porque como aceptaban todo lo que hacíamos nosotros, pensábamos que estábamos en la línea de ellos, nos toleraban porque no podían oponerse pues no hacían nada que no fuera atender los problemas y juntarnos con los grupos indígenas para buscar su solución.

—¿Se podría interpretar entonces que su entrada al medio académico surge de ese cambio personal?

—Realmente tuvo una influencia secundaria; lo que me hizo volver a la ciudad fue que ya habían crecido mis hijos, ya tenían que entrar en las escuelas secundaria y profesional para que continuaran su educación y entonces dejamos la idea de seguir trabajando en la antropología aplicada, aunque continuamos con la inquietud y seguíamos pensando en los problemas.

—Veo que el pronombre "nosotros" refleja un compañerismo de largo tiempo, ¿no es así? La maestra Isabel Horcasitas es inseparable de su vida y obra. ¿Dónde, cuándo se conocen?

—Desde que estábamos en la escuela normal, desde que salimos a trabajar a Zamora nos casamos y fuimos a trabajar los dos en la escuela para los hijos de trabajadores. Desde entonces estamos trabajando en las mismas cosas.

—¿Hasta su proyecto de construcción de terrazas en una zona indígena en 1979, no tuvo usted contacto con la antropología aplicada?

—Antes sí. Después de que salí del instituto, mi tendencia fue siempre buscar la orientación y la teoría que pudiera servir para explicar nuestros procesos históricos, nuestra formación nacional, por eso estuve reforzando lo que aprendí en el contacto estrecho con la población indígena, ya en la práctica académica, en la enseñanza de la investigación.

—De la lectura de su informe del proyecto de las terrazas en Chamula se puede inferir que no fue una experiencia exitosa. ¿A qué achaca estos resultados del trabajo?

—El experimento de las terrazas tenía un propósito, una finalidad académica de aplicación del conocimiento. Nosotros no estábamos haciendo indigenismo. Pudo haber avanzado bastante

porque los muchachos que estuvieron conmigo tenían mucho interés en continuar y llevar hasta sus últimas consecuencias los resultados de la investigación, a tal grado que uno de ellos se fue a Chiapas: "Profesor yo me voy a Chiapas." "¿Y qué vas a hacer?" "Pues voy a continuar la cosa del trabajo de la Candelaria para las terrazas y la cooperativa de carpintería para la que habíamos conseguido 100 000 pesos y comprado un equipo de herramienta." "¿Y cómo te vas a meter ahí?" "Pues voy a ver, porque compramos la herramienta y se quedó en el centro coordinador." Entonces él se fue y ahora está trabajando ahí. Y me habla con frecuencia y quiere que lo recomiende para que tenga algo de que... los chamulas lo atienden y está metido allí, al margen de toda la burocracia y lo vamos a ayudar para que tenga algo de que vivir y siga trabajando en eso. Eso por una parte. Luego, una chica, América Soto, hizo su tesis sobre la organización social de los chamulas, siguiendo el mismo trabajo. Está ahora en París y allá siguió con esto. Entonces el proyecto de investigación-acción de las terrazas fue un éxito académico, claro que no lo continuamos nosotros y esa es la crítica más seria. Pero necesitamos renunciar a todo, dejar la familia, dejar el trabajo, como lo hizo este muchacho, que no tenía nada que perder y allá está ¿no?

—*Me surgen una serie de dudas de lo que me dice. En Antropología y burocracia indigenista usted coloca como antitéticas la praxis antropológica, la investitación-acción propiamente dicha, y los intereses de la burocracia indigenista. Sin embargo, el proyecto de las terrazas fue hecho en colaboración con el Instituto Nacional Indigenista. Reconozco que había cambios coyunturales propicios: ha salido Aguirre Beltrán y en su lugar Ovalle propone un indigenismo participativo. Empero, la institución seguía siendo la misma estructura burocrática... Esto nos lleva a otro problema más amplio, ¿es que la antropología aplicada no puede hacerse en nuestro medio sino a través de los canales burocráticos? No sólo es la praxis antropológica, tal como usted la concibe, la que sería imposible de realizar, sino que la antropología aplicada en general estaría siempre constreñida a determinados límites políticos fijados por el propio Estado.*

—Yo creo que el trabajo con el gobierno, para que tenga resultados, para que sea efectivamente un trabajo en beneficio del

progreso y la elevación de los grupos indígenas, tiene que ser sin considerar ese antagonismo que usted plantea, ¿no? Tiene que hacerse porque entonces en muchos casos se presentan coyunturas, como ésta que acaba de señalar, y en la época de Ovalle, cuando tomó posesión me dijo que si quería irme a trabajar con él en las investigaciones del instituto. Le dije que yo no podía aceptar, porque yo pensé: "Con éste no se puede hacer nada." Era la idea que yo tenía. Le dije: "Mire, si usted quiere, me deja un experimento." "Bueno, dijo, véngase usted, aunque sea como asesor" y estuve yendo ahí como asesor. Cuando me dio el puesto de asesor, entonces fue cuando hicimos el proyecto de investigación con el sistema de terrazas. Cuando tomó posesión Salomón, yo le planteé, a través de Jorge Hernández, que debíamos hacer algo por los grupos indígenas. Le planteé un proyecto para empezar a trabajar con ellos. Él me decía que sí, pero no me decía cuándo, no quería que yo participara, pero nunca me lo decía. Y ahora que tomó posesión Limón, en lugar de Salomón, él me invitó, que si quería trabajar con él. Hablé con él sobre lo que pensaba acerca del indigenismo y él insistía en que me fuera a trabajar. Entonces yo pienso que este proceso de integración de la nacionalidad, de progreso en las luchas de los campesinos, se está presentando como lo habíamos pensado nosotros. Y que es necesario, en este momento, participar con ellos. Yo pienso que nuestra influencia es nula o es mínima en algunas casos frente al proceso natural de las contradicciones que se presentan en este país y uno no tiene por qué marginarse, uno tiene que participar y si yo he mantenido esta posición desde un principio y ahora puedo colaborar en alguna forma, pues yo creo que hay que hacerlo, ¿no? No he cambiado propiamente.

—*Con todo, pienso que los antropólogos, como grupo profesional, no somos unos hijos predilectos de la administración pública. Nuestra penetración en ella siempre, históricamente hablando, ha sido coyuntural: con Cárdenas, con Echeverría. Las más de las veces somos mal vistos por la burocracia, sea indigenista o no. Su propia trayectoria en la administración pública refleja estos altibajos políticos. Hay que reflexionar si la antropología mexicana, no obstante su necesaria relación con el Estado, de alguna manera sólo les resulta útil para determinadas acciones o discursos populistas, manteniéndonos en general en una posi-*

ción de reserva, hasta que se presenta la situación propicia, de coyuntura, para nuestro desempeño. Desde luego no estoy considerando a la antropología académica hecha en centros de estudio o de enseñanza superior. Pienso estrictamente en nuestra relación profesional con la administración pública.

—Pues, yo creo que en gran medida esta situación se debe a los fundadores del indigenismo, porque ellos no definieron la participación de los antropólogos como una acción para ayudar y acelerar o aprovechar el propio proceso natural del cambio histórico e insertar los proyectos del indigenismo en este proceso. Eso nunca lo plantearon ellos y nosotros tratamos de entender el sistema, tratamos de actuar dentro del sistema para seguir este proceso con la antropología aplicada. Yo creo que es lo que ha faltado. Claro que en forma un tanto excepcional se ha hecho, pero no ha sido la tendencia de los que han estado al frente de esta institución del indigenismo.

—*Por lo demás pareciera no haber mucho margen de maniobra. La antropología aplicada al margen del Estado ¿hasta qué punto es concebible?*

—De ninguna manera, ¿no? No hay. Esta es una posición de Estado y tenemos que estar... O estamos al margen de la realidad, en reconstrucciones exclusivamente históricas, que no afectan para nada al sistema, o nos incrustamos en él para tratar de hacer algo dentro de los proyectos históricos que se presentan de momento.

—*Una cosa que llama la atención en sus planteamientos es la perspectiva socialista del cambio social. Son excepcionales los casos de antropólogos que han logrado fundirse en los movimientos sociales, pero ¿dónde está el límite entre el científico y el militante político? ¿Cuál es el científico y cuál el político? Creo que se confunden, que la actividad propiamente científica se pierde en la actividad política. Pero desde su perspectiva, ¿hasta qué punto es factible contribuir a un desenlace socialista en México, si de una manera u otra, al hacer antropología aplicada, estamos contribuyendo a la afirmación del sistema político actual?*

—No creo que estemos contribuyendo a la afirmación del sistema. Tampoco pienso que no podemos hacer nada para acelerar un cambio de sistema... No podemos hacer mucho. Esto es algo que debemos borrar de nuestra perspectiva de acción, porque no somos nosotros los que lo vamos a hacer, porque podemos contri-

buir con un granito de arena tal vez. Y tenemos que borrar esa perspectiva de nuestras acciones actuales e inmediatas. Tenemos que seguir el proceso histórico del país y seguir los pasos de los que van a hacer grandes cambios en este país. Nosotros no somos ni tenemos capacidades de militantes ni nada de esas cosas. Tenemos que seguir el proceso y si seguimos el proceso estamos efectivamente ayudando a que esto se presente en el tiempo oportuno, no racionalizando las condiciones objetivas o subjetivas del momento que estamos viviendo, sino buscando la forma de que los grupos con los que estamos trabajando traten de ligarse también al proceso mismo y con eso estamos colaborando...

—*Su investigación-acción resulta incomprensible sin el componente del marxismo; es obvio que esta teoría la aplica a la comprensión de varios fenómenos sociales. Pero no es cualquier marxismo. En su proyecto de las terrazas es evidente su influencia ideológica proveniente de la Revolución china. Las ideas de las terrazas, del autosostén, etcétera, son ideas muy chinas. ¿De dónde viene toda esta simpatía personal por la República China?*

—Bueno, yo veo una cierta semejanza entre nuestros campesinos y los campesinos chinos, su participación en el proceso de cambio revolucionario de aquel país. Lo importante es que los campesinos, para hacer con ellos indigenismo o alguna labor para su mejoramiento, se den cuenta objetivamente, y saquen conclusiones teóricas de la realidad social, política y económica que está viviendo el país en el que están ellos inmersos, y que ellos se den cuenta también de su propio papel. Creo que esto es lo más positivo que uno puede transmitir... Hay un proceso objetivo de los proyectos históricos de cada país, que son analizados por los marxistas con objetividad y por considerar que es el materialismo histórico el que determina esta realidad con más apego y con más acercamiento a estos procesos, que tienen mucho de común entre todos los pueblos. En todos los pueblos se cumplen las leyes del desarrollo capitalista, de concentración, de desarrollo desigual, de explotación. Todas estas cosas se dan allá, se dan aquí y se dan en todas partes, y por eso esta similitud, esta relación de China y México.

—*¿De cuándo data su simpatía con la revolución china? Me da la impresión de que se vio influido por el rompimiento entre la URSS y la república popular...*

—Analizando la literatura que llegaba a mis manos para la

preparación de las clases en la escuela de antropología y la facultad de ciencias políticas, me orientaron hacia este análisis de la teoría y de la práctica. Me influyeron mucho los planteamientos filosóficos de Mao, que fueron traducidos por Eli de Gortari. Encontraba yo en ellos mucho material para la metodología y los estudios. Después, las diferencias entre la Unión Soviética y China, pues son diferencias que no influyeron para mí en nada. Yo fui siempre simpatizante de la revolución de Octubre y estuve, desde que era estudiante ligado a este movimiento de difusión de los logros de la revolución. Cuando había muchas represiones a los comunistas y a la gente que trataba de difundir los logros de la revolución soviética. Nunca me ha afectado para nada... al contrario, yo siempre he pensado que debíamos nosotros estar al margen de esas pugnas, que debíamos nosotros procurar utilizar la teoría y las lecciones que nos da la construcción del sistema socialista en la Unión Soviética, pero más en la República Popular China, por la semejanza con nosotros, porque la revolución china se alejó, después de la masacre de Shangai, hacia la lucha en el campo, la Gran Marcha que llevó al pueblo Mao, determinó el éxito de esta revolución. Y como yo estaba siempre ligado a los problemas campesinos, pues hubo un respaldo a esta corriente.

—*¿Ya no volvió a participar posteriormente en alguna organización política?*

—No, he sido simpatizante al Partido Mexicano de los Trabajadores, fundamentalmente por la honestidad y el acercamiento de Heberto Castillo a las necesidades reales de los campesinos y del pueblo en general. He sido su simpatizante; desde el movimiento del 68 llevamos amistad y en muchas ocasiones he estado con él para discutir algunas cosas. Él nos ha ayudado a la publicación de Cuadernos para Trabajadores. Entonces estuvimos ligados a la actividad política.

—*Recientemente ha planteado usted que los indios tienen un doble papel, lo mismo de explotados de manera clasista que disfrutando de una relativa autonomía en las comunidades. ¿No es esto una revisión de su anterior planteamiento evolutivo de la infraestructura a la estructura?*

—Yo creo que es un ajuste más que una revisión del pensamiento original a la situación real de los indios. Siempre había pensado y había actuado en relación a los grupos indígenas:

cuando trabajé en el instituto indigenista, siempre había pensado en este doble papel. Yo recuerdo que lo primero que hacíamos en el centro coordinador era organizar a la gente para que atendieran los problemas dentro de sus propias comunidades, los organizabamos para que protegieran los manantiales, para que se organizarán en cooperativas comerciales y de producción, pero al mismo tiempo participábamos con ellos en las luchas contra los acaparadores... es decir el doble papel de impulsar la economía y la organización dentro de su comunidad y de luchar contra las fuerzas externas a ella, por mejorar sus condiciones.

Esta situación se ha hecho más evidente en la actualidad, porque han surgido muchas organizaciones indígenas que participan en la lucha por mejorar sus salarios, por recuperar sus tierras, que son luchas ya en el sistema en que están inmersos.

Entonces estas manifestaciones me hicieron aclarar la situación. Yo participaba de esto, pero no lo había expresado de alguna forma.

—*Sin embargo, más que una evolución, lo que ocurre es que ambas estructuras funcionan sincrónicamente.*

—Bueno de hecho sí, funciona la estructura del sistema dentro de las comunidades y pueblos indígenas desde la conquista. Se registraron muchos levantamientos de los indígenas y esto es una manifestación de la lucha de clases de los grupos indígenas.

—*¿Puede pensarse entonces que su proyecto Encuentro Indígena de América Latina deriva de las influencias de los movimientos indios sobre su pensamiento?*

—Claro, ya en ENIAL, empecé yo a racionalizar la situación de los grupos indígenas y no fue más que una ampliación de lo que ya había planteado y actuado con esta doble visión.

—*Pero, ¿qué piensa ahora de su concepto de infraestructura?*

—En cierta medida la organización comunitaria, que se manifiesta ahora muy desmembrada, como remanente, como vestigio solamente, debe reforzarse, porque será la forma en que se organizará la futura sociedad y de inmediato será una organización para luchar por la transformación del sistema, que es la lucha de clases.

Bueno, yo nunca he pensado en eso, sencillamente porque soy así, un poco participante de cada una de las situaciones que se presentan y sin que tenga yo una meta. Soy muy espontáneo. Yo

creo que no he hecho gran cosa. He aprovechado las condiciones que se presentan para reforzar un modo de pensar y aclarármelo a mí mismo, para poder determinar un comportamiento en la sociedad.

—¿No le parece que peca de humildad? Usted fue el único caso, de la primera generación del INAH, que mantuvo viva la tradición de la antropología cardenista. Se puede objetar que la idea de aplicar el marxismo a la realidad no tiene nada de sorprendente. Lo mismo se puede decir de su análisis de clase. Lo importante, creo yo, es que lo hacía en momentos en que nadie se preocupaba de la cuestión de la explotación del indio.

—Esa es tal vez la única aptitud de mi parte ¿no? de haber sido sincero conmigo mismo y mantener los ideales de cambio y a mi fe en el proletariado y mi reforzamiento a través de las investigaciones, y de aplicación de mis ideas como elementos teóricos para guiar estas investigaciones, en mi trabajo cotidiano. Creo que esto es lo único que he hecho: ser fiel al cuerpo de teorías y buscar la forma de aplicarlas y reducirlas a la realidad que yo estudiaba en la universidad o fuera de ella.

—Me parece poco, de todas formas. Otra faceta suya que requiere evaluación es su insistencia en la antropología aplicada, en la investigación-acción. Ciertamente Aguirre Beltrán también hablaba de una antropología aplicada, pero no es lo mismo actuar como administrador, como funcionario que aplica las decisiones de Estado, que enfrentar a los problemas tal como los expresan los grupos indígenas. De ahí que haya necesidad de evaluar su experiencia como antropólogo aplicado, como algo valioso pero que no se nota mucho. Usted es incomprensible sin la actividad práctica. En fin, alguna idea tendrá respecto al significado que ha tenido en su vida la antropología dedicada a la transformación de la realidad indígena...

—Pues sí, desde luego la idea motriz es ayudar, es ayudar de alguna forma, plantearme a mí mismo las observaciones reales de los grupos indígenas, de su vida, de sus relaciones y tratar de buscarles la solución a sus problemas a través de lo que pudiera efectivamente beneficiarlos a ellos, sin olvidar que estamos inmersos en un sistema que les es hostil, que está en constante agresión contra ellos ¿no? Todas estas ideas de intraestructura y de relaciones comunitarias como vestigios para apoyar en ellas

la acción indigenista, han sido propiamente el resultado de la convivencia con ellos, en esta lucha de su elevación, de la elevación de sus niveles de vida. Nunca olvidé esta posición. En algunas ocasiones me ofrecían puestos muy importantes dentro de la organización del Papaloapan, por ejemplo, para que yo me convirtiera en un agente que iba a controlar a los grupos indígenas para beneficio de la comisión. Inmediatamente reaccionábamos. Nosotros estábamos allí para defender los intereses de los grupos indígenas, no para mediatizarlos en beneficio del gobierno. Si esto no les parecía a ellos, yo me retiraba. En síntesis, eso es lo más importante, que uno mantenga su línea de conducta en forma inflexible, porque pienso que es lo que debe ser.

—¿Y cómo se siente de funcionario indigenista? Aguirre Beltrán en alguna ocasión lo acusó de estar en la torre de marfil de la academia, siendo él funcionario. Ahora están a la inversa. Ahora usted es el funcionario...

—Pero me cuesta trabajo. Se me sale de vez en cuando decir algo... no me puedo acostumbrar a ser funcionario. Creo que es una oportunidad para seguir luchando por las ideas que hemos abrazado...

—¿En qué estriban las diferencias esenciales entre el indigenismo de Aguirre Beltrán y el suyo?

—Para Aguirre Beltrán por sus reacciones, me imagino que el indigenismo lo concibe como el progreso, la modernización, el desarrollo individual de los indígenas y no piensa en los antecedentes comunitarios y de solidaridad interna que tienen los grupos indígenas, que se fincan en su origen común y sus relaciones de parentesco propiamente. Este es el fondo de la diferencia, en tanto que nosotros pensamos que la aplicación de la antropología debe partir de la naturaleza social, la naturaleza antropológica de los propios grupos, donde uno va a actuar.

—Si el indigenismo de Aguirre Beltrán es un indigenismo individualista, entonces no hay conciliación posible con acciones colectivas de los indígenas. ¿Cree que se deba a ello su oposición al fomento del cooperativismo?

—En gran medida ésta es la base que ha hecho en él concebir, por una parte, de que los grupos indígenas tienen que participar en la vida social a base de competencia, a base de lucha dentro del propio sistema, todos contra todos, y, claro, el progre-

so se finca en el esfuerzo personal, en el esfuerzo propio de cada individuo para abrirse paso en la sociedad, y esto conduce a no aceptar la cooperación, la ayuda mutua, la solidaridad de la gente que está en las mismas condiciones de sometimiento, de explotación, para poder realizar sus fines. Yo pienso que también hay influencia del modo de pensar de la política alemanista que se reflejó en la destrucción de todos los grupos solidarios en el campo, las cooperativas, los grupos de ayuda y solidaridad para la producción, que surgieron durante el cardenismo y que fueron destruidos en su totalidad por el régimen alemanista.

—*Entonces, históricamente hablando, habría un paralelismo entre este tipo de indigenismo y la política agraria antagónica a los ejidos colectivos...*

—Yo creo que sí lo hay, porque cuando Aguirre Beltrán planteaba que debía defenderse y debía permitírsele a los del Lingüístico de Verano que se quedaran en México, decía que debíamos estar agradecidos con ellos y que nos íbamos a arrepentir si les expulsaban, como se expulsaron a los jesuitas en el siglo XVIII... Él, un poco para cubrirse y que no pensaran que era completamente reaccionario, planteó la necesidad, en el Senado, hablando del Lingüístico de Verano, de que a los indios se les debe dar la tierra, pero me supongo que él era partidario de entregar la tierra en forma parcelada y no en forma colectiva.

—*¿Sería factible plantear la existencia de dos escuelas mexicanas de antropología, una con herencia cardenista y de la escuela rural y otra influida por la antropología norteamericana y esencialmente desarrollista?*

—Son dos tendencias, desde luego. Por lo que se refiere a la aplicación de la antropología está bien claro que sí hay dos tendencias en los objetivos de los estudios antropológicos, se finca en lo que hizo el general Cárdenas cuando presidente, que ligó los proyectos de beneficio para los grupos indígenas al proyecto nacional de desarrollo y progreso de la población en su totalidad. En los grandes problemas que se trató de resolver, en la población rural no hacía distinción entre los indios y los campesinos. A los dos debía protegérseles. Para ello se formaron las procuradurías de pueblos, para que se les entregara la tierra sin los trámites burocráticos; a los dos se les atendía para que resolvieran todos

sus problemas y conflictos. Los campesinos y los indígenas en última instancia eran los mismos. Esta tendencia tuvo sus primeras manifestaciones en los programas de la Secretaría de Educación Pública, en los programas de las Misiones Culturales, en los programas de los Internados Indígenas, como la Casa del Estudiante Indígena. Trataban de buscar las características que deberían tener la promoción oficial mediante estudios y siempre lo hicieron así todas las instituciones, hasta antes de la llegada de los antropólogos norteamericanos, con la fundación de la Escuela Nacional de Antropología. Estudiaban las Misiones Culturales las condiciones sociales y culturales de los pueblos donde iban a instalarse; este era un estudio previo que hacían. Después hacían un estudio continuo, es decir, iban estudiando el proceso que seguía la promoción que ellos definían después de haber hecho el estudio previo. Y por último hacían una investigación de evaluación *post-factum* para ver cuáles eran los resultados. Esto era la forma en que trabajaban las Misiones Culturales formadas por técnicos en distintas actividades, educación, medicina, agricultura, etcétera, para atacar los problemas en forma amplia e integral. Las misiones, la escuela rural, los internados indígenas, empezaron por hacer antropología sin ningún formalismo... En cambio, la otra escuela con influencia norteamericana se inicia a partir de la fundación de la escuela de antropología. Vinieron aquí primero lingüistas a establecer el Instituto Lingüístico de Verano y en torno a la escuela, se organizó el otro movimiento, con la presencia de los antropólogos norteamericanos, para los que lo más importante era desviar las manifestaciones de lucha de los campesinos y darles un contenido exclusivamente culturalista.

—*Tras la crisis del indigenismo propugnado por Aguirre Beltrán, ¿es posible hablar, como dicen algunos líderes indígenas, de una nueva política indigenista?*

—Yo diría que en la actualidad hay un deseo de revisar la política reciente, de los últimos sexenios, que estuvo influida por la tendencia culturalista que encabezaba Aguirre Beltrán como teórico. Y la revisión se inicia con la tendencia de los trabajadores de los centros coordinadores para establecerse en las zonas rurales y no exclusivamente en los centros rectores, que era la tendencia de la escuela indigenista oficial.

—*En las presentes condiciones políticas, ¿cree usted que se puede estimular la participación de los indígenas en las acciones indigenistas futuras?*

—Esa es también otra de las revisiones que se están haciendo, pues se ha llegado a observar que los resultados del indigenismo son deficientes, en muchas ocasiones casi nulos, y para que la acción oficial tenga repercusión, es necesario hacer que participen los propios indígenas en la planeación y el análisis de las soluciones que se pretenden dar. Y en ocasiones no solamente eso, sino que participen en el estudio de sus propios problemas para programar lo que debe hacerse, ellos mismos en colaboración con el gobierno al que debe solicitar ayuda y no como ahora, en que los indigenistas van sin que nadie los llame.

—*Concretamente ¿cómo concibe esta participación? Actualmente en Oaxaca y Chiapas se han creado comités de etnodesarrollo, donde los indígenas participan corporativamente a través de los consejos supremos. ¿Es que no hay más alternativa que esta regimentación de la vida civil de los indígenas?*

—Nosotros pensamos que este cambio se puede dar volviendo a abordar los problemas de la población indígena a la manera planteada por el cardenismo. Nosotros estuvimos actuando en el primer centro coordinador de Chiapas y en el segundo también, organizando a la gente y consultando y discutiendo con ellos sus propios problemas y sumándonos nosotros a la solución de los mismos. Y esto nos conducía a un interés y un entusiasmo muy grande por los propios indígenas, para que ellos hicieran esfuerzos muy positivos por el progreso y el desarrollo de sus comunidades. Esta forma autogestiva debe fincarse en un cambio de actitud y de mentalidad de los propios indígenas hacia lo que quiere el gobierno hacer con ellos. Es decir, en muchas ocasiones los indígenas se oponen a los planes oficiales porque los encargados de ponerlos en práctica lo que hacen es tratar de manipularlos y fingir que hacen una serie de actividades positivas y en fondo los beneficiados son los indigenistas. Esto lo han visto los indígenas. Entonces su actitud frente a los programas oficiales es siempre negativa y de defensa, para no ser involucrados y no servir de trampolín a los técnicos y a los indigenistas. Claro que en un principio Aguirre Beltrán formó un cuerpo de promotores que eran indígenas, que sabían leer y escribir el español, y éstos se

encargaron de ser los intermediarios entre los técnicos y los grupos indígenas. Pensaba que por el hecho de ser indígenas estaban ya inmunes a la corrupción y al deseo de enriquecimiento personal. Se convirtieron casi todos ellos en caciques de sus pueblos. Éste es el resultado de la política de Aguirre Beltrán. Nunca se les orientó ni se les despertó el interés por su propio pueblo, no hubo ningún esfuerzo de prepararlos para que beneficiaran a toda la comunidad, en fin, ningún incentivo en ese sentido. Entonces estos promotores lo que querían y lo han logrado, es ascender personalmente. Empezaron por distinguirse del resto de su población. Usaban relojes de pulsera, anteojos oscuros, bien vestidos y en todo el tiempo estuvieron tomando cursos por correspondencia. Ahora son todos profesores. Desde luego pienso que hay entre ellos algunos que no han seguido este camino, que son gente que se preocupa por su pueblo, por su comunidad, que procuran ayudarla y que son verdaderos indios que luchan por el bienestar de la colectividad. Pero había que buscarlos. Esta tendencia antropológica es la que prevalece y para modificarla, para aplicar la nueva tendencia, hay que pensar en que lo primero que se tiene que hacer es cambiar este sentido privado, individualista, de la promoción, hacia una tendencia comunitaria, de beneficio social, aprovechando la propia organización tradicional de los pueblos indígenas y hacer consciente esta organización entre ellos mismos, para que se convierta de una organización espontánea y natural en una organización consciente de resistencia y de aprovechamiento de las cosas positivas que les brinda el gobierno para su propio beneficio.

—*Existe una postura radical entre antropólogos y profesionistas indígenas que propone que los indígenas se hagan cargo de las instituciones indigenistas. ¿Qué piensa de esto?*

—Yo pienso que no es correcto eso. Esa fue una de las diferencias que teníamos con Salomón Nahmad. La posición nuestra ha sido que la solidaridad indígena debe convertirse en una solidaridad racional, democrática, no espontánea o instintiva, sino algo consciente. Cuando se convierte esa solidaridad en algo consciente entonces se tiene conocimiento de cuál es la posición de los núcleos indígenas dentro del país, cuáles son sus limitaciones, cuáles son sus enemigos y cuáles han sido las gentes que tradicionalmente los han sometido y explotado, que en muchas oca-

siones provienen de sus propios grupos indígenas. Reconocer esto es saber que no es el único y que no está solo, sino que hay otros sectores de la población que están en las mismas condiciones que él. Entonces tienen que formar alianzas con los obreros, con los campesinos, con los estudiantes, que es el movimiento que se está dando actualmente en todo el país. La gente que piensa que debe dejarse solo al indio para que resuelva sus problemas o bien darle todo, caen en la política anterior de aislarlo, ahora no culturalmente, sino en forma social.

—*Con la actual revisión del indigenismo, la palabra favorable a la participación del indígena, ¿es de esperarse un progreso real o simplemente estamos ante una política de asimilación de los movimientos indios actuales?*

—El peligro existe siempre porque hay una tendencia del sistema político de organizar a los grupos para poderlos manipular y controlar, y evitar que hagan planteamientos que puedan poner en peligro los intereses del Estado. Por eso nosotros planteamos que esta respuesta que han dado actualmente los grupos indígenas de aliarse con los obreros y otros campesinos es el único camino, porque al mismo tiempo ellos están participando de las tendencias ideológicas del proletariado, que en alguna forma tratan de evitar el ser controlados por organizaciones corporativas.

—*Pero lo que usted señala tiene validez sólo para un sector, digamos, los movimientos indios independientes. Hay otro gran sector regimentado por el corporativismo gubernamental, hasta el punto en que parece refutar la noción de la lucha de clases entre los indígenas.*

—Claro que sí, pero esto es natural. El gobierno, como dice Isabel, no se hace el harakiri, no va a organizarlos en forma independiente para que se debilite la organización y la fuerza del propio gobierno. Aquí es donde interviene precisamente la decisión y la conciencia de los indígenas en su participación conjunta con los intelectuales, con los antropólogos, con los obreros, con los estudiantes... para tratar de resolver sus problemas al margen de las organizaciones controladas por el Estado. Claro que estamos actuando en una situación de pluralismo ideológico-político muy grande. Uno de los grupos que aparentan la defensa de los indígenas por ellos mismos es el de los profesionistas indígenas con el cual no estoy de acuerdo por el hecho de que no hay plantea-

mientos de fondo para cambiar la situación de los grupos indígenas, a través de las luchas, culturas o de la educación. Ellos, en realidad, son un grupo que lucha por abrirse paso como grupo de interés, aprovechándose de las luchas de los promotores indígenas. Y claro, se escudan en planteamientos de beneficio colectivo, pero son más bien para los profesionistas. El proceso de formación de promotores, que ahora se han convertido en profesionistas, se han agrupado para la defensa de sus propios intereses y se hacen llamar, aunque no son ya, a sí mismos indios. Alguna gente dice de ellos que son indios de profesión.

—*Dentro de toda la revisión actual del indigenismo, ¿cuál cree que sea su papel en el proceso de cambio institucional?*

—En realidad siempre he pensado que debo actuar en donde pueda poner en práctica las concepciones que tengo, donde quiera que haya un espacio para hacerlo y que debo irme abriéndome paso y si me llaman yo creo que debo ir, debo ir porque pienso que ese pequeño espacio puede ensancharse para que se pueda hacer algo por los grupos indígenas. A mí me llamó el instituto, el actual director general y yo le dije que aceptaba colaborar con él siempre y cuando no dejara yo la universidad porque ahí está mi campo en donde he seguido pensando, desde que dejé el instituto, en los grupos indígenas y tratando de estudiar y analizar la situación de la población indígena.

Si me dan oportunidad para poner en práctica lo que he estado pensando, creo que mi papel es estar ahí. Y yo lo he estado haciendo, como lo hice en un principio, cuando se fundaron los centros coordinadores. Creo que mi papel es ese: abrir espacios para que la gente actúe y la población indígena reaccione de forma correcta dentro de la lucha de clases, para que ellos mismos se liberen.

—*En cuanto a sus ideas, ¿qué impacto supone puedan haber tenido en esa revisión del indigenismo?*

—Puede ser que no, porque es muy fuerte la corriente opuesta, pero pensamos que nuestro papel es hacer todo lo posible porque las ideas del marxismo y la lucha de clases sean conscientes. Yo no me hago ninguna ilusión, pero lo que yo estoy haciendo no es otra cosa más que buscar las zonas indígenas donde está marchando el progreso de los grupos indígenas a través de la lucha de clases. Entonces, estamos trabajando con algunos pueblos

y esperamos ampliar el número. Y yo creo que en este sentido estoy colocado en una posición en la que se puede fortalecer esta solidaridad de los indigenistas que piensan en que la lucha de clases es el único camino de progreso de las clases oprimidas.

—*A un mediano plazo, ¿cuáles cree que sean las tendencias de esta nueva política indigenista? ¿Cuál será su perfil futuro? Lo pregunto porque hasta ahora el director del INI ha evitado comprometerse con una u otra posición*

—Yo pienso que el licenciado Limón es una buena persona, aunque no lo conozco a fondo, no lo he tratado mucho, pero recientemente, cuando le planteamos un proyecto para hacer un periódico para los grupos indígenas, para darles a conocer todas las noticias que salen en los periódicos sobre las luchas indígenas, hubo mucha gente que se opuso en el instituto. Entonces, entre otras cosas, le dije que era necesario recuperar la imagen positiva del instituto, apoyando las manifestaciones de lucha y de resistencia, apoyando sus demandas y haciéndoles justicia, que en esto del indigenismo la situación está a tal grado cambiada, que el instituto o está con los indios o está contra los indios. La imagen, me dijo contestándome a mí, pero dirigiéndose al grupo de gente que estaba con nosotros, está cambiando. Nos contó el caso de los Altos de Chiapas, en las fronteras de Guatemala, donde un grupo de nombres de un centro coordinador que tienen allí, creo está en Mazapa, el gobernador estaba con él y los indios se quejaban de que un grupo de técnicos de la SARH, encargados de combatir las plagas de la papa, les dijeron que les dieran una cantidad si no les quemaban sus cultivos. Los indios no les quisieron dar dinero y los técnicos quemaron la cosecha. Entonces delante del gobernador del estado de Chiapas, él ordenó al director del centro coordinador que demandara a los técnicos y el gobernador se sorprendió, pues está acostumbrado a defender exclusivamente a los terratenientes y a los explotadores de los indios. Entonces él dijo: “Nosotros vamos a defender a los indios; tenemos confianza en nuestro director. Ni él ni los indios están mintiendo. Si los indígenas son los culpables, nosotros con ellos asumimos las consecuencias.” Este ejemplo es lo que dio la idea de que efectivamente él piensa que debe defenderse al indio. Claro que como está en trato con los gobernadores que controlan a todos los caciques de los pueblos, pues entonces está en constan-

te conflicto y tal vez en muchas ocasiones tenga que oponerse a ellos, sobre todo en los estados donde hay tanta manifestación de lucha de los grupos indígenas, de masacres como en Chiapas. Este es un ejemplo de lo que él puede hacer como funcionario. Él sale con mucha frecuencia y sale para ver a los coordinadores de los estados, a los gobernadores y al mismo tiempo, está en contacto con los grupos indígenas. Nosotros le presentamos ya, entre las publicaciones que estamos preparando, un testimonio de todas las luchas de Yalalag, que es un pueblo de Oaxaca, en el que los propios indígenas denuncian todo lo que han hecho los caciques, su lucha constante desde hace muchos años contra el cacicazgo de este pueblo y presentan cómo han reaccionado, han quemado la casa de los caciques y han quemado a los propios caciques. Denuncian también las deficiencias del indigenismo. Él estuvo de acuerdo en que se aplicara esto por el propio instituto. Este es el principio de una serie de publicaciones, de testimonios de luchas de los pueblos indígenas con los cuales está de acuerdo el licenciado Limón.

—*Con todo, pareciera como si a la fecha no se hubiera definido una política indigenista clara, sino lo que vemos son acciones coyunturales aisladas...*

—Claro, él llegó al instituto con un equipo que no conocía los problemas de la población indígena. No hay en su equipo antropólogos. Los pocos que habían los tenía relegados a las tareas, no de investigación ni de indigenismo, sino administrativas. Ayer hubo una reunión de todos los funcionarios, directores, subdirectores, jefes de departamento para presentarles un plan de trabajo que ya tiene mucho de la participación de los grupos indígenas, de la planeación desde abajo, a pesar de que todos sus colaboradores son gente que piensa que la programación tiene que hacerse de arriba a abajo. Entonces creo yo que ha cambiado bastante el propio instituto. Hay ya en este programa muchas manifestaciones de lo que debe ser el indigenismo autogestionario...

BIBLIOGRAFÍA

- 1945 "El fraccionamiento de la tierra por el mecanismo de la herencia en Chamula", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, núms. 1-3, México, Sociedad Mexicana de Antropología, enero-diciembre, pp. 187-197.
- 1948 *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*, acta antropológica, ENAH, México, Zis-Ma-Isa (yo voy a decir Junta de Protección de las Razas Aborígenes de la Nación, San José, Costa Rica).
- 1949 "La alfarería de Patamban", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, t. III, México.
- 1952 "Los mames de la región oncocercosa del estado de Chiapas", en *Anales de el INAH*, t. IV, México. "El trabajo en las plantaciones de café y cambio sociocultural del indio", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, núm. 1, México.
- 1954 Coautor Gonzalo Aguirre Beltrán, *Instituciones indígenas en el México actual*, México, INI.
- 1955 Coautora Isabel Horcasitas, *Informe crítico del Centro Coordinador del Papaloapan*, México, INI.
- 1956 Coautora Isabel Horcasitas, *Del monolingüismo indígena al bilingüismo en lengua nacional. Una experiencia educativa*, México, INI. "Chamula", en *Acción Indigenista*, núm. 4, México, INI, noviembre.
- 1957 *La organización social de Chamula (un pueblo indio de la altiplanicie de San Cristobal, Chiapas)*, México, tesis de maestría en ciencias antropológicas, México, ENAH. 160 pp. "Las tierras del sur", en *Acción Indigenista*, núm. 48, junio, México, INI.
- 1958 "Entrega de cargos a las nuevas autoridades", en *Acción Indigenista*, núm. 50, agosto, México, INI.
- "Demografía de los seris", en *Acción Indigenista*, núm. 58, abril, México, INI.
- "Chamula, un pueblo de Chiapas", en *Acción Indigenista*, núm. 57, marzo, México, INI.
- "Los problemas sociales del proceso urbanístico de Ciudad Sahagún", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas*, núm. 13, julio-septiembre, México.
- 1959 *Chamula, un pueblo indio en los Altos de Chiapas*, México, INI.
- "Notas sobre México y los indios", en *Acción Indigenista*, núm. 69, marzo, México, INI.
- 1960 "Etnografía de los mazatecos", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, núm. 16, México, pp. 211-226. *El continuum Folk-urbano*, ponencia al XXXIII Congreso Internacional de Americanistas, San José, Costa Rica.
- 1961 *El desarrollo de la comunidad. Técnicas de investigación social*, México, UNAM.
- 1961 *La Baja California y el desierto de Sonora. Los seis*, México, Museo Nacional de Antropología, INAH.
- "La pobre antropología de Oscar Lewis", en *Revista de la UNAM*, núm. 4, México.
- 1962 *Los mames*, México, Museo Nacional de Antropología, INAH.
- Los tarascos*; México, Museo Nacional de Antropología, INAH.
- 1963 "Los niveles de desarrollo y la dinámica de las comunidades", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 34, México, octubre-diciembre, pp. 539-553.
- 1964 *Los límites del método para el estudio de la comunidad*, ponencia al VII Congreso Latinoamericano de Sociología, Río de Janeiro, Brasil.
- Los niveles de desarrollo*, ponencia al Congreso de Sociología, Cali, Colombia.
- Marginalismo*, ponencia al Congreso sobre Desarrollo, Santiago de Chile.
- 1965 Coautor Pablo González Casanova, "Un estudio sobre estratificación y movilidad social en la ciudad de México", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 39, México, enero-marzo, pp. 115-185.

- 1967 *Los pueblos del mundo*, ponencia al Congreso de Sociología San Salvador, El Salvador.
 “La organización de cooperativas de producción agropecuaria en Honduras”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, México.
- 1968 “Clases y lucha de clases de Semionov” (reseña) en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 51, México, enero-marzo.
- 1969 *El mundo mágico de los chamulas*, México, Academia de Pediatría. Coautora Luisa Paré, “El Centro Regional de Estudios del Desarrollo de Querétaro”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 58, México, octubre-diciembre.
 “El chulel y el alma en la vida de los chamulas”, en *Arte de México*, núm. 124, México.
- 1971 Coautora Isabel Horcasitas, *Los indios de las clases sociales de México*, México, Siglo XXI Editores.
- 1973 “Introducción” a Beatriz Canabal y Carlos Martínez Assad, *Explotación y dominio en el Mezquital*, México, UNAM, pp. 5-6.
- 1976 *Antropología y burocracia indigenista*, México, Editorial Tlacuilo.
- 1977 “Características de la antropología mexicana después de la Revolución”, en *Diorama de Excélsior*, núm. 111, México.
 “La proletarización de los indios en la formación económica y social de México”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 88, México, abril-junio.
 “Diseño para construcción de un sistema de terrazas en un área de poblaciones indígenas” (multicopia), México.
- 1978 “El indigenismo y la ayuda mutua en la comunidad indígena”, en *INI. 30 años después revisión crítica*, México, INI, pp. 157-162.
- 1979 *La construcción de un sistema de terrazas*, México, CED-UNAM.
- 1981 *La resistencia y las luchas indígenas de América Latina como manifestación de sus valores frente a la expansión actual y ante los derechos humanos*, México, ENIAL-UNAM.
- 1982 “Aportes y perspectivas de la antropología en el campo de las ciencias sociales”, en *Cuatro décadas de la Escuela Na-*

- cional de Antropología e Historia*, México, Editorial Cuicuilco, ENAH, pp. 162-165.
- 1983 Coautor Luis Vázquez León, *La organización cooperativa de la explotación y reproducción forestal de la Meseta Tarasca ante la propiedad comunal del bosque y la producción industrial contemporánea*, México, ENIAL-UNAM.
Algunas ideas para el planteamiento teórico-metodológico de la política indigenista (multicopia), México, Instituto Nacional Indigenista, D.F.

Capítulo IV

UN HOMBRE AFORTUNADO

JOSÉ LUIS DOMÍNGUEZ
El Colegio de Michoacán

Conocí a Alfonso Villa Rojas en 1976. Se encontraba con su esposa en Chankom. Era el retorno al lugar donde inició su carrera antropológica. Volvía para rendir el homenaje de gratitud del maestro a la comunidad que lo dio a conocer en el mundo de la antropología. Chankom empezaba a ser "reestudiado" después de 40 años y para el investigador, era la oportunidad de corroborar muchas de las tesis sustentadas, junto con Redfield, al inicio de sus trabajos.

En esta ocasión, yo acompañaba al profesor José González Beytia, entrañable amigo suyo: compañeros desde la juventud, colegas en el magisterio yucateco. Villa Rojas lo estimaba como a un hermano, desde los tiempos en que vivió en Valladolid y conoció a su familia, allá por los años treinta.

Desde entonces casi no se habían vuelto a ver, José González Beytia llegó a ser diputado y gobernador de Yucatán; Alfonso Villa Rojas como investigador del área maya llegó a trascender las fronteras nacionales. El reencuentro fue emotivo. Dos caminos que a pesar de haber sido recorridos en distinta dirección estaban trazados con la misma linealidad del antiguo "saché" de los mayas. Ambos compartían también el haber alcanzado un objetivo en sus vidas.

En efecto, Alfonso Villa Rojas había sido un “hombre afortunado”, tal como él mismo lo declara en la entrevista. Su vida entera es una serie de circunstancias fortuitas que lo fueron condicionando y orillando a favor de la antropología hasta alcanzar un destacado nivel.

Incidentes casuales, situaciones inesperadas y amistades que condujeron a nuevos contactos y compromisos le abrieron las puertas del medio académico. El derrotero de Alfonso Villa Rojas es una aventura interesante que depara sorpresas semejantes a las que encuentra el arqueólogo en las expediciones en que se adentra por la selva yucateca.

Su mirada penetrante y su voz pausada semejan celosos centinelas que guardan el tesoro de su saber antropológico, recogido a lo largo de su peregrinar por los caminos del mayab. No obstante, Villa Rojas, que ha profundizado en las intrincadas redes de la cosmovisión maya, deja ver a lo largo de su extensa obra, algo de esta grandeza oculta de las civilizaciones mesoamericanas que sigue latiendo en lo profundo de nuestros pueblos.

Preguntarle acerca de lo que lo orilló a tan difícil tarea y entender cómo fue logrando realizar su síntesis, fueron los objetivos de la entrevista a la que accedió generosamente.

El testimonio de su vida dedicada a la investigación, principalmente gracias a los apoyos de fuera y la inquietud del hombre maduro que sigue estando al día en lo que se escribe sobre cultura maya a fin de descifrar los secretos de las civilizaciones prehispánicas, son las dos grandes enseñanzas del presente testimonio.

Villa Rojas entrecruza recuerdos de su nativo Yucatán con sus viajes a norteamérica; y la memoria de sus expediciones a los lugares apartados del sudeste, con las luces de las enseñanzas de los grandes de la antropología americana junto a los cuales trabajó.

Este testimonio nos ayuda a entender, a las actuales generaciones, cómo se ha ido formando el torrente del saber antropológico en el que hemos abrevado. La reconstrucción de la red de relaciones del entrevistado ayuda a elaborar el árbol genealógico de la antropología mexicana: Norley, Redfield, Malinowski, Villa Rojas, Sol Tax, De la Fuente, Pozas, etcétera. Así podemos ubicarnos conscientemente en el lugar y tiempo que nos corresponde.

Hemos respetado en gran parte el contenido y el orden de las respuestas que don Alfonso dio en la entrevista. Sólo hemos su-

primido algunos datos y anécdotas que consideramos salían del contexto general de la entrevista.

Pensamos que estas notas autobiográficas del maestro Villa Rojas, serán de gran utilidad para quienes quieran hacer un análisis más profundo de la vida y la obra de los grandes maestros de la antropología mexicana.

ENTREVISTA A ALFONSO VILLA ROJAS

—*Quisiera empezar preguntándole sobre Yucatán y sus primeros recuerdos de infancia.*

—Debo de advertir que me gusta poco hablar de mí, pero tratándose de mi buen amigo José Luis Domínguez voy a hacer un relato de mi derrotero desde mi temprana juventud hasta el momento actual poniendo énfasis en lo que se refiere a mi formación como antropólogo.

En primer lugar, la educación fundamental la recibí en Mérida, tanto la primaria como la secundaria y bachillerato, en el muy conocido Instituto Literario de Yucatán, que pertenecía a la Universidad Nacional del Sudeste. Es aquí donde voy a señalar cómo circunstancias muy propicias me fueron llevando poco a poco a la antropología. No tuve una intención premeditada de estudiar antropología, sino que fueron circunstancias sumamente fortuitas, favorables, las que me ligaron con esta ciencia.

—*¿Usted vivió en Valladolid?*

—Yo nací en Mérida. Los 21 primeros años de mi vida los pasé en Mérida y luego desaparecí de ahí. Ya para terminar el bachillerato, circunstancias económicas me obligaron a suspender temporalmente la obtención del título de bachiller. Y no teniendo otro escape acepté el cargo de maestro en una escuela rural situada a poca distancia de Chichén Itzá; precisamente pertenecía este lugar, llamado Chankom, al departamento de Valladolid. Esta primera circunstancia aparentemente adversa (tener que abandonar todo e irme de maestro rural a una pequeña escuela), fue un accidente no muy halagüeño, de que el lugar

llamado Chankom estuviera cerca de Chichén Itzá, fue el primer accidente favorable para iniciarme en el estudio de la antropología. Esto se debió a que, por aquel tiempo, 1927, en que yo llegué a Chankom, estaba en su apogeo el desarrollo de los estudios de Chichén Itzá por un equipo de antropólogos costeados por la Institución Carnegie de Washington. Estos antropólogos se alojaban en una hacienda estilo colonial, muy grande, que compraron. La reformaron y dejaron como nueva la casa principal. Era un edificio muy bonito. Arreglaron los jardines y construyeron numerosos *bungalows* para los investigadores. No teniendo otra cosa que hacer los fines de semana, yo me paseaba en Chichén Itzá como simple visitante, viendo el desarrollo de los trabajos. Al correr del tiempo me fui haciendo amigo de los antropólogos y entre ellos, el doctor Sylvanus Morley, que era el director del campamento. Era el doctor Morley sumamente hospitalario, amistoso; habiendo visto mi presencia en Chichén Itzá por mucho tiempo, observando cómo trabajaban los arqueólogos, me llamó una vez a su oficina, a la casa donde él vivía, y me dijo: “¿Por qué viene usted tan frecuentemente y no se separa de los arqueólogos? ¿Le gusta a usted la antropología?, usted lee algo de inglés.” “Sí, leo algo de inglés como el español”, le contesté, y me facilitó un libro y me dijo: “Lea aquí, muy bien, muy bien” “¿Lee usted francés?” “Sí, igual que el inglés.” Entonces llamó a su mujer y le dijo: “Fíjate, este joven está de profesor en Chankom y habla inglés y francés y sabe algo de historia de Yucatán, le voy a facilitar libros...” Y él fue bastante generoso al darme prestados sus libros y mediante ellos llegan a conocer a autores que nunca había oído, como Landa, Cogolludo, Lizama. Pero aún más, Morley me dio un cuarto para llegar a Chichén e inclusive me sentó a su mesa y me dijo: “cuando esté aquí, coma con nosotros” así empecé a comer en el mismo comedor, en la mesa con todos los arqueólogos. La vida en ese campamento era sumamente amena: el desayuno era temprano a las 7; a las 8 ya los arqueólogos, ceramistas, todos estaban estudiando sus respectivos edificios. La noche era de tertulia, de reunión, para contarse los accidentes del día, sus teorías, sus hipótesis. Es ahí donde por primera vez tuve contacto con arqueólogos tales como Eric Thompson, Alfred Kidder, Karl Ruppert y otros más que ya tenían renombre en el mundo del estudio mayista. No fue sino al cabo de tres o cuatro años, que llegó

un antropólogo social de la Universidad de Chicago, llamado Robert Redfield. Este antropólogo había ido a Yucatán para iniciar sus estudios referentes a la cultura maya de acuerdo a sus hipótesis del proceso de cambio. En Chichén Itzá le hablaron de mí muy entusiastamente. Morley le dijo que podría ayudarle a un joven que vivía en Chankom. Así es como Redfield llegó a Chankom y luego de dos días de estar conmigo (1930) me dijo: “¿Quisiera usted ayudarme para escribir relatos sobre lo que usted vea? Lleve usted un diario y todo lo que le llame la atención, escríbalo”, y así lo hice durante 1930. En 1931 él me inscribió en un curso por correspondencia de antropología. Por supuesto, un curso muy elemental y me mandó dos libros que todavía tengo aquí conmigo y que son libros fundamentales. Usted los ha de recordar: el libro de Kroeber *Antropología* y el *Book* de Kroeber y Waterman. Ese año de 1931, aparte de dar clases, de escribir y de asistir a Chichén Itzá, se fue volando. Ya al llegar a fines de 1931 me dijo: “estoy pensando que hagamos un viaje juntos a Quintana Roo y que usted estudie en Quintana Roo”. Naturalmente que todo ese año de 1930 él me iba guiando; cada día fue más complicado lo que yo hacía. En 1931 hice con él un viaje muy breve que relato en mi libro de Quintana Roo. En 1932 inicié el trabajo penetrando a la jungla como comerciante ambulante, ya que era el único tipo de extranjero que aceptaban esos indios. Mientras tanto, durante ese periodo, de mi estancia en Chankom, mis obligaciones administrativas tenían como centro Valladolid. Allí hice contacto con un número de profesores de la región, en 1933, Morley me dijo: “¿Te gustaría explorar el Saché Yaxuná-Cobá? —que tenía 100 kilómetros de distancia— te llevas los macheteros que quieras para abrir la brecha y tú vas explorando el lugar.” Morley ya tenía mucha confianza en mí y esperanza de que yo pudiera hacer una buena exploración. Y dado que el asunto me interesaba mucho le dije que sí. Y fue así, que mi primer trabajo formal fue de arqueología maya, y consistió en la exploración del camino llamado, en lengua maya, Saché, un “camino blanco” de 10 metros de ancho y 100 kilómetros de largo, que unía una serie de ciudades que florecieron a mediados del siglo VII, sobre este camino encontré seis estelas, que estaban bastante borradas, pero con la ayuda de Morley y de Eric Thompson se pudieron descifrar las fechas. Las estelas estaban

ya caídas en el camino. El reporte que escribí fue aceptado por Morley y Thompson y enseguida se publicó en los *Anales* de la Institución Carnegie, en 1934.

Este primer trabajo mío se publicó en el volumen II, número 1 de las llamadas *Contribuciones* de la Carnegie. Ya para entonces, a mediados de 1933, por el mes de abril, salí para la Universidad de Chicago, costado por la Carnegie con una beca que me consiguió Morley. En Chicago el decano de la facultad de antropología era precisamente Morley. Yo llegué a Chicago un domingo, él me esperaba en la estación del ferrocarril. Pero al día siguiente él mismo me llevó a la universidad, me inscribió, y ya me quedé. Naturalmente, antes tuve que terminar el bachillerato para poder ingresar a la universidad.

En Chicago empecé a conocer el aspecto formal de la antropología y empecé a conocer a grandes antropólogos que por aquel tiempo formaban la base del profesorado. Entre ellos estaba un gran sabio inglés llamado Radcliffe-Brown; estaban Lloyd (Warner) Rothman, Cooper, Cole y otros más. Como había sido yo llevado por Redfield, esta gente fue muy considerada y comprensiva conmigo. Aún más, desde los primeros tiempos me incluyeron en el grupo de los que podían asistir a las fiestas privadas del profesorado lo cual facilitó mucho mis relaciones con los profesores.

—¿Radcliffe-Brown le dio clases a usted?

—Sí, un año, Radcliffe-Brown era un hombre muy brillante, un gran expositor. Podía improvisar una conferencia con tal estilo que se podía publicar enseguida. En contraste con su facilidad de palabra, estaba su gran dificultad de escribir. No tiene un libro completo en el que exponga sus ideas, aunque tiene su tesis doctoral, publicada en 1918 y artículos pequeños sobre sistemas de parentesco. Sus dos o tres libros que sirven de texto a los estudiantes hoy, fueron redactados con las notas de sus alumnos, entre ellos, Fred Eggan. Por lo demás era muy amable, dictaba sus clases en una forma amistosa, conversando, de tal forma que resultaban verdaderamente amenas. Sus dos discípulos predilectos entonces que me llevaban un poco de adelanto a mí, eran Eggan y Sol Tax.

—¿Usted conoció a Sol Tax desde entonces?

—Sí, Eggan y Tax que eran muy jóvenes, fueron quienes me

llevaron a conocer Chicago. Yo llegué a Chicago en un momento muy afortunado, en el momento en el que se estaba efectuando la feria mundial. Ahí conocí a Franz Blom, quien había hecho la exhibición del "Palacio del Gobernador" en los terrenos de la feria. Este Blom era un hombre verdaderamente extraordinario, inclinado a la buena vida. Tenía un cuarto de lujo en su hotel, tenía mesa reservada para él y siempre llevaba a comer a dos o tres amigos.

En 1934 fui elegido como parte de un pequeño grupo que salió a estudiar a los indios clamas, de Oregón. El jefe de la expedición fue un doctor muy famoso en estudios de parentesco llamado Leslie Spier. Ahí tuve contacto con estudiantes de otras universidades y pude darme cuenta de los métodos de campo que se empleaba, que eran menos penetrantes de los que, dos o tres años antes había yo absorbido de Redfield. Él era mucho más penetrante en los estudios que hacía; aquí lo que constituía la base de la práctica era la entrevista y no la observación participante que es hacia la que Redfield siempre se inclinó. Ya para finales de 1935, fui contratado por la Carnegie Institution para formar parte de su personal, encomendándome la tarea de estudiar Tusik, interrumpiendo transitoriamente mis estudios en la universidad, los cuales habría de seguir poco después. En Tusik, ya me había ganado previamente la amistad de los indígenas y me quedé a vivir con ellos. Me construyeron una casa. Allá viví muy tranquilamente en compañía de mi esposa, Dolores Gómez Izquierdo, con quien me había casado unos meses antes. Ella era de Guadalajara. Toda mi vida etnográfica, de vida de campo rodeado de indios, para mi contento, resultó sumamente excitante y atractiva para ella por lo que resultó una buena compañera y ayudante de campo.

Para esto, ya se había publicado en 1934 la obra de *Chankom, a mayan village*, en la que Redfield fue lo bastante generoso para incluir mi nombre con él. La obra de Tusik no fue publicada sino mucho después, debido a que tuve que volver varias veces a Tusik para recoger varios datos. Finalmente se publicó en 1945.

—¿Xcacal era un pueblo?

—Era la capital sagrada de los mayas de Quintana Roo que estudié.

—¿Es verdad que usted tuvo problemas para entrar ahí?

—Efectivamente, Xcacal era una capital sagrada a la que nadie podía entrar y estaba guardada en el corazón del monte. Pero donde tuve dificultades verdaderamente grandes fue en Tusik. Fue la primera vez que buscaba yo al grupo. Éste estaba guardado en un bosque muy alto. No había veredas. El guía que me llevaba no conocía el territorio. Nos perdimos y por puro accidente asomamos de pronto en una plazoleta que resultó ser la aldea de Tusik. Hubo un gran espanto de los indios al ver aparecer un extraño a caballo. Inmediatamente nos tomaron presos y ahí nos tuvieron junto a un cenote esperando a que llegaran los grandes jefes. Ellos llegaron y tuve con ellos una plática privada en un oratorio y al rato salimos muy amigos. El secreto había sido que yo les ofrecí comprar todo el chicle que produjeran a un precio más alto que el que tenía. Yo había ido con esa intención y con el apoyo de una compañía chiclera de unos americanos, que por conducto de Morley me habían dado el encargo y me habían autorizado para ofrecer 5 a 10 pesos más por quintal, en caso de necesitarlo. Esto le gustó a los indígenas y por eso me aceptaron. La segunda entrada volví allá como comerciante ambulante. Les llevé mercancías al costo y les pareció muy bien que yo llegara. Para vender su chicle les dije que fueran a Chichén Itzá a hablar con Morley y así quedó hecho el contacto. Así, me aceptaron y me construyeron un bonito alojamiento. Eso fue en 1935.

—¿Cuánto tiempo estuvo en Tusik?

—Estuve ocho meses: de fines de 1935 a mediados de 1936.

—¿Luego volvió usted a Chicago?

—No, todavía no. En 1937 estuve en Mérida escribiendo; en 1938 hice un recorrido a través de Guatemala estudiando los grupos indígenas de allá, dirigido por Redfield. En el mismo año hice una exploración etnográfica de Chiapas en busca de una región donde la cultura maya se conservara con bastante o relativa pureza. Fue así como recorrí todos los pueblos de los Altos de Chiapas, a caballo, en una temporada como de tres meses. Posteriormente, en 1939 se publicó la información en otra *Contribución* de la Carnegie Institution, con el título de “Notas etnográficas tzeltales de los Altos de Chiapas” en la que aparecimos como autores Redfield y yo. Retorné a Chicago a seguir estudiando, pero antes, pasé por México, donde tuve contacto con los antropólogos de aquí. Alfonso Caso me invitó a dar una conferencia

en la Sociedad Mexicana de Antropología, creo que en 1939. Caso me invitó a que yo visitara lo que estaba haciendo en Monte Albán y estuve con él unos cuantos días. A mi paso por la ciudad de México tuve contacto también con Wigberto Jiménez Moreno que entonces se estaba destacando como investigador excepcional, y con otros jóvenes investigadores de aquella época. En Chicago obtuve un certificado de maestría a fines de 1939.

—¿Cuándo conoció a Malinowski?

—Fue durante 1935 cuando tuve contacto con Malinowski. Mi contacto con él fue puramente casual, como todo lo que ha ocurrido en mi vida: accidentes favorables. Sucedió que yo me alojaba en un edificio para estudiantes y profesores llamado International House. Una mañana al salir de mi cuarto, salía precisamente del suyo que estaba inmediato, un hombre que resultó ser Malinowski llevando un manuscrito, el del libro *Coral Gardens*. Me preguntó que de dónde venía. “Yo soy mexicano” le contesté. Me invitó a desayunar y demostró interés por lo que se hacía en México. De allá surgió una amistad muy afectuosa, al grado tal, que cuando visitaba México lo primero que hacía era venir a verme. Cuando en 1941 inició sus estudios en Oaxaca, él quería que yo fuera su asistente, su colaborador. Estuve con él dos semanas teniendo que separarme debido a mi compromiso con la Carnegie. Cosa que lamenté mucho por que estaba yo muy a gusto trabajando al lado de Malinowski. Entonces entró en mi lugar un joven muy brillante llamado Julio de la Fuente.

—¿Malinowski, para qué universidad trabajaba?

—Para la Columbia University.

—¿Y Julio de la Fuente de dónde venía?

—Julio era un maestro rural de Veracruz. Era un autodidacta muy brillante.

—Y ya que estamos hablando de personajes importantes de la antropología, quisiera que me hablara de algunos de ellos: por ejemplo de Shattuck, ¿usted lo conoció entre los que vinieron de la Carnegie?

—Él dirigió las investigaciones de carácter médico. Sí lo conocí bien, y lo ayudé mucho. Fuimos muy amigos. Un gran investigador, autor de dos grandes volúmenes sobre condiciones de salud de los mayas de Yucatán y otros sobre los mayas de Guatemala.

—¿Y a Morris Steggerda lo conoció?

—Sí, también lo conocí.

—¿Y Ralph Roys, también estuvo en Chichén?

—No, él no estuvo en Chichén, pertenecía a la Carnegie pero trabajaba aparte. Él se ganaba la vida a través de una gran compañía maderera de su familia en Washington en Seattle y en sus ratos desocupados, estudiaba la lingüística maya. De esta forma, llegó a ser el más notable autor en la lingüística del área maya.

—¿Paul Rivet, también estuvo allá?

—No, a Paul Rivet lo conocí acá, en México, cuando en la época de la guerra, vino a dar una conferencia en 1943, en la escuela de antropología. Al que también conocí en Chichén Itzá fue a Leopoldo Stokowsky, que fue a estudiar las condiciones acústicas del Juego de Pelota, para aprovechar los conocimientos en una sala de música.

—¿Beals vino con Carnegie a Yucatán?

—No, Ralph Beals no estuvo en Yucatán. Él y yo fuimos muy amigos posteriormente cuando estudiamos en Michoacán por unos meses, Beals estaba allá. Yo había ido en compañía de Mauricio Swadesh. Él iba a estudiar la lingüística aplicada y yo el aspecto etnográfico. Pero debido a la falta de fondos, el proyecto nunca se llegó a consolidar.

—¿Hansen fue amigo suyo?

—Hansen sí fue parte del personal de Redfield. El proyecto de Redfield consistía en tomar cuatro comunidades en distinto grado de aculturación. Una bastante primitiva, de indios todavía tribales que fue Tusik. Y la otra fue de indios campesinos, que fue Chankom; la otra fue de indios ya próximos a la ciudad, que fue Dzitás, y la otra fue Mérida, a cargo de Hansen. Tusik lo estudié yo; Chankom, Redfield y yo; Dzitás, Redfield; y Mérida, Hansen. Entonces Hansen y yo nos hicimos muy amigos.

—¿Hay una mujer que participa también en su programa. ¿Su nombre es Catherine?

—Es Catherine McKay, hubiera sido una ingratitud no mencionarla, porque fue la primera persona que conocí entre los americanos de Chichén. Ella era una enfermera que hablaba perfectamente el español. Y fue la primera que me preguntó que qué hacía yo por ese rumbo y fue mi mejor amiga; ella me presentó a otros arqueólogos, como fue Ruppert. Ella también me llevó

a Morley; el arqueólogo Karl Ruppert es el autor de *El templo del caracol*, que exploró él.

—¿Qué hizo al regresar a Chicago nuevamente?

—En 1940 estuve de profesor en la Escuela Nacional de Antropología y en 1941 inicié los estudios formales de Chiapas, estableciendo un campamento en un paraje llamado Yoshib que pertenecía al municipio de Oxchuc, allá a unos 60 kilómetros de San Cristóbal de Las Casas. Ese campamento se convirtió luego en un centro de investigaciones etnológicas, pues allá llevaba yo estudiantes de la escuela para entrenarse en métodos de campo. En Yoshib estuve 20 meses, en dos periodos: uno de 12 meses y otro de ocho.

—¿Por qué escogió Yoshib?

Porque yo antes recorrí Chiapas buscando una zona donde la cultura prehispánica se mantuviera con mayor vitalidad.

—¿Yoshib, en este sentido era una especie de Tusik?

—No, Yoshib es mucho más primitivo, allá descubrí en vivo un sistema de organización clánica con sus complejidades de carácter nahualistas. Lo di a conocer en un artículo publicado en el *American Anthropologist* de 1947, en el número 4. Estaba en inglés pero se llamaba “Sistemas de parentesco y nahualismo ente los indios tzenales.” En 1946-1947 terminé mi contrato con la Carnegie debido a que desapareció la sección de estudios mesoamericanos. Todos los antropólogos que estábamos conectados con esa sección, fuimos despedidos, inclusive Redfield, Tax, todos. Entonces yo volví a México y poco tiempo después fui contratado como antropólogo por la Secretaría de Recursos Hidráulicos, para dirigir los trabajos de reacomodo de los grupos indígenas asentados en la cuenca del Papaloapan. Por primera vez en México se realizaba un ensayo de esta naturaleza, de usar para problemas sociales concretos los recursos de la antropología como ciencia aplicada. Entonces solicité los servicios de los seis o siete mejores antropólogos jóvenes de acá, tales como: Fernando Cámara, Calixta Guiteras, Plancarte, Robert J. Weitlaner que ya era un hombre de mayor edad y Arturo Monzón. Fueron seleccionados en la escuela de antropología. El estudio de la cuenca del Papaloapan me llevó desde fines de 1947 hasta 1952, en que yo me retiré.

—¿Esto fue durante el periodo alemanista?

—Sí, fue durante el periodo alemanista, y poco después, en 1954, entré a formar parte del personal del Instituto Nacional Indigenista (INI).

—¿Durante el tiempo que usted trabajó en la comisión del Papaloapan quién era el ministro?

—Adolfo Orive Alba. Un hombre de negocios muy rico a quien conocí cuando entré a la secretaría. Quien me llevó a ese cargo fue Lombardo Toledano, cuya hija había sido mi estudiante en la escuela de antropología y mi ayudante en los estudios de Chiapas. Lombardo estaba vivamente interesado en el aspecto aplicado de la antropología y él fue quien me invitó. Era una buena prueba para ver hasta qué punto podrían ser útiles los estudios de los antropólogos. Orive Alba era muy receptivo en los asuntos de la antropología a grado tal que en fecha reciente estando y dictando una conferencia en el museo, lo vi entre los asistentes. Había ido a escuchar qué nuevas había en la antropología, lo cual me dio mucho gusto y platicamos largamente.

—¿Me puede narrar algo sobre su trabajo en el INI?

—En 1955 me nombraron para dirigir el Centro Coordinador de Chiapas, donde antes de mí, había estado Aguirre Beltrán.

—¿Dónde conoció a don Gonzalo Aguirre Beltrán?

—Nos conocimos cuando él era director del Departamento de Asuntos Indígenas en 1936 o 1938. Allá en San Cristóbal se abarcaba una región muy grande de los Altos de Chiapas. Se tenía un personal enorme y la administración era muy compleja. Teníamos ingenieros, antropólogos, sociólogos, lingüistas. Pero siempre me di mis mañas para dedicar un tiempo a escribir. En ese tiempo produje varios artículos sobre etnohistoria de los mayas. Hacia fines de 1960 doña Amalia Castillo Ledón, subsecretaria de educación me puso un telegrama invitándome a venir a México a tener una plática con los antropólogos. En esa ocasión fui nombrado para dirigir la sección etnográfica que ocupa el segundo piso del Museo Nacional de Antropología. La primera parte que es de arqueología, fue dirigida por Ignacio Bernal. Yo dirigí la sección de etnografía hasta 1965. Yo dirigí toda la segunda planta, pero tuve responsabilidad directa sobre la sala maya y la sala huichol. Bajo mi responsabilidad estuvo el material de estas dos salas.

—¿En esa época del museo fue cuando trabajaron con usted Miguel Celorio y José Lameiras, cuando recopilaron material del carnaval chamula?

—Efectivamente, Lameiras era un chamaquito muy travieso... muy simpático... fue mi ayudante, muy servicial y muy activo. Así, llegamos a 1965, en que pasé a ser jefe de la sección de antropología del Instituto Indigenista Interamericano (III), del cual era director León Portilla. En 1971 volví al Instituto Nacional Indigenista, porque Aguirre Beltrán fue nombrado director. Me llevó con él como subdirector. En 1977 fui contratado por una institución norteamericana: *Research Institute for the Study of Man*, para estudiar problemas indígenas de la zona maya, lo cual me ocupó durante 1978.

—¿Y entonces cuándo vuelve usted a Chankom?

—Volví a Chankom, volví a Tusik e hice un estudio en Dzitás. El informe sobre esa investigación me llevó parte de 1979 y permanece inédito. En 1980 fui contratado como investigador de planta por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, lugar en donde estoy muy contento hasta ahora.

Como usted puede ver, en síntesis, mi vida esta compuesta por una serie de circunstancias totalmente favorables, inesperadas que fueron concatenándose para llevarme a la antropología. Yo no tenía la menor idea de qué era, tomé un curso de historia, el curso normal que se lleva en las escuelas de bachillerato. Me lo dio un profesor ancianito Nicolás Moguel. Un cursillo muy elemental. Pero el impacto mayor, deslumbrante, fue mi hallazgo mayor de la arqueología en Chichén Itzá y la casualidad de que el director hubiera sido un hombre suave, generoso, Morley, que tomó mucho interés en mí. Morley me tomó como hijo y me iba a visitar en Chicago, para ver cómo estaba yo, para hablar con los profesores y me tenía él al día en todo lo que ocurría en el área maya mandándome sobretiros o libros. En ese asunto fue muy servicial.

—¿En qué año murió Morley?

—Morley murió en 1948: unos años antes de morir dejé de verlo. Pero no menos generoso y altruista, fue Redfield, un hombre muy comprensivo... Por casualidad me fui conectando con antropólogos muy renombrados que en forma indirecta iban

influyendo en mí. Fui el único de Yucatán que tuve esta oportunidad. No volvió a haber ni uno más. Hubo otro yucateco que obtuvo una beca de la Guggenheim, ese fue Alfredo Barrera Vázquez, que estuvo un año revisando archivos en Tulane y en el Peabody Museum.

—¿Usted conoció a Barrera Vázquez?

—No, lo conocí en Yucatán en un congreso de historia en 1935. Llegué a tener un contacto íntimo, continuo con él. En una ocasión al fundarse el Centro de Estudios Mayas, Alberto Ruz nos llamó a Barrera y a mí; formamos el grupo inicial de este centro y lo traté mucho a Barrera.

—¿Podríamos decir que su obra se ubica en gran parte entre lo que es la etnohistoria?

—En la historia y en la antropología social.

—¿Por qué su interés por el asunto del nahualismo?

—Porque va intensamente ligado al sistema de parentesco, y me permitió aclarar que a diferencia de Brinton y de otros autores, el nahualismo no era una cosa de misterio sino una cosa que tenía utilidad social, dentro del recurso de control de la sociedad, y sobre eso publiqué dos o tres trabajos.

—¿El nahualismo como parte de la organización social y como parte del parentesco?

—Efectivamente, el nahualismo como parte de la organización social es el mismo que se puede encontrar en toda Mesoamérica, aunque yo al que refería fue al de Chiapas.

—¿Qué hay acerca de sus monografías sobre los zoques, los choles, los chontales, tzotziles, lacandones y kekchis?

—Están publicadas en el *Handbook of Middle American Indians*.

—¿Hay un trabajo suyo que se llama “La gran transformación”?

—Es un capítulo, el último de mi libro de Quintana Roo, publicado en español en 1978.

—¿Los resultados de sus trabajos de su segunda estancia en Chankom no se han publicado?

—No, porque era un trabajo sobre la mujer maya, con la doctora Mary Elmendorff.

—¿Por qué no se han publicado en español sus notas sobre los indios tzeltales?

—Porque nunca me propuse traducirlo.

—¿Qué otros trabajos ha publicado usted?

—Bueno tengo unos 40 o 50 trabajos de los cuales podría facilitarle una relación completa.

—Volviendo a su trabajo en Chankom hay un personaje clave, del cual usted todavía nos platicó la vez que lo visitamos allá. Me refiero a Eustaquio Cimé. ¿Me puede decir algo acerca de él?

—Sucedió que yo llegué a Chankom una tarde por primera vez. Llegué como a las 3 p.m. luego de un viaje a caballo desde Pisté. Llegué a Chankom muerto de hambre y me encontré con una aldea prácticamente desierta; ya tenía su plaza bien trazada y sus calles. Y el único indio que vino pronto a verme fue Eustaquio Cimé, que entonces tendría unos 30 años. Este hombre sabía un poquito el español y me preguntó que si ya había yo comido. Le dije yo que no, entonces me dio huevos y tortillas y ya se preocupó por mí. Y me dijo “descansa un rato y luego conversamos”. Coloqué mi hamaca en el jacal, pero como estaba yo cansado desperté vestido a las 8 a.m. del día siguiente cuando desperté, ya estaba yo rodeado de indígenas. Y así fui conociendo de inmediato a la familia de Cimé, que era la más numerosa e influyente de Chankom. Con los cuales me ligaron lazos de compadrazgo. Fui padrino de varios de sus muchachos, y don Eustaquio, siempre lo llamé así con mucho respeto, era un auténtico intelectual como puede verse en mi libro de Chankom. Fue muy apegado a mí y por estar íntimamente ligado me persuadía para que escribiera su biografía. Por cierto es una biografía extraordinaria.

—¿Cuando usted volvió a Chankom ya no vivía don Eustaquio?

—Volví otra vez en el año de 1976: entonces vivía y creo que dos años después murió.

—¿Algunas personas consideran que Cimé fue un gran cacique?

—Sí, por ejemplo Loret de Mola en su libro *Los caciques*, le dedica un capítulo: “Un cacique maya”. Era un cacique porque él imponía sus criterios pero no era un hombre que buscara su enriquecimiento. Él trabajaba como cualquier otro indígena. Lo que sí, con el correr de los años, acaparó tierras, cuando se vendía un terreno, él lo compraba. Tenía una tienda y tenía mucho maíz. Además criaba cerdos.

—¿Qué nos puede decir sobre el “Zaastún” usted lo llegó a manejar?

—Es un simple pedazo de cristal, por lo regular una botella o un frasco de perfume que tiene forma especial y a través de él los Hemenes creen ver el futuro. Yo lo llegué a tener en mis manos, pero no lo practicaba. Aún llegué a decirle a un Hemen: te voy a traer uno bonito de Mérida... y todos los presentes se rieron, porque “eso no viene así”. Viene porque es destino del hombre: cuando uno va por el monte y de repente ve algo que brilla, lo recoge y ya es una orden de dios, de ser su representante.

—¿Nunca lo atrajo participar más activamente en este sistema de creencias, al estilo de Castaneda?

—No, absolutamente. Castaneda nunca ha estado allá, es un farsante. Encontró buena veta y como se venden sus libros...

—Cambiando de tema, usted que fue maestro en la escuela nacional, y que ahora está en el programa de doctorado de la UNAM ¿cómo ve el panorama de la formación de los antropólogos?

—Yo fui el que hizo el programa de doctorado, lo redacté y muy contra mi voluntad estoy dando algunos cursos en ese doctorado, pero no me interesa.

El doctorado que se está llevando en la UNAM es sumamente ventajoso porque sólo se aceptan a ocho estudiantes, para que cuando se reciban, sean considerados los *Tops*, los mejores, al obtener su grado y naturalmente, obtendrán los mejores empleos. Si se aprueba la entrada al doctorado se les consigue una beca.

Los profesores son de lo mejor: Norman McQwown, que es una señorón de la lingüística; Litvak, mayista también; Hanna Faulhaber; Paul Schmidt y otros americanos que van a venir. Carlos Serrano, en la antropología física, Larissa Lomnitz, una antropóloga social muy buena, autora de dos libros y otros más.

—Comparando la formación que usted recibió con la que se da ahora, ¿qué piensa de la preparación actual de los antropólogos?

—El tipo de entrenamiento que recibí yo fue excepcional, porque aprendí en el aula, conviviendo en el campo y en la vida familiar.

—¿Qué consejo les daría a los estudiantes en formación para superar los obstáculos derivados de un mercado de trabajo mucho más restringido que el que le tocó vivir a usted?

—Un consejo que les doy es que siempre que puedan publiquen un artículo, porque su nombre necesita circular. Esto yo no lo sabía, yo escribía porque me gustaba, pero después entendí que era importante darme a conocer. Mi nombre fue apareciendo mucho y por tanto me favoreció que me hayan citado tanto en la bibliografía americana. Mucho menos ayuda el estar dedicado a la administración. ¿Quién se interesa por lo que hice en los años del INI? Lo que importa es la producción y el contacto con buenos antropólogos. A mí me favoreció el hecho de tener contacto muy tempranamente con Alfonso Caso y Manuel Gamio. Él me recomendó otro proyecto que no cité anteriormente: el estudio de los otomíes, en el año de 1947-1948. Gamio fue mi amigo hasta el momento último de su muerte, fue un hombre a quien yo admiré mucho.

—En el campo de la política ¿qué contactos o apoyos fuertes ha tenido?

—En el gobierno no hay mayor interés por la aplicación de la antropología, no lo entienden. La antropología se usó mucho en INI, cuando estuvimos con Alfonso Caso, debido a que él era antropólogo y pensó que debía atraer colegas, pero ha venido perdiendo validez. Los programas de apoyo a las cuencas hidrológicas ya no existen. En estos proyectos trabajamos Aguirre y yo.

—Tengo entendido que también en un proyecto semejante trabajó Ricardo Pozas.

—Ricardo Pozas fue mi alumno. Yo lo llevé a Chicago. Él se formó realmente con Sol Tax cuando dirigió el proyecto de Chamula.

Pozas se dedicó desde muy temprana hora al aspecto puramente aplicado. Todavía está en el INI, aunque ya no lo toman en cuenta.

—¿No cree usted que es difícil desligar totalmente la antropología del trabajo político? ¿Qué piensa de la llamada antropología comprometida?

—Si usted se pone de un lado solamente... ahí tiene usted, a todos estos críticos de la antropología mexicana todos ellos, terminaron siendo empleados en el gobierno; quedaron mansos, ya no escriben nada... Por otro lado, nada de lo que decían era aplicable: “respetar la cultura indígena...” Si la cultura indígena se

está deshaciendo. Por donde pasa una carretera desaparece el chaman, la cura por huevo, etcétera.

—¿Pero hay algunas formas de persistencia de esta cultura que usted llama "auto contenida"?

—No se puede, porque en la medida que llegan los antibióticos, las escuelas, o la carretera, la cultura se va desintegrando. Respecto a la lengua, los indígenas prefieren hablar el español. De manera que cuando usted busca mantener la pureza de la cultura, y no ser agente del etnocidio, es pura demagogia, no se puede... Aunque este tema les encante a los jóvenes.

—Sin embargo, podemos distinguir entre lo que hay actualmente en Chankom y lo que encontramos por ejemplo en la zona henequenera.

—Desde luego que sí, por que una cultura no sustituye automáticamente a la otra, sino que reintegra, reinterpreta lo que hay ahí antes. Por ejemplo, en Chankom, las medicinas y tabletas de color rojo, se consideran más curativas que cualquier otra; la enfermera de allá que es originaria de ahí, tiene la seguridad del Kipté, un órgano imaginativo que la enfermera revisa antes que cualquier otra cosa: es un caso de reinterpretación como las que se observan en otras regiones culturales de México. Este es un tema que ha estudiado muy hondamente Evon Z. Vogt, que señala cuatro principios del proceso de reinterpretación cultural, ya que no se da nunca un cambio automático.

—Para terminar, ¿qué es lo que lee Alfonso Villa Rojas hoy?

—Sigo leyendo cosas de antropología, fundamentalmente cosas mayas, filosofía y biografías. Tengo ahora una nueva biografía de Bertrand Russell, a quien conocí accidentalmente cuando llegó a Chicago a dictar unas conferencias, justo cuando yo estaba interesado en la naturaleza del conocimiento, la epistemología. Era su fuerte y por eso me fascinó. Llegué a hablar con él, y yo, microbio, pero devoto, ante aquel monumento, le pregunté: "¿y cómo produce usted tanto?" Fue cuando me dijo: "flojeando". Él escribió un libro que se llama *Elogios de la ociosidad creadora*. Usted se ha dado cuenta de que cuando se tienen obligaciones administrativas se pierde tiempo. No se puede leer un libro tranquilamente. Por ejemplo ahora estoy leyendo un libro muy grande *Dioses y santuarios de los antiguos mayas* y estoy también estudiando ¿quiénes fueron los itzáes, quiénes fueron

los toltecas? y en esto se me van las horas enteras estudiando las fuentes y los nuevos libros, tratando de entender y armar el rompecabezas. Es interesante saber, por ejemplo, que cuando los mexicanos llegaron a Yucatán se apoderaron de los santuarios: Ixamal, Cozumel y Chichén y mediante estos santuarios y oráculos dominaron el pensamiento de los pobladores de la península.

—¿Usted que ha seguido estando cerca de Yucatán, cómo ha sentido el trato que Yucatán le ha dado?

—Verdaderamente estoy muy agradecido. Me han dado las dos medallas: la Medalla al Mérito y la Medalla Eligio Ancona. Esto, honestamente, fue para mí altamente sorprendente y un estímulo para seguir adelante.

BIBLIOGRAFÍA

- 1934 *The Yaxunká-Cobá Causeway*, Washington, D.C. Carnegie Institution, Pub. 436 Contrib. 9.
- 1941 "Dioses y espíritus paganos de los mayas de Quintana Roo", en *Los mayas antiguos*, México, Colegio de México.
- 1942 "Breves consideraciones. La antropología en relación con la enseñanza rural", en *Actas XXVII Cong. Inter. de Americanistas*, t. II.
- 1945 "La civilización y el indio", en *América Indígena*, vol. V, México, pp. 67.
- 1945 *The Maya of East Central Quintana Roo*, Washington, Carnegie Institution, Pub. 559.
- 1946 *Etnografía de los indios Tzeltales de Oxchuc Chiapas*, microfilm Collection, University of Chicago Library.
- 1947 "Kinship and Nagualism in a Tzeltal Community South Eastern Mexico", en *American Anthropologist*, núm. 49, pp. 578-587.
- 1946 "Los mayas del actual territorio de Quintana Roo", en *Enciclopedia Yucatenense*, vol. VI, Gobierno de Yucatán, pp. 31-62.
- 1947 "El problema indígena de México", en *Boletín Indigenista*, t. XII, núm. 3, México, pp. 242-257.
- 1948 "The Role of Anthropology in the Papaloapan Project", en *Proc. of the Interamerican*, Conferences, State. Dep. Pub. 3382, pp. 289-296.
- 1950 "Los grupos indígenas del Papaloapan y el Instituto Nacional Indigenista", en *Boletín Indigenista*, t. X, núm. 1, México, pp. 66-70.
- 1952 "Problemas fundamentales de nuestra sociología rural", en *Hechos y problemas de México rural*, Seminario Mexicano de Sociología.
- 1953 "La obra del Instituto Nacional Indigenista en la cuenca del Papaloapan", en *Memorias del Congreso Científico Mexicano*, vol. XII, México.
- 1956 "La condición cultural de los mixes", introducción a *Cuentos mixes* de Walter S. Miller, INI, México, pp. 13-69.
- 1961 "Notas sobre la tenencia de la tierra entre los mayas de la antigüedad", en *Estudios de Cultura Maya*, núm. 1, México, pp. 21-46.
- 1962 "Los quejaches: tribu olvidada del antiguo Yucatán", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, núm. 18, México, pp. 97-116.
- 1962 "Distribución y estado cultural de los grupos mayances del México actual", en *Estudios de Cultura Maya*, núm. 2, México, pp. 45-77.
- 1963 "El nagualismo como recurso de control social entre los grupos mayances de Chiapas", en *Estudios de Cultura Maya*, núm. 3, México, pp. 243-260.
- 1964 "Patrones culturales antiguos y modernos en las comunidades contemporáneas de Yucatán", en *Desarrollo cultural de los mayas*, México, UNAM, pp. 329-361.
- 1964 "Los chontales de Tabasco, México", en *América Indígena*, núm. 24, México, pp. 29-48.
- 1964 "Barrios y calpules en las comunidades tzeltales y tzotziles del México actual", en *Proc. 35 th Inter. Cong. Americanistas*, vol. 1, México, pp. 321-334.
- 1964 *Arte primitivo: forma y contenido en las exhibiciones etnográficas*, México, Museo Nacional de Antropología, INAH.
- 1967 "Lacandonés", en *Enciclopedia Británica*, Londres.
- 1967-1968 "Los lacandonés: su origen, costumbres y problemas vitales" (separata), en *América Indígena*, México.
- 1969 "En torno a la nueva tendencia ideológica de antropólogos e indigenistas", en *América Indígena*, vol. 29, México, pp. 787-804.
- 1969 "Resultados de la orientación antropológica en la educación indígena del México actual", en *Anuario Indigenista*, vol. 29, México, pp. 213-223.
- 1968 "The Concepts of Space and Time Among the Contemporary Maya", en Apéndices de *Time and Reality in the Thought of the Maya*, Beacon Press, pp. 113-159.
- 1969 "The Tzeltal", en *Handbook of Middle-American Indians*,

- University of Texas Press, vol. VII, pp. 195-225.
- 1969 "The Maya: the Chontal, Chol and Kekchi", en *Handbook of Middle-American Indians*, University of Texas Press, vol. VII, pp. 230-243.
- 1969 "The Maya of Yucatan", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. VII, University of Texas Press, pp. 244-275.
- 1971 "Antropología e indigenismo en América Latina", en *América Indígena*, vol. 31, núm. 1, México, pp. 5-44.
- 1971 "El surgimiento del indigenismo en México", en *¿Ha fracasado el indigenismo en México?*, SepSetentas, núm. 9, México.
- "Notas sobre los zoques", en *América Indígena*, vol. 33, México, pp. 31-70.
- 1973 "Integración e indigenismo en el pensamiento de Aguirre Beltrán", en *Homenaje a Gonzalo Aguirre Beltrán*, III, vol. 1, México.
- 1975 "Configuración cultural de la región zoque de Chiapas", en *Los zoques de Chiapas*, Sep-INI, núm. 39, México, pp. 17-60.
- 1976 "Seis años de acción indigenista", en *Memoria del Instituto Nacional Indigenista*, México.
- 1976 "El proceso de integración nacional entre los mayas de Quintana Roo", en *América Indigenista*, vol. 24, núm. 4.
- 1978 "Los elogios de Dios", en *The Maya of East-Central Q. Roo*, México, INI.
- 1979 "Fieldwork in the Mayan Region of Mexico", en *Long-term Field Research in Social Anthropology*, Nueva York, Academic Press, pp. 45-64.
- 1980 "La imagen del cuerpo humano según los mayas de Yucatán", en *Anales de Antropología*, vol. XVII, t. II, México, UNAM, pp. 31-44.
- 1981 "Medicina tradicional y medicina moderna entre los mayas de Yucatán", en *Anales de Antropología*, vol. XVIII, t. II, México, UNAM, pp. 13-28.
- 1982 "Breves consideraciones sobre la creencia en el mal de ojo", en *Anales de Antropología*, vol. XIX, t. II, México, UNAM, pp. 147-161.
- 1983 "Enfermedad, pecado y confesión entre los grupos mayan-ces", en *Anales de Antropología*, vol. XX, México, UNAM.
- 1984 "Valor histórico y etnográfico de los Libros de Chilam Balam", en *Anales de Antropología*, vol. XXI, México, UNAM.

- 1985 "Estado actual de los estudios sobre cosmología maya" (en prensa), Gobierno del Estado de Chiapas.
- 1985 "De la tribu a la nación: el proceso aculturativo de los mayas de Quintana Roo", en *Memoria Revisión Crítica Guerra de Castas* (en prensa), Gobierno de Quintana Roo.

Capítulo V

UN ROL NECESARIO EN UN MOMENTO OPORTUNO

FERNANDO I. SALMERÓN CASTRO
CIESAS del Golfo

El doctor Gonzalo Aguirre Beltrán ha sido, durante muchos años, una personalidad activa en el medio político y académico de la antropología mexicana. Ningún profesional de la disciplina en este país puede desconocer su obra ni dejar de formarse un juicio sobre sus planteamientos y resultados. No sólo ha dedicado una gran parte de su obra a fundamentar lo que considera que son la política y la acción indigenista científica, sino que, durante casi 30 años, participó activamente en la formación e instrumentación de ellas. Una larga lista de puestos de dirección da prueba de esta incansable actividad: director del Departamento de Asuntos Indigenistas de la Secretaría de Educación Pública (1946); director del Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil del Instituto Nacional Indigenista (1951); subdirector del Instituto Nacional Indigenista Interamericano (1966); director del Instituto Nacional Indigenista y subsecretario de Cultura Popular y Educación Pública en el estado de Veracruz (1978-1981).

Su constante interés en la formación de personal dedicado a la enseñanza y la acción indigenista es también manifiesta. Desde la rectoría de la Universidad Veracruzana (1956), creó la escuela de antropología de la propia universidad y promovió la formación de jóvenes antropólogos. Sus preocupaciones sobre las

universidades de Latinoamérica fueron recogidas en un volumen publicado en 1961. Junto con *Teoría y práctica de la educación indígena* (1973), constituye un documento básico para comprender sus puntos de vista acerca de la educación y la enseñanza; la investigación y las actividades prácticas. Su obra ha de contemplarse inmersa en esa problemática, pero más aún, debe verse en esa línea su participación en las instituciones académicas y su proyecto de trabajo actual en el CIESAS del Golfo. Por estas razones la entrevista insiste sobre sus planteamientos en torno a la relación entre teoría y práctica; al papel de los antropólogos dedicados profesionalmente a la investigación; y a la formación de nuevos antropólogos.

Por otra parte, la defensa de sus postulados ha llevado a Aguirre Beltrán a difundir con gran profusión y detalle sus puntos de vista. Una entrevista más, necesariamente vuelve sobre rutas similares. Allonar el camino hacia la conversación que evoque puntos sustanciales suele dirigir una entrevista hacia un recuento somero de la vida y la obra del entrevistado. En el caso de una persona que ha dedicado casi más de medio siglo a una actividad en la que ha tenido una participación tan destacada, las respuestas básicas suelen quedarse cortas. Por estas razones, cuando el doctor Aguirre Beltrán sugirió la posibilidad de incluir una versión autobiográfica, realizada por él unos meses atrás, era clara su pertinencia. Los puntos más sobresalientes de su actividad profesional, desde su propio punto de vista, quedan contemplados en justa proporción. El carácter del documento, además, subraya la importancia de su inclusión: habla el propio entrevistado, con toda la calma que requiere el juicio, evalúa su iniciación y su participación en el quehacer antropológico de México; sus aportaciones y logros. En suma, un documento que proporciona el ambiente necesario para las respuestas finales.

La entrevista al doctor Gonzalo Aguirre Beltrán se realizó en la ciudad de Xalapa, hacia fines del año de 1984.

ENTREVISTA A GONZALO AGUIRRE BELTRÁN

—*Nos hemos propuesto reunir en un sólo volumen una serie de entrevistas con personas que, como usted, han dedicado su vida al trabajo antropológico en México. Con esa idea en mente quisiera que nos reseñe los puntos sobresalientes de su actividad profesional.*

—Yo mismo preparé un esbozo autobiográfico que leí en el ciclo “*Vidas en la antropología mexicana*”, que permanece inédito. Ahí, como podrás ver, señalo que mi ingreso a la antropología no fue el habitual; el de la escuela, los años de estudio, la tesis de grado, el título y la vida ocupacional. Entré por la puerta trasera después de dar un rodeo en que el autodidactismo fue el responsable de mi formación en las ciencias sociales. (A continuación se transcribe parte del “esbozo autobiográfico”).

Estudié para médico y durante la década que siguió a mi recepción profesional, en 1931, practiqué la medicina en la pequeña ciudad de Huatusco y en su interland anidado en el pie de monte que forman las estribaciones del volcán de Orizaba, a la altura en que el café es la cosecha comercial más rentable. A fines de los años treinta fui designado jefe de la unidad sanitaria recién establecida en el lugar y entre mis obligaciones estuvo la de redactar un informe sobre el estado de la salubridad en la ciudad primada y su jurisdicción.

Era preciso iniciar el informe con los antecedentes históricos del asentamiento humano y mi búsqueda me llevó a conocer el relato sucinto de los acontecimientos que resultaron de la guerra para la Independencia, escrito en la época por el cura párroco

Campomanes, y una obra menuda, publicada por el profesor Sehara a principios de esta centuria, de pocas páginas y escasas noticias pero no exenta de una gran imaginación. En el camino de mi pesquisa di con el archivo de la notaría lugareña que conserva los títulos primordiales de la hacienda de ovejas fundada por los españoles en la territorialidad de los indios. Las escrituras comprenden mercedes, composiciones, compra-ventas y litigios que arrancan del siglo XVI y terminan en 1849, año en que la sociedad agrícola, formada por los campesinos, compró las tierras que, mediante el despojo, habían perdido sus antepasados.

La riqueza de la documentación excedía los requerimientos históricos del informe sanitario, al que di término con premura, pero quedó vivo el interés por las luchas agrarias de un pueblo que, a lo largo de la dominación extranjera, nunca dejó de reclamar las tierras que originalmente le habían pertenecido. Me pareció que la verdadera historia de Huatusco estaba en sus luchas agrarias. De cualquier manera decidí hacer pública la contienda de un pueblo que todavía en la actualidad continúa disputando la tierra con los detentadores de una nueva concentración agraria. Recibí hospitalidad en las páginas de *El Dictamen*, diario que se publica en el puerto de Veracruz, cuyo director y mi padre cultivaban estrecha amistad. Salieron a luz una serie de artículos que, más tarde, corregidos e incrementados tomaron forma de libro. De mi peculio pagué el costo de una edición de 500 ejemplares que pronto se agotó entre los amigos; le puse por título *El señorío de Cuauhtochco. Luchas agrarias en México durante el virreinato* y apareció a mediados de 1940.

El libro fue admitido por la crítica académica, pero no tuvo una buena acogida. El sociólogo Leonard resaltó su importancia “como medio para comprender los complejos problemas de la tierra que derivaron de las relaciones entre españoles y tribus indias sedentarias pero hizo notar que las citas frecuentes y las reproducciones ocasionales de textos completos de los documentos en que el estudio se basa rompían el relato. Tal presentación, advertía, puede parecer un defecto para un crítico exigente si bien pone de relieve los materiales únicos utilizados en la manufactura de la obra. No obstante —concluyó— los estudios encontrarán en ella un análisis útil de uno de los aspectos importantes de la historia económica del México colonial”.

El doctor Zavala, luego de un par de elogios iniciales que le llevan a decir “que sobre ejemplos, como el de Huatusco, habrá de construirse una nueva interpretación de la historia territorial de México, hasta ahora tan oscura, reprocha al autor su falta de objetividad y transcribe el párrafo en que éste confiesa, paladinamente, que el relato de los acontecimientos vividos por los indios le arrastraron inevitablemente a tomar el partido de los expropiados. Zavala califica la obra como una sagaz y viva requisitoria contra la colonización española y cree descubrir en ella la finalidad deliberada de sobreponer al contenido de los manuscritos las demandas urgentes de la tesis. El deseo de crear obra literaria y de secta —concluye— privan sobre el propósito de establecer la validez histórica del relato y dar precisión al juicio. Termina Zavala la reseña con una amistosa admonición: mejor equilibrio entre las preocupaciones intelectuales”. En los trabajos subsecuentes seguí al pie de la letra la recomendación que se me hizo, pero sin los frutos esperados; a medida que procuré un mejor equilibrio más acerbas fueron las críticas a la teoría y a la práctica que resultaron de la objetividad mayor.

Con esta obra primeriza —historia económica, requisitoria anticolonialista o ambas cosas a la vez— intenté hacer comprensible, para mí mismo y para los demás, la violencia de la lucha agraria que en Veracruz se expresaba —por los años treinta del presente siglo— en una sucesión interminable de atracos, daños y muerte que mantuvieron en desasosiego y sobresalto febril a la población lugareña. Por otra parte, la obra parece haber inaugurado en México la historia de las luchas campesinas hoy en boga. Por el camino de la historia de las luchas campesinas hice mi entrada al tiempo y al espacio de la antropología y a su dimensión social.

En mi genealogía hay no pocos hombres de letras. Ignacio María Luchichí, Cayetano Rodríguez Beltrán, Jesús Aguirre Beltrán, Gonzalo Beltrán Luchichí y Neftalí Beltrán son nombres que contienen muy diversa producción literaria; algunos tienen resonancia en la olla del Papaloapan —de Alvarado al santuario, de Tlacotalpan a San Juan Evangelista—, otros, con valores que desbordan los límites de la cuenca, alcanzaron a conmover el ámbito nacional. No parecerá pues extraño que en mi juventud fuese un lector asiduo de la prosa y la poesía hispanoamericana contemporánea, abonado fiel de la *Revista de Occidente* de los

años veinte y de sus admirables ediciones, devorador incansable de la filosofía anárquica, abundante y barata, que nos dio a conocer a Miguel Bakunin, a Kropotkin, a Eliseo Reclus, a Enrico Malatesta y al inolvidable Francisco Ferrer Guardia y a su escuela moderna, mucho antes de que nos atrevieramos a desentrañar la lógica de Hegel, *El Capital* de Carlos Marx o el marxismo estructural de Althusser. En el subconsciente penetraron muy hondo aquellas lecturas y condicionaron mi vocación como humanista y como científico social.

Al cumplir 10 años como practicante de la medicina rural sentí haber adquirido experiencia bastante para advertir que el marco de referencia biológico, por sí solo, era incapaz de transformar la realidad circundante. La perspectiva moral parecía ser el complemento necesario para interpretar, y desatar en su caso, las situaciones problemáticas que emanan de nuestra particular formación económico-social. Cuando alcancé tal conclusión fue fácil tomar la decisión de abandonar la provincia y trasladarme a la ciudad de México para realizar, en su ambiente cultural, la integración de mi personalidad que percibía inacabada. Con la ayuda del doctor Leopoldo Chávez, compañero de banca en las escuelas preparatorias y profesional, me aventuré por la gran urbe.

En 1942 se desempeñaba como jefe del Departamento Demográfico en la Secretaría de Gobernación el doctor Manuel Gamio. Un año antes, don Manuel había programado la constitución de un equipo multidisciplinario de investigación que incluía a un biólogo, un etnólogo y otros especialistas más, con los cuales pensaba continuar, en distintas áreas del país, el estudio integral de la población que 25 años antes ya había iniciado con sorprendente fortuna en Teotihuacan. Cuando el programa por fin fue sustanciado y las plazas presupuestales quedaron aprobadas, Gamio se supo postulado candidato a la dirección del Instituto Indigenista Interamericano, con el apoyo del gobierno de México y el respaldo del vicepresidente Wallace de los Estados Unidos. Unos meses más tarde tomó posesión del cargo para permanecer en él hasta su muerte acaecida en 1960.

Don Manuel se desatendió del proyecto demográfico y las plazas de investigadores quedaron disponibles para satisfacer solicitudes diversas. Obtuve la plaza de biólogo. Me presenté con Gamio, a quien no conocía, y éste me informó de su renuncia

próxima; no tenía tarea específica que encomendarme. Pasaron los días y en su transcurso llegué a establecer un diálogo y una amistad cordial con el ilustre antropólogo. Al advertir la firmeza de mis preocupaciones intelectuales me propuso llevar a cabo una investigación largamente acariciada por él pero jamás emprendida; a saber, el estudio del negro en México. Sobre este integrante de la demografía mexicana poco se conocía; la bibliografía era pobre y no pasaba de una docena de artículos sin base documental seria. En el plan que trazamos el paso lógico que había de dar me llevó a recabar la información pertinente en el Archivo General de la Nación para, en una etapa inmediatamente posterior, investigar el estado actual de los remanentes negros identificables en algún pueblo de la Costa Chica de Guerrero o Oaxaca; comarca que había impresionado fuertemente a Gamio por la persistencia de características africanas en la somatología y en la cultura regionales.

La investigación en el archivo fue más larga de lo planeado; los materiales resultaron variados y significativos; pasé dos años completos en la revisión cuidadosa de expedientes en los distintos ramos que componen el admirable reservorio. Aprendí a paleografiar las distintas escrituras coloniales y acumulé un número extraordinariamente grande de datos. A decir verdad, me detuve, con particular complacencia en la lectura de los procesos inquisitoriales porque descubren con frecuencia el pensamiento de negros y castas con mayor claridad que otros instrumentos. No por eso dejé de tomar nota de la vida material de los esclavos en minas, obrajes y plantaciones. Disminuí el ritmo de la investigación cuando en 1943 fui llamado a dirigir el Departamento Demográfico y a organizar el Primer Congreso Demográfico Interamericano que tuvo lugar ese año. El tiempo libre lo dediqué al arreglo de los materiales que, mecanografiados, formaron dos gruesos volúmenes en los que quise comprimir la síntesis completa de la historia del negro en Nueva España. Justo es decir que esa primera redacción de lo que luego fue *La población negra de México* dejó mucho que desear. La componía una concatenación de fragmentos y extractos de documentos débilmente articulados por un denominador común que no consideró el contexto mundial de la trata de esclavos. Al presentarla para su posible publicación en el Fondo de Cultura Económica fue justificadamente rechazada.

En 1944 llegó a México el antropólogo Alfred Metraux a quien mostré el manuscrito. Metraux había estudiado el *vaudou* entre los criollos de Haití y buscaba un pueblo en la Costa Chica donde realizar observaciones comparativas. La visita exploratoria que hizo a la región le llevó a la conclusión de que contaría con muy pocas garantías de una estancia tranquila y productiva entre la indócil población costeña y desistió de sus propósitos. Antes de volver a Francia se ofreció a ponerme en comunicación con Melville J. Herskovits, africanista destacado, que se había echado a cuestras la tarea de investigar por sí y a auxiliar a los colegas a que investigaran las sociedades y culturas negras en los distintos países del continente americano. México era uno de los huecos en el conocimiento antropológico del negro y la recomendación de Metraux surtió efecto inmediato. Herskovits gestionó y obtuvo de la Fundación Rockefeller una beca para cubrir mi estancia en Northwestern University; el secretario de gobernación, Miguel Alemán me concedió igual ayuda para el sostenimiento de mi familia en México.

Del otoño de 1945 al verano de 1946 estudié intensivamente antropología cultural y etnografía de África y Afroamérica bajo la dirección eminente de Herskovits y de Irving A. Hallowell, erudito en psicoanálisis. La convivencia con estudiantes, igualmente interesados en la problemática de las relaciones raciales, la lectura abundante de la obra antropológica en lengua inglesa y la revisión crítica de la literatura de los viajeros de la época de los descubrimientos en la Biblioteca Ayer de Chicago, cuyo fondo reservado pude liberalmente consultar, me dieron el conocimiento adecuado del panorama en que se realizó la trata de esclavos y el marco teórico que hizo posible el establecimiento de un sistema de economía esclavista en la Nueva España. A mi retorno a la ciudad de México y a mi trabajo en gobernación volví a ocupar mi tiempo de ocio en la segunda y final redacción de *La población negra de México*, que vio la luz a fines de 1946. Héctor Pérez Martínez había sustituido a Miguel Alemán como secretario y de él obtuve graciosa donación de papel; yo pagué el linotipo y Enrique Navarro cedió el pie de imprenta de su empresa editorial.

La investigación en el Archivo General de la Nación había sido tan productiva y el conocimiento de la literatura antropoló-

gica tan dilatada que fue de todo punto imposible incluir en *La población negra de México* la suma total de los aspectos variados del tema. Me reduje a sentar las bases que me permitieran en el futuro tratar asuntos tan graves como la economía y la organización social coloniales, la religión y las prácticas médicas y otras materias de igual o mayor monto condicionadas por el esclavismo. *La población negra de México* se ocupa, tan sólo, de cuatro capítulos importantes: 1. La trata o comercio de esclavos tal como se efectuó a lo largo de la época colonial, sus características y ritmo de la demanda de mercancía humana. Las ventas masivas de esclavos cuando España tuvo en su poder las factorías portuguesas en África y el término de la importancia de negros a principios del último siglo de la dominación. 2. Los orígenes tribales de los esclavos introducidos al país. Su procedencia costanera y las áreas culturales de donde fueron extraídos en mayor número por los negreros portugueses, holandeses, franceses e ingleses. La influencia que estos orígenes tuvieron en la conformación de la cultura popular. 3. Las características biológicas de los africanos inmigrados, sus resistencias, enfermedades y su ascendiente en la conformación de la demanda de esclavos. 4. la demografía colonial; la concurrencia de los tres troncos raciales —caucasoide, mongoloide y negroide— en la población mexicana; el establecimiento de una estratificación social basada en la casta; la emergencia del mestizo como mano de obra libre en la economía esclavista colonial; la integración del negro y sus mezclas en la sociedad nacional.

Así, concebida y presentada la obra adquirió de inmediato el carácter de obra maestra en la literatura afroamericana. El negro había jugado un rol trascendente en la economía y en la vida colonial de México al igual que en los restantes países americanos; México no era una excepción a este respecto. Gamio fue el primero en sorprenderse de la magnitud e importancia de la investigación. “No se conformó —dijo— con hacer un trabajo sintético, según se había convenido, sino que elaboró una obra básica, trascendental y única en su género, dentro de lo que sobre tal materia se ha escrito en nuestro medio.” Herskovits, más parco, afirmó: “El estudio del negro en el México colonial por Gonzalo Aguirre Beltrán ha demostrado la utilidad del método etnohistórico en la investigación afroamericana en una región del nuevo mundo que

previamente nunca había sido estudiada en tales términos. Su análisis de las derivaciones tribales de los esclavos negros, con particular referencia a los introducidos en México, puede considerarse casi definitivo para el nuevo mundo en general.” Jorge Vivó dio a la obra la misma estatura que tenían las que fundaron el renombre de los monstruos sagrados del afroamericanismo —Fernando Ortiz, Nina Rodríguez, Gilberto Freyre, Arthur Ramos y el propio Herskovits— y concluyó asertivamente: “*La población negra de México*, ya constituye el trabajo clásico sobre la materia.” La obra se agotó bien pronto y durante 25 años permaneció como una rareza bibliográfica, en su condición de obra solitaria, de obras precursora. Miguel Acosta Saignes, el gran amigo venezolano, al comentar la segunda edición de 1972, hecha por el Fondo de Cultura Económica, se extraña de que un filón de estudio tan prometedor, como lo es el de los estudios afroamericanos, tan brillantemente iniciado en 1946, no tenga continuadores en México. Faltan investigadores, falta interés o ¿siguen pesando imponderables “las tendencias racistas vergonzantes pero claramente implícitas en el desconocimiento histórico y antropológico” del negro que Ángel Palerm advierte en México?

A principios de 1948 me encontraba cesante. El arquitecto Marquina, director del INAH, me proporcionó 2000 pesos de la Wenner Gren Foundation y con ellos cubrí mi estancia en la Costa Chica donde hice una corta temporada de campo; en distintas ocasiones volví a la comarca durante los 10 años que pasaron entre el inicio de la investigación y la publicación de la monografía por el Fondo de Cultura Económica, bajo el rubro: *Cuijla. Esbozo etnográfico de un pueblo negro. 1958*. Me interesaba mucho realizar el trabajo de campo porque con él justificaba el subtítulo. *Estudio etnohistórico* que apliqué a *La población negra de México*; sólo la complementación de historia y etnografía daban sentido de ser al método etnohistórico. La presentación descriptiva, sin interpretación ni teoría manifiesta, y la utilización del plan menográfico característico de los estudios de comunidad tuvieron por finalidad sentar las bases que dieran fundamento a desarrollos posteriores.

Roger Bastide lo advirtió con claridad en el estudio comparativo que hizo del cimarronaje en *Les amériques noires* al ligar el *ethos* agresivo de los negros de Cuijla con la cultura de los esclavos

huidos en los palenques del trópico. Mi intención sin embargo, pretende ir más lejos. En la narrativa de los capítulos que integran el complejo cultural cuijeño destacan y se refuerzan rasgos de comportamiento en que la acometividad aparece como la tónica dominante; al origen de esta cultura de la violencia puede explicarse, en parte, por la influencia del cimarronaje como expresión externa de la resistencia a la esclavitud. Pero, todo parece indicar que el cimarronaje y la conducta belicosa del cuijeño están condicionados directamente por el sistema económico esclavista y por su prolongación en el presente bajo formas más refinadas de dominio.

Mi propósito último es demostrar la existencia, en el México colonial, de un modo de producción esclavista como sistema dominante durante el periodo que va de 1580 a 1640, es decir, cuando la inmigración masiva de mano de obra esclava fue determinante para dar una orientación señorial y esclavócrata a la estructura social novoespañola. En el periódico *El Día* publiqué, el año de 1978, una colección de artículos que hube de suspender al asumir mi cargo actual, pero que me prometo concluir antes de que sea demasiado tarde.

En 1963 publiqué una tercera obra que recoge gran parte de los aportes negros a la teoría y práctica de la magia y de la religión en su particular enforque de la prevención y el tratamiento de las enfermedades; la titulé *Medicina y magia*. En ella se aprovecha las perspectivas que abrió el psicoanálisis para interpretar maneras de pensar y de actuar que la ciencia moderna ubica entre las más primitivas o arcaicas. La obra representa una ruptura con la tesis del materialismo positivo que fue el marco de referencia desde el cual se contemplaron, durante largo tiempo, las creencias y actividades que —catalogadas como vanas supersticiones— constituyen la experiencia y el patrimonio populares. La función de la magia y de la religión como instrumentos capaces de aliviar las tensiones que emanan de la explotación esclavista, proyectada al pasado precortesiano, permitió reconocer una función social en la medicina indígena y, traída al presente, explica la persistencia de formas de pensar no racionales que son efectivos medios para reducir las ansiedades que derivan de la articulación asimétrica de culturas y modos de vida opuestos.

Medicina y magia, como se habrá advertido, es además, en

las palabras de Germán Somolinos D'Ardois, una original contribución a la antropología médica que me valió el ingreso a la Academia Nacional de Medicina en 1965 y en 1974 una mención especial por parte de la Society for Medical Anthropology en reconocimiento a mis estudios pioneros sobre la especialidad. Mi formación biológica me llevó, desde muy temprano, a interesarme en el campo apasionante de la salud y en la concepción que respecto a ella guardan los distintos sectores que componen la población del país. En 1943 dicté una conferencia sobre *La medicina ilusoria de los negros* en la Sociedad Folclórica de México; en 1947 publiqué un artículo semanal sobre "La medicina indígena"; en 1955 presenté en la reunión que celebró la Organización Mundial de la Salud en esta ciudad una obra, *Los programas de salud en la situación intercultural*, en la que hice el análisis antropológico del proceso de innovación de la medicina y la salud pública modernas en las comunidades indias sujetas a planes de desarrollo; en 1956 me ocupé de *Cultura y nutrición*; en 1965 contribuí al libro de *Homenaje a Juan Comas* con un trabajo importante en el que discutí *El rol de la medicina en las regiones de refugio*; seguidos de otros más, también significativos, en los que establecí una acción recíproca, unir y venir, del pasado al presente, de la historia a la etnografía de la medicina a la antropología social, como el método más productivo que puede poner en práctica la antropología médica.

He dejado en último lugar el aspecto más controvertido de *Mi contribución a la ciencia del hombre* para que no se ignore lo que ha merecido menor impugnación. Quiero referirme ahora a la parte que tuve en la formulación y realización de la política indigenista en México y en América Latina durante los últimos 30 años. La aplicación de los conocimientos antropológicos al desarrollo de las poblaciones indígenas en el curso de su integración a la sociedad nacional es uno de los rasgos que definen el *nacionalismo mexicano*. A mi manera de ver, mi ingreso a la antropología indigenista fue harto obligada; se conjugaron una serie de circunstancias que me condujeron, independientemente de mi voluntad, a desempeñar un *rol necesario* en un momento oportuno. Cuando regresé a mi empleo en la Secretaría de Gobernación, luego de abandonar Northwestern, hube de desatar una disyuntiva. Tenía frente a mí dos caminos a seguir: dedicarme a la

docencia universitaria y a la investigación en procura de una posición académica o encaminar mis pasos por los senderos de la administración pública, es decir de la política, para participar y transformar el destino de la gente. En ésta y en ocasiones posteriores en que me enfrenté a un dilema semejante elegí la última alternativa.

A diferencia de Gamio, Herskovits tenía muy poca simpatía por la aplicación del conocimiento antropológico; la aventura colonial, la antropología británica en África, que le tocó conocer de primera mano, le hacía repugnante todo acto orientado a imponer las formas de vida occidentales en las comunidades indígenas. Para él bastaba el incremento del saber sobre el hombre y la divulgación de los principios científicos sacados a la luz por la antropología para que el cambio social se produjera. Por eso la lucha contra el nazismo y contra la discriminación racial del negro americano la llevó a cabo en el aula y en la sala de conferencias; en el libro y en la prensa especializada. A su juicio, el antropólogo debía combatir el racismo y el colonialismo mediante la docencia y la investigación, sin salir fuera del campo de su competencia. Herskovits advirtió en mí las capacidades requeridas para alcanzar la condición de *scholar* e insistió en proporcionarme una carta para don Alfonso Caso, entonces director del INAH, en la que le hacía notar la conveniencia de que formara parte del personal del instituto.

Visité a don Alfonso al tiempo en que Miguel Alemán, electo presidente de la República, preparaba su programa de gobierno y hacia selección de los hombres que compondrían su gabinete. Caso quedó ubicado en Bienes Nacionales, una secretaría de Estado que muy poca relación tenía con las preocupaciones intelectuales. Mientras tanto seguí en Gobernación y al cambio de poderes pasé a la secretaría de educación donde ocupé la dirección general de Asuntos Indígenas. Tuve la fortuna de tener como segundo de a bordo a Julio de la Fuente, antropólogo que se había desempeñado como contraparte de Bronislaw Malinowski en la investigación del mercado de Oaxaca. Julio figuró entre los radicales que en Pátzcuaro, 1940, sentaron las bases de una nueva política indigenista.

La dirección de Asuntos Indígenas sustituyó al departamento del mismo nombre fundado por Lázaro Cárdenas en 1936. A su

director don Luis Chávez Orozco le tocó presidir la delegación mexicana al Congreso Indigenista Interamericano de Pátzcuaro, en 1940, donde se dio cima a una política indigenista continental. La tesis positiva de la incorporación del indio a la civilización, postulada por Gamio en su obra primigenia *Forjando patria*, fue duramente contestada por Daniel Rubín de la Borbolla, que encabezó a los antropólogos de la ENAH. En los años treinta la antropología cultural, representada por Franz Boas, experimentó cambios notables que le llevaron a la franca adopción de un relativismo cultural que tuvo consecuencias trascendentes. La aplicación de la teoría, el método y las perspectivas antropológicas al desarrollo de la comunidad estuvo gobernada desde entonces por el principio de que los estilos de vida indígenas poseían un valor intrínseco que era menester tomar en cuenta como factor relevante en la solución de los problemas que emanan de la convivencia.

En los Estados Unidos el comisionado John Collier había renovado revolucionariamente la orientación del *Bureau de Asuntos Indígenas*. Durante su gestión se alentó a las tribus indias a participar en la toma de decisiones y a reforzar sus culturas con base en los valores tradicionales. De este modo los maestros incluyeron en el contenido de la enseñanza la comprensión y el aprecio del lore o sabiduría tribal, del arte, de la música y de la organización comunal. La influencia que estas ideas tuvieron en el congreso de Pátzcuaro se vieron incrementadas por la estancia en México de antropólogos y lingüistas norteamericanos, entre los cuales destacó Mauricio Swadesh quien en unión de los antropólogos radicales mexicanos formularon una política acorde con el relativismo cultural en boga.

El congreso de Pátzcuaro tuvo realización en el momento en que una nueva administración, la de don Manuel Ávila Camacho, tomaba a su cargo los destinos del país. El departamento de Asuntos Indígenas cayó en manos de personal ajeno a la orientación de la política establecida en Pátzcuaro y sufrió, desde un principio, la contradicción de los antropólogos del INAH. Éstos lograron que, a fines del sexenio, se decretara la desaparición del departamento. El hecho de que durante el régimen de Alemán don Alfonso Caso no fuese, como todo mundo esperaba, a la secretaría de educación y la circunstancia de que, en esta secretaría, quedase ubicado Asuntos Indígenas dejó un hueco en la di-

rección de la política indigenista que era necesario llenar. Este fue el rol que me tocó desempeñar de modo inesperado ya que lo previsible señalaba a una persona salida del INAH para que se ocupara de los indios.

Inicié con Julio de la Fuente la tarea de darle a la acción indigenista un contenido antropológico; durante el año que permanecimos al frente de la dirección se realizaron los estudios requeridos para echar a andar un proyecto piloto en Tatoyuca donde intentamos poner en práctica gran parte de los postulados de Pátzcuaro. Desafortunadamente, desajustes burocráticos nos obligaron a dejar la secretaría de educación y volver a la de Gobernación, más o menos por el mismo tiempo en que don Alfonso Caso dejaba la Secretaría de Bienes Nacionales y pasaba a fundar el Instituto Nacional Indigenista que inauguró en 1948. En las reuniones previas que dieron forma a la ley que creó el INI tuve parte como representante de Gobernación; después participé en su consejo directivo.

En 1949, don Alfonso me encomendó la investigación socioeconómica de *La población indígena de la cuenca del Tepalcatepec*, publicada en 1952, donde se llevaron a cabo trabajos de desarrollo. El INI fue creado como un instituto de investigación que tenía como propósito final servir de asesor al gobierno federal. Sin embargo, sus fines se modificaron a favor de la presión ejercida por las necesidades imperiosas de actuar en un campo que carecía de los servicios elementales.

En 1951 el consejo del instituto decidió realizar en la región tzeltal-tzotzil de Chiapas un proyecto piloto de acción integral y me eligió director de él. Me tocó, debido a esta circunstancia, organizar el primero de los centros coordinadores indigenistas que posteriormente habrían de expandirse por las regiones de refugio del país.

La acción desarrollada en el centro coordinador y la reflexión sobre las consecuencias que los programas tenía en el destino de la población indígena nos hicieron advertir la ausencia de una teoría que respaldara la política indigenista puesta en marcha. En la posguerra, los estudios de comunidad introducidos a México por Redfield y los programas de desarrollo de la comunidad que las organizaciones internacionales promovían en América Latina sufrieron grave descrédito debido a las objeciones que

plantearon científicos sociales en busca de nuevas orientaciones. La investigación realizada entre los tarascos, en realidad, no fue más allá de un estudio de etnodemografía, sin que llegara a descubrir la estructura interna de la región estudiada. El trabajo práctico realizado en Chiapas, en cambio, me permitió comprender la forma y función de la estructura regional, en lo particular, el modo como ladinos e indígenas articulan sus economías y sus estilos de vida para dar lugar a una integración regional, *En formas de gobierno indígena*, 1953, descubrí la realidad de los Altos de Chiapas como una integración de carácter regional; más tarde en 1957; publiqué *El proceso de aculturación* y establecí los principios teóricos que definen una estructura regional desde la perspectiva conceptual de la cultura, y en 1967, en mi obra *Regiones de refugio*, perfeccioné la teoría con otros parámetros que incluyen la dimensión social en la meditación sobre el proceso formativo de las estructuras regionales.

Desde el primer momento, la acción me llevó a abandonar el relativismo cultural que había sustituido a la teoría positiva de la incorporación; pero el omitir tal enfoque no implicó necesariamente echar en saco roto la norma que obliga a respetar los aspectos básicos de la cultura indígena, entre otros, la territorialidad y la lengua. Además de construir la teoría general de la integración regional que, sin lugar a dudas, es el aporte mayor hecho por mí a la antropología mexicana —y según la opinión que mucho aprecio de Robert Hunt— también a la antropología general, consideré la elaboración de las normas particulares que rigen las distintas actividades que componen la acción integral. *La teoría y práctica de la educación indígena*, 1973, mereció detallada atención de mi parte, asimismo, las reglas que gobiernan la salud entre los pueblos indios, la economía, el gobierno, la política y la religión.

En 1970 al ser designado director del INI y subsecretario de cultura popular tuve la oportunidad de aplicar en el ámbito nacional la teoría de la integración regional mediante el establecimiento de centros coordinadores en cada una de las regiones interculturales del país. Durante los cuatro años anteriores ocupé la dirección del Instituto Indigenista Interamericano y de su órgano publicitario, la revista *América Indígena*, tribuna que me permitió difundir por la extensión dilatada del continente la

vocación aplicada de la escuela mexicana de antropología. Un programa de investigación descubrió en países hermanos regiones de refugio y procesos de integración regional similares a los nuestros. La publicación de esos estudios y de un amplio plan de ediciones y traducciones que alcanzó la cúspide con la colección SepSetentas fueron factores que influyeron en el reconocimiento nacional e internacional de mi obra como administrador y como científico social. En 1973 recibí el premio Malinowski de la Society for Applied Anthropology; en 1975 el premio Sourasky; y en el año pasado de 1978, el señor presidente de la República, con el gabinete en pleno, y ante la comunidad científica me entregó la medalla Manuel Gamio en una ceremonia que se llevó a cabo en Palacio Nacional.

Con ello quedé ubicado entre los tres grandes del indigenismo, junto con Gamio y Caso, y hubiera pasado a formar parte de las “vacas sagradas” de la antropología de no haber sido por un hecho afortunado de desacralización. Al tiempo que la teoría y la práctica de la integración regional lograban su mayor penetración y espaciamiento, como lógica e inevitable reacción; desató una oposición cada vez más violenta, entre los antropólogos de las generaciones jóvenes. Como consecuencia inmediata del movimiento anárquico-estudiantil de 1968 tomó fuerza una corriente de opinión que puso en alta estima los valores de la etnicidad, con apoyo en un relativismo cultural renacido que se propone poner en mano de las comunidades indias la aventura de su propio desarrollo, entendido este como autogestión y autonomía plurales. La constitución de los consejos de pueblos indios como organismos de lucha que propugnan la participación política con base a distinciones de carácter étnico, y no de clase, es una de las manifestaciones de esta corriente que da cimiento ideológico a la nueva antropología y a la política indigenista hoy vigente.

En una recopilación de ensayos escritos por mí, pero recogidos y editados por Ángel Palerm, con el título de *Aguirre Beltrán: Obra polémica*, expuse la defensa de la tesis de la integración regional frente a las contradicciones de colegas antropólogos —la mayoría de los cuales se consideran marxistas— que impugnan las debilidades axiológicas de la acción indigenista y de sus promotores. En muchas de estas contestaciones los argumentos han llegado a un grado tal de vehemencia afectiva que

mi contribución a la antropología mexicana ha llegado a ser calificada como nociva, en la calidad que se me asigna de teórico, el más destacado, de la antropología burguesa.

Dadas las anteriores circunstancias, estimar en pocas palabras la cuantía y el valor de mi ejercicio profesional en el campo de la conceptualización y la práctica de la antropología es harto difícil. Tengo la impresión de que llené con acierto y congruencia un momento importante del inacabado proceso de la formación nacional en México.

—*Entiendo que este texto lo redactó usted siendo director de la Unidad Regional de la Secretaría de Educación Pública en Veracruz. Después de esto ha desarrollado el proyecto de establecer un Centro Regional de Investigación Antropológica, dependiente del CIESAS, en la ciudad de Xalapa, además de haber escrito dos libros: Lenguas vernáculas y Antropología médica ¿Qué puede decirnos a este respecto?*

—En efecto en el mes de agosto de 1981 presentamos al director del Centro de Investigaciones Superiores en Antropología Social el proyecto de fundación de un Centro Regional de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología del Golfo, que a la letra dice: “Desde hace por lo menos medio siglo, investigadores autodidactas iniciaron en Veracruz estudios antropológicos de las culturas del Golfo de México. Estos estudios culminaron cuando la Universidad Veracruzana fundó en 1957 el Museo, el Instituto y la Escuela de Antropología para darles carácter institucional a las cátedras de antropología. Conforme a las ideas que entonces prevalecían, la escuela comprendió, como disciplinas de su competencia, la historia, la arqueología, la etnología y la lingüística. Consideró pertinente dejar para un futuro próximo impartir también la antropología física, dada su reducida demanda. Para llevar a cabo la fundación, la universidad contrató a profesores de cada una de estas especialidades, tanto entre los estudiosos radicados en la ciudad de Jalapa, cuanto entre profesores reclutados en la ciudad de México.

“Quienes permanecieron en la cátedra tienen hoy el carácter de profesores de tiempo completo, en la escuela, y los que se inclinaron por la investigación son ahora investigadores titulares, en el instituto. Profesores e investigadores, lograron formar un número crecido de antropólogos al nivel de licenciatura. Entre

estos antropólogos hay una docena de buenos investigadores que no continuaron estudios de posgrado, pero cuyos trabajos son de calidad cierta, particularmente en el campo de la historia, la arqueología y la etnología, no así en el campo de la lingüística donde los pocos egresados hacen difícil la selección.

”La necesidad de profesionales, docentes e investigadores, en los diversos campos de la antropología son evidentes. La construcción del oleoducto que atraviesa el estado de sur a norte afectó zonas de gran riqueza arqueológica; la erección de represas para generar energía eléctrica, en el interior del estado o en las entidades vecinas, obligaron a una arqueología de emergencia y a una etnología de salvamento que ocupó personal relativamente numeroso; las obras de construcción de la red vial ofrecen iguales posibilidades. Pero estas oportunidades acarrearán también inconvenientes. El magnífico Museo de Antropología de la UV tiene un rico contenido en piezas arqueológicas de las culturas olmeca, huasteca y totonaca; pero muchas de ellas no provienen de la exploración científicamente conducidas sino de hallazgos espontáneos. Los estudios etnográficos y lingüísticos no son en todos los casos consistentes y de ellos pocos tienen continuidad. Los estudios etnohistóricos corren con mejor suerte y algunos de los mejores, tanto de maestros cuanto de los recién egresados, han merecido el honor, de la publicación impresa y la consiguiente difusión.

”Pero, en gran medida, los estudios etnográficos y los de antropología social que toman como sujeto a los pueblos étnicos americanos —nahuas, huastecos, tepehuas, otomíes, totonacas y popolucas— han sido realizados por extranjeros y sus monografías, en lenguas también extranjeras, no siempre alcanzan divulgación entre el público docto. Las que llevan al cabo profesionales mexicanos radicados en la ciudad capital muchas veces orientan sus intereses por caminos que no coinciden con los que recorren los provincianos. Por otra parte, muchos de los estudios realizados en Veracruz tienen por finalidad satisfacer necesidades perentorias que carecen, para la docencia, del poder formativo contenido en la investigación sistemática de ámbito y permanencia prolongados. Los pueblos étnicos de Veracruz, tanto los americanos cuanto los negros, mestizos y europeos producto de migración recientes o pasadas, requieren una atención profunda y duradera

para superar los frutos que rinden los estudios eventuales hechos a la carrera.

"En materia de investigación lingüística el panorama es particularmente pobre. Se cuenta por fortuna con estudios valiosos realizados por antropólogos y lingüistas extranjeros que abordan la investigación desde perspectivas estrictamente teóricas o con fines de evangelización y proselitismo religioso. Los lingüistas egresados de la escuela hasta la fecha no han contado con campo propicio ni con oportunidades para realizarse y el trabajo de campo que pudieron llevar a cabo es tan escaso que no hay, en lingüística, publicaciones comparables a las de otros campos. Esto, muy a pesar de la urgente necesidad de lingüistas profesionales bien entrenados que solicitan los programas de alfabetización en lenguas indias y de enseñanza primaria bilingüe. Ante la carencia de profesionales estos programas se conducen a muy bajo nivel técnico, con las consecuencias indeseables que acarrea la falta de asesoría lingüística competente. Por otra parte, en lo que hace el campo de la historia étnica la riqueza de documentación accesible es tan grande que parece a todas luces urgente contar con profesionales de muy alta calidad en número mayor de los que hoy existen.

"La fundación del Museo, el Instituto y la Escuela de Antropología en la UV ha remediado ciertas carencias y resuelto no pocas deficiencias, pero, dadas las condiciones de trabajo real de una universidad que a pasos violentos está por alojar en sus aulas a muy cerca de 100 000 alumnos, no es de esperar que acometa la tarea de ofrecer estudios que vayan más allá de la licenciatura. Esta circunstancia y los hechos arriba relatados hacen advertir la evidente justificación que hoy en día se presenta para crear, en auxilio a la extensa labor universitaria, un centro de investigación y formación de maestros en antropología social, libre de los agobios de una administración monstruosa que debe resolver todos los días problemas ingentes que amenazan su mera supervivencia y que le impiden detenerse a meditar en cuestiones de calidad que atañen a aspectos muy específicos de la cultura. Por fortuna, la fundación y funcionamiento de instituciones antropológicas, viene dando, como resultado tangible, la constitución de una comunidad académica preocupada por el destino de las minorías étnicas y de los símbolos que en el pasado y en el presente

configuran la identidad nacional. Esta comunidad si bien aún no destaca de su seno a investigadores y docentes de renombre bastante para trascender la forma parroquial, sí ha preparado el terreno para que, con el auxilio de investigadores y docentes mexicanos y foráneos, florezcan en los años por venir instituciones que eleven los niveles de la formación de profesionales a una altura semejante a los centros de excelencia que hoy empiezan a fundarse en otras entidades. En Jalapa se ha constituido ya una comunidad antropológica y humanística en torno a la UV que incrementa en cuantía y calidad con el correr de los años.

"Todo esto nos llevó a presentar el proyecto de fundación de un centro de excelencia destinado a la investigación y la docencia antropológicas en la región del Golfo de México, con el carácter de centro regional dependiente del CIESAS. Una vez consolidado podrá, si así se estima conveniente, reclamar autonomía y constituirse en Centro Regional de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología del Golfo (CRIESAG) o continuar afiliado a la institución madre. Su sede seguirá siendo Jalapa y el compendio de sus investigaciones las culturas huasteca que Veracruz comparte con Tamaulipas, San Luis Potosí e Hidalgo; nahua, totonaca, tepehua y otomí que son también patrimoniales de Hidalgo y Puebla; popoluca actual y la antigua olmeca que cabalga sobre la frontera con Tabasco."

—*Tras el recuerdo de su vida en la antropología mexicana y su proyecto presente, me gustaría saber, ¿cuál es para usted la diferencia entre la antropología como disciplina científica y la antropología aplicada?*

—A mi juicio no debe hacerse una distinción entre antropología aplicada y antropología no aplicada. Esta es una tendencia que advierto como idea aristocrática de división de las disciplinas. Aseguro que no existe esa separación porque de acuerdo con el punto de vista que a mí me ha tocado sostener, la teoría emerge de la práctica. Y mientras no haya práctica —y la práctica quiere decir eso; ciencia aplicada— no puede haber, propiamente teoría. En consecuencia, separar teoría de práctica, es algo que a mí no me parece justificado... Encuentro natural que las personas que están ocupadas en el gabinete o en el laboratorio, en trabajos de investigación, y que no tienen una actividad de tipo práctico, contemplan la disciplina desde ese punto de vista. Por otra parte,

los que hemos actuado siempre en aspectos de práctica, en aspectos de aplicación, vemos la cosa desde otro punto de vista.

Sigo sosteniendo que lo que podríamos llamar la escuela de antropología mexicana, desde Gamio a la fecha, ha venido postulando esta idea. Manuel Gamio intentó, en Teotihuacan, hacer práctica y, de ella, extraer normas que sirvieran de guía para la investigación y la aplicación. La idea la hemos perfeccionado quienes continuamos esa línea.

En alguna ocasión Ángel Palerm dijo que yo había exaltado demasiado a Gamio; puesto que el distinguido pionero no había dado sino algunos tips, ciertas luces: había expresado sólo unas pocas ideas embrionarias que nunca trató de redondear ni de reunir en un sistema coherente. Lo cual es cierto. Pero eso no quiere decir que Gamio no haya sido el primero que vio este problema de la teoría y la práctica, por lo menos en la antropología mexicana. Este problema lo vio en contradicción con sus maestros, fundamentalmente con Boas, porque para Boas sí existía una distinción muy clara entre los aspectos académicos y los aspectos de aplicación. Él estaba naturalmente en contra de la aplicación de la antropología en los países coloniales. Pero el caso nuestro no es ese; yo siento que no es ese, a pesar de todo lo que diga el colonialismo interno. Por eso he estado en contradicción con toda la gente que expresa esta conjetura que me parece no encaja en un país mestizo como México.

—*Me parece que Palerm había puesto énfasis, sobre todo en los últimos años, en la idea de que no se puede separar la teoría de la práctica; pero él pensaba en una práctica de la investigación, principalmente.*

—Bueno, él nunca tuvo en sus manos proyectos específicos de aplicación, pero yo recuerdo un artículo que escribió conjuntamente con Carmen, su mujer, en sus especificaciones afirman que en México no puede haber antropología sin aplicación. En tal artículo, publicado en *América Indígena* (1954) a propósito del alcoholismo, con toda claridad lo dicen; no se andan con cuentos; y lo pronuncian pensando en aspectos aplicativos. Ellos nunca tuvieron en sus manos programas de desarrollo indígena, pero en ese artículo, que fue de los primeros que escribieron postulan: "No es nuestra intención proponer el abstencionismo; por el contrario, creemos que *los científicos sociales pueden y deben*

intervenir activamente en la vida de los grupos humanos, con la finalidad de eliminar conflictos y conseguir mayor bienestar." Este es un postulado de antropología aplicada y agrega: "pero es también nuestro firme criterio que deben intervenir como tales científicos y solamente de esta manera. La pérdida de la confianza en la ciencia social parece en parte un resultado de las experiencias de los investigadores dedicados al manejo empírico de problemas sociales, aunque éste sea a la vez una de las condiciones de su progreso. El conocimiento científico de la sociedad es todavía muy pobre, especialmente en la esfera de sus relaciones con la personalidad, pero no tanto como para que se pueda evadir la cuestión de su aplicación. La aplicación debe hacerse, sin embargo, con el máximo posible de garantías. Esto quiere decir que la llamada investigación pura, que es la única garantía seria de la ciencia aplicada, no debe cesar por un momento. *Los planteamientos teóricos de hoy son el camino para las soluciones prácticas de mañana*". Yo opino al revés: para mí, las soluciones prácticas de hoy son los planteamientos teóricos de mañana. A pesar de esta discrepancia sin embargo, compartimos el planteamiento anterior.

—*Si se trata de una disciplina eminentemente aplicada, ¿cuáles es, entonces, el papel de los centros de investigación antropológicos?*

—Hacer estudios que puedan proporcionárseles a las personas que hacen la aplicación.

—*En este caso sí, hay dos pasos distintos en el proceso: un paso de investigación y otro de aplicación.*

—Bueno la acción es parte conjunta de la labor de investigación. Hay otro aspecto importante en los proyectos de acción-investigación en el que he estado insistiendo: preparar en antropología a personas residentes en las regiones de refugio, para configurar con ellas conciencia y comunidad antropológica. Por eso nuestro papel como responsables del CIESAS del Golfo es formativo. Formativo tanto de personal indígena cuanto de no indígena; siempre con la intención de que al adiestrarles sirvan en sus lugares de origen y lleguen a constituir parte de un equipo que pueda conducir la investigación la aplicación desde el punto de vista científico. La teoría general condicionada en su mente, será modificada constantemente a base de la práctica.

Fíjate en una cosa: toda la teoría indigenista salió de la práctica; no es más que práctica llevada a nivel científico. No hay teoría en las ciencias sociales que no haya salido de la práctica. Así lo veo yo. Ahora bien, lo que sí es inconveniente es hacer práctica sin pararse un momento a meditar qué es lo que está uno haciendo. Y esto es muy frecuente; ponerse a hacer cosas sin tener idea de lo que se está haciendo.

—*¿Existe, entonces, una relación directa entre este punto de vista y lo que se está haciendo ahora al frente de CIESAS del Golfo?*

—Sí. ¿Cuál es la idea de CIESAS-Golfo? Es formar gente: pero ¿qué gente vamos a formar en este caso? A mí me parece que lo que tenemos que formar, puesto que estamos metidos en una empresa antropológica donde, para México, la antropología fundamentalmente es el conocimiento integral del indio, lo que necesitamos es formar eminentemente gente para alcanzar ese conocimiento. El personal puede ser del lugar o de la región esto es, de dentro, o foráneo, es decir, nacional o extranjero. No estoy en contra de la gente de fuera, pero sí hay que pensar en la gente de dentro en primer término, porque es la única que posee, digámoslo así, el instrumento de comunicación que le permite actuar más rápidamente en una región. El que viene de fuera tendrá que aprender primero la lengua y la cultura, mientras que quien las posee sólo requiere formación profesional. Es decir, adquirir los conocimientos y destrezas para que pueda comprender la situación desde un punto de vista social y científico. La idea del CIESAS-Golfo es fundamentalmente esa; tratar de formar gente con esa preparación; si son de la región, mejor; si son de Veracruz, bueno; y si son de fuera no tendrán cerrada la puerta, pero, en igualdad de circunstancias serán elegidos en último término. La razón de considerar como prioridad la residencia en Veracruz es que, si están viviendo en el ambiente provinciano será más fácil que permanezcan aquí y que resistan la atracción de la ciudad de México. Los que vienen de allá, es muy frecuente que luego quieran regresar. Es natural puesto que allá tienen familia e intereses. Con los provincianos sucede lo inverso: va uno a la ciudad capital, forzado por el centralismo, pero, cuando es posible, siempre se trata de regresar al lugar de origen.

—*De acuerdo con lo que dijo antes, ¿no podría pensarse que usted afirma que la antropología no puede emplearse para la*

transformación de una realidad que no sea la de los pueblos étnicos o indígenas?

—Considero que, en el caso de México, estos grupos étnicos son prioridad. Vuelvo a Palerm porque fue mi interlocutor más cercano. Palerm decía que la antropología no debía dedicarse exclusivamente al estudio de los grupos étnicos, sino que es válida, para la sociedad urbana o nacional. Este punto de vista es muy respetable [...] justificable, si bien esto es cierto, hay también primacías. Éstas para nosotros son los grupos indígenas; son los componentes de la población nacional que están quedando en situación poco envidiable dentro del subdesarrollo del país, de México. No me cabe duda de eso. Es lo que siempre he sostenido. A pesar de lo que dicen los populistas, los indígenas no viven en condiciones adecuadas actualmente; permanecen en inferioridad, en posición de vencidos. Es necesario contribuir a su desarrollo, formar a sus dirigentes. Por eso a mí me da mucho gusto que contemos con universitarios que proceden de grupos étnicos de habla vernácula que ya estén en posibilidad de recibir preparación superior. También es alentador que jóvenes que no pertenecen al grupo indígena, pero no son de la región reciban formación profesional. ¡Qué bueno que unidos puedan tener a su cargo los programas de desarrollo en las zonas indígenas!

—*Y usted piensa que ellos van a regresar a sus comunidades de origen una vez que tengan esa formación.*

—No se trata estrictamente de que vuelvan a su pueblo. En el caso de Zongolica, por ejemplo, no se trata de volver a Tlaquilpa, por así decir; sino de regresar a Orizaba. Porque Orizaba es el centro de toda la región o a Zongolica que es un pequeño subcentro. Allí sí pueden regresar, porque en tales poblaciones existen las condiciones para permitir la vida de gente con educación superior.

—*En el hecho de regresar, ¿qué garantía existe de que ellos van a proceder hacia una mejoría de los grupos indígenas de la zona?*

—Supongo que basta el simple conocimiento —en esto estoy de acuerdo con Boas y con Herskovits— para tener un criterio adecuado de las cosas. El hecho de que un profesional indígena o lugareño esté bien preparado en antropología le da un conocimiento y una actitud que le orienta y guía en lo que debe hacer

en un lugar determinando. A esos antropólogos no les fue necesario hacer obra para ser antirracistas. Fue el conocimiento científico del hombre lo que les permitió luchar contra el racismo. Creo que una persona que va a las zonas indígenas con tales ideas, tendrá posibilidad de hacer algo. Además, no será el único. Pienso que deben ser bastantes los que hay que formar, para que de ellos puedan salir los que dirijan el desarrollo regional; para evitar que estén dirigidos por gente de fuera que no tiene interés por el pueblo y la zona; sino simplemente de ganar la vida y salir cuanto antes mejor.

—¿El hecho de que estas personas sean de la región, conocen bien la zona y las relaciones tradicionales, no podría más bien favorecer un provecho personal que de todo el grupo?

—Todo mundo trata de lograr un provecho personal. Esto es inevitable. Pero me pongo a pensar el caso de una persona que se esté preparando en medicina, por ejemplo. Bueno, cuando, luego de sus estudios de posgrado regrese a Orizaba o a Zongolica, tendrá un mayor conocimiento de su especialidad, podrá realizar investigaciones de tipo epidemiológico mucho mejor que cualquier otra. La política que seguirá será la que norma la salubridad; defenderá la salud sobre la asistencia. Eso ya es bastante. Aunque busque su propia mejoría económica y desee vivir mejor, estará en posición de realizar una mejor obra que quien no tiene sus conocimientos y habilidades. Esa es mi idea.

BIBLIOGRAFÍA

- 1939 "Datos para la historia de Huatusco", en *El Dictamen*, 11 artículos publicados los días 14, 21 y 28 de mayo; 4, 11 y 18 de junio; 2, 9 y 16 de julio, Veracruz, Veracruz.
- 1940 *El señorío de Cuauhtochco. Luchas agrarias en México durante el virreinato*, México, Ediciones Fuente Cultural, edición, 1980, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz.
- 1941 "Patronímicos de origen náhuatl", en *México Agrario*, vol. III, núm. 4, México, pp. 493-525.
- 1942 "El trabajo del indio comparado con el del negro en Nueva España", en *México Agrario*, vol. IV, México, pp. 203-207.
- 1943 "La medicina ilusoria de los negros", en *Anuario de la Sociedad Folclórica de México*, México, p. 192.
"El factor negro en la Independencia de México", en *Futuro*, vol. XI, México, pp. 13-15.
- 1944 "The Slave Trade in Mexico", en *The Hispanic America Historical Review*, vol. 24, núm. 3, Durham, North Car., EUA, pp. 412-431.
"Etiología de la esclavitud", en *México Agrario*, vol. VI, núm. 3, México, pp. 181-210.
- 1945 "Comercio de esclavos en México por 1542", en *Afroamérica*, vol. I, núms. 1-2, México, pp. 24-40.
- 1946 "Problema, método y teoría en los estudios afroamericanos, según Melville J. Herskovits", en *Afroamérica*, vol. II, núm. 3, México, pp. 187-196.
- 1946 "Tribal Origins of Slaves in México", en *The Journal of Negro History*, vol. XXXI, Washington, D.C., pp. 269-352.
"Política de población", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 7, núm. 3, México, pp. 417-429.
La población negra de México: 1519-1810. Estudio Etnohistórico

- co, México, Ediciones Fuente Cultural, 2a. edición, corregida y aumentada; con un prólogo especial y un capítulo adicional, México, Fondo de Cultura Económica 1972 colección Tierra Firme, la reimpresión en 1984).
- 1947 "La medicina indígena", en *América Indígena*, vol. VII, núm. 2, México, pp. 107-127.
 "Reorganización del departamento de Asuntos Indígenas" (También en inglés: "Reorganization of the Department of Indian Affairs"), en *Boletín Indigenista*, vol. VII, núm. 1, México, pp. 40-51.
 "La población de la república y los médicos rurales", en *Escuela Superior de Medicina Rural*, México.
- 1949 "Política demográfica", en *Anales del II Congreso Indionesta Interamericano*, Cuzco, Perú, p. 206.
 "El nagualismo", en *Diario de Guerrero*, 14 de enero, Chilpancingo, Guerrero, p. 3.
 "La población negra de Guerrero", en *Diario de Guerrero*, 20 de enero, Chilpancingo, Guerrero., p. 2.
 "La población negra de Guerrero", en *Novedades*, 13 de febrero, 3a. sección, México, p. 6.
- 1950 "Las daturas en la colonia", en *Anuario de la Sociedad Folclórica de México*, 1950, México, pp. 493-502.
 "Casamiento del monte", en *Homenaje al Dr. Alfonso Caso*, México, pp. 41-54.
- 1952 "La etnohistoria y el estado del negro en México", en *Sol Tax: Acculturation in the Americas* (Proceedings and Selected Papers of the XXIXth International Congress of Americanists), Chicago, 111, pp. 161-168.
 "El gobierno indígena en México y el proceso de aculturación", en *América Indígena*, vol. XII, núm. 4, México, pp. 271-297.
 "La magia de peyotl", en *Universidad de México*, vol. VI, núm. 68, México, pp. 2-4.
Problemas de la población indígena de la cuenca de Tepalcatepec, México, Instituto Nacional Indigenista, Memorias del INI, vol. III.
- 1953 "Problemas de la población indígena", en *Estudios Sociológicos* (4o. Congreso Nacional de Sociología), México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 257-364.
 "Asistencia social al indígena", en *Población*, año I, núm. 1, México, pp. 40-47.
 "El pasado colonial y liberal de la educación en México", en

- Universidad de México*, vol. VIII, núm. 4, México, pp. 1-2 y 6-8.
 "Utilización de los antropólogos sociales en planes de desarrollo", en *Economía Colombiana*, vol. V, núm. 13, Bogotá, Colombia, pp. 329-335.
 "Problems and Methods in the Study of Population in Central America", en *World Population Conference*, 31 agosto-10 de septiembre, Roma, Italia.
Formas de Gobierno Indígena, México, Imprenta Universitaria, colección Cultural Mexicana, 5, 2a. edición, 1981, México, Instituto Nacional Indigenista, colección INI: Clásicos de la Antropología, núm. 10. Con un prólogo de Andrés Fábregas.
 "Teoría y práctica de la educación indígena", en *Acción Indigenista*, núm. 7, México, p. 4.
 "Día Panamericano del Indio" (también en inglés: Pan American Day of the Indian), en *Boletín Indigenista*, vol. XIV, núm. 2, México, pp. 140-143.
 "Aspectos culturales de la vida familiar indígena en México", en *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, vol. XXXVII, núm. 3, Washington, D.C. pp. 286-292.
 "Teoría y práctica de la educación indígena", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XVI, núm. 2, México, pp. 225-234.
 "Instituciones indígenas de México actual" (en colaboración con Ricardo Pozas A.), en *Caso et al., Métodos y resultados de la política indigenista de México*, México, Instituto Nacional Indigenista (memorias del INI, vol. VI), pp. 171-272.
 (2a. edición, *La política indigenista en México; métodos y resultados*, t. II: *Instituciones indígenas del México actual*, México, Instituto Nacional Indigenista —Secretaría de Educación Pública (colección SEP-INI, serie de Antropología Social, núm. 21), 1973, 3a. edición, 1981).
- 1955 Coautor en Alfonso Caso: "La antropología aplicada en México", en *Acción Indigenista*, núm. 30, México, pp. 2-3.
 "A theory of Regional Integration: The Coordinating Center", en *América Indígena*, vol. XV, núm. 1, México, pp. 29-42.
 Coautor en Alfonso Caso: *Applied Anthropology in Mexico*, reunión anual de la American Anthropological Association, Boston, Mass., 19 de noviembre.
 "Teoría de los centros coordinadores", en *Ciencias Sociales*, vol. VI, núm. 32, Washington, D.C., Unión Panamericana, pp. 66-67.
El cuidado de la madre y del niño (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 19 pp.

- Cultura y nutrición* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 18 pp.
- El curandero* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 10 pp.
- Educación higiénica* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 16 pp.
- La familia de los Solanos* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 12 pp.
- Materia médica colonial* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 11 pp.
- La medicina española* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 12 pp.
- La medicina indígena* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 14 pp.
- Medicina y magia. El proceso de aculturación y el curanderismo en México* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista.
- La medicina negra* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 12 pp.
- Medicina preventiva y curativa* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 22 pp.
- "Nagualismo y complejos afines en el México colonial", en *Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortiz*, La Habana, Cuba, pp. 11-28.
- Nagualismo y complejos afines* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 12 pp.
- "La población negra del Papaloapan", en *Novedades*, 2 de octubre, suplemento dominical *Mexico en la Cultura*, núm. 341, México, p. 6.
- El Peyotl zacatequense* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 14 pp.
- Los programas de salud* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 16 pp.
- Los programas de salud interpretados en la situación intercultural* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista.
- Saneamiento del medio* (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 20 pp.
- "La familia de los Solanos en el México antiguo", en *Sinopsis*, vol. 6, México, Establecimientos Colliere, pp. 19-28.
- Teoría de la investigación intercultural*, versión preliminar des-

- tinada a servir de material para discusión (edición mimeográfica), México, Instituto Nacional Indigenista, 22 pp.
- "Gente del país del hule", en *Universidad de México*, vol. X, núm. 3, México, pp. 1-2.
- Programas de salud en la situación intercultural*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 2a edición, con un prólogo adicional, 1980, México, Instituto Mexicano del Seguro Social (colección Salud y Seguridad Social. Serie Manuales Básicos).
- 1956 "Teoría de la investigación intercultural", en *Ciencias Sociales*, vol. VII, núm. 37, Washington, D.C., Unión Panamericana, pp. 1-26.
- "Indigenismo y mestizaje. Una polaridad biocultural" en *Cuadernos Americanos*, vol. LXXXVIII, núm. 4, México, pp. 35-51.
- "Cultura y nutrición", en *Estudios antropológicos publicados en homenaje al doctor Manuel Gamio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 227-249.
- "Indigenismo y mestizaje, una polaridad biocultural", en *Khanna*, Revista Municipal de Arte y Letras, vol. II, núms. 17-18, La Paz, Bolivia, pp. 51-64.
- "¿Qué son los centros coordinadores?", en *Novedades*, 19 de febrero, suplemento dominical *México en la Cultura*, núm. 361, México, p. 7.
- 1957 "Compulsión vs. volición", en *Acción Indigenista*, núm. 48, México, pp. 3-4.
- "La salubridad en las fronteras culturales", en *Acción Indigenista*, núm. 51, México, pp. 1 y 4.
- "Antropología y educación", en *El Diario de Xalapa*, 9 de febrero, Xalapa, Veracruz.
- "Antropología y educación", en *El Dictamen*, 13 de febrero, Veracruz, Veracruz, y en *Novedades*, 13 de febrero, México, D.F.
- "Antropología y educación", en *La palabra y el hombre*, núm. 1, Xalapa, Veracruz, pp. 7-14.
- El proceso de aculturación*, México, UNAM, 2a. edición con un prólogo de Ángel Palerm, 1970, México, editorial Comunidad, colección del Estudiante de Ciencias Sociales; 3a. edición, 1982, México, Ediciones de la Casa Chata (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social).
- 1958 "Nuevo Ixcatlán", en *Acción Indigenista*, núm. 57, México, pp. 1-4.

- “La sombra y el animal”, en *Afirmaciones*, núm. 4, julio-agosto, México, pp. 29-32.
- “Universidad, ciencia y técnica”, en *La Palabra y el Hombre*”, núm. 5, Xalapa, Veracruz, pp. 5-13.
- “Viejo y Nuevo Ixcatlán”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 7, Xalapa, Veracruz, pp. 241-266.
- Cuijla. Esbozo etnográfico de un pueblo negro*, México, Fondo de Cultura Económica, 2a. edición, 1985, colección Lecturas Mexicanas.
- 1959 “Financiamiento de la educación”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 9, Xalapa, Veracruz, pp. 5-12.
- “El estudio del derecho primitivo”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 10, Xalapa, Veracruz, pp. 299-303.
- “Pedagogía y el interés social”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 10, Xalapa, Veracruz, pp. 303-313.
- 1960 “Indigenismo y mestizaje: una polaridad biocultural”, en *Cahiers d' Histoire Mondiale*, vol. VI, núm. 1, pp. 157-171.
- “Estructura y función de la Universidad Latinoamericana”, en *La Educación*, Washington, D.C., Unión Panamericana, año V, núm. 18, pp. 36-55.
- Coautor con Emil J. Sady, *The Indian Economic Development Service of Guatemala*, preparado para el gobierno de Guatemala, Nueva York, Organización de Naciones Unidas, 46 pp.
- “Estructura y función de la Universidad Latinoamericana”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 16, Xalapa, Veracruz, pp. 5-26.
- 1961 “El Status de la Universidad”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 17, Xalapa, Veracruz, pp. 5-13.
- “Organización y estructura de las universidades latinoamericanas”, en *La Palabra y el Hombre*, núm. 19, Xalapa, Veracruz, pp. 375-401.
- La Universidad Latinoamericana y otros ensayos*, Xalapa, Universidad Veracruzana, colección Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras.
- 1962 “Nuevas escuelas en los parajes de Chiapas. Agentes de cultura”, en *Acción Indigenista*, núm. 108, México, pp. 2-3.
- “El centro Coordinador Indigenista”, en *Acción Indigenista*, núm. 110, México, pp. 2-3.
- “El Programa Andinos”, en *Acción Indigenista*, núm. 113, México, pp. 1-14.
- “Integración regional”, en *Los Centros Coordinadores*, Instituto Nacional Indigenista, México, pp. 25-49.
- “Prevención mágica de la enfermedad en el México colonial”.

- en *La Palabra y el Hombre*, núm. 24, Xalapa, Veracruz, pp. 507-521.
- 1963 “Dos capítulos de medicina y magia”, en *Acción Indigenista*, núm. 116, México, pp. 2-4.
- “La indumentaria en Viejo Ixcatlán”, en *Acción Indigenista*, núm. 120, México, pp. 2-4.
- “Espontaneidad y adaptación en el desarrollo de las civilizaciones”, en *El Día*, 20 de octubre, suplemento dominical *El Gallo Ilustrado*, núm. 69, México, p. 2.
- “Regiones de refugio”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XIX, México, pp. 81-92.
- Medicina y magia. El proceso de aculturación en la estructura colonial*, México, Instituto Nacional Indigenista, serie de Antropología Social, núm. 1, 2a. edición, 1973. México, Instituto Nacional Indigenista-Secretaría de Educación Pública, colección SEP-INI, núm. 1.
- 1964 “Integración regional”, en *La antropología social aplicada en México por Juan Comas*, México, pp. 301-337.
- “Trabajo integral en los centros coordinadores”, en *XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, Actas y Memorias, México, pp. 299-300.
- “Desarrollo de la comunidad en las regiones de refugio”, en *Reforma Educativa*, vol. IV, núm. 10, Biblioteca del Consejo Nacional Técnico, México, pp. 37-62.
- “Espontaneidad y adaptación en el desarrollo de las civilizaciones: Presentación antropológica”, en *La Palabra y el Hombre*, 2a. época, núm. 29, Xalapa, Veracruz, pp. 45-53.
- 1965 “La integración de la población negra a la sociedad nacional”, en *Conference on Race and Class in Latin America During The National Period*, tenida en la ciudad de Nueva York (edición mimeográfica), Cornell University, Ithaca, Nueva York.
- “El rol de la medicina en las regiones de refugio”, en *Homenaje a Juan Comas en su 65 aniversario*, vol. I, México, pp. 23-77.
- “Fundación social de la medicina precortesiana”, en *La Palabra y el Hombre*, 2a. época, núm. 36, Xalapa, Veracruz, pp. 747-753.
- 1966 “Desarrollo de la comunidad”, en *Acción Indigenista*, núm. 154, México, pp. 1-4.
- “Community Development”, en *América Indígena*, vol. XXVI, núm. 3, México, pp. 219-228.
- “Palabras del Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán al tomar posesión de su cargo como director del Instituto Indigenista Interameri-

cano", en *Anuario Indigenista*, vol. XXVI, México, pp. 3-4.

"Address by Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán on the Occasion of his Taking Office as Director of the Inter-American Indian Institute", en *Anuario Indigenista*, vol. XXVI, México, pp. 5-6.

"Función social de la medicina precortesiana", en *Gaceta Médica de México*, vol. XCVI, núm. 10, México, pp. 1143-1149.

"Las funciones del poder en la comunidad indígena", en *La Palabra y el Hombre*, 2a. época, núm. 40, Xalapa, Veracruz, pp. 547-562.

"Estructura de casta y clase", en *Revista del Instituto Indigenista Ecuatoriano*, vol. I, núm. 1, Quito, Ecuador, pp. 1-24.

"Función de la indumentaria en el Viejo Ixcatlán", en *Summa antropológica en homenaje a Roberto J. Weitlaner*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 429-435.

1967 "El verdadero indigenismo. Discurso pronunciado por el Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán", en *Acción Indigenista*, núm. 166, México, pp. 1-3.

"Un postulado de política indigenista", en *América Indígena*, vol. XXVII, núm. 3, México, pp. 559-565.

"Reunión para la integración de la enseñanza con las investigaciones antropológicas introducción", en *Anuario Indigenista*, vol. XXVII, México, pp. 3-4.

Coautor con John V. Murra, "Reunión para la integración de la enseñanza con las investigaciones antropológicas invitación", en *Anuario Indigenista*, vol. XXVII, México, pp. 5-7.

Coautor con Leonardo Manrique y Ángel Palerm, "Reunión para la integración de la enseñanza con las investigaciones antropológicas. Informe de México", en *Anuario Indigenista*, vol. XXVII, México, pp. 125-153.

"Función social de la medicina precortesiana", en *Etnoiatria*, revista dell' Instituto di Etnoiatria, vol. I, núm. 1, pp. 22-25.

"Nuevas orientaciones para el estudio de la medicina prehispánica", en *Gaceta Médica de México*, vol. XCVII, núm. 3, México, pp. 293-300.

"Las funciones del poder", en *Perú Indígena*, núm. 26, Lima, Perú, pp. 1-20.

Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizo-América, México, Instituto Indigenista Interamericano, ediciones especiales, 46; 2a. edición, México, Instituto Nacional Indigenista, Secretaría de

- 1968 Educación Pública, colección SEP-INI, núm. 17, 1973; 1a. edición en lengua inglesa: Washington, the Society for Applied Anthropology, Monograph Series, núm. 12, 1979.
- Coautor con Hernán Castillo Ardiles y Jorge Miranda Pelayo, "Bibliografía antropológica en lengua castellana de la Costa y la Sierra del Perú durante los últimos veinticinco años", en *América Indígena*, vol. XXXVIII, núm. 1, México, pp. 155-263.
- "Informe de actividades del Instituto Indigenista Interamericano", en *América Indígena*, vol. XXVIII, núm. 3, México, pp. 685-697.
- Coautor con John V. Murra, "Integración de la enseñanza con las investigaciones antropológicas. Report on Second Colloquium", en *América Indígena*, vol. XXVIII, núm. 3, México, pp. 786-790.
- "La evolución social de América Latina", en *América Indígena*, vol. XVIII, núm. 4, México, pp. 1037-1043.
- "Teotihuacan al tiempo de su contacto con Occidente", en *Gaceta Médica de México*, vol. XCVIII, núm. 3, México, pp. 370-375.
- Programa de la Antropología Social y Aplicada*. Conferencia sustentada en el Museo Nacional de Antropología de México, 5 de septiembre (edición mimeográfica), México, 11 pp.
- 1969 "Oposición de raza y cultura en el pensamiento antropológico mexicano", en *RMS*, vol. XXXI, núm. 1, pp. 51-71.
- 1970 *El proceso de aculturación y el cambio sociocultural en México*, México, Universidad Iberoamericana, 206 pp.
- "Introducción"; en *Antología de Ricardo Flores Magón*, México UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, 93), pp. VI-XVI.
- "Prólogo", en Moisés Sáenz, *Antología*, México, Oasis, pp. VII-XLVIII.
- "El pensamiento indigenista de Lázaro Cardenas", en *América Indígena*, vol. XXXI, núm. 4, México, pp. 1007-1019.
- Colaboración en *¿Ha fracasado el indigenismo? Reportaje de una controversia*, 13 de septiembre de 1971, colección SepSetentas 9, México, Secretaría de Educación Pública, 247 pp.
- 1972 "Panorama de la antropología social y aplicada", en *Ma-*

- nuel Gamio, arqueología e indigenismo*, México, SEP, colección SepSetentas, núm. 24, pp. 189-208.
- “25 años de la UNESCO”, en *Ruta*, núm. 1, México, SEP, Dirección General de Educación Fundamental, pp. 98-102.
- “Juárez, voluntad de cambio”, en *Ruta*, núm. 4, México, SEP, Dirección General de Educación Fundamental, pp. 37-42.
- “El pensamiento indigenista de Lázaro Cárdenas”, en *Ruta*, núm. 5, México, SEP, Dirección General de Educación Fundamental, pp. 94-108.
- 1973 “La cultura popular y la educación extraescolar”, en *América Indígena*, vol. núm. 4, México, pp. 1003-1017.
- “Gran esperanza en la educación, para realización del hombre”, en *Ruta*, núm. 7, SEP, Dirección General de Educación Fundamental, pp. 94-100.
- “Reunión de Centros Coordinadores Indigenistas. Formación nacional, proceso en que estamos comprometidos”, en *Ruta*, núm. 7, México, SEP, Dirección General de Educación Fundamental, pp. 101-106.
- “Reunión de los Centros Coordinadores Indigenistas. Teoría y práctica de la educación indígena. La ordenación”, en *Ruta*, núm. 7, México, SEP, Dirección General de Educación Fundamental, pp. 107-129.
- “Plena compatibilidad entre el nacionalismo y la lealtad regional”, en *Ruta*, núm. 9, México, SEP, Dirección General de Educación Fundamental, pp. 113-116.
- “Juárez está presente en la defensa de nuestra soberanía”, en *Ruta*, núm. 9, México, SEP, Dirección General de Educación Fundamental, pp. 43-48.
- Teoría y práctica de la educación indígena*, México, Subsecretaría de Educación Indígena, colección SepSetentas, núm. 64. Edición corregida y sumamente ampliada de un artículo originalmente publicado en *Estudios sociológicos*, UNAM, 1953, pp. 257-364.
- 1976 *Aguirre Beltrán: Obra polémica* (edición y prólogo de Ángel Palerm), México, Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia, colección SEP-INAH.
- “Estudio introductorio”, en *Clavijero. Antología*, México, *El Indigenismo y Acción. XXV Aniversario del Centro Coordinador Indigenista Tzeltal-Tzotzil de Chiapas*, México, INI.

- 1979 “La antropología social”, en *Las Humanidades en México: 1950-1975*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- 1980 *Pensamiento antropológico e indigenista de Julio de la Fuente*, México, INI.
- 1983 *Lenguas vernáculas*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Ediciones de la Casa Chata.
- 1985 *Antropología médica*, México, Centro de Investigaciones para la Integración Social-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (en prensa).